ALFAGUARA

Javier Marías

Juro no decir nunca la verdad



ALFAGUARA

Javier Marías

Juro no decir nunca la verdad



ALFAGUARA

Javier Marías

Juro no decir nunca la verdad

www.megustaleerebooks.com

Índice

Portadilla
Índice
Nota del editor
Indultos a manos llenas
Qué tonto fui
Villanía léxica
Que no dimitan
En los años de la distracción
Descrédito y deserción
Hijo del Papa
Delaciones muy cristianas
Ladrones de Heathrow
Como si fueran comunistas
Los nuevos zombies
Denigradores que se denigran
Potter nos convierte en Pottersville
¿Y ahora para quién espían?
La actual dificultad de morder
La Marca España y las ratas
Puras hipocresía o contradicción
Gracias y adiós, Roger Dobson
Lo mejor es no haber nacido
San Mamés y nuestros recuerdos
Este Gobierno prohíbe a Sherlock Holmes
Esclavizados y transparentes
La excelencia de la purria
Por donde Franco solía
Alerta y sanos y salvos
Los despertares
Lerdos, y gracias
Que esto no se cuente
Rendición incondicional

Hoteles ahuyentadores
Para entendernos por ahí perfectamente
Y luego van y lo cuentan
Suerte que no hay simios en Ohio
El negocio de prohibir
¿Por qué nada sirve nunca de nada?
Las no tan viejas lealtades
Una comicidad irresistible
Un hombre de buen conformar
Tutelas permanentes
Es cosa nuestra
Neofranquismo
Las bandas de la banda ancha
Castigar lo inexistente
Noches armadas de Reyes
La baraja rota
Pequeño comentario de texto
Entre el ridículo y la mansedumbre
Un matrimonio invisible y encantador
Juro no decir nunca la verdad
Almanya
Un mundo más triste y más lerdo
La piadosa malevolencia
Voracidad y lloriqueo
El reino de la posibilidad
Así protegen los vándalos
Proliferación de cabestros y mastuerzas
La muerte de la discreción
En el inofensivo pasado
Los mejores y los peores
Las lecciones de la imaginación
Gobernación
Empobrecimiento, embrutecimiento
Como antes de la Revolución Francesa
El gesto más suicida
¿Tarugos todos?

Lo crucial y urgente
Anteayer mismo
Ecuanimidad o histerismo
Esa tendencia abominable
El mundo hiere
En favor de la ocultación natural
Cazuelas en los quirófanos
Si sólo vivieran los vivos
La conjunción de mil azares
¿Completos bobos?
Guarrería
Si yo fuera catalán
Aventuras criminales
Hasta cuándo esperan los libros
Por qué no están en el manicomio
Las vanidades heridas
¿Sólo antaño?
Una asfixia más
El artículo inútil
Tampoco hay que ser Sherlock Holmes
Mira lo que hago
El Terror de los Austrias
Siempre tarde y con olvido
Diccionario Penal
En la estela del FBI
Las mujeres son más jóvenes
Fiera herida
Se buscan razones para asesinar
Mundo antipatiquísimo
Cautivos
Notas
Sobre el autor
Créditos

Nota del editor

Este libro reúne los artículos publicados por Javier Marías en el suplemento dominical *El País Semanal* entre el 10 de febrero de 2013 y el 1 de febrero de 2015; dos años de labor columnística que dan un total de 95 piezas.

El lector asiduo sabe que es tradición que Marías escoja como título de los volúmenes recopilatorios el de uno de los textos. En este caso, el elegido ha sido «Juro no decir nunca la verdad», un artículo en el que se contrapone el noble propósito de no mentir jamás con la conducta enfermiza de hacerlo incesantemente, una conducta que la ciudadanía de nuestro país advierte sobre todo en el colectivo de los políticos patrios. El proyecto de ley del aborto del Gobierno del PP sirve al autor para ejemplificar la costumbre malsana de engañar sin descanso y con absoluto descaro. Aunque, naturalmente, Marías va más allá de señalar la mendacidad y la pieza contiene un brillante análisis de las estrategias más deleznables empleadas por los políticos para conseguir votos.

Pese a que no todas las semanas el autor trata asuntos de índole social o política, al leer seguidos los artículos se conforma una suerte de crónica de la etapa más dura de la actual legislatura de mayoría absoluta del PP (con un Gobierno, el del presidente Rajoy, que «ha hecho trizas el contrato social», como podemos leer en «La baraja rota», tal vez uno de los textos más deslumbrantes de este libro). Crónica de un intelectual comprometido que no se calla ante las tropelías de los que nos gobiernan y las desgrana y denuncia sin desmayo. Los temas que aborda no difieren demasiado de las reivindicaciones esenciales de los *indignados* del movimiento 15-M, sólo que Marías ya llevaba años clamándolas antes que ellos: los desahucios «legales pero ilegítimos e inmisericordes»; la aplicación sin argumentos de la Ley de Indultos; la desastrosa reforma laboral;

la Ley de Seguridad Ciudadana «de inspiración innegablemente franquista»; los innumerables casos de corrupción y la impunidad que les da cobijo; los recortes sangrantes en educación, investigación y sanidad; y el largo y bochornoso etcétera que por desgracia les sigue y del que nuestro autor también da buena cuenta. En *Juro no decir nunca la verdad* la impotencia y el hartazgo del ciudadano común están omnipresentes, así como las dolorosas consecuencias de la crisis y, en los últimos tiempos, la falacia de la tan cacareada recuperación económica. Gracias a su denuncia argumentada de los desmanes de los políticos y al ánimo que se trasluce de sobreponerse al pesimismo que de tanto en tanto lo asalta, los artículos de opinión de Marías —acaso *malgré lui*— se han convertido para muchos lectores en un refugio, en una auténtica «columna de resistencia» que da voz a la parte más razonable y menos demagógica de la sociedad, que no la tiene.

Hay más. Crónica política, sí, pero también sociológica, puesto que no son pocos los artículos en los que el autor pone el foco en determinados hábitos y comportamientos que le resultan chocantes o directamente perniciosos: el mal uso de las redes sociales como Facebook o Twitter, la poca conciencia que hay hoy en día del valor de los productos culturales, el incivismo de algunos sujetos, la xenofobia de otros, la superstición de las estadísticas y los porcentajes, los bulos que corren por Internet y de los que a menudo los medios de comunicación se hacen eco sin contrastarlos... Y sus fobias y filias, los clásicos del cine que adora y la recomendación de alguna película reciente, la evocación de su maestro literario Sterne y el emocionado adiós a Roger Dobson que le habló por primera vez del Reino de Redonda, la moda abominable de los *selfies* en los museos y de los programas televisivos de cocina, la «enorme catetada e imbecilidad» de la Marca España, los regalos peligrosos de su amigo Pérez-Reverte y los inofensivos de un matrimonio encantador, el fútbol que nunca falta y las villanías léxicas que exasperan al escritor. En el casi centenar de piezas que componen este volumen los lectores encontrarán al autor en plena forma, siempre irónico y guasón cuando conviene; la voz sabia de

Javier Marías que huye del trazo grueso y que matiza y argumenta; la voz culta que logra hacerse entender por todos.

Indultos a manos llenas

Les ruego que reconozcan sinceramente que, como me pasaba a mí, hasta hace muy poco no le habían dedicado un pensamiento a la Ley del Indulto ni a su aplicación en España. En lo que a mí respecta, suponía que era algo excepcional y que siempre se explicaba o argumentaba, al menos si alguien solicitaba al Gobierno argumentos o explicaciones de por qué se perdonaba la pena —es decir, se eximía de cumplirla— a un reo condenado, a alguien cuya culpa había sido demostrada en juicio. Me imaginaba que habría tres, cinco, diez indultos al año, algo así —no había prestado atención, ya lo confieso—, y que vendrían dictados por fundadas razones: la pésima salud o la avanzada edad de un preso, su terrible situación familiar, su claro arrepentimiento o su rehabilitación indudable, su falta de peligrosidad, la certeza de que no reincidiría. O bien su trayectoria anterior a la comisión del delito: hay personas tan útiles a la sociedad que su caída en *una* tentación, o su metedura de pata, o su momentánea flaqueza, no deberían pesar más que un largo historial de probidad y buen servicio. Por así expresarlo, el encarcelamiento de un individuo en conjunto honrado y benéfico, por un error o mala decisión no muy graves, puede no compensar, si se pierde más con su exclusión de lo que se gana con su castigo.

Si hemos empezado a preguntarnos por esta práctica es por la llamativa arbitrariedad de ciertos indultos recientes: cuatro *mossos d'esquadra* condenados por torturas, algún empresario o político o banquero, dos militares responsables del famoso accidente del Yak-42, un conductor *kamikaze* que mató a un hombre en su demencial carrera. En este último caso la única sospecha del posible motivo para la condonación es tan vergonzosa que más vale descartarla: al *kamikaze* lo habría defendido en su día un bufete en el que al

parecer trabajan un hermano del conocido miembro del PP Ignacio Astarloa y un hijo de Gallardón. Por contraste ha clamado al cielo que no se haya concedido el indulto, profusamente solicitado, a un ex-toxicómano que lleva a cabo tareas sociales desde hace tiempo, llamado Reboredo, mientras Esperanza Aguirre ha anunciado que va a pedirlo en persona para su temerario cachorro Carromero, tras ir corriendo a visitarlo, como una madrina, a la prisión en la que permaneció pocos días tras su celérico rescate de Cuba por el Gobierno.

¿Excepcionales los indultos, como uno se figuraba? En modo alguno. Resulta que todos nuestros Gobiernos, del signo que fueran, los repartieron con manga ancha. Suárez, 410 en menos de dos años; Calvo-Sotelo, 878 también en menos de dos años; Felipe González, 5.944 en trece y pico; Aznar, 5.948 en ocho; Zapatero, 3.378 en siete y pico; Rajoy lleva 501 en tan sólo uno. La suma total es de 17.059. Párense un momento: 17.059 personas convictas, una a una perdonadas. Se dice pronto, pero si se ponen a contar, antes de llegar a 50 ya se habrán aburrido, y todavía les faltarían 17.009. La media de indultados es de unos 500 anuales, más de uno diario, todos los días a lo largo de treinta y cuatro años. Y, claro está, eso significa que la labor de fiscales, abogados, policías, testigos, jurados, jueces, ha sido poco menos que inútil 500 veces al año. No es raro que la justicia vaya tan lenta, si se dedican horas y horas a probar delitos cuyas penas no se cumplen por capricho del Gobierno de turno. Porque, si uno echa un vistazo a la Ley de Indultos, descubre: a) que la que está vigente y se aplica, con mínimas modificaciones, data de 1870; b) que tal medida de gracia no es recurrible nunca: es una decisión gubernamental contra la que no caben alegaciones ni protestas; c) que dicha decisión es «discrecional», es decir, el Gobierno no está obligado a explicar por qué otorga un indulto; lo concede con absoluta opacidad o hermetismo, o con tenebrosidad, mejor dicho; d) que son susceptibles de esa indulgencia los reos de *toda clase de delitos*; luego, si mal no entiendo, lo son también los violadores y asesinos.

Sin duda se percatan ustedes del significado de todo esto: lo que establece la justicia, uno de los poderes supuestamente

independientes, fundamental en todo Estado de Derecho, puede quedar sin efecto y puede saltárselo a la torera el Ejecutivo (a través del Ministerio de Justicia, tiene guasa) si así lo decide, sin justificarse ante nadie y sin que quepa recurso alguno contra su arbitrariedad. Si un día se condena a los responsables de la trama *Gürtel*, éstos *podrán* ser indultados. Si un día se captura a Anglès, acusado de los crímenes de Alcàsser, y se lo condena en firme, *podría* ser indultado. Los etarras con delitos de sangre, los causantes de la matanza del 11-M, *podrían* ser indultados. Seguirían siendo culpables, su delito no sería «borrado» (esa posibilidad también existe, pero se llama amnistía, no indulto), pero se los eximiría de cumplir sus condenas porque así se le antojaría a un Gobierno. La cosa es tan flagrantemente injusta y tan loca que no se entiende que semejante ley, literalmente decimonónica, perviva y no esté derogada en 2013. Y aún menos que todos nuestros Presidentes se dediquen a hacer uso de ella, con ligereza y a manos llenas. Por ceñirnos al año pasado, 501 delincuentes (no presuntos, sino así declarados tras juicio) han sido puestos en libertad y perdonados. ¿Quiénes son? ¿Por qué motivo? La respuesta de nuestros gobernantes es esta siempre: «No tenemos que rendir cuentas a nadie, ni siquiera a quienes nos han elegido». Eso es todo.

10-II-13

Qué tonto fui

Escribo esto el día en que Mariano Rajoy se ha pronunciado por primera vez sobre las «cuentas de Bárcenas» a las que ha tenido acceso este periódico. Les ha negado todo crédito y veracidad, pese a que los grafólogos han dictaminado que la letra de esos estadillos se corresponde sin duda con la del ex-gerente y ex-tesorero del PP durante dos decenios. Bien, sería posible entonces que Bárcenas, a lo largo de los tres años —creo— transcurridos desde que se vio involucrado en el *caso Gürtel* y empezó a ser molestado por la justicia, se hubiera dedicado a confeccionar esas partidas de ingresos y gastos, pacientemente, en su casa, con el fin de protegerse o de arrastrar en su caída —un acto de despecho— al partido que primero lo defendió, lo mantuvo en su puesto pese a los indicios, le sufragó los gastos de abogados, y bastante más tarde lo defenestró y lo abandonó a su suerte. Cualquiera podría anotar que nos ha entregado a ustedes o a mí tales o cuales sumas en dinero negro, y esas anotaciones no constituirían ninguna prueba de que eso hubiera ocurrido en efecto. Algo tan detallado como las cuentas que hemos visto requiere dosis de imaginación considerables, es cierto, pero tiempo no le habría faltado a Bárcenas para desarrollar la suya. Contabilidad creativa, más que nunca. Todo puede darse. Nadie del PP, sin embargo, ha apuntado esta explicación hasta ahora: «Reconocemos que la letra es de nuestro ex-tesorero, pero lo consignado por él es una invención, una falsificación, una fábula, algo ficticio». Tal vez la ha impedido la admisión, por parte de unos pocos miembros del partido, de que algunas cantidades reseñadas se ajustaban a préstamos o donaciones recibidos por ellos, con muy nobles y comprensibles fines.

Al cabo de catorce meses desde las últimas elecciones generales, en las que el PP obtuvo casi once millones de votos, más del 44 %

de los sufragios y en consecuencia una mayoría absolutísima que le ha permitido hacer cuanto se le ha antojado sin que lo alterara ninguna voz discrepante (una situación de «despotismo legalizado»), uno se pregunta cómo se sentirán esos ciudadanos que le dieron carta libre. No me es fácil ponerme en su lugar, ya que jamás he votado a ese partido ni —dicho sea de paso— voté nunca al PSOE hasta 2004, cuando hasta Belcebú me parecía preferible a los Gobiernos de Aznar tras su Guerra de Irak y sus mentiras sobre el 11-M. Pero me da que estas sospechas de corrupción generalizada serán lo de menos para la mayoría. Habrá quienes digan: «Vaya novedad, ¿y qué esperaban? La sociedad entera no le hace ascos a un dinero extra, con excepciones. En todos los partidos habrá prácticas parecidas, como en tantas empresas, fábricas, comercios. Y aquí le parece ético a todo el mundo robar música, películas, libros, desde sus ordenadores». Habrá otros, más cínicos o fanáticos, que encontrarán «necesarios» los sobresueldos porque los habrían cobrado los suyos, mientras que los juzgarían vil codicia si los hubieran percibido otros. Y también los habrá escandalizados y asqueados, como lo estuvieron numerosos votantes socialistas ante la corrupción del PSOE en los años noventa. Sea como sea, quién sabe cuántos de aquellos once millones deben de estar pensando: «Qué tonto fui», cada mañana. Pero no por Bárcenas y sus aparentes revelaciones.

Son las personas que en catorce meses han visto cómo el Gobierno del PP ha incumplido todas y cada una de sus promesas electorales: cómo ha hecho una reforma laboral que deja los puestos de trabajo en precario, se pueden perder cualquier día sin apenas coste para el empresario; cómo eso ha añadido, sólo en 2012, más de medio millón de parados nuevos; cómo han bajado los salarios y la capacidad adquisitiva de la población en pleno; cómo se han subido a lo bestia el IVA y el IRPF que se había jurado dejar intactos; cómo las pensiones se han visto mermadas, los «dependientes» abandonados, la sanidad privatizada y encarecida, las medicinas bipagadas; la cultura despreciada y hostigada, la educación empeorada y con las tasas por las nubes; cómo, en cambio, a la Iglesia no se le ha rebañado un euro mientras sus

jerarcas callan ante la penuria de tantas familias; cómo, tras el abusivo incremento del IVA, cada vez hay más gente desesperada que no lo aplica, y así se extienden la economía sumergida y el dinero negro; cómo el Gobierno se ha ganado la enemistad de médicos, sanitarios, jueces, profesores, comerciantes, gente de orden en principio. De esos once millones, muchos votaron sin duda al PP con la encomienda de que nos aliviara la crisis, y se la encuentran ahora agravada y afectándolos a ellos directamente, en sus carnes; descubren que están aún peor que con Zapatero. Ven que se desmantela a toda prisa el llamado Estado de bienestar, con el pretexto de la coyuntura económica. Que los ciudadanos quedan desprotegidos y que sus impuestos se emplean en rescatar a la banca que aun así se niega a conceder créditos a particulares, empresas y tiendas, asfixiándolos. Ven que el consumo baja y baja, y que al Gobierno, extrañamente, le trae sin cuidado. Ven que sus altos cargos y asesores no se aplican las rebajas, mientras los jóvenes emigran. Me pregunto cuántos de esos once millones están totalmente arrepentidos de haber prestado su voto a quienes se lo prestaron, tras creer en sus promesas falsas. Cuántos no se levantan ya cada mañana diciéndose amargamente: «Qué tonto fui, pero qué tonto».

17-II-13

Villanía léxica

Un atento lector, en carta publicada aquí hace dos semanas, confesaba haberse llevado «una sorpresa desagradable» por mi utilización en un artículo del término «discapacitados», y me sugería que lo «retire» de mi vocabulario. Le agradezco el consejo, y que me proponga en su lugar «personas con discapacidad» o «funcionalmente diversas». Pues no, lo lamento. Ni este amable lector ni otros parecidos, con espíritu de policías del lenguaje, parecen caer en la cuenta de dos cosas: a) a un escritor (no a un funcionario ni a un notario) no se le puede pedir que renuncie a la riqueza y a la precisión de su lengua, y menos aún que adopte vocablos artificiales, nada económicos, a menudo feos y siempre hipócritas, que tan sólo constituyen aberrantes eufemismos, como si no sufriéramos ya bastantes en boca de los políticos; b) lo que molesta en general no son las palabras, sino lo denominado por ellas. Hay significados que antes o después acaban por «contaminar» o «manchar» el significante. Se juzgaron humillantes «lisiado» o «tullido», cuando lo cierto es que existen y siempre han existido lisiados y tullidos, como también mutilados (en el metro de mi infancia no eran raros los carteles que rezaban «Asiento reservado a los caballeros mutilados»). Se forjó entonces «minusválidos», pero al cabo del tiempo eso pareció asimismo ofensivo, y se pasó a «discapacitados», que ahora, compruebo, es condenable. Cualquier cosa que se invente acabará por resultarle denigrante a alguien, no les quepa duda. Y, lo siento mucho, pero en español quien no ve nada es un ciego, y quien no oye nada es un sordo. Lo triste o malo no son los vocablos, sino el hecho de que alguien carezca de visión o de oído.

Lo mismo ocurre con las palabras que denominan actividades o lugares digamos «embarazosos». «Váter», «retrete» o «excusado»,

que hoy nos suenan horteras si no groseros (nadie anuncia «Me voy al retrete»), fueron en su día eufemismos, tan neutros y carentes de connotaciones sucias que «váter» era de hecho un extranjerismo, adaptación y abreviatura de *«water closet»*, es decir, de «gabinete del agua» en inglés, literalmente. El significado ha ido invalidando, uno tras otro, todos los significantes elegidos. Otro tanto sucedió con *«Negro»,* en inglés un extranjerismo, un españolismo. Cuando se consideró que era peyorativo, se sustituyó por *«coloured people»*, «gente de color», hasta que eso pareció también discriminatorio, pues ¿acaso no tenía algún color todo el mundo? Entonces se pasó a *«blacks»*, lo mismo que *«negro»*, sólo que en inglés ahora. Pero eso tampoco duró más que unos años, y se inventó la ridiculez de *«African Americans»*, que los españoles racistas (esto es, los que evitan los términos meramente descriptivos y naturales) se apresuraron a traducir, y además añadieron esa otra ridiculez de «subsaharianos» para referirse a los negros que nada tienen que ver con América. Estén seguros de que alguien protestará en el futuro: «¿Por qué hemos de especificar nuestro remoto origen y llamarnos "afroamericanos", cuando los blancos no especifican el suyo y no se llaman "euroamericanos"? Volvemos a estar discriminados». Y así podríamos seguir poniendo incontables ejemplos. Lo único que se consigue con esta quisquillosidad insaciable es desnaturalizar y desvirtuar las lenguas, convertirlas en algo plano, inexacto e inservible. Lo he dicho otras veces, pero se ve que toca repetirlo.

Lo curioso de España es que, mientras se ejerce esta estricta vigilancia de lo «incorrecto», a nadie le preocupa —qué contraste— que seamos un país inverosímilmente zafio y grosero. Cada vez que se le queda un micrófono abierto a un político; cada vez que aparecen grabaciones o *emails* entre ellos o entre personas en principio educadas y con responsabilidades, nos encontramos con tacos o con alusiones sexuales de dudoso gusto: entre las más recientes, la firma «Duque de em... Palma... do» a cargo del Duque de Palma, y «Ahí has estado muy torero», como le escribía un fulano a otro que se había jactado de tirarle los tejos a esa amiga del Rey llamada Corinna. ¿Sonamos todos así, cuando estamos en privado? Tengo amigos que así suenan a veces, y algún taco suelto yo de

tarde en tarde, no voy a negarlo; pero la mayoría no, en absoluto. En realidad no hace falta rebuscar en las charlas privadas. Encendí la televisión ayer, y de buenas a primeras, en horario estelar, me saludó esta frase en una serie nacional de gran éxito: «Como me sigas haciendo chorrear, me van a salir escamas en el potorro». No estoy muy seguro de haberla entendido, pero creo que sí, y no es de recibo, ni en un diálogo humorístico. Luego, en una tertulia, dos bestiajas queridas y muy populares me soltaron, respectivamente: «Tengo unos ovarios así de grandes y los pongo encima de la mesa», y «Lo digo porque me sale del chichi». Todo esto se considera normal, o incluso gracioso. Para mí es una degradación, no ya del lenguaje que todo lo admite, sino de la cortesía mínima entre personas. Esta «normalidad» sería inimaginable en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, en Francia y Alemania y también en Italia, que se nos parece más, pero no en esta villanía léxica deliberada y celebrada. Aquí se cree que la forma de hablar no influye en los comportamientos. A mi parecer lo hace, y mucho, y así no es de extrañar que nos hayamos convertido en un país rastrero y corrupto, que no se tiene el menor respeto a sí mismo.

24-II-13

Que no dimitan

Si no fuera todo tan ultrajante y la gente no estuviera sufriendo tanto; si durante un año de Gobierno del PP no se hubieran creado más de medio millón de desempleos nuevos y no se estuviera asfixiando a los ciudadanos con subidas continuas de impuestos y bajadas de salarios; si no hubiera tantos desahucios legales pero ilegítimos e inmisericordes, y los bancos salvados por el dinero de la población no estuvieran negándole modestos créditos a esa misma población para salir adelante, habría que celebrar este periodo y agradecer a ese partido, el Popular, que nos obsequie día tras día (ayudado por las demás formaciones, justo es reconocerlo) con espectáculos de hilaridad incomparable.

Ya saben, uno se harta de lo malo, y hay jornadas en las que el ánimo se rebela contra el abatimiento. Si a la situación indignante y deprimente añadimos un espíritu alicaído incesante (no que no haya motivos), entonces no se puede vivir. Así que a ratos uno logra mirar el entorno con distanciamiento, como si la catástrofe no fuera con uno ni con sus allegados, y se descubre soltando carcajadas encadenadas. El Gobierno, su partido y sus portavoces recuerdan cada vez más al piloto de coches Carlos Sainz, que padece calamidades inverosímiles en las pruebas que disputa desde hace demasiados años. El hombre intenta explicárnoslas y maldice su mala suerte, pero ha llegado un momento en el que, lejos de dar lástima, su empeño se ha convertido en algo cómico. ¿Qué le puede acaecer ahora?, se preguntan sus seguidores, confiando, en el fondo, en que por una vez salga airoso de sus competiciones. Al fin y al cabo no hace ningún mal ni engaña, y nadie le desea el infortunio. Los políticos (los más) son otra cuestión: ellos sí dañan a incontables personas, y tratan de engañar a la mayoría.

Pero, con todo, no me digan que no tiene gracia que el mayor hazmerreír del momento, un tal Floriano, se ponga un día ante las cámaras, con sus espantosos corbatones de *gangster* secundario, y suelte que es imposible despedir legalmente a un tal Sepúlveda, ex-marido de ministra implicado en la trama *Gürtel*, y a la mañana siguiente sus jefes despidan a ese ex tan legal y tranquilamente. O que jure que el ex-tesorero Bárcenas está apartado del PP desde hace tiempo y acto seguido se descubra que hasta anteayer estaba cobrando de él no se sabe si un finiquito generoso o un generoso sueldo raro. O que el propio Bárcenas asegure que la letra de sus supuestas cuentas no es la suya, y a continuación un batallón de grafólogos expertos dictamine que le pertenece sin asomo de duda. O que Montoro grite (con su vocezuela) que nadie inmerso en un proceso se ha beneficiado de su amnistía fiscal y en seguida aparezca una lista de reos acogidos a su merced. O que Wert reduzca el número de profesores, incremente el de alumnos por aula, suba las tasas universitarias a lo bestia y al instante anuncie que con todo eso la educación va a mejorar un huevo. O que ese Ignacio que nos ha dejado en malhadada herencia Esperanza, se ponga hecho un basilisco con el obispo de Getafe por advertir éste de los peligros de Eurovegas y lo mande a ocuparse de sus competencias —es decir, a cerrar el pico— cuando a él y a su partido les ha parecido siempre de perlas que los obispos se manifestaran furiosos contra leyes aprobadas por el Parlamento y aceptadas por la sociedad en su conjunto. O que Rajoy reconozca carecer de palabra y haber incumplido todas sus promesas, tras haber pedido dos minutos antes que se le crea cuando niega haber cobrado jamás dinero *negro*. O cuando publica, muy ufano, sus declaraciones de la renta para «demostrar» que nada oculta, cuando a Hacienda, justamente, no se le va a enseñar ninguna irregularidad ni sobresueldo; es como si un sospechoso de tráfico de drogas invitara a la policía a registrar su domicilio, donde es evidente que ningún presunto narco guardaría sus alijos. O que se descubra que hay un restaurante barcelonés por el que pasaban todos los políticos de todas las formaciones —no sé cómo no se chocaban—, las cuales, al parecer, encargaban espiar a sus rivales y correligionarios, con

micrófonos bajo las mesas clave, a la misma agencia de detectives, que no debía de dar abasto y que tal vez, armada un lío, entregaba las grabaciones a quien no correspondía. O que Gallardón, tras encarecer los trámites para apelar a la justicia, declare que así ésta estará más al alcance de todos, incluidos los pobres. O que Camps y Barberá, además de trajes y bolsos caros, hicieran honor a su españolidad recibiendo de una empresa regalos tan nuestros como jamones y vino. Jamones y vino.

Hay días en que uno se sobrepone al panorama tétrico, y entonces lo ve todo tan chistoso que, lejos de unirse a las voces que piden la dimisión de este Gobierno y de otros políticos de diferentes partidos, desea que duren, que no se vayan, que sigan haciendo el idiota y soltando memeces, provocando la irrisión de la ciudadanía, rizando el rizo de la majadería, justificando los desmanes y embustes con razonamientos ridículos (es un decir, lo de razonamientos); y que continúen exhibiendo en televisión a ese Floriano que, si no fuera tan atravesado, guardaría cierta semejanza con Chico Marx, el soso de los famosos hermanos; con sus corbatones. No me digan que, dentro del desastre, no es un detalle que nos diviertan tanto.

3-III-13

En los años de la distracción

Leí hace unas semanas, en la revista *Qué leer*, una entrevista con Muñoz Molina a propósito de su nuevo libro, un ensayo de actualidad. «Es que no hemos estado a la altura de las circunstancias casi nadie», decía sobre la catastrófica situación en que hemos venido a parar. «El único que ha estado a la altura ha sido El Roto.» Y más adelante añadía: «Cuando hablo de la pérdida del espíritu crítico pienso en gran medida en mis propios colegas». Dado que Muñoz Molina suele ser persona sensata y no proclive a las declaraciones chillonas, imaginé que podría tratarse de una inexactitud en la transcripción. Pero días más tarde, en la entrevista que Soledad Gallego-Díaz le hacía en este dominical, vi que volvía a la carga y no había lugar al error: «Hablábamos antes de intelectuales. En ese sentido, el único intelectual comprometido que había en España en 2007 era El Roto». Tales comentarios vienen después de que el autor, según cuenta, se haya zambullido en la hemeroteca de este periódico, con vistas a escribir su obra. Muñoz Molina se incluye, desde luego, entre esos intelectuales distraídos, y bueno, puede ser: fiándome sólo de mi memoria, tengo la sensación de que lleva años escribiendo en prensa, principalmente, sobre exposiciones neoyorquinas, fotógrafos, intérpretes de *jazz*. Lo cual me parece muy lícito y jamás se me ocurriría reprochárselo, menos aún teniendo en cuenta que pasa la mitad del año en Nueva York. Por eso me extraña que él se permita ofender al conjunto de sus «colegas» con unas afirmaciones que en el peor de los casos parecen una falsedad y una injusticia, y en el mejor una exageración a la ligera.

Muñoz Molina es enemigo de los tópicos sin fundamento, y en esas entrevistas se revuelve contra el de las dos Españas, o contra aquel otro que insiste en que la Guerra Civil fue inevitable. Eso hace

aún más inexplicable que se apunte ahora a uno de los lugares comunes más llamativamente falsos que pululan por ahí y que oímos y leemos repetidos por doquier, tanto en voces y plumas de izquierda como en las de la extrema derecha: el supuesto «silencio de los intelectuales» en nuestros días y en nuestro país. Resulta desconcertante que la propia Gallego-Díaz, aguda periodista, asuma como cierto el tópico, cuando no es precisamente de quienes callan o rehúyen la confrontación. Y todos admiramos el talento y la capacidad de síntesis de El Roto, pero él hace viñetas tan sólo, a las cuales, por fuerza, y por certeras que sean, les falta la argumentación. Gallego-Díaz, en cambio, argumenta siempre, y con frecuente brillantez. Y no otra cosa suelen hacer, y vienen haciendo desde hace muchos años, por ceñirnos a colaboradores de este diario, Savater, Vargas Llosa y Pradera, Ramoneda y Julià, Azúa y Grandes y Millás, Torres y Rivas y Cruz, Montero y Lindo y Aguilar y otros que no caben aquí, y eso intenta también quien esto firma. Nos pueden gustar más o menos sus respectivos estilos, sus ideas, su forma de argumentar. A algunos los podemos encontrar detestables, demagógicos y a menudo errados, pero lo que en ningún caso cabe decir es que no hayan estado «comprometidos». Que no hayamos alertado, cuando sucedían, de los abusos de las constructoras y de los alcaldes, de la especulación inmobiliaria y la destrucción del país, de la megalomanía de las comunidades autónomas, del despilfarro sin rendición de cuentas, de la corrupción, del deterioro de la política. No puedo tener memoria de lo que cada uno ha escrito como la puedo tener de lo mío, pido disculpas por poner un ejemplo que me concierne: pero, en 2010, publiqué una recopilación de ochenta y cuatro artículos de índole política y social (compuestos entre 1985 y 2009), titulada *Los villanos de la nación*, y ese título era el de una pieza en la que calificaba de tales justamente a los constructores, a los alcaldes y a los consejeros autonómicos. ¿Sólo ha existido «El Roto, como una isla en la que aparecía, un día tras otro, ladrillo, corrupción e injusticia», según asegura Muñoz Molina?

Como si no hubiera en España demasiadas cosas que están mal, tendemos a decir que lo está *todo*, incluso lo que está bien. En las

encuestas sobre la confianza que inspiran o la aprobación que merecen los distintos colectivos e instituciones, «los intelectuales», cuando figuran (no siempre), obtienen bastante alta consideración. Otra cosa no, pero aquí la mayoría no estamos callados, por fortuna, aunque no siempre argumentemos con brillantez. Cada uno hace lo que puede, pero al menos valor no ha faltado. Ni falta ahora, cuando, con el actual Gobierno, los críticos nos exponemos cada vez más a represalias oficiales y a infundios e inquinas de sus secuaces periodísticos. A la actriz Maribel Verdú le han caído chuzos de punta —incluidas portadas de diarios nacionales— por condenar los desahucios en la gala de los Goya, como el 90 % de la población, sólo que sin gala. Lo mismo a Candela Peña y a otros del gremio. Cuando hace meses rechacé el Premio de Narrativa del Ministerio de Cultura, pese a dejar bien claro que mi postura habría sido la misma de haber gobernado el PSOE, otro de esos diarios nacionales —en el sentido de ahora y en el de 1936— me dedicó nada menos que tres artículos tirando a afrentosos. También a Muñoz Molina le han llovido a veces injurias, de diarios de esos o no. Le rogaría que mirara un poco mejor la hemeroteca, quizá vería que sus «colegas» no lo hemos hecho tan mal ni hemos perdido del todo «el espíritu crítico» en los años de la distracción.

10-III-13

Descrédito y deserción

Al lado de todo lo demás que está pasando, puede parecer secundario, anecdótico, poca cosa. Y sin embargo no lo es: la televisión sigue siendo el principal medio por el que la gente se informa, pese a Internet y sus redes sociales, y aquí está muy arraigada la costumbre de mirar los telediarios de La 1 de TVE. Herencia lejana, supongo, de los tiempos de la dictadura en los que sólo había una cadena. Pero también hay otro factor: los ciudadanos son conscientes de que dicho «ente», como se lo llamaba antaño con comicidad involuntaria, es de todos, es el «nuestro». No en balde está y siempre estuvo sufragado por dinero público, procedente de los impuestos que pagamos. En sus informativos hay una figura de continuidad que da cuerpo a esa sensación y a esa idea: no sé cuántos años lleva la excelente Ana Blanco dándonos las noticias de las tres, pero sin duda son muchísimos. Es el rostro de ellas, hasta el punto de que ningún Gobierno ha osado descabalgarla de su puesto, como sí han hecho unos u otros con los demás presentadores. Su grata y continuada presencia nos transmite estabilidad, y aun inmutabilidad, y estamos acostumbrados a que lo dicho por ella *parezca* de fiar. No siempre ha sido así, claro (Urdaci, Urdaci); al fin y al cabo sus palabras no son suyas, ni ella ha sido nunca jefa de informativos. Desde hace un año, quienes llevamos lustros viéndola y escuchándola creemos percibir que está levemente a disgusto, y si digo «levemente» y «creemos» es porque ella, profesional impecable, no se permite dejar traslucir sus sentimientos. Pero hay tantos fallos hoy en día que resulta imposible no notarle cierto mínimo sonrojo, cierto bochorno, cierto apuro, ante las imágenes que no coinciden con lo explicado, los rótulos equivocados o llenos de faltas de ortografía, las entradas en falso de los corresponsales, lo mal que hablan y se explican muchos de

éstos. Los telediarios de La 1 de TVE se han convertido en una muestra constante de incompetencia, y eso debe de herir su orgullo.

No es esto lo peor, no obstante. Los del equipo anterior llegaron a ser bastante buenos y objetivos. Al menos daban *todas* las noticias que lo eran de veras, y en consecuencia fueron profusamente premiados, tanto aquí como en el extranjero, donde se llegó a considerarlos mejores y más completos que los muy afamados de la BBC. Por eso clama al cielo lo que han logrado, en tiempo récord, los actuales presidente de RTVE, González-Echenique, y director de informativos, Somoano, el cual procedía de un canal tan «clandestino» y ruinoso como la TeleMadrid de Esperanza Aguirre, cuyos noticiarios fueron nulos porque casi nadie se fiaba de ellos ni se molestaba en verlos. Estos dos individuos —y el PP, que los ha nombrado— no parecen estar enterados de que la censura es anticonstitucional en España desde hace más de tres decenios, así que ocultan y escamotean o minimizan, de manera escandalosa, cuanto no conviene o agrada al Gobierno. Manifestaciones, protestas, brutales cargas policiales ante el Parlamento, declaraciones contrarias a su política, datos económicos negativos para su gestión, meteduras de pata o palabras inconexas —tan frecuentísimas— de sus dirigentes... Su parcialidad resulta grotesca, y el descrédito de los telediarios aumenta de día en día, como la masiva deserción de espectadores. Su audiencia registró un mínimo histórico en la última semana de febrero.

Justo en esa semana vi algunos de ellos: pese a los recortes presupuestarios, TVE desplazó un equipo de por lo menos cuatro personas (incluida la sufrida Ana Blanco) a Roma, durante dos jornadas, para cubrir *in situ* algo que no tenía mucha historia ni misterio: el adiós ya anunciado de Benedicto XVI. Los informativos de esos días fueron monográficos, publirreportajes del Vaticano, del que se ocuparon durante cerca de media hora en cada ocasión, con conexiones varias. Como era eso, propaganda, se nos relató no sólo lo poquísimo que estaba ocurriendo, sino la historia apasionante de los zapatitos rojos de Ratzinger y de los futuros marrones, la de sus cocineros y guardias suizos, se hizo un largo repaso de sus visitas a España («momentos placenteros de su pontificado»), contaron

intrascendentes anécdotas un montón de prelados, hablaron sus jóvenes *groupies*, por supuesto no hubo una sola palabra crítica —ni siquiera interesante— de nadie. Parecían los tiempos de la cadena única franquista, cuando la televisión se ponía a los pies de la Iglesia (franquista) cada vez que a ésta se le antojaba. Mientras tanto, de la noticia que abría todos los periódicos de una de esas jornadas (el ex-tesorero del PP, Bárcenas, había demandado a su partido por «despido improcedente»), ni rastro, o tal vez uno muy tenue y breve, ni me acuerdo ni importa: el efecto fue de que lo único que sucedía en el mundo durante dos días enteros era la marcha del Papa, la cual de incierto tenía ya poco.

Echenique y Somoano no serán recordados por nadie, pero deberían serlo como los más veloces destructores de los telediarios tradicionalmente más vistos por los españoles. No se sabe si les trae sin cuidado que la gente huya de ellos como de la peste o si es lo que buscan, para luego poder decir su Gobierno que la televisión pública no es rentable ni «viable», y así fabricarse una coartada para privatizarla. En todo caso están llevando a cabo un monumental hurto a los ciudadanos, que son quienes han edificado, posibilitado y financiado ese «ente» desde hace más de medio siglo. No es aceptable que nos lo secuestren dos tipos desconocidos, ni ningún Gobierno conocido y temeroso de las verdades.

17-III-13

Hijo del Papa

Para cuando lean ustedes esto, es seguro que ya habrá nuevo Papa —no sé cómo a mis colegas de la RAE se les ha ocurrido que se debe escribir con minúscula, lo mismo que «papa frita»; ni caso— y estarán hartos de verlo y de oírles sus proezas previas a los infinitos vaticanistas, vaticanólogos, vaticanófilos y vaticanóglotas que de la noche a la mañana han brotado en los medios de comunicación españoles. Yo tecleo estas líneas un par de días antes de que comience el cónclave. La semana pasada me quejaba de la matraca de TVE con este asunto desde que a Ratzinger se le antojó volver a su ser primigenio. Sin tantísima pleitesía, el resto de la prensa ha dado también la suficiente murga —y la que dará con el inminente pontífice, señores— como para justificar la terrible pesadilla que tuve hace poco.

Vayan por delante mis disculpas: no soporto que en las novelas y películas, ni en los artículos, se cuenten sueños. «Si esto no ha pasado», pienso, «está de sobra, es un pegote, vale todo, a quién le interesa». Hasta la serie *Los Soprano*, que me parece a la altura de *El Padrino* en su género, incluía algunos episodios oníricos que la rebajaban y la hacían cansina mientras duraban. Y una de las novelas más celebradas de los últimos años, *2666*, de Bolaño, no se ahorraba el relato pormenorizado, insulso y pesado, de un montón de sueños (ni de una conferencia íntegra) que la lastraban sobremanera. Así que no me perdono incurrir en eso que detesto, aunque sea sólo por segunda vez y brevemente.

Sufrí la pesadilla de que mi padre, muerto hace siete años, era el elegido como nuevo Papa. La cosa es descabellada, pero no tanto como pudiera parecer a primera vista si les recuerdo o comunico que Don Julián, pese a haber vestido el uniforme de la República y haberla defendido no con las armas (no le tocó combatir) pero sí en

la radio y en la prensa escrita; pese a haber pasado por la cárcel franquista al final de la Guerra, haber sido represaliado por el régimen y haber sido atacado ferozmente por la Iglesia española en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, era y siempre fue católico y escribió más de un texto sobre el cristianismo. Lo recuerdo entusiasmado en su día con Juan XXIII y su Concilio, y más tarde con Tarancón, y, en sus últimos lustros, fue miembro del Consejo Pontificio de la Cultura, junto con otros intelectuales de diversos países, durante el papado de Wojtyla. A mí, que no compartía sus creencias, todo esto me desasosegaba, pero claro está que lo respetaba. Lo cual no me impedía —como a mis hermanos tampoco— tomarle un poco el pelo de vez en cuando, afectuosamente: «Ya que eres viudo desde hace mucho, ¿por qué no te ordenas?», le decía. «No estoy muy enterado, pero creo que a los viudos los admiten. Quizá te daría tiempo a llegar a obispo.» Su respuesta era invariablemente: «Hay que ver, no perdéis ocasión de decir majaderías».

El sueño me produjo un tremendo sobresalto seguido de espanto. Vi a mi padre disfrazado de Papa, de blanco, con el capelo o como se llame (perdonen los vaticanópodos sobrevenidos, ignoro estos detalles), sonriente con su mentón partido o hendido. «¿Y ahora qué hago, cómo llevo esto?», pensaba yo alarmado. «Ahora resulta que soy hijo del Papa. Como César Borgia, sólo que hoy es mucho más chocante que en su época que los pontífices tengan vástagos conocidos. También soy menos malo, algo es algo.» En la pesadilla, con todo (ya saben cómo la duración se alarga en ellas), me dio tiempo a reponerme del susto y entrar en consideraciones prácticas. «Se le va a llenar la casa de curas y monjas», me dije, refiriéndome a la de mi padre. «No se va a poder aparecer por allí, santo cielo.» Y a continuación, tras ponderar la difícil vida que me aguardaba, reflexioné: «Bueno, quizá pueda influir algo en él. Un Papa, sea quien sea, no va a cambiar muchas cosas, pero quizá lo convenza de que no condene el uso del condón en todos los casos, por ejemplo (eso vendría bien en África): que diga que si su empleo no tiene como fin impedir la creación de seres nuevos, sino la propagación de enfermedades, es aceptable según la conciencia de cada cual. Él,

que ha estado casado, ha de saber que la castidad perpetua es imposible, e incluso contraproducente». Y aún maquiné otro consejo que procuraría darle: «La Iglesia está en un error, y en el fondo se contradice, al oponerse tan furiosamente a los matrimonios homosexuales. Éstos son, en realidad, un triunfo suyo y de su concepto tradicional de la familia, que, lejos de verse amenazada, se ve fortalecida. Si los homosexuales quieren formarlas, es que también a ellos les parecen buena cosa, algo deseable. A diferencia de lo que ocurrió durante siglos, han comprendido las ventajas del contrato amoroso y ansían procrear, aunque sea con métodos por fuerza "heterodoxos"; a la postre muchos se han hecho gente convencional y de orden; y aunque sus matrimonios sean obligadamente civiles, en cierto sentido han acogido las enseñanzas de la Iglesia. Cuantas más personas quieran matrimoniar y fundar familias, más se robustecen las dos instituciones». Y ya no me dio tiempo a ocuparme de más cuestiones. Desperté, por fortuna, y sentí tanto alivio de no verme más como hijo del Papa que inmediatamente me sobrevino un contento ataque de risa.

24-III-13

Delaciones muy cristianas

Hace unas semanas me referí de pasada a las portadas —nada menos— y reportajes y artículos que les habían caído, en la prensa más secuaz del Gobierno, a Maribel Verdú y a la demás gente de cine que en la gala de los premios Goya se atrevieron a hacer alguna crítica a la innegablemente desastrosa situación económica, en la que sobre todo están padeciendo las clases pobres y medias y de la que es muy responsable ese Gobierno. Con una puerilidad ridícula, sólo comparable a su mala fe —sólo que ésta casi nunca es ridícula —, dicha prensa vino a defender esta tesis anticuada y grotesca: «Si ganas dinero y posees alguna propiedad, si te va bien y vives bien, no tienes derecho a meterte con el capitalismo; menos aún a censurar las injusticias de los políticos al servicio de ese sistema; ni siquiera a afearles que hayan incumplido todas sus promesas electorales, favorecido los desahucios a menudo abusivos e inmisericordes, subido todos los impuestos y bajado los sueldos de los funcionarios, recortado brutalmente en educación, investigación, sanidad y cultura, y además se nieguen a dar explicaciones sobre los graves indicios de corrupción y financiación ilegal que pesan sobre su partido; ni siquiera tienes derecho a llamar la atención sobre la desgracia a que están abocadas muchas personas».

Esta prensa, mucha de ella «profundamente religiosa y católica», se delata a sí misma con el anterior razonamiento, ya que lo que viene a decir es también esto: «Hay que ahondar la separación entre ricos y pobres. Si uno es lo primero, tiene que desentenderse de los segundos, ahí se pudran, y cerrar filas con *todos* los ricos, a los que pertenece. Está obligado a apoyar la exclusión de los desfavorecidos y torpes, o su marginación, o su hundimiento. Ha de estar a favor de la banca, de los grandes empresarios y de los políticos que los protegen». Para esos periodistas, no existen diferencias respecto a la

forma de haber hecho fortuna. Y sin embargo no es lo mismo haberla hecho con el propio trabajo o con la propia suerte, sin robar, engañar, estafar, explotar ni corromper a nadie, que haberla conseguido gracias al esfuerzo ajeno, a la especulación, a la usura, al aprovechamiento de los apuros de otros, al latrocinio, al enchufe o al amiguismo. Con esto no quiero decir que todos los bancos y los grandes empresarios se hayan dedicado a eso. En absoluto. Pero sí que difícilmente los actores, músicos, escritores, pintores y artistas en general han podido incurrir en nada de ello. No es tan improbable en el caso de productores, editores, etc. Pero lo que son los «creadores» —como se los llama cursimente—, lo tienen casi imposible. Si a una actriz se le paga un gran sueldo, es porque los espectadores han decidido que les gusta ir a verla en masa, y no les quepa duda de que quien le ofrece ese salario sabe que va a enjugar el gasto y además a obtener beneficios. Lo mismo ocurre con el cantante cuyas canciones se escuchan o con el escritor cuyas novelas se leen. Estos últimos suelen percibir sólo el 10 % de lo que al comprador le cuesta su libro, y el resto va al editor (que ha arriesgado su dinero), al distribuidor y al librero. Es mucha la gente que depende de que un «creador» de éxito «cree» algo nuevo... y le vuelva a sonreír la suerte, que jamás está garantizada.

En el diario católico por excelencia, veo un reportaje titulado «El capitalismo sienta bien a los actores más críticos», en el que, a lo largo de tres páginas enteras, se detalla, en plan denuncia *McCarthista*, lo que éstos poseen, con algunos datos que deben de ser privados y provenir, por tanto, de un informante de Hacienda. ¡Y vean qué escándalo! La actriz A tiene un apartamento de 50 metros en su localidad natal y un piso de 90 en Madrid, cómo osa criticar nada. La actriz B, que se refirió a los desahucios, hizo hace años un anuncio de hipotecas (¿es que todas son engañosas?) y es propietaria de tres o cuatro pisos, alguno junto con sus hermanas, qué canallada. Y su marido es productor de éxito, menuda infamia. El cómico C, «que todo lo critica», se compró «un unifamiliar» con una hipoteca de La Caixa, como si no hubieran recurrido a ellas todos los españoles —incluso los banqueros más acaudalados— que han adquirido una casa. Y así uno por uno de los que se atrevieron a

alzar la voz en los Goya. El lector manipulable, el ingenuo, el fanático o el meramente idiota, exclamará: «Qué pandilla de cínicos». Y el reportaje-delación contribuirá a que quien las está pasando canutas se cabree con los actores por tener éstos dinero... todavía. No se parará a pensar en que lo han ganado honradamente y sin abusar de nadie.

Vivimos en un sistema capitalista (ahora muy salvaje y despiadado), lo hemos elegido o nos lo han servido, tanto da. No nos queda más remedio que adecuarnos a él, pero eso no nos impide preocuparnos por los demás, procurar que no se los esquilme ni engañe, que no se los saquee ni se los arroje a la indigencia, independientemente de nuestra particular fortuna. Es lo que el catolicismo ha dicho predicar siempre. Algunos de los periódicos más beatos y papistas, sin embargo, se indignan porque los agraciados no se olviden de los desdichados y despojados, y presentan a aquéllos como poco menos que a bandidos. ¡Tienen pisos y empresas, fíjense, qué sinvergüenzas! Eso se llama, en efecto, espíritu cristiano.

31-III-13

Ladrones de Heathrow

Es 23 de marzo. En la televisión de mi hotel londinense, veo que cae una fuerte nevada, impropia de la época, en Escocia, parte de Gales y el norte de Inglaterra. Pero no en Londres. Desde el taxi que me lleva a Heathrow le mando a una persona un SMS en el que, con precisión léxica, le comunico: «Nevisca». No «Nieva», sino «Nevisca», porque eso es lo que pasa, que cae una aguanieve, no más. Algo de viento también, pero vaya, nada del otro mundo, sobre todo para esas latitudes septentrionales en las que están más que acostumbrados. Pero no: hoy en día cualquier mínimo contratiempo se convierte en catástrofe, así que cuando llego al aeropuerto, con tiempo de sobra, veo que mi vuelo de British Airways ha sido cancelado, lo mismo que otra veintena o más. Indago, y finalmente me envían a una cola de no demasiados pasajeros (es la de clase *business*), en la que sin embargo me tiro tres horas de reloj, tres, hasta alcanzar uno de los dos mostradores, dos, en que nos atienden. Tres horas de pie (no quiero ni imaginar cuánto les tocaría esperar a los de clase turista), junto con gente que va a París, Roma, Ginebra... Cuando por fin llega mi turno, me ponen en lista de espera para un avión más tardío y me dicen que me acerque a una «zona» (vaga definición donde las haya), en la que, si tengo suerte, me llamarán por mi nombre. No falta mucho para que despegue ese segundo vuelo, así que lo habitual en estos casos: nervios, incertidumbre, el oído aguzado para reconocer mi apellido cuando alguien decida vocearlo, sin micrófono ni nada, con pronunciación *sui generis*. Al cabo de un rato se produce lo ansiado. Una joven semiafónica grita algo así como «Mr Yáviah Márias». Suelto mi maleta en una cinta, me dan una carta de embarque, me apresuro por los pasillos con mi bulto de mano (una maletica mínima y medio

vacía), en busca de la puerta correspondiente. Voy con el tiempo justísimo, casi a la carrera.

Pero ah, hay que pasar el control, desde luego. En una bandeja deposito abrigo, chaqueta, cinturón, monedas. En otra, la maletica. Ambas son consideradas sospechosas y, en vez de seguir su curso recto, las desvían. Como si no hubiera el caos que hay en Heathrow tras tantas cancelaciones; como si la gente no llevara horas aguardando y haciendo colas; como si los pasajeros contáramos con todo el tiempo libre del mundo, los encargados de seguridad se lo toman con calma. Nadie hace caso de mis dos bandejas apartadas, durante varios minutos. Por fin un tipo calvo y de aspecto raquítico se me acerca con ellas. Ignoro por qué levantaron sospechas mi abrigo y demás, sobre eso no se me interroga. «Hay que abrir la maletica», dice. «Adelante», y se la abro. De mala manera, empieza a inspeccionar los pocos objetos que hay en ella, uno por uno. Coge un cenicerito con tapa que llevo siempre, por si acaso. «Esto qué es.» «Un cenicero.» «Es metálico», observa con tono levemente acusatorio. «Sí, es metálico, ya lo ve.» «¿Y esto?» «Para medir la tensión» (mi médico, el Doctor Vidal, me obliga a controlármela). «¿Y esto?» «Ya lo ve, un reloj despertador de viaje.» Lo abre, lo mira, le pasa una especie de cepillito por encima, como a un par de libros, que además olisquea. «¿Y esto?» «Un adaptador», es decir, lo que yo siempre he llamado un ladrón, que, cuando viajo al Reino Unido, me permite utilizar los enchufes continentales de dos clavijas (allí tienen tres). Ahora rebusca en el neceser. El de los líquidos, tijeritas, cuchillas y otras armas de destrucción va en la maleta facturada. En este otro, sólo cosas inocuas. Pero una botellita mínima de plástico, de nueve centímetros de alto (luego permitida) y medio vacía, lo alarma. Se la acerca a una compañera, para que la huela. Y allí veo a los dos, a distancia, tratando de oler el contenido, una escena ridícula. Se me aproxima de nuevo. «¿Qué es este líquido?» Se me ha olvidado el término inglés (no es raro, compruebo luego en casa que es difícil de recordar: *«hydrogen peroxide»*). «¿Cómo es en su lengua?», pregunta. «Agua oxigenada», respondo. Lo repite varias veces como si le gustara el conocimiento adquirido. «¿No es alcohol?» «No. Olería si lo fuera.»

«¿Para qué es?» «Para detener hemorragias. A veces me corto al afeitarme.» Estaba ya desesperado, iba a perder el segundo vuelo. «Quédeselo. ¿Puedo seguir ya?» «Agua oxigenada *confiscated*», dictamina muy ufano. De mala manera arroja mis cosas a la maletica. La cierro y salgo corriendo, aún he de encontrar mi puerta de embarque.

En Madrid descubro que me faltan cuatro objetos: el cargador del móvil de viaje; el adaptador o ladrón. ¿Qué podía hacer en el avión con tan infernales instrumentos? En todo caso, el tipo calvo no los declaró «confiscados». No los devolvió, sin más. Pero tampoco están la calculadora y mi bonito despertador Dalvey. Encima de desconsiderados, ladrones. Llevaba tanta prisa que nada comprobé. Uno solía confiar en las autoridades británicas, no era país de chorizos. Uno se pregunta cuántas cosas apetecibles no habrán requisado por las buenas algunos de estos individuos en todos los aeropuertos del mundo, abusando de su poder. ¿Un despertador es un peligro? ¿Desde cuándo? Al tipo le gustó el mío, eso es todo. Aunque sea una minucia, causa indignación. Cuánta más no han de causarnos las decenas de políticos y funcionarios corruptos con cuyas hazañas nos desayunamos a diario desde hace meses y meses. El abuso de autoridad es imperdonable, pero en él vivimos instalados.

7-IV-13

Como si fueran comunistas

Pongamos que ustedes o yo somos chipriotas, lo cual podríamos llegar a ser en cualquier momento, dadas la nefasta gestión de la crisis del Gobierno de Rajoy, las perspectivas de aumento aún mayor del paro (ya se prevé que alcance al 27 % de la población), la nula enmienda de nuestros bancos, sobre todo de los que han sido salvados con dinero de los contribuyentes, a quienes se niegan a conceder créditos «en agradecimiento»; dadas también la imposición de austeridad sin crecimiento llevada a cabo por Berlín y Bruselas, la parálisis del consumo y el general miedo reinante. Pongamos que ustedes o yo hemos ahorrado durante muchos años y tenemos depósitos de 100.000 euros o más. Que ese dinero lo hemos ganado honradamente y sin estafar a nadie, con buen tino para los negocios, con enorme esfuerzo y trabajo o con suerte, que a veces cuenta. Que no hemos vivido por encima de nuestras posibilidades ni hemos despilfarrado. Que a lo largo de nuestra vida sólo hemos pedido un crédito a un banco, y porque salía más a cuenta que pagar a tocateja, a lo cual estábamos dispuestos; que, en todo caso, ese crédito o hipoteca lo liquidamos en el plazo de dos años, dado que no nos gusta deber a nadie. Que por eso mismo no tenemos ni una sola deuda ni jamás nos hemos entrampado; al contrario, hemos prestado o dado dinero a quienes teníamos cerca y lo necesitaban. Que no vivimos con ostentación y sólo nos damos los caprichos a nuestro alcance. Que nunca hemos ido al banco ni a la caja a que nos presten para chorradas y antojos (la comunión de la niña, unas vacaciones en Nueva York o en el Caribe) ni para proyectos de envergadura que no podíamos estar seguros de llevar a buen término (la adquisición de una vivienda en propiedad, por ejemplo, contando con un empleo precario). Que no hemos invertido en preferentes ni en bolsa ni en ninguna operación de riesgo, sino

sólo en fondos muy conservadores que nos han rentado poco, y no siempre, y cada vez menos. Que hemos pagado puntualmente nuestros impuestos y no hemos defraudado al fisco, o no conscientemente. Pongamos que somos chipriotas sensatos y cumplidores de las leyes, y que si hemos ahorrado 100.000 euros o más es en buena medida porque no nos fiamos de que las pensiones vayan a seguir existiendo como hasta ahora; porque queremos tener dinero disponible por si hay que ayudar; porque deseamos dejar algo en herencia a nuestros allegados; porque nos ha dado la gana.

Pues bien, nos encontramos ahora con un insólito latrocinio. Por haber ganado y conservado ese dinero sin especulación, fraude ni trampas, nuestro Gobierno y la Unión Europea nos castigan, y nos quitan o nos confiscan sin más... aún no se sabe si el 30 %, el 40 % o incluso el 80 % de nuestros depósitos. Tras muchas protestas y alarmas, se ha logrado que al menos no les hurten casi el 7 % a nuestros conciudadanos con menos de 100.000 euros. Pero los que sí tenemos esa cantidad (según la edad, tampoco da para retirarse) nos vemos despojados y desposeídos sin haber hecho nada para merecerlo. Estamos en el absurdo de que, si uno derrocha, se la carga, y si en cambio ahorra, también se la carga. ¿En qué quedamos? ¿Cómo se justifica, cómo se acepta que se desvalije de un 60 % de sus ingresos (lo más probable) a nadie que no haya delinquido ni defraudado, ni siquiera haya arriesgado ni se haya endeudado? ¿Cómo es posible semejante atraco a manos de salteadores vestidos con traje y corbata y con cargos de responsabilidad? ¿Cómo puede ser esto «legal», si es un puro y simple robo por parte de los Estados? Es gracioso: recuerdo bien cuando había pánico a los «comunistas», en nuestro país y en otros. La mera palabra asustaba a muchos, y la gente común decía: «Es que si vinieran los comunistas, nos lo quitarían todo por la fuerza, la propiedad privada dejaría de estar protegida». No han venido los comunistas, y sin embargo son el capitalismo y los partidos de derecha y «orden» quienes se dedican a confiscar bienes privados, sin justicia alguna y para «salvar la banca». Imprevistos comunistas están hechos.

Hacienda mira con lupa lo que cada ciudadano gana, y es capaz de reclamar y multar por el más mínimo error cometido. Con el mismo escrúpulo, podría rastrear quiénes han obtenido sus 100.000 euros de manera legal y honrada y quiénes no; qué depósitos se retribuían a tipos de interés exacerbados —y por tanto comportaban un riesgo que debían asumir sus propietarios— y cuáles no. Llegada la hora de un rescate, de los cuales los culpables principales son siempre los políticos y los banqueros, debería poderse ver —tan al detalle como mira Hacienda— quiénes merecen ser esquilmados y quiénes no, en modo alguno. De otra manera, sucederán dos cosas, si es que no están ya sucediendo: a) mientras pueda, la gente trasladará sus depósitos a bancos de países de la UE que no vayan a ser rescatados, de modo que Alemania, Austria, Reino Unido u Holanda verán llenarse sus arcas mientras se vacían las de España, Italia, Portugal o Irlanda; b) después de que los ciudadanos sean saqueados sin culpa alguna, no se les pida solidaridad ni «patriotismo», ni hacia sus respectivos países ni hacia Europa. Si nuestros Gobiernos nos roban descarada e indiscriminadamente, lo único que pueden esperar de nosotros es enemistad y desafecto, la continuidad de las hostilidades graves que ellos habrán iniciado.

14-IV-13

Los nuevos zombies

Una carta de un lector de *El País* me hizo gracia hace unos días, porque bajo el epígrafe «Somos maleducados» señalaba lo que de vez en cuando he venido apuntando desde los años noventa: en 1995 publiqué en otro sitio dos artículos,[1] titulados respectivamente «Descorteses» y «Bestiales», en los que lamentaba la progresiva pérdida de las formas más elementales de educación en España, y cómo eso llamaba la atención —para mi sonrojo— de las amistades extranjeras que aparecían por aquí. Se quedaban perplejas al comprobar que poca gente decía «por favor» o «gracias», o «perdón» si les daba un empellón en la calle; cómo muchos camareros y dependientes se les dirigían con un tuteo invariable y en fórmulas nada urbanas: «¿Qué queréis?», como si los clientes fueran una molestia o intrusos. Luego observé otras costumbres reinantes. No sólo es raro que alguien ceda el paso, sino incluso que se «estreche» mínimamente al cruzarse con otro, siempre ha de hacerlo uno si no quiere ser arrollado o embestido. Durante una época probé a no apartarme a propósito, a ver qué ocurría: los que venían de frente me atropellaban casi sin falta, no hacían ni ademán de desviarse un milímetro, era como si yo no existiera. Demasiados topetazos en poco tiempo; volví a mis rodeos o a bajarme a la calzada, más pruebas eran innecesarias.

Ese lector, Enrique Castro, de Barcelona, decía que quizá no estábamos enterados, pero que esa era nuestra fama fuera: la de ser rudos, incivilizados, zafios, desconsiderados, groseros. Lo mismo que los chinos tienen fama de escupir a todas horas (justa o no, la tienen), la nuestra es la de maltratar a cualquiera, no pedir permiso, no preguntar si algo molesta, no disculparnos por nada. No sólo viene siendo así desde hace muchísimos años, sino que la tendencia

va en aumento. Llegará un instante en que será difícil convivir, o nos lo será a quienes cada vez parecemos más antigüedades.

Lo peor es que exportamos, me da la impresión, nuestras señas de identidad más feas. Primero fue la chapuza, que se veía raramente en Inglaterra o Alemania y en cambio ya está allí bien instalada. Ahora es el deterioro de los modales. En mis viajes de trabajo al extranjero me encuentro con comportamientos hasta hace no mucho impensables. Los editores que lo invitan a uno para apoyar la promoción de un libro con su presencia superflua (pero parece que lo que hoy importa más es la cara del autor y su cháchara, no su obra; *«the singer, not the song»*, como me dijo mi amigo Eric Southworth), a menudo lo tratan a uno fatal: le mienten, lo engañan, lo explotan, le mandan unos programas de actividades que luego se amplían a traición hasta el agotamiento, abusan lo indecible, se cobran su libra de carne en la piel del escritor exhausto. La prensa «interesada» suele ser caprichosa, informal y arbitraria, pretende que uno haga el idiota más de la cuenta y que se preste a sus ocurrencias más vejatorias. Pero todo esto viene ya de antiguo, uno está hecho a la idea, y más en tiempos de crisis, en los que nada le parece suficiente a nadie.

Más novedoso me resulta lo siguiente: uno viaja de una ciudad a otra, en tren, coche o avión, acompañado por una persona del departamento de promoción, suele ser joven. Pues bien, esa persona, nada más tomar asiento en el medio de transporte que sea, sin decir una palabra, ni preguntarle a uno si le importa, saca su iPhone, su iPad o como se llamen, le da a uno el perfil o la espalda, finge que se ha evaporado y se enfrasca en su tuiteo, en sus SMS, en sus WhatsApp, su Skype o lo que sea, de los que puede no levantar la mirada en las dos o tres horas de trayecto. Debo decir que lo prefiero: si uno se pasa el día soltando rollos en entrevistas y presentaciones públicas, lo último que desea es seguir hablando en los ratos muertos o libres. Lo llamativo es que esos encargados de prensa, de los que uno es huésped, ni siquiera hagan amago de ofrecer un mínimo de conversación, ni consulten su preferencia, ni se disculpen por su absoluto desinterés por quien está a su lado. Creo que no son conscientes de su descortesía, es decir, les debe de

parecer lo más natural del mundo, darán por sentado que todos llevamos iPhones y iPads y que a todos nos atrae mucho más intercambiar mensajes-píldora con los ausentes que departir con quien se halla presente. La verdadera conversación pertenece al pasado, a quién le interesa.

Los que no llevamos aparatos por la calle debemos caminar con ocho ojos, no ya con cuatro. Antes no era infrecuente reprocharle a alguien que chocaba con nosotros: «Mire usted por dónde anda, hombre». Ahora sería improcedente y absurdo, porque no se espera que mire nadie. Demasiadas personas van absortas en sus móviles y jamás elevan la vista. Les traen sin cuidado los edificios, los parques, la inagotable fauna de las ciudades, lo que sucede a su alrededor. Aún más si pisan o embisten a un transeúnte, así sea un anciano con bastón y paso frágil o una mujer embarazada o con tres criaturas. Debo confesar que tanto me irritan estos *zombies* electrónicos, sin curiosidad por nada físico, que sólo deseo —momentáneamente, luego retiro mi pensamiento excesivo— que se estrelle contra ellos un autobús mientras se emboban en sus imbecilizantes pantallas.

21-IV-13

Denigradores que se denigran

Es cierto: los actuales gobernantes del PP no son sólo mediocres, ineptos, embusteros, destructores, injustos y desfachatados. Son también los más irritantes de las últimas décadas, lo cual no carece de mérito dada la brutal competencia de sus predecesores, tanto socialistas como de su propio partido. Llevamos demasiados años de mala suerte, desde el Felipe González tardío en adelante. Y si miramos a los Presidentes de comunidades autónomas y jefes de diputaciones y alcaldes, el panorama no mejora o incluso empeora. Los políticos españoles se han ganado la animadversión, el desdén, la malevolencia de los ciudadanos. La desconfianza en ellos es tan absoluta que basta con que Rajoy o un ministro anuncien algo para que todo el mundo se lleve las manos a la cabeza y entienda que va a pasar justamente lo contrario de lo anunciado. «No hay intención de subir más impuestos» significa para la mayoría que sí van a subirse. «España no es Portugal ni Chipre» hace temblar a quien aún tiene dinero en el banco, porque se toma como un aviso de que antes o después nos convertirán en Portugal o Chipre. Aún encorajina más la negación permanente de la realidad. «Hemos dado toda clase de explicaciones sobre el *caso Bárcenas*», sueltan varios dirigentes, mientras la gente los escucha perpleja y se pregunta dónde están tales explicaciones: a Rajoy hasta le da repelús pronunciar el nombre de quien fue su dilecto tesorero, lo último que dijo de él fue que nadie podría probar que no era inocente, hace algún tiempo. Sus subordinados se han contradicho cien veces, han balbuceado, han hecho declaraciones ininteligibles o inarticuladas, como infrahumanos privados del don del habla. Sale una sentencia que condena el ERE que llevó a cabo TeleMadrid, y ese Ignacio que nos dejó Esperanza Aguirre como pufo asegura sentirse satisfecho de que le dé la razón dicha sentencia (?). Es tan

patético como si a un individuo se lo condena por asesinato y, tras oír el veredicto, exclama: «¿Lo ven? ¡Soy inocente!». A ese Ignacio, sin embargo, no lo han encerrado en un manicomio, sino que continúa al frente de la Comunidad de Madrid, tomando decisiones sobre las vidas de las personas.

Es cierto: no merecen consideración nuestros gobernantes; yo no le estrecharía la mano a ninguno si me la ofrecieran, ni siquiera les dirigiría la palabra. Ahora hay grupos de ciudadanos que han pasado a la acción: se plantan ante los domicilios de los políticos y los hacen objeto de una execración o vituperación públicas (me resisto a utilizar ese desagradable vocablo argentino que todos los medios han abrazado con papanatismo y que la RAE —me temo— incorporará en breve al *Diccionario* para no ser tachada de «intransigente»). Teniendo la opinión que tengo de nuestros políticos, no puedo estar más en desacuerdo con esta práctica. Ya se han señalado los riesgos que implica: hoy se los presiona para que pongan remedio a la grave situación de los desahucios y a muchos les parece bien, por lo justo de la causa; pero mañana serán las asociaciones «provida» las que cercarán las casas de quienes quieran una ley del aborto en España y los llamarán asesinos y los instarán a votar una que los penalice, en *todos* los casos; al día siguiente se presentará una muchedumbre ante la vivienda de un periodista cuyas opiniones no le gustan y tratará de que las cambie por las suyas; al otro una multitud de beatos execrará a los diputados y jueces que han legalizado el matrimonio homosexual, etc., etc.

Pero además hay otros elementos en los que apenas se ha hecho hincapié, que yo sepa. En esas vituperaciones a domicilio no sólo se presiona, sino que se señala, es decir, se delata. Una masa individualiza a una persona y la somete a escarnio, no en su lugar de trabajo y en el ejercicio de sus funciones, sino en su casa, ante sus hijos y vecinos, que también se ven afectados sin tener arte ni parte. El espectáculo no es distinto del que ofrecería una turba llamando «pederasta» a quien tal vez lo fuera, y que aun así sólo habría de responder ante un tribunal por sus actos, no ante esa turba improvisada o más bien artificial y convocada; tampoco se diferencia

del que dan esos «justicieros» o «virtuosos» que se apostan a la puerta de los juzgados para insultar a gusto a los detenidos famosos o acusados de crímenes llamativos. Siempre hay algo de repugnante y cobarde en la comandita de muchos contra uno, más aún si esos muchos se aprovechan de su número para envalentonarse y preservar su anonimato; siempre hay algo de despreciable y vil en la delación y el señalamiento, así sea indignante la conducta de los «expuestos»; siempre hay algo de rastrero en la intimidación y la vituperación masivas, independientemente del repudio que causen los intimidados y vituperados. ¿O es que a los fanáticos antiabortistas no les parecerá lo más grave del mundo interrumpir el embarazo más incipiente, producto de una violación o con peligro, y defender que no vayan por fuerza a la cárcel las mujeres que opten por ello? Cargarse de razón es fácil, de *su* razón cada uno, y cada uno verá tan justa su causa que todo le parecerá permitido con tal de favorecerla. Y sin embargo eso es lo que hay que recordar, en cualquier circunstancia: que nunca todo está permitido y que hay acciones inadmisibles. Es más, las hay que envilecen y denigran a quienes se prestan a ellas.

28-IV-13

Potter nos convierte en Pottersville

Las acciones y medidas del actual Gobierno del PP resultan ya tan caricaturescas que a veces me pregunto si sus integrantes no se pasan la vida viendo *¡Qué bello es vivir!* y otras cintas de Frank Capra. No para emular a sus protagonistas, a «los buenos», a James Stewart o a Gary Cooper, sino a los mayores malvados de aquellas historias bienintencionadas y hoy algo ingenuas, pero todavía enormemente eficaces y conmovedoras. La película que he mencionado es sin duda la que más se recuerda, no en balde las televisiones la siguen programando todas las Navidades. Cada vez que la pillo en alguna cadena, aunque esté ya empezada, me atrapa y no puedo apartar los ojos de la pantalla. Aunque me la sepa de memoria y conozca su desenlace, deseo volver a ver cómo acontece, asistir a ello. Hace muchos años le dediqué un artículo y hablé de la profundidad que encerraba,[2] con aquella famosa figuración de lo que habría sido de Bedford Falls, la pequeña ciudad de James Stewart, si él no hubiera nacido, como desea en un momento de desesperación, a punto de suicidarse. Su archienemigo, el que lo ha llevado a una situación de quiebra con amenaza de cárcel, es el millonario Henry Potter, interpretado por Lionel Barrymore, un hombre viejo y codicioso, amargado y sin escrúpulos, atado a una silla de ruedas. Pendiente sólo de la especulación y los beneficios, insensible a las calamidades y penurias de la gente, a la que está dispuesto a aplastar y a dejar sin hogar si es conveniente.

Pues bien, son tantos los desmanes del Gobierno de Rajoy (qué inocente fui al pensar que la crisis le impediría ocuparse de nada más) que se hace muy difícil seguirles la pista y recordarlos todos. No hay nada como el aluvión, como cometer muchas tropelías, para que algunas pasen inadvertidas y ni siquiera se proteste por ellas. El modelo es el de Henry Potter, ya digo que resulta todo caricaturesco.

Lo que les pase a las personas les importa un bledo, a estos gobernantes. Sostienen que quienes tienen problemas se los han buscado, por perezosos o torpes o tontos. ¿Que son desahuciados y se quedan sin casa? Que no se hubieran comprometido con una hipoteca (después de que los bancos alentaran a todo el mundo a pedirlas). ¿Que pierden el empleo y carecen de ingresos? Por algo será, no han sabido conservarlo. ¿Que ven recortadas la sanidad y la educación públicas, la cultura, la investigación y la ciencia? Bueno, las tres últimas son superfluas, y en cuanto a las dos primeras, que se las paguen de su bolsillo (como si no lo hubieran hecho ya con sus impuestos para hospitales y escuelas, que ahora son privatizados). ¿Que a muchos ancianos poco letrados se los ha engañado con las preferentes? Que no se hubieran dejado camelar por sus sucursales bancarias, en las que tenían confianza plena, y se hubieran leído mejor la letra pequeña. ¿Que hay que pagar dos o tres veces los medicamentos? Que rompan la hucha de sus ahorrillos o prescindan de tanta pastilla. ¿Que la reforma laboral del Gobierno abarata y facilita el despido y, como era de prever, los propicia en masa y no contribuye a que nadie sea contratado? Da lo mismo, de lo que se trata es de contentar a los grandes empresarios y no a los despreciables empleados sin inventiva. ¿Que las personas «dependientes» se van a quedar sin ayuda y abandonadas a su suerte? Que no hubieran vivido tanto o no hubieran nacido con malformaciones ni sufrido accidentes laborales, allá se las compongan. ¿Que a los ciudadanos les costará más dinero ir a los registradores de la propiedad (un colectivo escaso y ya acaudalado) en vez de al Registro Civil para trámites fundamentales? Que se aguanten, hay que beneficiar al gremio de Rajoy, el cual quizá vuelva a ejercer como registrador de la propiedad algún día. ¿Que el paisaje y las costas están destruidos, y la burbuja inmobiliaria creada por Aznar es la causante principal de nuestros males? Pues nos quedamos cortos, así que vamos a permitir más destrozo y que en algunas playas sean sólo veinte metros —en vez de los cien anteriores— los que queden a salvo de edificaciones infernales. En cuanto a las condenadas a demolición, les vamos a conceder una prórroga de setenta y cinco años (!), que sigan en pie los mayores

horrores urbanísticos ilegales, que habían invadido el espacio público. ¿Que los españoles no se conforman con los fallos que consideran injustos? Subamos las tasas judiciales, para que sólo los ricos puedan presentar recursos. ¿Que se está metiendo mano a todo el mundo excepto a la Iglesia? Por favor, ésta merece trato de privilegio; como está perseguida y acosada, que continúe exenta de pagar el IBI.

En *¡Qué bello es vivir!*, Bedford Falls habría pasado a llamarse Pottersville de no haber nacido James Stewart. Sería una ciudad de usura y juego (como la Eurovegas de Adelson, supongo), de personas desdichadas e insolidarias, sin ninguna protección y en manos del millonario; en la que abundarían los indigentes, los borrachos, los matones y los especuladores. En la que por supuesto todo sería privado, o más bien un monopolio, y los individuos tan sólo números, sin apenas derechos y con infinitas obligaciones y deudas. Este Gobierno, no cabe duda, tiene esa Pottersville como modelo, a todos sus ministros les veo cara de Barrymore. Lo que uno no entiende es que los mismos espectadores que en la ficción lo verían claro e irían con James Stewart como un solo hombre, en la realidad voten por el despiadado villano Henry Potter, y lo mantengan dando órdenes y dictando leyes.

5-V-13

¿Y ahora para quién espían?

Dije hace una semana que no hay nada como el aluvión de tropelías e infamias para que muchas pasen inadvertidas, y que esa es la técnica que está empleando el Gobierno de Rajoy. Supongo que son tantos sus asalariados dedicados a ejecutar órdenes inicuas que ni siquiera la prensa crítica —cada vez más escasa— da abasto para señalarlas, denunciarlas o combatirlas. Y así, en medio del desbarajuste, y ante la alarma que provocan las medidas económicas que llevan a la gente a la pobreza y permiten que se la saquee, hay un buen puñado de infamias de las que la mayoría ni se entera, aunque aparezcan en el periódico (en TVE ya no aparece nada que deje en mal lugar a este Gobierno, la censura ha regresado).

En mi larga novela *Tu rostro mañana* incluí, en boca de un personaje, la joven Pérez Nuix, una situación que se correspondía con la realidad, que era cierta. Esa joven le explicaba al narrador, Jacobo Deza, que entre la caída del Muro de Berlín (1989) y los atentados de las Torres Gemelas (2001), los servicios secretos británicos, el MI5 (para el interior) y el MI6 (para el exterior), se habían encontrado más ociosos y desocupados que de costumbre. De tal modo que decidieron ofrecer sus agentes a empresas y compañías privadas del país, entre ellas, según contó *The Independent* en su día, British Telecom, Allied Domecq y Cadbury Schweppes. La coartada para tan alucinante resolución era que se servía tanto a la patria protegiendo y favoreciendo a las grandes corporaciones nacionales (espiando para ellas) como velando por la seguridad de los ciudadanos y resguardándolos de ataques terroristas o bélicos. El entonces Director General del MI5, Sir Stephen Lander, se apresuró a negar tajantemente la noticia («Eso sería ilegal», dijo), lo cual, como suele ocurrir con las declaraciones

de los políticos, no hizo sino confirmarla. Empresarios y financieros invitados por él al seminario en que había hecho su insólito ofrecimiento reconocieron bajo anonimato que Lander, en efecto, les había prometido beneficiarlos en sus negocios con información privilegiada sobre compañías e individuos, «si ellos se lo pedían». Se trataba, en definitiva, de comercializar los servicios de los espías británicos y conseguir lucrativos contratos que equivalían a privatizar parcialmente la agencia. Los agentes ya no trabajaban exclusivamente para el Estado, o para la Corona, sino que tenían repartidas sus fidelidades. Había llegado el momento en el que sería difícil saber al servicio de quién estaban.

Como no hay cosa peligrosa y mala que el Gobierno del PP no imite, sobre todo si proviene de la Inglaterra de Thatcher que nunca se ha ido, el pasado 16 de abril se publicó la noticia, a la que casi nadie ha hecho caso, de que nuestros espías, los del Centro Nacional de Inteligencia o CNI, podrán estar en nómina de empresas no sólo españolas, sino también extranjeras (!). Aquí se prescinde hasta de la coartada del patriotismo. Según el nuevo Estatuto del Personal del CNI, habrá agentes en activo que, «por necesidades del Centro», y previa autorización de su director, mantendrán relaciones «retribuidas o no» con «organismos, entidades o empresas del sector público o privado, nacionales o extranjeros». Así, podrán estar en la nómina de éstos, mientras que el CNI les complementará el sueldo, garantizándoles que no pierden dinero, y pagará sus cotizaciones sociales. A eso hay que añadir que el código disciplinario de nuestra agencia de espionaje castiga la pertenencia de sus miembros a partidos o a sindicatos, pero ya no les prohíbe, desde ahora, formar parte de asociaciones «que impongan un sometimiento disciplinario o cualquier imperativo de conducta que interfiera en su deber de disciplina y reserva». De modo que «en teoría», concluía la información de Miguel González, «se podrá ser espía y a la vez pertenecer a una secta. O al Opus Dei».

El resultado patente de estas modificaciones demenciales es que ya no sabremos nunca para quién trabajan nuestros espías, y no podremos confiar en ellos ni prestarles la menor colaboración, llegado el caso. Siempre se daba por descontado que los Cuerpos de

Seguridad y las Fuerzas Armadas estaban exclusivamente al servicio del país, del Estado, bajo cualquier Gobierno. Esta privatización parcial o comercialización indisimulada nos deja a ciegas, en cambio, y llenos de sospecha y recelo. ¿Cómo sabré yo a quién obedece y beneficia y para quién actúa de veras un espía al que el CNI paga sus cotizaciones sociales pero que tal vez —y es secreto— está en nómina de una empresa pública rusa, saudí, china o venezolana? ¿O de una multinacional, por ejemplo la tristemente famosa Halliburton que tanto ganó con la Guerra de Irak y en la que tanta mano tenía el ex-Vicepresidente Cheney, que desató esa guerra? ¿O indirectamente de un Gobierno extranjero, mediante tapadera? ¿O de una secta, en efecto? ¿O incluso de un grupo mafioso, o de los narcos internacionales? A partir de ahora todo es posible. Lo cual significa que el CNI se convierte en un ente aún más oscuro, y que ningún español sensato y honrado puede fiarse de él ni prestarse a ayudarlo. ¿Se imaginan lo que sería tener dudas sobre a quiénes sirven nuestros soldados o policías? Pues eso es lo que ya tenemos, con nuestros servicios secretos. Se lo debemos al actual Gobierno, que parece andar siempre en busca de desmanes, para cometerlos.

12-V-13

La actual dificultad de morder

Hace dos meses largos publiqué aquí una columna —«En los años de la distracción»— en que me hacía eco de unas declaraciones de Muñoz Molina sobre «la pérdida del espíritu crítico» de sus «colegas» y en las que afirmaba que «el único intelectual comprometido que había en 2007 en España era El Roto». Sin restarle mérito a este viñetista, le oponía una serie de nombres, ciñéndome a los que escriben en este diario (en cuya hemeroteca se había zambullido Muñoz Molina). Ahora Ignacio Echevarría, que fue notable crítico literario en *El País* y por cuya exclusión de éste protestamos pública y privadamente en su día numerosos escritores, sale al paso de aquella columna mía —«Críticos y "comprometidos"», en *El Cultural* de *El Mundo*—. Y entre otras cosas escribe: «Produce incomodidad, ... en la lista de Marías, ver amontonados según qué nombres. Es preocupante que no advierta las diferencias sustanciales» entre ellos, ni «el valor y el peso que les confieren sus respectivas actitudes personales, públicas, políticas». Y concluye: «Pese a las comillas que emplea, si Marías piensa que a todos esos nombres les cabe el calificativo de "comprometidos", ... no hay más que hablar. Pero sí, sí hay».

Pues hablemos algo más. Ladinamente, Echevarría omite lo que yo añadí justo después de mi enumeración, a saber: «Nos pueden gustar más o menos sus respectivos estilos, sus ideas, su forma de argumentar. A algunos los podemos encontrar detestables, demagógicos y a menudo errados, pero lo que no cabe decir es que no hayan estado "comprometidos"». (Las comillas para este último término venían por ser el de Muñoz Molina, no por otro motivo.) En modo alguno, así pues, «amontonaba» yo ni dejaba de «advertir diferencias» entre los autores citados. Parece como si para Echevarría el dudoso vocablo «comprometido» quedara reservado,

cuando se habla de escritores y periodistas, a los que apoyan sólo ciertas posturas. Como si hubiera quedado secuestrado por la izquierda, por simplificar y para entendernos. Para mí, sin embargo, D'Annunzio, Marinetti y Malaparte estuvieron muy comprometidos en política, con el fascismo italiano; como Ruano, Sánchez Mazas, Foxá o el primer Ridruejo con el franquismo, además de otros muchos. Hoy, entre los nombres que mencioné, mi desacuerdo con Vargas Llosa es absoluto cuando dedica loas a seres tan dañinos y despreciativos como Thatcher o su pajecillo Esperanza Aguirre, pero no puedo decir que no esté «comprometido»: contra todas las dictaduras y a favor del liberalismo a ultranza. En Savater, por poner otro ejemplo, eché de menos una actitud más crítica hacia los Gobiernos de Aznar, pero en su denuncia de ETA y de los nacionalismos se ha comprometido hasta jugarse la vida. Nadie puede estar en todos los frentes, cada uno se centra en el que le parece más grave y peligroso. Que yo encuentre demagógico y permanentemente errado a Jiménez Losantos (por recurrir a alguien que escribe en el mismo medio que Echevarría) no me impide reconocer que está comprometido. Comprometidísimo, con sus ídolos políticos y con sus odios.

Pero en la pieza de Echevarría había una inferencia aún más ladina: si tantas denuncias de intelectuales ha habido, «por qué no han surtido ningún efecto», se preguntaba. ¿No será que, «lejos de intimidar a los responsables de tanto desaguisado, terminaron por inmunizarlos» con «artículos retóricos, gesticulantes, ... sin verdadera mordiente crítica e impugnadora»? *(sic)*. Puede ser, no digo que no. Pero a un crítico perspicaz como fue Echevarría no puede escapársele que hoy en día nada «muerde» a los políticos, aún menos a los financieros. Hace ya mucho que los «responsables de los desaguisados» aprendieron la lección: no hay que preocuparse de lo que diga nadie, así tenga prestigio o «mordiente», porque nada dura y todo se olvida en seguida. Si los políticos actuales han desactivado a los sindicatos y al Parlamento; si las protestas y manifestaciones les traen sin cuidado, y las huelgas; si pasan por alto a la sociedad civil, invadida, reducida a la mínima expresión, convertida en meros pagadores de impuestos; si han

minado la independencia de la justicia, ¿cómo van a sentirse «intimidados» por las opiniones de los escritores? No está bien hacerse el cándido. Sí, en la época de la hoy denostada Transición había ministros, y hasta Presidentes de Gobierno, que mandaban a buscar el periódico del día siguiente a los quioscos de madrugada preocupados por el veredicto de un editorial o de un intelectual influyente. ¿Es eso imaginable ahora? Seguro que Echevarría no es tan ingenuo como se fingía en su artículo. Muchas veces he reconocido que los que escribimos en prensa —y hacemos lo que podemos— sabemos de cuán poco servimos ahora. Damos algo de consuelo a los lectores que nos aprecian, tal vez los ayudamos a veces a ver un asunto desde una perspectiva distinta, eso es todo. «Tanta ineficiencia» no nos es enteramente achacable, aunque al crítico le convenga echarnos la culpa. Él no ignora que los políticos, como ante tantas otras cosas, se han tapado los oídos, se han blindado. El problema es que en su soberbia, y en el extraño poder que democráticamente se les ha entregado para que lo ejerzan con autoritarismo e impunidad, ya no se inmutan por ningún griterío ni aceptan ningún consejo de nadie.

19-V-13

La Marca España y las ratas

A través de Yolanda Cortés, encargada de prensa de la Editorial Alfaguara, me llega una aparente petición (luego se verá que no lo es tanto) cuyo remite tiene el pomposo y ridículo nombre de «Alto Comisionado para la Marca España». Ya la mera idea de considerar España una «marca» (como también se hace con Cataluña, Andalucía y demás) habla del carácter venal y propagandístico de ese «ente», auspiciado por el actual Gobierno, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores y amparado al parecer por la Corona. A su frente está Carlos Espinosa de los Monteros, que ha sido Presidente, «entre otras compañías», de Iberia, Mercedes-Benz, Daimler-Chrysler y González Byass, para que no quepa duda de cuáles son los propósitos (más bien quiméricos, como comentaré el próximo domingo) de dicha Marca.

Este Alto Comisionado ni siquiera sabe cómo tratar a las personas en su petición, relacionada con un inminente acto de presentación de la Marca en el Parlamento Europeo en Bruselas, en el que se mostrará un vídeo al final del cual «habrá una parte dedicada a aquellos "rostros que nos representan allá donde vayan"». Así que están contactando «con gente destacada de varios sectores». «La imagen», dicen, «se proyectaría junto con el nombre y el oficio durante un breve periodo de unos tres segundos (dependerá de cómo encaje todo)», para lo que piden la autorización de los elegidos.

Ya es bastante preocupante, e incluso amenazante, descubrir que uno, sin comerlo ni beberlo, y según este Alto, «representa» a algo más que a uno mismo «allá donde vaya». Es decir, no tiene escapatoria. Si uno es español de nacimiento y pasaporte (cosa accidental en gran medida), y ha hecho alguna cosa «destacada» en su «oficio», está representando a España le guste o no, tenga la

opinión que tenga de este país y de sus Gobiernos, y haya o no intentado, a lo largo de su vida, apartarse y luchar contra lo que se ha considerado más típica o genuinamente español. En mi caso particular, durante al menos treinta y cinco de los cuarenta y dos años que llevo publicando, gran parte de los críticos, colegas, funcionarios literarios y prensa poco menos que me negaron la nacionalidad, pese a haber escrito siempre en español. «Es un inglés que se traduce a sí mismo, y su castellano está lleno de extranjerismos e incorrecciones», vendría a ser, en resumen, el veredicto que recibí de muchos durante mucho tiempo. Ahora resulta, sin embargo, que «represento» a España —santo cielo— «allá donde vaya». Da lo mismo si viajo a un país u otro o si me quedo aquí sin moverme: en la frente llevo un cartel que no pone mi nombre —lo único de lo cual respondo y que «represento», otra aspiración me parecería megalómana—, sino «Marca España». Lo que me vienen a comunicar es esto: «Usted es español y se lo conoce algo por ahí fuera, así que se jode».

Pero ya he dicho que la petición no es tal del todo. Me imagino que esa autorización para el uso de la imagen y el nombre se la habrán solicitado a muchísimas personas más famosas y notables que yo, y que lo habrán hecho en parecidos términos: «Este vídeo», sigue la carta, «va a utilizarse también como vídeo promocional de la Marca España, así que se pretende tenga una gran proyección nacional e internacional. Si estuviera interesado en aparecer le agradecería» la mencionada autorización, «y si quisiera podría enviarnos también alguna imagen o vídeo suyo». No sé si se dan cuenta, pero de pronto la petición se ha convertido sibilinamente en un favor que el Alto le va a hacer a uno. «Si estuviera interesado en aparecer», se permiten añadir de repente, como si la iniciativa no partiera de ellos. No «Si tuviera a bien aparecer» ni «Si aceptara...» ni «Si no tuviera inconveniente en...», nada de eso. Bueno, pase que a mí me tomen por un piernas, probablemente lo sea. Pero supongo que habrán recibido una carta similar celebridades como Nadal, Montserrat Caballé, Savater, Fernando Alonso, Casillas, Penélope Cruz, Adrià, Plácido Domingo, Pérez-Reverte, Almodóvar, los Gasol, Barceló, Amancio Ortega, Banderas, Mendoza, Alejandro Sanz, Ruiz

Zafón, Iniesta o Bardem. El Alto debe de creer, por lo visto, que todas estas personalidades enloquecerán (iba a escribir «perderán el culo», pero es algo grosero) por que su rostro y su nombre aparezcan durante tres segundos —con suerte— en una promoción de la Marca España. Será que andan necesitadas de «proyección nacional e internacional», y ese vídeo va a proporcionársela.

El domingo que viene contaré cuál fue mi respuesta, y también en qué consiste hoy la Marca España, en mi opinión propia de un piernas. Pero les adelantaré ahora una escena reveladora y reciente, que jamás había contemplado en mi ciudad, ni siquiera en los años cincuenta en que nací. La Marca España, entre otras cosas, son las RATAS que ya he visto varias noches correteando como conejos por entre las mesas de las terrazas de la Plaza Mayor de Madrid, una de las más turísticas y emblemáticas del país (como para sentarse a esas mesas). El Madrid deteriorado de la alcaldesa Botella de Aznar. El Madrid controlado por el PP desde hace más de veinte años. Peligrosas, insalubres, transmisoras de enfermedades, campando a sus anchas en pleno centro de la capital del Reino. Esa es una de las imágenes actuales que debería meter en su vídeo ese Alto Comisionado.

26-V-13

Puras hipocresía o contradicción

La idea de la Marca España es la de una apropiación indebida. Con alguna excepción (quizá el deporte en los últimos veinte años), la política de este país ha sido poco propensa a ayudar a las personas de talento e iniciativa; más bien les ha puesto trabas y obstáculos, y en la actualidad —de nuevo— las insta u obliga a emigrar. Está reciente el caso de Diego Martínez Santos, elegido mejor físico joven del continente por la Sociedad Europea de Física casi al mismo tiempo que la Secretaría de Estado de Investigación le denegaba aquí una beca Ramón y Cajal alegando, precisamente, su falta de «liderazgo internacional». Dios les conserve la perspicacia a sus miembros. También el de Nuria Martí, cuarta firmante del hito mundial del año en investigación biológica (la obtención de células madre humanas), huida a Oregón tras haber sido despedida del Centro Príncipe Felipe de Valencia por un ERE en 2011. Hay una larguísima tradición en España de expulsión, encarcelamiento o persecución de sus mejores intelectuales, artistas, científicos e investigadores. Desde Goya y Blanco White y Jovellanos y Moratín hasta Cernuda, Machado, Juan Ramón, Salinas, Carner, Guillén, Aub, Ayala, Zambrano, Alberti, Chacel, Corpus Barga, Chaves Nogales, Barea y tantos otros. Durante unos años pareció que el ambiente español se hacía respirable, e incluso regresaron los exiliados republicanos que quedaban vivos. Ahora, bajo este Gobierno declaradamente enemigo de la cultura y la ciencia, toca otra vez largarse o quedarse aquí resistiendo. Mi padre, recuerdo, explicó en sus memorias, *Una vida presente*, por qué no se marchó del país tras la victoria de Franco, estando como estaba en peligro y con negras perspectivas. Había razones de carácter personal, pero me interesa la siguiente: «Aunque no me hacía grandes ilusiones sobre mí mismo, pensaba que si los que tienen capacidad de expresión

abandonan a su pueblo, es muy difícil que no decaiga, que pueda levantarse». A veces permanecer, con privaciones y hostilidad, requiere más esfuerzo y valor que marcharse. Si *todo el mundo* de valía se va, ¿qué posibilidad de mejora le resta al territorio desértico? ¿O de «salvación»?

Todavía hoy, los españoles que destacan no lo hacen *por serlo*, como pretende fingir el concepto de Marca España, sino por casualidad, cada uno en su campo, y en muchas ocasiones *pese a serlo*. ¿A qué viene entonces apropiarse institucionalmente de los logros individuales y azarosos, debidos al talento y al denuedo de las personas, sino a una hipócrita tentativa de instrumentalización? Más aún cuando el Gobierno de Rajoy ha elegido como primeras víctimas de sus recortes a la cultura, a la educación, a la ciencia y a la investigación. ¿Qué diablos haría mi imagen, o la de cualquier otro escritor, «adornando» ese vídeo del que hablé hace una semana y que se presenta con pompa pasado mañana en Bruselas, mientras el presupuesto de este año para las bibliotecas públicas ha sido de cero euros, o se mantiene la más absoluta permisividad con la piratería de textos en Internet, que a la larga nos llevará a unos cuantos a dejar de escribir? ¿Qué la de cualquier cineasta o actor, cuando los teatros y cines han pasado de golpe de un 8 % de IVA a un 21 %, convirtiéndonos en el país europeo con el mayor gravamen impuesto a los aficionados a esas dos artes que el Gobierno rebaja a meros «espectáculos», y en consecuencia se cierran salas sin parar? ¿Qué cualquier músico o cantante haciendo propaganda no de su país, sino de un Gobierno que raquitiza las escuelas de música clásica y —como los anteriores, en eso no hay diferencia con los socialistas— hunde la industria, de nuevo con su pusilanimidad ante los internautas más desaprensivos? ¿Qué la de cualquier médico notable, mientras la sanidad pública es desmantelada, privatizada, reducida y encarecida? ¿Qué la de cualquier científico o investigador de renombre, cuando a sus colegas se les ha cercenado o suprimido toda ayuda económica para realizar su labor y se los empuja a irse de España para sobrevivir?

El Gobierno no desea apoyar la ciencia ni la cultura (no hay medios para eso, aduce), pero su aversión a ellas es tal que ni

siquiera está dispuesto a consentir que las financie la sociedad civil, como sucede desde siempre en los Estados Unidos. No otra explicación tiene que una posible Ley de Mecenazgo, que permitiera desgravarse las aportaciones a museos, publicaciones culturales, conciertos, representaciones teatrales y demás, esté congelada o cuente con la abierta oposición del Ministerio de Hacienda. ¿Qué sentido tiene, así pues, que la Marca España presuma de los rostros y nombres de personas destacadas en el terreno de las artes, mientras desdeña y combate esas artes?

No sé qué habrán contestado los demás individuos a los que la Marca España haya pedido autorización para utilizar su imagen, pero mi respuesta fue escueta: «Le agradezco su proposición y su interés, pero no voy a participar en algo auspiciado por un Gobierno, como el actual, que atenta incesantemente contra todas las actividades culturales españolas. Su política en ese campo y el proyecto de que me habla son pura contradicción». Preferí este último vocablo al otro que barajaban mis dedos, «hipocresía». Debo decir que recibí en seguida —justo es consignarlo— una contestación aún más escueta, pero sumamente educada y comprensiva. Al menos sabe guardar las formas ese Alto Comisionado.

2-VI-13

Gracias y adiós, Roger Dobson

Ocurrió hace casi treinta años. Eran mis primeros meses en Oxford, en cuya Universidad tenía un puesto de *lector* y *lecturer*. No me deslomaba, la verdad sea dicha, y empleaba buena parte de mi tiempo libre en explorar y rebuscar en las numerosas librerías de viejo entonces existentes allí, la mayoría ya han cerrado. Andaba a la caza de autores y volúmenes raros, de los que no existían ediciones modernas, entre aquéllos Aickman, Lord Berners, Thomas Burke, John Meade Falkner, Collier, Vernon Lee, Lord Dunsany, Shiel, Stenbock y Arthur Machen. De este último quería conseguirlo todo, y las más recientes ediciones de sus títulos menos conocidos databan de los años veinte o treinta. En aquella época —mucho antes de Internet— todavía podían encontrarse gangas, en esas librerías a veces finas y caras, a veces enormes y deslavazadas, y también en los mercadillos dominicales que se organizaban en claustros de iglesias, en la estación de bomberos o en el salón de un hotel londinense. Empezó a ponerme nervioso un individuo con el que me cruzaba a menudo en esos sitios. Cuando uno identifica a alguien con las mismas manías o aficiones, es inevitable verse un poco reflejado en él, y el reflejo me inquietaba, del mismo modo que en el albor de los vídeos, también en Inglaterra, me desagradaba toparme en las tiendas con un tipo que no daba la impresión de estar totalmente en sus cabales: murmuraba y farfullaba solo, tenía una pinta estrafalaria, y me preguntaba si no respondería yo al mismo patrón, sin darme cuenta. Por fin se dirigió a mí una vez, al verme coger *El puente de Waterloo*, con Vivien Leigh y Robert Taylor. «Esa es la mejor película de toda la historia, ¿verdad?», me dijo con la mirada encendida. Le contesté que posiblemente, para no entrar en discusión con él, la verdad es que me repelía algo. Pero por su elección comprendí que se trataba de un alma cándida, sentimental

y sin duda solitaria, y ya no seguí contemplándolo con aversión, ni con recelo.

El sujeto de las librerías no me repelía, pero su aspecto era extraño: una nariz algo larga y que parecía siempre resfriada, unos ojos pequeños y rápidos, una ropa decorosa pero gastada, si no recuerdo mal solía llevar una gabardina de las que mi madre habría calificado como «de cesante», un concepto pretérito que acaso esté volviendo. Un domingo por la mañana se presentó en mi casa y llamó al timbre. Los dueños de la librería Titles, me dijo, le habían dado mis señas y le habían hablado de mí como coleccionista de Machen, y él era un experto en Machen (ignoraba, sin embargo, que era un predilecto de Borges). Relaté una conversación parecida a la que tuvo lugar en mi vieja novela *Todas las almas*, entre el narrador y el personaje de Alan Marriott, que se presentaba acompañado de un perro con tres patas. Roger Dobson —ese era su nombre— no tenía perro, pero fue el primero en hablarme del Reino de Redonda, de su leyenda y de su Rey borracho y pordiosero, John Gawsworth, que en mi vida han tenido cierta importancia. No hicimos amistad, no solíamos quedar, pero desde entonces nos saludamos en las librerías e intercambiábamos informaciones y hallazgos. Luego, sin embargo, nos fuimos escribiendo, de tarde en tarde, a lo largo de todos estos años, y cuando el anterior «Rey de Redonda», Jon Wynne-Tyson, decidió «abdicar» en mi favor, Dobson, quizá el mayor «redondólogo» del mundo, no tuvo inconveniente en aceptarme. Lo «nombré» Duke of Bridaespuela, en homenaje a Machen.

De su vida personal contaba poco. Escribía artículos eruditos en revistas raras o directamente friquis, sobre autores olvidados, del género sobrenatural principalmente. No sé cómo se ganaba la vida. Mal, supongo. Se mudó del centro (vivía en una casa que había sido morada de Tolkien); alguna vez mencionó que hacía de extra en películas rodadas en Oxford; cuando supe que andaba en apuros, vi de pagarle la edición de una biografía de Machen escrita por Gawsworth, hallada tardíamente, que él había realizado *gratis et amore* en principio. Hace un par de meses me escribió Ray Russell, uno de los creadores de la sociedad The Friends of Arthur Machen, preguntándome si sabía de Dobson. No había rastro de él, no

contestaba a los *emails*, esperaba que no estuviera enfermo. Ya entonces me temí lo peor. Dobson no tenía teléfono. Le escribí, en vano. Una semana más tarde Russell me confirmó mis negras sospechas. Dobson había muerto en abril, no sabía cuándo ni cómo ni por qué, ni si había habido funeral o iba a haberlo. A veces uno averigua más sobre los muertos que sobre los vivos, aquéllos ya no pueden proteger sus secretos. De momento, no ha sido el caso. El único dato nuevo que me ha llegado es que Dobson se crió en Manchester. Por lo demás, sigo sin saber nada, sólo que ya no está en el mundo quien vi, hace muchos años, como un reflejo de mí algo inquietante. Hay personas así, recónditas, librescas, silenciosamente entusiastas de lo que eligen estudiar o hacer, de aquello a lo que se dedican y que no a muchos importa. Personas que ponen sus energías en sacar del olvido a quienes están injustamente olvidados, aun a riesgo de que se los olvide aún más a ellos, en la vida y en la muerte. Yo no lo olvidaré, al singular Dobson: sin él pretenderlo ni ser muy consciente de ello, labró en cierta medida mi fortuna literaria. Gracias, Alan Marriott. Gracias y adiós, Roger Dobson.

9-VI-13

Lo mejor es no haber nacido

Una vez más me veo obligado a abrir con una preocupación sobre mí mismo, además de con una perplejidad. Como tan a menudo me sucede en estos tiempos, la opinión mayoritaria sobre algún asunto me lleva a pensar, inevitable y modestamente, que el imbécil y el loco debo de ser yo. Yo el equivocado, yo el cretino, yo el insensible, y más vale que así sea, porque de lo contrario sería el mundo el que estaría no sólo lleno, sino dominado por gente errada, insensible y cretina. Preferiría con mucho que el daño se viera limitado a una sola persona, o a unas cuantas como yo.

Lo cierto es que desde que la famosa actriz Angelina Jolie anunció que se había practicado una doble mastectomía preventiva y que meditaba si extirparse también los ovarios con el mismo ánimo de evitación de un cáncer en dichos órganos, en España no he leído más que grandes elogios a su decisión (en los Estados Unidos ha habido más prudencia), incluidos los de un editorial de este diario, escrito, supongo, por alguien con conocimientos médicos, de los que yo carezco, claro está. Al parecer, por sus antecedentes familiares y sus mutaciones genéticas, la actriz tenía un 87 % de posibilidades de desarrollar, a lo largo de su vida, cáncer de mama o de ovarios. En fin, líbreme el cielo de discutir su resolución, a título personal. Cada cual tiene sus miedos y toma las medidas que se los aplaquen. Pero la deliberada publicidad otorgada a su solución tan drástica trasciende lo estrictamente personal, y así lo demostraba la índole de los casi unánimes elogios: lo celebrado no era tanto lo que Jolie había hecho con su cuerpo o con determinadas partes de él cuanto que lo hubiera anunciado a los cuatro vientos, con una intención innegablemente proselitista. La argumentación que he leído aquí y allá viene a ser esta: si uno de los iconos de la belleza contemporánea está dispuesta a cortarse, por si acaso, algunos de

los atributos o símbolos de esa belleza, ¿no ayudará enormemente a que sigan la misma senda infinidad de mujeres menos agraciadas, y menos ricas y populares? Más aún teniendo en cuenta que vivimos en una época enfermizamente mimética, en la que un indecente número de personas esperan a ver qué hacen u opinan otros —sobre todo si son celebridades— para adecuar sus conductas y sus ideas a ello. La prueba de esta epidemia de mímesis es que no hay necedad que no prospere y no triunfe, que no consiga al instante una ingente cantidad de adeptos y seguidores.

La gente está cada vez más entregada a la superstición de las estadísticas y los porcentajes, los toman por un oráculo olvidando que en todo hay dosis de incertidumbre. El antiguo líder comunista Carrillo, que fumó desde quién sabe cuándo hasta el último día de su vida, murió con noventa y siete años, y su foto debería figurar *también* en las cajetillas de cigarrillos, porque existe la *posibilidad* —aunque porcentualmente pequeña— de alcanzar su edad con buena salud entre nubes de humo. Lo probable no es sinónimo de lo seguro, y ni siquiera un 87 % de posibilidades condena a nadie con certeza a padecer un cáncer de mama. Debo decir que, al conocer la decisión de la actriz, no pude evitar acordarme de lo que propuso George Bush Jr —una afamada lumbrera— en un momento de su mandato: sugirió que se talaran varios bosques para evitar incendios forestales. Si no hay árboles, venía a ser su razonamiento, no habrá riesgo de que ardan. Si no hay glándulas mamarias ni ovarios, no puede aquejarlos un cáncer, desde luego, pero de algo suele servir cuanto el cuerpo posee. Ni siquiera lo que sirve de poco —el apéndice— anda la gente quitándoselo preventivamente, para ahorrarse una posible apendicitis que, con mala suerte, podría derivar en mortal peritonitis. Voy a cortarme la cabeza, podría decirse alguien, por si me sale un tumor en el cerebro. O los testículos al menos, sin los cuales se puede vivir, tengo entendido (sin la cabeza no, ya lo sabemos, perdón por el ejemplo exagerado).

Parece como si muchas personas actuales hubieran renunciado a creer en lo azaroso y en la suerte, y se hubieran dado al fatalismo que traen consigo las estadísticas. En cuanto sale una noticia sobre lo nociva que es una sustancia, hay millones de individuos que la

abandonan radicalmente. No hablemos ya de un alimento que tal vez esté «contaminado» o de un medicamento puesto en tela de juicio. No tenemos en cuenta que algunas de estas campañas o malas famas son interesadas, lanzadas por la competencia, y que al cabo de tantos meses o años se «descubren» las bondades de lo que un día fue estigmatizado y proscrito. El azúcar fue pésimo para todo durante largo tiempo, y ahora parece que ya no lo es tanto. La leche se juzgó sanísima y necesaria para el crecimiento, y ahora tiene, por lo visto, consecuencias indeseables. Hay quien anatematiza el vino y quien lo recomienda en cantidades moderadas. Ya lo dice el viejo chiste: «Vivir es sumamente perjudicial para la salud». A la luz de nuestras tendencias, hay que ir aún más lejos. Parafraseando a Madame du Deffand, la mejor manera de blindarse contra el cáncer y contra toda dolencia, accidente y angustia es sin duda no haber nacido.

16-VI-13

San Mamés y nuestros recuerdos

El otro día vi un reportaje sobre San Mamés, el legendario estadio del Athlétic de Bilbao que, tras cumplir un siglo de existencia, va a ser demolido. El que lo sustituirá está previsto que se inaugure en septiembre. Al parecer su emplazamiento es cercano al del antiguo, y esas instalaciones ya inminentes ofrecerán ventajas: mayor aforo, más comodidad, todo lo que justifica la renovación. Por lo visto nadie se opone al cambio. Cien años de servicio es mucho tiempo, es normal que se haya deteriorado San Mamés, que se haya quedado insuficiente y viejo. Algunos ex-jugadores particularmente ponderados y educados, como Sarabia, Alkorta e Irureta, hablaban de ello con conformidad, tal vez con un punto de resignación, que es cosa distinta aunque algunos crean que no. Lo que había en sus palabras era inconfundible nostalgia anticipada, si es que no melancolía: gran parte de sus carreras futbolísticas tuvieron lugar en un sitio que va a dejar de existir. Habrá otro nuevo, acaso parecido y es de suponer que mejor, pero ya no será el mismo. Hubo un partido amistoso para despedir al estadio, entre el Athlétic y una selección vizcaína, creo, y nadie se lo quiso perder en Bilbao, pese a lo intrascendente del resultado. Vi algunas imágenes de esa ocasión: los actuales jugadores (Adúriz, Toquero, Llorente) aparecían emocionados, conteniendo a duras penas las lágrimas, y eso que la mayoría de ellos van a seguir en el equipo, sus trayectorias no terminan aquí. Muchos espectadores, desde niños con corta memoria hasta ancianos con muy larga, sí que eran incapaces de contenerlas, pese a que mantendrán sus abonos y continuarán acudiendo a los partidos en el nuevo estadio. Leí que, al término del encuentro, la gente se resistía a abandonar el sentenciado San Mamés. Me imagino que pensaban: «Aún estamos aquí, como tantas veces. Mañana ya no, y nunca más. Pero hoy aún vemos el querido

lugar, con sus arcos anticuados y su atmósfera única, que no se repetirá. Déjennos quedarnos unos pocos minutos más».

Nunca he estado en San Mamés, pero es un sitio y un nombre mítico desde que tengo uso de razón. Y aunque jamás haya puesto el pie allí, entiendo bien el sentimiento de pena que embargó a los bilbaínos, y su negativa a marcharse, esa última vez. También entiendo la tristeza de muchos barceloneses al saber, en estos días, que desaparece el cine Urgel, al que durante décadas han estado asistiendo. En Madrid sabemos demasiado de eso, porque en esta ciudad, con nula conciencia cívica, nunca se han respetado ni los edificios ni el paisaje, menos aún la memoria de las personas. Hace poco leí un artículo sobre los palacios «perdidos» de la Castellana. Más de veinte cayeron bajo la desalmada piqueta franquista, en los años sesenta y setenta, como habían caído también los palacetes de la calle Génova y de otras cercanas, desapareció muy pronto la fisonomía de la ciudad de mi infancia. Pasan los años, cambian los regímenes, pero eso no varía: los responsables municipales se han cargado el entorno de Las Vistillas y mil cosas más, y no renuncian a masacrar el Paseo del Prado, la zona más bonita, que sólo hay que conservar y adecentar de vez en cuando, no destruir para satisfacer a alcaldes y arquitectos megalómanos, a turistas a los que hay que depositar en autobús a la puerta del Museo del Prado (no vayan a herniarse por caminar un trecho), y quién sabe si para enriquecer —aún más— a fabricantes de granito.

También aquí hemos visto morir muchos cines, casi todos los de la Gran Vía y Fuencarral, para dar paso a más y más centros comerciales en los que ahora —con la crisis, con los recortes a mansalva— nadie compra nada. En breve caerán más salas, gracias al IVA de Rajoy, subido de golpe del 8 % al 21 %, sin justificación (como era de prever, Hacienda no recauda más por ello). A veces tiene uno la extraña sensación de que los políticos de nuestro país carecen de algo común a la mayoría de los humanos: la memoria sentimental, el apego a los lugares y a las costumbres, la necesidad de la repetición placentera, de la familiaridad con el entorno. No es que yo crea que hay que conservarlo *todo* indefinidamente. Hay cosas que cumplen su función durante un tiempo y ya está, como

seguramente San Mamés. Pero lo que supone una agresión para los individuos es el cambio gratuito y la demolición constante, con vistas a enriquecerse unos cuantos. Todos vamos encajando paulatinamente la pérdida de quienes nos importan. El adverbio es fundamental: paulatinamente. Lo que suele suceder en España con nuestras ciudades y costas, nuestros campos y bosques, es el equivalente a que perdiéramos de golpe a *todos* los seres queridos y no reconociéramos más nuestro mundo. Sería insoportable, algunos se morirían literalmente de pena. Los lugares no son como las personas, de acuerdo, pero son parte de nosotros, el escenario de nuestras vidas y el consuelo del tiempo ido. He dicho muchas veces que el espacio es el depositario del tiempo, lo que finge retener un poco lo que nunca «vuelve ni tropieza», según Quevedo. Aunque sólo sea por eso, no se puede acabar con ellos así como así, con los lugares, sin necesidad y sin el menor respeto hacia los ciudadanos. Que son quienes sin embargo votan, incomprensiblemente, a la mayoría de los criminales alcaldes, dedicados sin tregua a arrasar nuestro tiempo y nuestro espacio; es decir, nuestros recuerdos.

23-VI-13

Este Gobierno prohíbe a Sherlock Holmes

En medio de los sucesos alarmantes o catastróficos con que desayunamos todos los días desde hace mucho, hay noticias comparativamente menores que a pocos preocupan y de las que la prensa informa durante una o dos fechas y luego, como es lógico, las abandona. Apenas suscitan reacciones, los articulistas andan demasiado ocupados con las cosas graves y los políticos de la oposición en permanente Babia, y así nuestro autoritario Gobierno toma una medida o crea una nueva ley abusiva e intolerable sin que casi nadie proteste y no muchos se enteren. Los que se enteran se olvidan pronto y todo sigue su curso hacia un Estado en teoría democrático pero que cada vez se parece más a una dictadura. El carácter democrático de un Ejecutivo, lo he repetido hasta la saciedad, no se lo confiere sólo la forma en que fue elegido —que es el mínimo exigible—, sino el modo en que ejerce su poder a diario. Si la mayoría absolutísima del PP decidiera poner a la venta los cuadros del Museo del Prado, o reformar la Constitución a su antojo, o disolver el Parlamento, o militarizar a los jueces, o —lo que ya ha hecho— permitir la construcción de monstruos urbanos a veinte metros de la orilla del mar, estaría atentando contra el patrimonio y los intereses del país —aquellos que están por encima de cualquier Gobierno— y obrando de manera ilegítima, por facultado que estuviera legalmente para actuar así.

Y conviene prestar gran atención a las noticias menores, síntomas del mal mortal. Siempre pongo el ejemplo de lo que contó Stefan Zweig: una de las primeras decisiones nazis contra los judíos fue prohibirles tomar asiento en los bancos de los parques. Bueno, se dirían muchos alemanes, no es gran cosa ni clama al cielo, sin tal vez pararse a pensar en lo arbitrario e injusto de disposición semejante. Después vino lo que vino. Hace unos meses señalé aquí

una de esas noticias de eco escaso: la privatización o comercialización parcial de nuestros agentes del CNI, a los que se autoriza a estar en nómina de empresas privadas o públicas, nacionales o extranjeras; es decir, a no servir al Estado español en exclusiva —como nuestros soldados y policías—, sino a obedecer también órdenes de una multinacional de base rusa, saudí, estadounidense o china, una locura sumamente peligrosa para nosotros. Gente que leyó mi columna se quedó atónita: «Pero ¿esto es verdad?». «Bueno, yo no me lo he inventado, la información apareció en el diario.» Sin embargo no he visto que ningún diputado haya interpelado al Ministro del Interior al respecto, ni ningún otro artículo escandalizado.

Ahora este Ministro, Fernández Díaz, desde mi punto de vista —y bajo su apariencia suavona y beata— uno de los miembros del gabinete que menos entiende en qué consiste la democracia (y cuenta con rivales muy serios), suelta otra de esas noticias menores. El anteproyecto de la nueva Ley de Seguridad Privada estipula que los investigadores deberán firmar un contrato con cada cliente particular que les haga un encargo, del que *inmediatamente tendrán que dar cuenta a la policía*. Y no sólo eso, sino que tanto ésta como la Guardia Civil *podrán acceder a los informes elaborados por los detectives* a efectos de control e inspección. Las imposiciones no acaban ahí. Uno podría pensar: «Bueno, pues que los detectives no escriban informes, que lo tengan todo en la cabeza o en notas sueltas». Para evitarlo, la nueva ley establece que «por cada servicio que les sea contratado, los detectives privados *deberán elaborar* un único informe en el que reflejarán el número de registro asignado, los *datos* de la persona que encarga y contrata el servicio, el objeto de la contratación, los medios usados, los resultados, los detectives intervinientes y las actuaciones realizadas». Es decir, *todo*, y se añade que tal *dossier* «estará a disposición de las autoridades policiales competentes para su inspección». Por último, los detectives estarán obligados a comunicar a la policía «cualesquiera circunstancias e informaciones relevantes para la prevención, el mantenimiento y restablecimiento de la seguridad ciudadana». Esto es tan amplio y ambiguo que nada escaparía a su control.

Ni la dictadura franquista fue tan lejos. Esta ley supone exactamente la desaparición y prohibición de los investigadores *privados*, porque ya nada será privado. La policía sabrá al instante si usted sospecha la infidelidad de su cónyuge, si quiere comprobar la insolvencia de quien le debe dinero, si indaga sobre sus orígenes o sobre el niño que le robaron nada más parirlo. La discreción, el secreto, la reserva, el pudor, la intimidad y la privacidad quedarán abolidos. De todo tendrán conocimiento inmediato las autoridades, con el inquisidor Fernández Díaz a la cabeza. El actual Gobierno ha decidido suprimir esa actividad cuyos representantes más antiguos —al menos con fama— fueron los investigadores de la Agencia Pinkerton, que ya operaban en 1850 en Chicago. Si por este Gobierno fuera —tan autoritario que ya es casi totalitario y policial, le falta poco—, no habrían existido Sherlock Holmes ni Philip Marlowe ni Sam Spade ni Poirot ni Lew Archer, por mencionar sólo a clásicos. Todos le habrían soplado a la policía en seguida las cuitas de sus clientes. Sin confidencialidad posible, sin silencio garantizado, sin ética, ¿quién contratará a ningún detective (el adjetivo «privado» pasará a ser una burla)? Esta ley se limita a *prohibirlos*, en la práctica. No me digan que no es un derecho más —y bien importante— del que se nos desposee.

30-VI-13

Esclavizados y transparentes

Si desde hace una década o más mis amistades me insistían con fervor exagerado en que utilizara ordenador e *email* y móvil y cuantas maravillas electrónicas vinieron luego; si, al ver que no había forma de convencerme, me miraban con una mezcla de horror y conmiseración, como si al excluirme de su mundo feliz me hubiera convertido en un primate; si dudaban entre reírme la gracia o considerarme paranoico cuando yo aseguraba que todos esos inventos, pese a sus enormes e innegables ventajas, me parecían sobre todo instrumentos de dominio y control; si así eran las cosas, desde hace poco empiezo a recibir comentarios envidiosos del tipo: «Qué astuto fuiste al no entregarte en cuerpo y alma a las nuevas tecnologías. No sabes de la que te has salvado. Por culpa de ellas vivimos en un permanente infierno, sin descanso». Muchas personas —al menos las que aún trabajan— se levantan de la cama y se encuentran con veinte o cuarenta *mails* nuevos en su correo. Eso después de haberse quedado la noche anterior hasta tarde contestando los más posibles de la jornada previa. Jamás tienen ya la sensación de haberse despejado el terreno, de haber cumplido con sus tareas y poderse dedicar un rato a leer, dar un paseo, ver una película o —lo que es más increíble— *trabajar* en lo que de hecho trabajan, para lo cual no les queda apenas tiempo. A mí mismo —sin *email* ni móvil ni nada— me ocurre a veces: se supone que escribo novelas, y que a algunos individuos les conviene que lo siga haciendo: a mis agentes, a mis editores varios, a los libreros, a los distribuidores. Pues bien, a menudo he de luchar contra los propios interesados y contra mucha más gente para encontrar «huecos» en los que dedicarme a lo que me dedico. Me lleva tanto tiempo despejarme el campo de asuntos aledaños a mi oficio que hay días en que, cuando por fin me siento ante la máquina para

meterme en mi absurdo mundo ficticio, estoy agotado y se me han hecho las seis de la tarde. Estoy seguro de que si además tuviera correo electrónico, nunca volvería a escribir una novela. Nada grave para el conjunto de la población, por otra parte.

Pero cada vez hay más «arrepentidos». Un periodista inglés me dijo hace poco que se había instalado un dispositivo que le impedía acceder a su *email* cinco horas diarias. Él mismo calificó de «patético» haber debido recurrir a la autoprohibición, como esos ludópatas que, en un momento de sobriedad, piden a los casinos que les denieguen la entrada. Hay gente que tiene los programas Freedom y SelfControl —explícitos nombres— para limitarse la navegación por Internet. El novelista Franzen extrajo la tarjeta inalámbrica de su ordenador y cortó el cable Ethernet para convertir aquél en una mera máquina de escribir sin acceso a la Red. Un ex-director de medios en Twitter, experto tecnológico, ha resuelto usar un viejo móvil Nokia *sólo* para hacer llamadas, se deshizo de su iPhone, toma notas con bolígrafo y cuaderno y lee libros en papel nada más. Otros sujetos «a la vanguardia de la tecnología están poniendo todo su empeño en hacerla retroceder unos pasos», informa Nick Bilton, al menos en lo que respecta a sus vidas: desconectan el móvil al salir de casa, el *wifi* por las noches y los fines de semana, asimismo leen en papel en vez de píxeles en una pantalla.

Añadan a todo esto las recientes «revelaciones» hechas por el digno y sensato Edward Snowden, al cual persigue ahora la Administración de Obama por denunciar los abusos de dicha Administración y de la del Reino Unido en el espionaje masivo de las comunicaciones de los ciudadanos del mundo entero. He escrito esa palabra entre comillas porque hacía falta ser muy ingenuo para creer que cuanto se lanza a Internet no estaría sujeto, antes o después, al escrutinio de nuestros Gobiernos cada vez más totalitarios. Al contrario, se lo hemos puesto en bandeja. Si siguiéramos utilizando papel, sobre y sellos, como hasta hace nada, no digo que no pudieran inspeccionar nuestras misivas, pero les costaría muchísimo más tiempo y esfuerzo. Hoy mismo leo que, según Snowden, el Reino Unido pinchó más de 200 cables de fibra óptica, y que cada

uno de ellos traslada en un día la información equivalente a 192 veces el contenido de *todos* los libros de la Biblioteca Británica. «Estamos empezando a dominar Internet», decía con ufanía el autor de un documento ahora filtrado. Lo que más me inquieta es «empezando», porque significa que lograrán ir mucho más lejos. Los investigados son, en su inmensa mayoría, «ciudadanos sobre los que no pesa sospecha alguna». Y no se debe olvidar que, si el Estado puede conocer y almacenar nuestras comunicaciones, eso estará también al alcance de cualquier otra organización preparada.

Ustedes verán. Pero si nuestros Gobiernos nos tratan como a delincuentes, si han decidido saberlo *todo* sobre nosotros, lo público y lo privado y lo íntimo, si ya no podemos tener secretos de ninguna índole, habremos de actuar como delincuentes. Ya saben que la Mafia siciliana se comunica sólo mediante los *piccini*, papelitos escritos a mano que un recadero lleva del remitente al destinatario: la única manera de que nadie intercepte el mensaje, en principio al menos. Nos obligarán a seguir su ejemplo. Si nos ven como a criminales, nos tocará esquivar a nuestros gobernantes e intentar defendernos. Para cualquier cosa que no queramos que nadie sepa, habrá que volver al siglo XIX. Un gran engorro, desde luego. Pero, puestas así las cosas, yo no me asomaría a Internet, jamás, para nada que alguien pudiera volver en mi contra.

7-VII-13

La excelencia de la purria

Lo que uno ve desde que nace le parece «lo normal» durante años, o por lo menos normal, hasta que se asoma al mundo y comprueba su variedad infinita, lo que se ha perdido u otros se pierden, las pautas tan diferentes por las que se rigen los individuos. Sería ingenuo o fanático dar por bueno cuanto aprendió uno en su casa, pero hay conductas que, sometidas a la comparación más tarde, y sopesadas con la razón —no con la mera costumbre—, sigue encontrando recomendables o incluso obligadas. Una de ellas es la de no favorecer a un hijo, a un progenitor, a un hermano, a un cuñado o a un cónyuge si se ejerce un cargo público —y por tanto se maneja dinero de los contribuyentes— o si se goza de una posición de poder o influencia en un campo determinado, o de una tribuna en prensa como la de esta página. O por lo menos debe uno advertir, en este último caso, de la vinculación existente. Las veces en que he hablado aquí, o en otro sitio, del libro o la película de un amigo, creo haber confesado de antemano lo que nos unía, para que el lector tuviera todos los datos y supiera que mi opinión podía ser parcial, aunque fuera sincera o así yo lo creyera. Cuando he hablado de mi padre, he solido disculparme por ello y casi siempre me he limitado a hablar de la *persona* y de su biografía, no del escritor que fue, sobre el cual difícilmente podría ser objetivo. Mientras vivió, los dos procuramos evitar al máximo opinar públicamente sobre la obra del otro, aunque, ante la insistencia de periodistas, quizá no siempre lo conseguimos. Nos resultaba empalagoso que un padre elogiara a un hijo o un hijo a un padre: no como individuos particulares, lo cual es más o menos aceptable, sino como «profesionales», ya que eso nos podía reportar «beneficios». Pero no era sólo una cuestión de buen o mal gusto: también nos parecía que no era algo muy recto, y que era mejor abstenerse.

Lo he recordado recientemente en una entrevista: hace casi veinte años una de mis novelas fue candidata al Premio Fastenrath, que otorgaba la Real Academia Española. En la sesión deliberatoria, mi padre se ausentó del pleno para que sus compañeros opinaran con entera libertad, y no participó en la votación, como es lógico. En su día expliqué que durante doce años —desde la primera vez que se me «tanteó»— no quise ni oír hablar de mi posible candidatura a esa misma institución: mientras mi padre viviera y perteneciera a ella, lo juzgaba improcedente. Nada más ser nombrado mi hermano Miguel Director General de Cinematografía, bajo el Ministro Semprún, entregó un escrito en el que más o menos decía: «El director de cine Jesús Franco es tío mío; el también cineasta Ricardo Franco es primo mío; el novelista Javier Marías es hermano mío. Ante cualquier proyecto en el que estén involucrados cualquiera de ellos, me abstendré de opinar y de influir a favor o en contra de posibles ayudas del Ministerio».

Nada de esto me parecía digno de elogio ni de mérito, sino algo de cajón, obligado. Por eso me cuesta comprender que en España la norma sea más bien la contraria. Da lo mismo que mi cuñado sea un profesional competentísimo, e idóneo para tal puesto que de mí o de mi partido depende: precisamente por ser mi cuñado, *no puede ocuparlo*. ¿Salimos perjudicados? Muy posible. Pero así deberían ser las reglas: a veces se ha de ser perjudicado para que no quepa duda de que *no* se ha sido favorecido. Desde los tiempos del hermano de Alfonso Guerra hasta hoy, la tendencia de nuestros políticos ha sido la opuesta: colocan a sus cónyuges, a sus vástagos y a la parentela al completo. Privatizan empresas públicas y se las entregan a sus compañeros de colegio, cuando no a sí mismos mediante la «puerta giratoria»: quien fue consejero de Sanidad y privatizó hospitales pasa, al cabo de un ridículo lapso de tiempo que la ley exige, a tener un importante cargo en la empresa que los explota ahora. Sólo siete años después de ser nadie en política, la mujer de Aznar ya fue alcaldesa de Madrid (no elegida como tal por los votantes). Un tal Baltar, cacique gallego, ha colocado a decenas de personas con las que tenía parentesco o amistad y ha dejado de delfín a su hijo, como Pujol casi al suyo. La familia de Carlos Fabra lleva

generaciones repartiéndose o pasándose cargos, no es raro que su hija Andrea les gritara «¡Que se jodan!» a los parados, en el mismísimo Parlamento. Y así hasta la náusea.

Hace poco vi cómo tres periodistas opinaban, en la televisión *pública*, sobre la política de becas del Ministro Wert, calificada por casi todo el mundo de injusta, discriminatoria y clasista. Una de esas periodistas era su actual pareja o cónyuge o lo que sea. Para mi sorpresa —sí, aún me sorprendo por estas cosas—, no se retiró de la mesa, ni se excusó de hacer su comentario (favorable al Ministro, claro está); que yo sepa (no vi todo el programa), ni siquiera advirtió a los espectadores de que su visión del asunto podía estar comprensiblemente sesgada. No: con entero desahogo habló de «críticas demagógicas» y de «aversión al mérito y a la excelencia» (cito de memoria). A los políticos del PP y periodistas afines se les llena la boca con esta última palabra. No se miran. No ven lo mediocres e ineptos que son la mayoría, ni su falta de mérito para desempeñar sus cargos. Ni su corrupción de nepotismo y amiguismo. No ven que en demasiados de ellos la palabra «excelencia» suena a chiste cruel. Como si se la aplicara a sí misma la purria que retrata en sus novelas Eduardo Mendoza. Que, dicho sea de paso, es amigo mío.

14-VII-13

Por donde Franco solía

Hace muy pocas semanas me referí a las noticias menores —así las llamé— a las que no se presta atención y que de hecho no causan alarma, cuando suelen ser indicativas de la grave transformación que están sufriendo nuestras leyes a manos de un Gobierno que aplica su mayoría absoluta sin control, con arbitrariedad, sin rendir cuentas ni buscar consensos, exactamente como actúan las dictaduras. Sí, la diferencia con éstas es que dentro de dos años y medio votaremos y podremos quitarnos a estos peligrosos gobernantes de encima. Eso será en la teoría, claro, porque de aquí a entonces no sabemos si el Gobierno, que domina el Parlamento y ahora también los Tribunales Constitucional y Supremo, a los que ha restado independencia y convertido en poco menos que títeres suyos, seguirá cambiando de tal modo las leyes que el resultado de las elecciones próximas esté predeterminado. Estamos plenamente embarcados en el modelo de falsa democracia que ha regido Italia durante la época de Berlusconi o Venezuela durante la de Chávez, perpetuada por su patético imitador Maduro; Rusia durante la ya larga de Putin y Ecuador durante la de Correa, Hungría durante la de Orbán y Argentina durante la de los Kirchner. Al PP no le importa copiar a quienes declara sus adversarios, si de ellos aprende a mantenerse en el poder, a acallar voces contrarias, a difamar a los discrepantes (véanse las acusaciones indiscriminadas del Ministro de Hacienda a los colectivos o gremios que considera «críticos») y a gobernar con cada vez menos garantías para los ciudadanos.

Esas noticias menores a las que casi nadie hace caso son como la letra pequeña de los contratos: nadie la lee, pero es la que acaba por desahuciar a la gente, o por estafarla. De repente llegan unos policías y lo desalojan a uno de su casa. ¿Cómo puede ser?, se

preguntan los semipropietarios perplejos, ¿cómo se ha llegado a esto? Lo mismo que quienes compraron preferentes o acciones sin enterarse y se encuentran de pronto desprovistos de sus ahorros. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo se ha llegado a esto? La respuesta es invariable: se llegó con las cosas que se pasaron por alto, con aquellas de las que nadie protestó, ni siquiera los partidos de la oposición, que andan todos en sus limbos sin atender a sus deberes. Los unos con sus EREs de Andalucía, los otros con sus berrinches con la Monarquía, los de más allá no con su «derecho a decidir» (porque decidir entre opciones es lo que está justamente excluido), sino con su imposición a proclamar la independencia, *velis nolis.*

Hace unas semanas hablé de los detectives privados. Bueno, piensa la gente, tampoco somos tantos los que recurrimos a sus servicios. Unos meses atrás, de los agentes del CNI. Bueno, ésos siempre son huidizos y secretos, al fin y al cabo. Y así nada tiene importancia. La noticia menor que hoy me ocupa nos podría afectar a cualquiera, pero todo el mundo lo verá improbable, hasta que un día un civil se encuentre ante un tribunal militar acusado de traición o de cualquier otro delito, y se pregunte: ¿Cómo puede ser? ¿Cómo se ha llegado a esto, como si estuviéramos en tiempos de Franco? Pues se habrá llegado en estos días, sin que ninguna voz se alce. El código militar hasta ahora vigente estipulaba unos pocos casos en los que los civiles podían verse sometidos a su jurisdicción, y uno de ellos era «en tiempo de guerra». La propia ley aclaraba que ese tiempo se extiende desde la declaración formal de guerra o la ruptura generalizada de hostilidades con una potencia extranjera hasta el cese de éstas. Pero como las guerras ya no se declaran sino que sin más se libran, el Ministerio de Defensa acaba de modificar su código, y donde ponía «en tiempo de guerra», ahora pone «en situación de conflicto armado»; eso sí, sin explicar a qué llama exactamente conflicto armado, ni quién lo declara ni cuándo comienza o termina. Se trata de un concepto totalmente ambiguo, difuso, indeterminado. ¿Estábamos en esa «situación» mientras atentaba ETA? ¿Lo estamos ahora, bajo la permanente amenaza de ataques terroristas islamistas? ¿Lo estaríamos si en España operaran regularmente mafias sanguinarias como las de Italia? ¿Si hubiera

una criminalidad sostenida y cruenta como las de México, Guatemala u Honduras? ¿Bastaría con que se desplegaran unidades del Ejército por cualquier motivo —proteger el Congreso de manifestantes, por ejemplo— para considerar que ya estábamos «en situación de conflicto armado»? No sé si se percatan de que, con este descarado cambio en el código militar, los civiles estamos expuestos a que ya no nos juzgue un tribunal civil en cuanto al Gobierno de Rajoy se le antoje. Las consecuencias no son tan menores: en esa «situación» tan imprecisa, cualquier español que difundiera información clasificada o de interés militar que perjudique la defensa de España o sus aliados —como un periodista, sin ir más lejos—, podrá ser acusado de traición y condenado, *por un tribunal militar*, a veinte años de cárcel (!). Y cualquier civil que *desobedezca* un bando militar podrá serlo a seis años (!). Si esto no es militarizar a la población de nuevo, privarla de sus derechos fundamentales y entregarla a la discreción y arbitrariedad del Ejército, que venga el General Franco y lo vea. Se frotaría las manos, les daría un gran abrazo a Rajoy y a sus ministros y les diría: «Bravo, muchachos, se ve que sois de los míos. Volvemos por donde solíamos».

21-VII-13

Alerta y sanos y salvos

Un supersticioso diría que se trata del número, del año 13, pero algunos no murieron en los siete meses que llevamos de él, sino antes, no sé cuándo exactamente. Un estoico lo vería como mera casualidad, o como «racha», y es verdad que a veces se tiene la sensación de que hay periodos muy malos en que se concentran las desgracias. También es cierto que cada uno se fija más en las bajas de su entorno profesional, o de aquellos ámbitos a los que presta atención, por afición o cercanía. Yo me he acostumbrado a mirar la sección de *Obituarios* con aprensión, y cuando veo que desconozco a los muertos destacados del día —cuando se trata de un industrial o de un físico—, respiro con un poco de alivio, como pensando: «No ha caído nadie que me importe, o que para mí forme parte del mundo; si ignoraba su existencia, mal puedo lamentar que ésta haya tocado a su término». Me imagino que, en cambio, quienes sepan de física o industria sentirán que han sufrido una pérdida, aunque no conocieran personalmente al fallecido. Y me atrevería a suponer que en todos los terrenos hay hoy la misma sensación, de muertes atropelladas, superpuestas, tanto que ni siquiera da tiempo a llorarlas como es debido, o a encajarlas, o a recordarlas.

En el campo de las artes y del periodismo —a muchos de sus integrantes les guardo agradecimiento—, está siendo este un tiempo demasiado luctuoso, y en particular en España. Claro que hay individuos cuyo fallecimiento nos deja perplejos porque los creíamos muertos desde hacía mucho, o semimuertos: es el caso de la actriz juvenil Deanna Durbin, famosísima en época de mis padres; o el de Esther Williams, la nadadora coreográfica que protagonizó simpáticos delirios en mi infancia y de la que nada se sabía hacía siglos. Otros mueren a edades provectas y por lo tanto «lógicas», como Stéphane Hessel o José Luis Sampedro. Pero lo cierto es que

han muerto *ahora*, cuando podían haberlo hecho antes, «naturalmente», y sin embargo sobrevivieron. Otros también eran mayores, aunque no tanto: mi tío Jesús Franco, Sara Montiel, Moustaki, Querejeta, Tomeo, Miguel Narros, Landa, Borau, Fernando Guillén, María Asquerino, me vienen a la memoria y la cantidad me sorprende. Los ha habido asimismo más jóvenes: Esther Tusquets, Constantino Romero, Eugenio Trías, Sancho Gracia, José Sancho, Bigas Luna, el admirable James Gandolfini, el librero de cine Jesús Robles, la gratísima Concha García Campoy, Tony Ronald... Hasta ha muerto Matt Mattox, que nadie sabe quién fue salvo los muy aficionados al cine: el hermano con barbita de chivo de *Siete novias para siete hermanos*, se lo recuerda bailando inverosímilmente con un hacha en la nieve. Y Jérôme Savary, el escritor Chinua Achebe, Ray Manzarek de The Doors, el torero Pepe Luis Vázquez, el legendario editor Nadeau, el cuentista Medardo Fraile, Manuel Fernández-Montesinos. En el mundo de las letras y del espectáculo es como una catástrofe continua. En el plano personal —el que desde luego más importa— la cosa no mejora, y a lo único a lo que aspira uno es a que las bajas no nos toquen muy cerca. Pero a quién no le van llegando noticias de este o aquel conocido que ha desaparecido de la faz de la tierra, a veces inesperadamente, o que ha sufrido un ictus o un infarto y se ha salvado de milagro.

Para mí no hay superstición, ni noción estoica de mala racha sin causa. Y no, no voy a caer en una variación del dicho italiano *«Piove, porco governo»*, adaptándolo a *«La gente muore, porco governo»*. Pero no puedo por menos de creer que la situación económica y política en que nos encontramos desde hace ya demasiados años —y que nuestros Gobiernos agravan a conciencia, lejos de ponerle remedio o alivio— tiene algo que ver, algo influye. El desánimo resta vitalidad, y acaso rebaja las defensas. Quita ganas de luchar y de vivir, sin que apenas nos demos cuenta. Agota, consume fuerzas. Las preocupaciones y los temores nos hacen más débiles, no me cabe duda de eso, y la falta de horizontes apaga poco a poco cualquier brío. Es curioso que haya muerto tanta gente de cine y teatro en España, justo cuando el Gobierno de Rajoy ha dado una estocada definitiva a sus mundos. En la reciente película

Hannah Arendt, de Margarethe Von Trotta, la filósofa explica a sus alumnos cuál fue la máxima perversión de los nazis: hacer creer a las personas —sobre todo a los judíos, alemanes o no— que eran superfluas, que su trabajo no servía de nada aunque tuvieran que seguir haciéndolo. Nada mina tanto las energías como eso: sentirse inútil, improductivo, innecesario, sobrante, prescindible, un estorbo. Sentir que la propia desaparición no altera nada o incluso resulta beneficiosa para los que mandan. Cada vez más deben de tener esa sensación los millones de parados de larga duración en España; los jóvenes que no encuentran hueco y se marchan, los «dependientes» a los que ya no se ayuda, los enfermos crónicos, los pensionistas que notan la prisa de tantos políticos por que de una vez desalojen. También la gente cuya profesión es tratada como si fuera un lujo (¡y se incluye a los científicos e investigadores!), un mero gasto, un engorro. En lo que respecta a la literatura y a las artes, cuantos piratean libros, películas, canciones —con la connivencia de este cobarde Gobierno—, contribuyen a que así nos sintamos quienes nos dedicamos a ellas. No es así. Y si escribo estas reflexiones no es para deprimirlos a ustedes justo antes de sus vacaciones. Sino para que se mantengan alerta, saquen fuerzas de flaqueza y regresen todos sanos y salvos.

28-VII-13

Los despertares

Ya estamos de vuelta los que nos hayamos ido, y los que no, nos ven regresar más bien con desagrado, quizá pensando: «¿Por qué no permanecen donde estaban? Sin ellos la ciudad parecía más tolerable y llevadera, sin tanto tráfico ni aglomeraciones, sin tanto mal humor y tanto ánimo bajo, al menos andábamos más repartidos». Y sin duda también habrá esta reacción generalizada, tanto entre los ausentados como entre los inmóviles: «¿Por qué hemos de soportar de nuevo la presencia continua, obsesiva, de nuestros gobernantes nefastos, que jamás traen alegría alguna y sí amarguras constantes? Todo ha funcionado algo mejor sin sus decisiones de los viernes o de cualquier otro día; sin sus declaraciones canallescas o estúpidas, sin que viéramos sin cesar sus caras y escucháramos sus argumentaciones burdas y cínicas. Hemos comprobado, durante agosto, que se vive un poco menos mal sin su agobio. ¿Por qué no continuar así, por qué no se van a sus casas y se retiran? No se trata de que no gobiernen (eso sería pedir demasiado), pero podrían ser más modestos y desaparecer de nuestra vista».

Al término de las vacaciones se habla siempre de lo arduo que resulta volver al trabajo, abandonar la burbuja de relativos descanso y ocio en que nos hemos instalado. Ese tiempo parece irreal en seguida, un espejismo que se desvanece pronto ante la aplastante realidad de la rutina, once meses ocupados. No creo que ya sea así. El que conserva el trabajo celebra retornar a él, comprobar que en su ausencia no se lo han quitado o no han suprimido su tarea, o que no se ha producido en su empresa un despido masivo. El que ya lo había perdido desearía encontrar por fin uno, sentirse útil, no depender de la familia, traer dinero a casa. Lo que hoy nos deprime a la vuelta es más bien el reencuentro con los facinerosos a los que

en mala hora votamos. Gente que engañó, y presentó un programa para incumplirlo a rajatabla, que habló de transparencia y cada vez es más opaca, que anunció limpieza y aparece enfangada. Se aduce que los casos de corrupción y de prácticas indecentes que se descubren (pueden ser indecentes cosas legales) pertenecen al pasado y no al presente, como si ignoráramos que se tarda tiempo en destapar lo que se procura ocultar por todos los medios. A nadie le cabe duda de que lo sucio que esté *ahora* pasando se sabrá sólo, con suerte, dentro de unos cuantos años. Vistos los precedentes, lo que nadie cree es que *ahora* ya no haya corrupción ni prácticas indecentes; al revés, damos ya por sentado que sigue habiéndolas y que quienes incurren en ellas se estarán esmerando todavía más en borrar las huellas. Sabemos que el saqueo de la ciudadanía a base de impuestos, de arbitrarias inspecciones de Hacienda que cambian la legalidad y las reglas a traición y a su conveniencia, de imparables subidas de la electricidad y otros servicios básicos, de reducciones de sueldos, de condiciones laborales al dictado de los empresarios; sabemos que es todo eso lo que nos aguarda otra vez, aumentado.

A la vuelta del verano a muchas personas les cuesta conciliar o conservar el sueño. Uno se mete en la cama, y en ese traicionero intervalo entre la actividad y el adormecimiento de la conciencia, se ve asaltado por las consideraciones pesimistas y los mayores temores. «¿Qué va a ser de mí y de los míos?» A mí me ocurrió eso durante bastantes años, conozco bien esos momentos de acentuación de la incertidumbre, de debilidad y «vacío». Desde hace tiempo, sin embargo, la sensación de abismo se me ha trasladado a los despertares. A la hora de retirarme he aprendido a pensar: «Bueno, el día ha acabado y aún estamos aquí, y lo que parecía fatal no lo ha sido; hay una tregua en principio, por mucho que uno esté expuesto siempre». Es en cambio por la mañana cuando todo me parece espantoso y sin esperanza. No hablo de esperanza personal, sino colectiva. Sé que la tregua nocturna ha terminado, lo mismo que ahora ha concluido la parcial de agosto. Miro el periódico con aprensión, encogido, y el pensamiento predominante, en medio de la confusión (tardo en volver a mi ser plenamente), es: «¿Qué habrán hecho hoy, qué prepararán estos desalmados? ¿Qué nueva

medida *contra* la gente habrán ideado? ¿Qué ley insensata o injusta habrán aprobado, qué derechos y libertades nos habrán mermado, qué falta de piedad querrán aplicar, qué mentiras habrán inventado?».

No soy el único en verse invadido por esta sensación predominante, en absoluto. Algo muy grave sucede cuando gran parte de la ciudadanía percibe a sus gobernantes como un peligro y una amenaza, como gente de la que no cabe esperar salvación ni ayuda ni mejoras ni soluciones, sino condena y obstáculos y empeoramiento y problemas. Hay quienes lamentan que estas columnas mías a las que regreso sean reiterativas en los últimos tiempos; que critique al Gobierno (y a otros políticos, no se olvide) y a esa idiosincrasia española (incluye la catalana y la vasca, lo siento) que nos ha llevado, entre otros males, a tener casi siempre dirigentes funestos, algo invariable a lo largo de nuestra historia. Pero es que han de sonar las alarmas cuando, al volver del verano, lo que nos acongoja y abruma no es reanudar el trabajo, sino enfrentarnos otra vez, inermes, a nuestros gobernantes. Mientras esto sea así, habrá que insistir, ya lo deploro.

1-IX-13

Lerdos, y gracias

Aunque los desapruebe, uno a veces comprende los procederes canallescos de políticos y empresarios. Entiende que quieran hacer lo que les venga en gana, que barran siempre para casa, que los unos aspiren a disfrutar de un poder cada vez más absoluto y amedrentador y los otros a mejorar hasta el infinito sus márgenes de beneficio a costa de la explotación de sus trabajadores y de encarecer sus productos. Uno se explica, hasta cierto punto, que todos añoren los tiempos de los señores feudales y ansíen retroceder lo más posible hasta ellos; al fin y al cabo, les resulta lo más cómodo y ventajoso. Todo partido político mira con envidia las épocas totalitarias (o los regímenes, que perduran en demasiados lugares), y su sueño sería, en el fondo, obtener en las elecciones lo que una vez se llamó «mayorías a la búlgara», es decir, un porcentaje de votos del 98 % o así. Y todo empresario desalmado siente nostalgia de los días en que los empleados carecían de derechos y de protección, cuando podían contratar y despedir sin aviso ni indemnización alguna, cuando nada era «improcedente» en su ámbito y decidían a diario, caprichosamente, qué jornaleros trabajaban y cuáles no, tanto en las faenas del campo como en numerosas fábricas. Echan de menos ser temidos y también ser vistos como «dispensadores de favores», como individuos magnánimos que podían espetarle a un desesperado: «Mira, te voy a hacer el inmenso favor de permitirte trabajar hoy para mí. Como el favor es inmenso, habrás de agradecerme que te pague una miseria y que disponga de todo tu tiempo a mi voluntad. No te quejarás de nada, faltaría más, ni pretenderás conseguir más de mí, ni por tu eficacia ni por tu antigüedad. Ten en cuenta que si te retiro el favor, tú y los tuyos no tendríais ni qué comer». Expresado así, este discursillo suena a siglo XIX si no a medieval, pero si suavizan un

poco los términos y se paran a pensar, verán que *de hecho* es a lo que se intenta volver, en gran parte del globo y desde luego en nuestro país.

Y ya digo, uno lo entiende, que estas condiciones las quieran recuperar los políticos y empresarios sin escrúpulos. Lo que ya le cuesta más concebir es que, tras un larguísimo periodo en el que las relaciones laborales no han sido así, en el que la gente ha aprendido a luchar por sus derechos y a trabajar con dignidad, esos individuos sean tan tarados (lo utilizo como se hace en el lenguaje coloquial) que ni siquiera sepan disimular y llevar a cabo su retroceso con discreción. Creo que todos nos condenamos y perdemos mucho más por lo que decimos que por lo que hacemos, y que se tolera mejor el doblegamiento y la explotación que la chulería y el recochineo. Son estos últimos los que a veces llevan a la gente a saltar, a agarrar una tea e incendiar unas oficinas o un banco, o a agredir al cretino de turno que ofende además de pisotear. La CEOE —los empresarios españoles— parece estar en manos de completos idiotas desde hace mucho, ellos sabrán por qué los eligen, o quizá es que en sus filas no hay más. Fue Presidente suyo Díaz Ferrán, que no se abstuvo de soltar vilezas antes de parar en la cárcel acusado de delitos de gravedad. Ahora la preside Juan Rosell, que recientemente ha hablado de los «privilegios» de los contratos indefinidos (se refería a derechos, pero para él es «privilegio» cuanto no sea sometimiento e indefensión del trabajador) y ha propuesto retirárselos para incrementárselos a los contratos temporales, como si eso fuera a ser verdad. Es tan falso como que la reducción de salarios redunde en mayor empleo: redunda tan sólo en el dinero que los empresarios se ahorran y guardan, y eso lo saben hasta las cabras, aunque no el FMI ni el comisario europeo Olli Rehn.

Rosell ha destacado que los temporales son el 90 % de los contratos que se hacen, y ha añadido como un ceporro: «y gracias». Esa chulería y ese recochineo encorajinan a la gente infinitamente más que las propias condiciones abusivas de la «reforma laboral» de este Gobierno. Como, más que ver emigrar a los vástagos porque no encuentran empleo aquí, a los padres los enfurece que Esperanza Aguirre afirmara: «Los jóvenes se van por espíritu aventurero», o

que Fátima Báñez, precisamente Ministra de Empleo, redujera el forzoso éxodo a mera «movilidad exterior». O que el de Educación, Wert, sostuviera que si los chicos no estudian, no es por las caras tasas que ha impuesto, sino porque muchas familias «no quieren dedicar dinero a la educación de sus hijos»; cuando es sabido que es lo primero que los padres procuran desde tiempo inmemorial. Aún más que ver a sus niños malnutridos, a la gente le indigna que los tertulianos afines al PP critiquen que en Andalucía se les diera una modesta merienda a esos críos y la califiquen de abuso al contribuyente y clamen: «Ya, y qué más. Que les regalen también una bici, si te parece».

He hablado otras veces de la conveniencia de la hipocresía. Cuando los empresarios y políticos son tan zotes que prescinden de ella y se dedican a chulearse, están tensando demasiado la cuerda, y ninguno queremos ver agresiones ni teas. Lo sabe cualquiera que haya leído dos libros de historia. Ya se ve que estos sujetos ni siquiera han leído uno en su vida. ¿Qué hacen ahí, tamaños lerdos?

8-IX-13

Que esto no se cuente

En contra de lo que se asevera a menudo, tengo la sensación de que vivimos una época de peligroso aletargamiento de las sociedades. Se supone que gracias a Internet y Twitter y los infinitos foros, ocurre justamente lo opuesto, y los usuarios de las redes sociales se vanaglorian de no dejar pasar ni una, de poner a caldo a quien lo merezca, de protestar por todo lo injusto, de boicotear marcas y empresas; en suma, de denunciar y hacer presión y castigar. Pero yo no veo que nada de eso traiga nunca verdaderas consecuencias en lo importante, ni haga rectificar ninguna ley, ni obligue a dimitir a casi ningún cargo, a excepción de los políticos americanos infieles a su pareja y los alemanes que han plagiado sus tesis doctorales. Muy poca cosa en conjunto. Es más, tengo la impresión de que tantas voces chillando por esto o lo otro, todas a la vez, se anulan indefectiblemente entre sí o en el mejor de los casos son víctimas de su sobreabundancia y de la dispersión. Quienes gobiernan se han acostumbrado ya a ese griterío de fondo y han aprendido a hacer caso omiso de él. Una jaula de grillos en la que caben todos los grillos del universo, en realidad es conveniente que estén agrupados ahí: amortiguan recíprocamente sus indignaciones, hacen indistinguibles las justificadas y graves de las arbitrarias y leves, los clamores necesarios de las pataletas superfluas, los abusos intolerables de las cien mil sandeces que se sueltan a diario en el mundo. «Las redes están que arden», oye o lee uno a veces, por tal o cual cuestión. ¿Y? ¿Han visto ustedes que esos incendios varíen algo en alguna ocasión? Algo significativo y de peso, quiero decir.

En cambio, me parece observar que la capacidad de influencia y contagio de los políticos y de «los que mandan» (financieros, grandes multinacionales, banqueros) no hace sino crecer, y con ella, asimismo, su capacidad para desorientar a las poblaciones. Cada vez

logran más que pasen por buenas prácticas que solíamos saber que estaban mal. Desde que se desahucie y lance al arroyo a una familia por un impago al que se ha visto forzada —no por ánimo de engaño ni por mala voluntad— hasta que las condiciones laborales de la gente vayan pareciéndose insólitamente a las de los tiempos de Dickens, a dos pasos de la esclavitud. Una de las más malsanas ideas que nos están «colando» es la muy antigua de culpar a quien denuncia las injusticias y abusos cometidos por los Gobiernos, algo típico de las dictaduras, que no admiten ninguna crítica. Pero esto sucede en democracias aparentes, viejas o nuevas. Las autoridades estadounidenses, en vez de enfurecerse con los pilotos que en Irak o Afganistán ametrallaron a civiles sin la menor necesidad, vierten su ira contra el soldado Manning, que con sus famosas filtraciones permitió que se supiera de esos asesinatos a sangre fría. En vez de llamar a capítulo a la NSA por su indiscriminado espionaje en Internet, organizan una persecución contra Snowden, que reveló su existencia, si es que eso fue una revelación. La cantinela habitual en estos casos es que esas denuncias y exposiciones «dañan la imagen del país», cuando a nadie nos habría cabido duda, hace muy poco, de que lo dañino eran los asesinatos gratuitos y «semifestivos» y el espionaje masivo, la desaforada intromisión en las vidas privadas de los ciudadanos.

En España ocurre lo mismo: «perjudican a la Marca España» (esa enorme catetada e imbecilidad) quienes publican fotos de españoles rebuscando en los contenedores de basura, o de grandilocuentes edificios oficiales dejados a medio construir o bien vacíos e inútiles, o de aeropuertos en los que jamás se ha posado ningún avión. Los políticos no reaccionan coléricamente —como debería ser— contra quienes han llevado a que muchos no tengan qué comer, ni contra quienes han despilfarrado el dinero público en sus megalomanías personales, malgastándolo en mamotretos inservibles, o contra Fabra y Camps, que se atrevieron a inaugurar con boato «su» aeropuerto de Castellón. Son sólo tres ejemplos, entre centenares de ellos. Quienes perjudican la imagen de España son los banqueros que nos han conducido a la ruina, los gobernantes que nos saquean y expolian fiscalmente sin que además valga de nada (la situación

económica general nunca mejora), la CEOE que cada vez exige más siglo XIX y más paro, los promotores inmobiliarios y alcaldes que han destruido nuestras ciudades y costas y seguirán en ello hasta que no quede un palmo de suelo sin sus adefesios. Son todos esos los que arrastran por el fango la imagen de nuestro país, junto con los incontables corruptos de los que da puntual noticia la prensa internacional. No cae sobre ellos la furia, sino que el actual Gobierno la descarga sobre quienes lamentan y denuncian sus atropellos. La consigna no es «Que esto no se haga más», sino «Que esto no se cuente», y lo peor es que la perversa idea se contagia a los ciudadanos. Párense un segundo a pensar: salvando las distancias, es como si, ante las atrocidades nazis, el enfado no hubiera ido dirigido hacia ellos, sino contra quienes divulgaron sus matanzas con el fin de que se castigaran y no volvieran a tener lugar. Quien se enfada con los divulgadores y cubre a los criminales y estafadores, a los derrochadores y ladrones, es que en realidad los aprueba y pretende que las injusticias y abusos continúen teniendo lugar.

15-IX-13

Rendición incondicional

Desde que el Profesor Alexis Grohmann reunió mis artículos sobre cuestiones de la lengua en el volumen *Lección pasada de moda*, abandoné la vieja costumbre de anotar disparates y sandeces que oía en televisión o leía en la prensa o —más grave— en libros, tanto escritos en castellano como vertidos de otros idiomas. Pensé que era tarea infinita y que además no servía de nada. Me rendí ante la inevitable disgregación del español, su deterioro imparable, su cada vez más veloz conversión en un mejunje del que cada cual saca lo que se le antoja y allá se las compongan los oyentes o lectores: éstos, mientras puedan, habrán de hacer sus traducciones del pseudoespañol reinante: «Ah», piensa uno, «habrá querido decir esto otro», al oír o leer una frase o expresión que en sí mismas carecen de sentido. Llegará un día en el que los que aún utilizamos una lengua no del todo emborronada y falsa, por fin no entenderemos lo que *quieren decir* los numerosísimos hablantes de la «pseudo», y entonces la comunicación desaparecerá, o se hará conjetural y muy tenue; los equívocos se multiplicarán y andaremos todos a tientas, como intérpretes con conocimientos rudimentarios de la jerga que escuchamos. No es ajena a esta situación —lamento decirlo— la Real Academia Española a la que pertenezco. Ella no puede ni debe impedir que la gente se exprese como le venga en gana ni que efectúe, con el uso, cuantas modificaciones decida en lo que respecta al léxico, e incluso a la gramática y la sintaxis. Pero si, acobardada y temerosa de parecer «elitista» o «autoritaria», admite incontables barbaridades «porque los hablantes las emplean», los está invitando a seguir con ellas y a «inventar» diez mil más al año. Quienes consultan el *Diccionario* no se fijan en si hay una marca tras cada vocablo, menos aún en si indica «vulgar» o «desaconsejable».

Sólo reparan en que el vocablo o la expresión en cuestión «están en el DRAE», y por lo tanto sancionados por él como correctos.

Aunque he abandonado esa costumbre, no me resisto a consignar unas pocas locuras apuntadas antes de mi rendición. Como todos sabemos, los informativos de TVE son una verdadera escuela de trituración de la lengua, no creo que haya otra institución que haya hecho tanto para destruirla. Y es en ese medio en el que he oído cosas que provocarían gran risa si no fueran reflejo de ese machacamiento insaciable. «Hay quien lo verá todo obtuso», aventuró un locutor, que quizá pasó de «negro» a «oscuro», y de ahí, tranquilamente, a ponernos ante un panorama en verdad de lo más obtuso. Otra locutora sentenció: «Hace tiempo que ese matrimonio rompe aguas», con lo cual nos comunicó —aunque ella no se enterara— que a los dos cónyuges hacía mucho que se les había roto a la vez la bolsa que envuelve a un feto, y se les derramaba por la vagina el líquido amniótico. Y una reportera de este diario (que también ha contribuido lo suyo) escribió: «En el ecuador de sus 85 años, Elmore Leonard...». Ahora que este novelista ha fallecido, me pregunto en qué «ecuador» estará, para la avezada reportera. En fin, otros se tomarán la molestia de seguir anotando, yo he izado bandera blanca.

Pero hay otra cuestión. Cada vez es más frecuente que personas supuestamente cultas, con carrera y con cargos de responsabilidad —representantes nuestros—, suelten burradas dignas de gañanes, o de los gañanes más patanes. Tengo anotada esta perla de Inés Alberdi (10 de marzo de 2012), que entre otras cosas fue —atención — Directora del Fondo de Naciones Unidas para la Mujer, esto es, tuvo un cargo *internacional*: «Los libros antiguos decían: "Dios creó al hombre en siete días", pero se puede decir "la especie humana". En la lengua hay posibilidades de hacer un uso menos sexista». Analicemos tan breve cita: 1) Lo que para ella son «los libros antiguos», así, a voleo, me temo que es exactamente la Biblia, o el Génesis si se prefiere. 2) Según las lecturas de Alberdi, a Dios le costó un huevo de tiempo crear al hombre o a la «especie humana», tanto da: lo mismo que asegura la Biblia que le llevó crear el mundo entero («y al séptimo descansó», ya saben). Si creemos a Alberdi,

no se entiende cómo es que salimos tan defectuosos, con lo que hubo de sudar ese Dios torpe. 3) A «los libros antiguos» hay que echarles la bronca, por no haber hecho «un uso menos sexista» de la lengua, así que —se sobreentiende— conviene que los alteremos.

Que yo sepa, para ser barrendero, guarda forestal, bombero o policía, hay que superar unas oposiciones en las que se demuestre un mínimo de cultura elemental, además de conocimientos relacionados con esos oficios. No se puede ser analfabeto para ejercerlos, y eso que en principio ningún miembro de esos cuerpos va a tener que hablar nunca en público, y menos en las Naciones Unidas. Tampoco va a tomar decisiones (estará siempre a las órdenes de superiores) ni va a manejar o a repartir dinero de los contribuyentes. Para ocupar cargos representativos, en cambio, a nadie se le hace un examen de mera cultura general, sólo sea para que no nos saque los colores. La disgregación de la lengua no tiene remedio, y al fin y al cabo los hablantes hacen con ella lo que quieren. La ignorancia sí lo tiene, o al menos no conviene premiar, por sistema, con prebendas, consejerías, actas de diputado, corresponsalías, alcaldías, ministerios y hasta Presidencias de Gobierno a los ignorantes supinos; como es la norma en España.

22-IX-13

Hoteles ahuyentadores

El primer aviso fue hace un par de años. Hacía una gira de promoción de un libro por Alemania, y en Fráncfort (si no me confundo, los escritores somos a veces como viajantes de comercio) me metieron en un hotel «original y supermoderno». Mi sorpresa fue tan grande como desagradable al descubrir que la habitación, cómoda y amplia, carecía de cuarto de baño propiamente dicho. Sólo había un minúsculo gabinete para los menesteres más prosaicos, a los que un caballero no debe referirse ni tampoco una dama; bien es verdad que ya no quedan apenas caballeros ni damas, ni siquiera en las columnas de opinión de los periódicos. Como desde la infancia tengo por costumbre bañarme por las mañanas, y no ducharme (un baño rápido, no crean, necesito sumergirme entero para darme cuenta de que estoy vivo y despejarme), busqué con aprensión, como loco, una bañera, pero no la había. Sí, al menos, un lavabo en una esquina de la habitación misma, como si hubiéramos vuelto a los cuartos de pensión antigua, sólo que aquel hotel era más bien lujoso y «a la última». Y luego, en medio de la estancia, muy cerca de la cama, se erigía una especie de cabina telefónica que era una ducha. No sólo quedaba fatal allí plantada, sino que le hacía a uno temer que, de hacer uso de ella, acabaría mojándolo todo: suelo, muebles, sábanas, un desastre. Supuse que habría algún medio de cerrarla herméticamente, pero la mera idea me causaba claustrofobia. ¿Y si conseguía que no se saliese el agua pero luego era incapaz de salir yo mismo de la cabina? Llamé en seguida a recepción y solicité que me cambiaran a otra habitación, con cuarto de baño separado y bañera. Debí haber imaginado la respuesta: «No tenemos ninguna así. Lo moderno es prescindir de esas cosas». Si no recuerdo mal, a la mañana siguiente «fingí» que me daba mi imprescindible baño en la espantosa cabina

telefónica que rozaba la cama, y desde luego, al salir de ella, y pese al cuidado que puse, empapé parte del suelo estupendo.

Cada vez me encuentro con más dificultades para encontrar habitaciones —en hoteles buenos e incluso en alguno buenísimo— que reúnan las condiciones que antes ofrecían casi todos, hasta los regulares. Por un lado está lo del fumar, ya me conocen. Este verano, en España, he debido descartar no pocos por ese motivo, y algún empleado ha tenido la osadía de decirme: «Es que por ley no podemos». Falso. La ley permite que los hoteles, si así lo deciden, dispongan de cuartos para fumadores. Pero como muchos son serviles con sus talibánicos turistas americanos, alemanes y nórdicos, han resuelto prescindir de ellos. Y claro, es ridículo que un autodenominado hotel de lujo prohíba el lujo de fumar a quien tal vez va a pagar más de 300 euros por noche. Lo de la ausencia de bañera empieza a extenderse. Algunos brindan un *jacuzzi* circular en medio de la habitación (no en el cuarto de baño, reducido siempre a la mínima expresión), que le roba espacio e indefectiblemente la afea, y con el que uno se tropieza en cuanto se mueve. Ya puestos a suprimir comodidades, también se sacrifica el *bidet* a menudo. Como ustedes saben, esa pieza es desconocida para los bárbaros del norte: no la hallarán en Alemania, en Gran Bretaña, en Holanda ni en los Estados Unidos. Es más, todos hemos visto películas de este último país en las que los personajes, al encontrarse con uno de esos refinados artilugios en Francia, Italia o España, se llevan las manos a la cabeza, se preguntan como paletos para qué diablos sirve e incluso se escandalizan suponiendo que su único uso posible es obsceno. *«Some French perversion»*, deducen esos personajes. Cierto que el *bidet* fue un invento francés, y que, si se quiere, es un lujo, por lo que no tiene sentido que los hoteles de lujo de nuestra área geográfica, más civilizada en lo relativo a la higiene, opten por no ofrecer a sus clientes dicho lujo. Tal vez piensan que los turistas septentrionales podrían abominar de su mera visión y largarse.

Es lo que hice yo este verano al llegar a un hotel «original» y costoso en el que no había nada de lo habitual y proponían, en cambio, una de esas grandes camas comunes, al aire libre, para disfrutarla en plan *«chill out»* en compañía de otros huéspedes. La

verdad, no sé a quién le apetece echarse en un lecho ya ocupado por otros, con un vaso en la mano, y —como puede ocurrir— bajo un aguacero. Cuando me largué de ese hotel y llamé a otro, me disculpé con quien me atendió por hacerle preguntas absurdas (pero ya necesarias en el futuro): a) ¿Hay habitaciones de fumador? b) ¿Hay cuarto de baño *fuera* de la habitación, o está mezclado con ella? c) En ese cuarto de baño, ¿hay bañera? d) ¿Hay *bidet* en él? e) ¿Hay espacio para el neceser o ha de dejarlo uno en el suelo? f) En la habitación, ¿hay un *jacuzzi* que le impida moverse? g) ¿Hay cama privada en ella o es de compartir? h) De hecho, ¿hay cama?

Los hoteleros se quejan de la crisis. Quizá lo primero que tendrían que hacer es volver a ofrecerlo *todo*, lo normal, lo habitual, además de lo superfluo y las «originalidades». Lo que solían brindar hasta los de medio pelo. De otra manera, habrá muchos más clientes que seguirán mi ejemplo y se largarán al ver una cabina de ducha encima de la cama.

29-IX-13

Para entendernos por ahí perfectamente

Como a los columnistas del dominical nos toca entregar las piezas dos semanas antes de su publicación, rara vez debemos ocuparnos de los asuntos más llamativos. Para cuando nuestros textos vean la luz, habrán ustedes leído docenas de artículos al respecto y se habrá dicho cuanto cabía decir sobre ellos. Si a eso añadimos los instantáneos e incontables tuits planetarios, carece de sentido que ahora agregue yo una sola palabra sobre la infausta presentación de la candidatura olímpica de Madrid 2020, en Buenos Aires. Pero compréndanme: soy madrileño de Chamberí y vivo cerca de la Plaza Mayor, y creo que mi conocimiento de la lengua inglesa me autoriza a emitir juicios sobre el dominio que de ella poseen los españoles «importantes» que se atreven a hablarla: he vivido en Inglaterra y algo en los Estados Unidos, he traducido obras difíciles de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX, he dado clases, conferencias, lecturas y entrevistas en ese idioma. Y precisamente por eso sé que hoy, y desde hace tiempo, ir por el mundo sin desenvolverse en inglés es como caminar con una pierna, ver sin gafas cuando uno padece un montón de dioptrías o —más ajustada la comparación— mostrarse como un imbécil completo sin capacidad de intelección ni entendimiento.

El inglés es una lengua endiablada, y lo sabemos quienes llevamos toda la vida manejándonos con ella, siempre de manera imperfecta: está llena de excepciones a las reglas y de excepciones a las excepciones; la distancia entre la ortografía y la fonética es enorme; las construcciones sintácticas pocas veces son sencillas. Pero también es cierto que el mundo está lleno de gente extranjera que consigue expresarse en ella decentemente, incluidos futbolistas, por mencionar un gremio sin mucho motivo para aplicarse en su estudio. Y si hay futbolistas que la dominan, no hay excusa para que no lo

hagan nuestros Presidentes de Gobierno ni nuestros ministros, o la alcaldesa de Madrid y el Presidente de nuestro Comité Olímpico, Alejandro Blanco, que se supone que llevan años viajando por ahí, «haciendo *lobby*» —como se dice en pseudoespañol últimamente— y recabando votos para lograr algo difícil, todo a cargo —en parte— de los contribuyentes. A Ana Botella, como a su marido, Aznar, hace tiempo que los engaña alguien que les ha hecho creer que hablan y entienden el inglés, cuando es un idioma apenas comprensible a sus oídos y estropajoso y casi ininteligible en sus bocas. Como el matrimonio parece soberbio, mujer y marido se han apresurado a creerse el engaño, y a hacer el ridículo por tanto. Uno se pregunta en cuántas más cosas —de mayor importancia— son engañados los políticos por sus infinitos consejeros aduladores, y cómo es que aquéllos están siempre dispuestos a tragarse las trolas que los halagan. ¿Son todos tan jactanciosos y fatuos como parecen? Aparte de eso, hubo por lo visto un «autor» del discursillo memorizado de Botella, un tal Burns, responsable de una empresa que ha cobrado no sé si uno o dos millones de euros por prestarle semejante plática y servicios similares. No se sabía si Botella estaba en la teletienda, soltando un anuncio de agencia de viajes o —su donairosa entonación y su gesticulación «pícara» inducían a pensarlo— invitando a los miembros del COI a echar una cana al aire: *«Madrid is fun! A quaint romantic dinner in el Madrid de los Austrias! The magic of Madrid is real!»*. Todo pronunciado macarrónicamente e incluso con los acentos cambiados: *«Friend-shíp»*, dijo, como si fuera vocablo agudo... El rubor arrasó mis blancas mejillas.

Pero aún más sonrojante y grave fue el caso del señor Blanco, adalid de nuestro proyecto. Se le oyó menos, pero lo suficiente: *«No listen the ask»*, respondió una vez, alegando que no había oído una pregunta. Pocos días más tarde lo vi en televisión: «Bueno, hablamos inglés como la mayoría de los españoles, pero vamos, le aseguro que lo bastante bien para entendernos por ahí perfectamente», algo así dijo, con suficiencia. Pues no. Les juro que alguien capaz de contestar *«No listen the ask»* (pongamos «Escuchar no lo cuestionar», y soy benévolo con la equivalencia) no puede entenderse en inglés con nadie, ni en lo más elemental. Y ese

señor no es «la mayoría de los españoles», que ya tienen bastante con hablar su lengua, sino un individuo que lleva años pagado por el Estado —en parte—, efectuando una tarea para la que no es competente, y él ha de ser el primero en saberlo.

Cuando pasaron al español tras la eliminación de Madrid, no fue mejor la cosa. Veamos. Ese señor Blanco declaró con pompa: «La derrota supone también una victoria» (???). Y no contento con la sandez y la contradicción en los términos, insistió: «Nos podrán derrotar, pero nunca seremos vencidos» (???). A Botella le gustó la imbecilidad o sinsentido, porque se apuntó de inmediato: «Un proyecto lo podremos perder, pero nunca nos podrán derrotar» (???). Bueno, ya saben que en el PP todos son ecos de ecos. Otro día volveré sobre las *favelas*, la asquerosa mugre y las ratas a la carrera *«in Plaza Mayor»* e *«in el Madrid de los Austrias»*, que la alcaldesa tuvo la desfachatez de vender como lugares «románticos y relajantes». Habrá habido otras razones de peso para que Madrid haya perdido, pero habría bastado con escuchar a esos dos representantes, en cualquier lengua, para colegir que el proyecto estaba en manos de ineptos. ¿Cómo se le iba a confiar a gente así la organización de unos Juegos? El pobre Príncipe Felipe, él sí con su inglés excelente, quedó sin duda barrido por los tópicos bochornosos, los balbuceos ininteligibles y las necedades.

6-X-13

Y luego van y lo cuentan

No se ha visto en los últimos años mayor ejemplo de «Trágame, tierra» que el de los informativos de TVE y los diarios gubernamentales con la candidatura Madrid 2020. Esos informativos se volcaron, hicieron un monográfico permanente, enviaron a un montón de colaboradores hasta Buenos Aires en un momento en que esa institución sufre recortes sin cuento; emitieron desde allí sus telediarios y ofrecieron en directo las penosas intervenciones de las que hablé hace una semana, para que admiráramos bien el don de lenguas —incluido el español— de varios de nuestros representantes. Huelga recordar que el tono de los locutores era de lo más triunfalista, se ignora por qué motivo o hay que suponer que recibían órdenes. Parecía que se iba a asistir a la coronación de Madrid, y por ende de España, y por ende del PP y del Gobierno. En cuanto la ciudad quedó eliminada a las primeras de cambio, sin ni siquiera suspense, esos informativos se pusieron a silbar y a mirar hacia otro lado, como si lo que acababan de ofrecernos en programación machacona y única jamás hubiera acontecido o, en el mejor de los casos, les trajera sin cuidado. Se aproximaron en su reacción de despecho a la que padeció el jefe de Opinión —jefe de Opinión, santo cielo— de uno de esos diarios gubernamentales. Con una cursilería infinita, contó al día siguiente cómo, mientras aguardaba el resultado de la votación en ascuas, salió «a rezar un padrenuestro al cielo de Madrid». «Un hombre pío», pensé al leerlo, «que cree en la eficacia de las plegarias hasta para las mayores chorradas». Pero en vista de que ni Dios ni los miembros del COI le hicieron caso, su espíritu cristiano se desvaneció al instante y concluyó su pieza con la misma maldición que eligió para titularla, «¡Que les parta un rayo!», sin que sus lectores tengan claro a estas alturas si les deseó la muerte a esos ingratos miembros o a Dios y a

sus cohortes de ángeles, por desoír su padrenuestro, los muy cabrones.

Algo se ha hablado, pero poco, de lo que le han costado al erario las tres tentativas fallidas y consecutivas de Madrid para ser sede olímpica. Dinero tirado, esquilmado a los ciudadanos. Tampoco se ha hablado lo bastante del masivo desembarco de individuos en Buenos Aires: unas 180 personas según unas fuentes, cerca del doble según otras. Mientras aún duraba la fiesta injustificada en los telediarios, los locutores no tenían reparo en anunciar: «Parece que por fin va a acudir Fulano, y Mengana, y Zutano». La capital argentina se llenó de ministros, funcionarios, miembros olímpicos y deportistas. Con todo respeto, y sin desdeñar sus méritos, uno se preguntaba cómo podía influir la presencia allí de un campeón de *taekwondo* al que conocen seis, o de las medallistas de *waterpolo* a las que conocen doce... y desde luego ningún miembro del COI con derecho a voto. Toda esa gente hizo vuelos de ida y vuelta de unas doce o trece horas, se alojó una o dos noches (o más, no sé) en un hotel bueno; desayunó, almorzó y cenó, me imagino; fue llevada y traída y paseada inútilmente en tiempos en que se nos obliga a todos a no gastar, con la congelación o la bajada de salarios, la pérdida de poder adquisitivo de las pensiones, los brutales recortes y desmantelamiento de lo que nos importa (sanidad, educación, investigación, ciencia, cultura).

Resulta que, además, al individuo encargado de los discursitos, y de dar clases de interpretación (?) a los ponentes, se le pagaron 220.000 euros por tamaña porquería. Ni siquiera se entiende que hubiera que contratar a nadie para «crear» semejantes vulgaridades, se le habrían ocurrido sin ayuda al más ignaro concejal del Ayuntamiento o a la propia Botella. También se pagó a otra agencia 2,4 millones de euros por la «estrategia internacional de comunicación». Es de esperar que tanto esta agencia británica como el «entrenador» y autor de los textos, Terrence Burns, se hundan en el descrédito profesional a partir de ahora. ¿A quién se le ocurre utilizar como reclamo la Plaza Mayor y el Madrid de los Austrias, tal como los han dejado los últimos alcaldes del PP y los tiene hoy Botella? La primera hace años que está decorada por pobres

indigentes —filas enteras— que duermen bajo sus soportales; sus arcos de acceso se han convertido en los urinarios de borrachos y sobrios, con el inaguantable hedor consiguiente, y, como ya he contado aquí, las ratas corretean de noche entre las mesas de las terrazas, algo sin duda «relajante». Los suelos de granito de todo el centro eternizan hasta la mancha de un chicle arrojado, luego están todos llenos de churretones repugnantes. Las papeleras se vacían poco y desbordan, Madrid es la ciudad más guarra que he visto, y he visto unas cuantas. Las plazas céntricas (Sol, Callao) también han sido granitizadas y ahora se cuentan entre las más feas del mundo: espacios sucios, desabridos, inhóspitos, con un solo arbolillo suelto o ninguno, sin un banco en el que tomar asiento, transformadas *en contra* de los ciudadanos. Hasta la secundaria Plaza de las Cortes se la ha cargado el célebre Siza, que continúa amenazando el Paseo del Prado: si ha sido tan buen arquitecto, parece como si el talento abandonase a todo el mundo en cuanto entra en contacto con nuestro Ayuntamiento contaminante. Mientras los turistas han aumentado este año en toda España, Madrid ha perdido un 22 % sólo en agosto. A nadie se le ocurre pensar que tal vez sea porque a la mayoría les da por pasearse por nuestra deteriorada Plaza Mayor y nuestro inconcebible centro, y luego van y lo cuentan.

13-X-13

Suerte que no hay simios en Ohio

Creo que era el Estado de Ohio, pero ya no estoy seguro. De hecho ni siquiera lo estoy de haber oído bien en un telediario, de si fue un espejismo auditivo o lo he soñado. No he visto luego la noticia en prensa, ni he leído una línea al respecto. Lo que más me hace dudar, sin embargo, es mi resistencia a aceptar —y miren que estamos escarmentados— que los idiotas lo sean tanto y que además tengan poder y manden. Sobre la imbecilidad se vienen soltando sentencias desde la Antigüedad. Se atribuye a Plinio —o tal vez a Apuleyo, en todo caso a un romano— la frase «Si los tontos volaran no se vería el sol», y a menudo es citada por mis colegas la irónica vacilación de Einstein: «Sólo hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana, y carezco de certeza acerca de la primera». Bien es verdad que a veces hacen suyas estas citas individuos que yo considero memos completos. Cuando le leí a un articulista «Si hubiera un tonto más en España, no cabría, se caería al mar» (o algo por el estilo), recuerdo que pensé de inmediato: «Debería aplicarse el cuento y tirarse por la borda». Así que, cuando uno habla de imbecilidad, debe hacerlo con precauciones, porque su percepción es subjetiva, y cualquier lector podría decirse ahora lo mismo: «Mira quién fue a hablar, el cretino de Javier Marías».

Pues bien, admitiendo la posibilidad de que yo sea un cretino —nunca se sabe a quién se lo puede uno parecer, aunque me reconforta que me tengan por tal algunos escritores, columnistas y políticos, su aprobación me preocuparía—, soy incapaz de juzgar con ecuanimidad la decisión del Estado de Ohio, que además se aprestaban a imitar, en cuanto entrara en vigor, varios Estados más de los llamados Unidos, a saber: se ha sancionado como «discriminatorio» hacia los ciegos que, como sucedía hasta ahora, no se les permita tener licencia de armas, ni portarlas ni hacer uso

de ellas, de modo que a partir de la nueva ley estarán autorizados a poseer arsenales y a pasearlos por las calles, ya que, como ustedes sabrán, los fanáticos de la NRA o Asociación Nacional del Rifle no se suelen contentar con guardar un Colt o una Glock en sus hogares, sino que se proveen con frecuencia de metralletas, granadas, fusiles de asalto y hasta *bazookas* o sus equivalentes más modernos. A partir de cierta edad los conductores de coches son sometidos a pruebas médicas periódicas para comprobar cómo andan de reflejos y de la vista, y el carnet no se renueva a los que no las pasan, por el peligro que suponen. Varios Estados americanos, en cambio, con el de Ohio a la cabeza, han dictaminado que privar del derecho a la tenencia y uso de armas a quienes no ven ni torta y podrían disparar «al bulto» y a voleo, no es una medida sensata y prudente, sino «discriminatoria» con los pobres e indefensos invidentes. Por si acaso, no pondré pie en Ohio, temeroso de encontrarme con tipos fieros que en una mano lleven bastón blanco y en la otra un Kalashnikov de gatillo paranoico y fácil, que apretarán «de oído».

Estamos alcanzando un punto en el que no sé qué habrían dicho Plinio o Einstein de haber llegado hasta nuestros días. A este paso, habrá enfermos de Parkinson con temblorosas manos que verán «discriminatorio» que no se les permita ser cirujanos; mancos que protestarán porque no se los admite en concursos de halterofilia o en combates de boxeo; viejos decrépitos que reivindicarán su derecho a ser figuras del toreo; alfeñiques que recurrirán ante los tribunales por no haber sido aceptados en los cuerpos de policía o de bomberos «con menosprecio de su aspecto físico»; cojos que se enfurecerán porque el London Royal Ballet ha rehusado hacerles pruebas como bailarines; sordos que no se contentarán con componer, como Beethoven, sino que reclamarán su oportunidad de ser críticos musicales. Les ruego que no se tomen todo esto como exageración ni como broma, porque ya estamos en ello: hay montones de escritores incompetentes a los que se les publican sus libros (eso sí, después de que las editoriales hayan quitado las faltas de ortografía y adecentado el texto ilegible); traductores que desconocen las dos lenguas, la de origen y la de destino; las radios y las televisiones están llenas de individuos a los que Dios no había

llamado por la senda de la comunicación, con desagradables voces —tipo Montoro— o con frenillo, con horribles dicciones e incapaces de completar una frase con sentido (¿qué es todo eso para «discriminarlos»?); hay cientos de actores mascullantes que requerirían subtítulos; y no son raros los casos de personas en sillas de ruedas que deciden escalar el Everest, lo cual me parece bien, allá ellas, pero no deberían esperar un rescate si el vehículo se les atora en un risco. (Quizá sí exagero en este ejemplo, pero no mucho.)

Dado que hoy hay numerosos «animalistas» (incluidos miembros del PSOE) que exigen que se conceda el estatuto de «personas» a todas las bestias, pero sobre todo a los grandes simios (Proyecto Gran Simio lo llaman, creo), supongo que no está lejos el día en que a los chimpancés y gorilas se les otorgue el permiso de tener, portar y usar armas, para no «discriminarlos». Entonces nadie podrá hacer la vieja comparación castiza «Ese tío tiene más peligro que un mono con una ametralladora», por racista e inadmisible. Menos mal que, de momento, y que yo sepa, en Ohio no hay grandes simios.

20-X-13

El negocio de prohibir

Ya no se sabe si la avidez recaudatoria de las actuales autoridades españolas no conoce límites —bueno, saqueadora—, o si la vieja pasión prohibidora de este país emerge al menor pretexto, o si se trata de una mezcla de las dos, lo más probable. En poco tiempo nos han obsequiado con varias medidas, a cual más injusta, demente y desfachatada, todas dictadas por esos dos ánimos: prohibir por prohibir y estrujar aún más al ciudadano, como si no bastaran las enloquecidas subidas de impuestos de Rajoy y Montoro, en contra de sus promesas electorales y, según dijeron, «provisionales», pero ya prorrogadas uno o dos años más, por lo menos hasta 2015. Como en esa fecha habrá elecciones, bajarán algo esos impuestos a ver si los votan los de su propio partido. Visto lo que podemos fiarnos de su palabra, y de la del PP en general, es seguro que, si redujeran la presión fiscal, sería para incrementarla en seguida en 2016, y de lo dicho nada, y además «no hay otra solución».

Pero a lo de ahora. Primero se nos comunicó que a partir de pronto se harán pruebas de alcoholemia a los peatones infractores y se los multará. Es decir, si alguien lleva prisa y se salta un semáforo porque no se ve ni un coche en lontananza, habrá que comprobar si ha bebido un vaso de vino o dos, y, de ser así, se la cargará bien cargada. Otro tanto si un transeúnte desciende a la calzada y camina junto al borde, cosa que en Madrid, por ejemplo, nos vemos obligados a hacer todos a menudo porque las aceras están intransitables, llenas de obstáculos puestos por el Ayuntamiento: pivotes de piedra o de hierro, chirimbolos, motos y bicis a las que se permite aparcar, gigantescos contenedores, bandas de pseudo*jazz*, vallas y zanjas de obras inútiles, papeleras desbordadas, andamios por doquier. Así, las autoridades ocupan las aceras hasta impedirnos ir por ellas, y a continuación deciden cobrarle al que las abandona

para avanzar. Negocio redondo, el de forzarnos a infringir las reglas para luego multarnos por ello.

Al poco nos enteramos de que la alcaldesa de Fuengirola, del inevitable PP, ha prohibido que en la Feria de su localidad suene música en otra lengua que el español, y —ojo— español de aquí: no sólo no permite «géneros como funk, rap, reggaeton, electrónica, metal, alternativa, hip hop, reggae, heavy metal, country, punk y gótica», sino tampoco «ritmos latinos en general», aunque estén cantados en español. Asimismo ha dictaminado sobre la decoración de las casetas, que deberá basarse en «elementos relacionados con Andalucía, su cultura, arte y tradiciones», y al que no cumpla lo visitará la policía. Que esta tal Doña Oña imponga a sus conciudadanos lo que han de oír y bailar, y hasta cómo deben engalanarse, es sin duda anecdótico, pero delata un espíritu totalitario que ríanse de Stalin. De hecho la aproxima mucho a Franco, que proscribió todos los nombres extranjeros, de cines, hoteles, cafeterías y demás. Oí contar que el cine Colón de mi infancia se había llamado Royalty, hasta que el dictador lo condenó por poco español.

A continuación nos anuncian una nueva ordenanza municipal para Madrid, y a raíz de eso se nos revela que está parcialmente inspirada en las ya vigentes de Sevilla, Barcelona, Málaga, Benidorm, Bilbao, Granada y otras ciudades. Al leer la lista de lo que prohibirá y multará esa ordenanza, uno se pregunta si queda algo que no sea una infracción, y si pronto no nos cobrarán por salir a la calle y transitar. Junto a algunas prohibiciones razonables y ya existentes, pero que no se suelen respetar (orinar en la vía pública, algo que uno ve hacer de continuo con total impunidad; no llevar perros peligrosos sin bozal; encender hogueras, etc.), nos encontramos con que habrá multas de hasta 750 euros por limosnear ante un centro comercial; de hasta 1.500 por intentar limpiar un parabrisas o vender *kleenex* en los semáforos, por «juegos o apuestas con dinero» (esto en una comunidad que ahora adora a la Virgen Tahúr de Eurovegas y a San Adelson el Turbio, será para que ningún trilero haga competencia a sus casinos), o por «promover la prostitución». No se aclara qué cae bajo ese verbo ambiguo, guiñarle un ojo a un

viandante debe de ser parte de ello. También se pregunta uno cómo pagarán 750 o 1.500 euros un mendigo, un vendedor de *kleenex* o un limpiador espontáneo, más aún cuando, gracias a la política de recortes y despidos fáciles del Gobierno y la CEOE, cada día más gente se ve empujada a tan miserables menesteres porque no le queda otro remedio. Y luego se pregunta uno qué se hará con los no pagadores, que serán todos: ¿se los meterá en la cárcel, estando todas ya saturadas? ¿Se los expulsará de la ciudad o del país? Todo da la impresión de ser un capítulo más en el proceso de eliminación de los pobres. A usted se lo multa y persigue sólo por eso, por ser pobre, hay que ver. Lo sangrante es que al mismo tiempo este Gobierno hace todo lo posible por incrementar su número, y por que pasen a serlo quienes no lo eran ni lo son. Entre eso y la nueva emigración forzosa de jóvenes y no tan jóvenes, uno empieza a sospechar que a lo que aspira el PP es a despoblar el país y a que en España no queden en libertad más que sus votantes y unos cuantos indiferentes. Sería la única manera de asegurarse la perpetua reelección. El único inconveniente es este: ¿quién quedaría para tributar a Hacienda, esto es, para pagar a sus miembros y «asesores» sus cuantiosos sueldos?

27-X-13

¿Por qué nada sirve nunca de nada?

Van a cumplirse dos años desde las últimas elecciones. Sí, sólo dos años, aunque parezca que Rajoy, Sáenz de Santamaría, Montoro, Mato, Wert y demás conmilitones lleven burlándonos una eternidad. Como me considero un hombre común, estoy convencido de no ser el único al que lo siguiente causa perplejidad: en este periodo se han aplicado incontables recortes en todo lo habido y por haber, pero sobre todo en lo que a la gente le importa más, con el consiguiente deterioro en sanidad, educación, ciencia, investigación, cultura, limpieza y transportes públicos. Las partidas presupuestarias han caído en todos los ámbitos; los enfermos «copagan» sus medicamentos (es decir, los pagan dos veces); los «dependientes» se han quedado sin asistencia y algunos pacientes crónicos han de contribuir a sufragar las ambulancias que los transportan para sus tratamientos; la electricidad ha subido varias veces, mientras los sueldos bajan o permanecen congelados desde hace años y en cambio el IPC continúa creciendo; los pensionistas han visto mermado su escaso poder adquisitivo (un aumento del 0,25 % anual es una merma salvaje, teniendo en cuenta cuánto más se encarece la vida); en el Ejército empieza a faltar personal de adiestramiento; el mal funcionamiento de los organismos públicos se ha agravado por la reducción de plantillas; se jubila por la fuerza a médicos y sus plazas no se cubren, y lo mismo sucede con los profesores, de secundaria y de estudios superiores; las tasas universitarias están por las nubes, se restringe la concesión de becas. Todos los impuestos nos han sido elevados, en contra de lo prometido por el candidato Rajoy. En vez del 15 %, nos retienen el 21 %, y esa medida «transitoria» ya está prorrogada para 2014. También el IVA está en el 21 % para casi todo, y eso ha conducido al cierre de cines y teatros y a la pérdida de más y más empleos. El presupuesto para

bibliotecas públicas fue de cero euros en 2013. Según Sérvulo González, de este diario, «La carga fiscal nunca ha sido tan alta en al menos dos décadas... Rajoy ha impulsado la mayor subida tributaria de la historia reciente... Pero las bases imponibles siguen en caída libre debido a un empobrecimiento de los hogares (hay menos renta que gravar, menos consumo y las empresas ganan menos)».

No hemos acabado, se rasca hasta el miserabilismo: las gasas, tiritas y demás, que hasta ahora soportaban un IVA del 10 %, lo acarrearán en breve del 21 %. Los bancos, no se olvide, han recibido miles de millones de los contribuyentes, pero niegan líneas de crédito a la mayoría de pequeñas y medianas empresas, así como a los particulares que los salvaron de la bancarrota. La perplejidad es elemental: ¿cómo puede ser que todos estos brutales recortes y ahorros, y toda esta monstruosa operación recaudatoria (un saqueo, un expolio en regla), *no sirvan nunca de nada*? Está previsto que el paro crezca aún más, las empresas siguen arruinándose, los comercios echan el cierre, el consumo está por los suelos. El déficit empeora y la deuda apenas mejora. ¿Dónde va a parar todo ese dinero, el que no se gasta en servir a los ciudadanos y el que se les sustrae con variadas triquiñuelas legales? ¿Por qué nada surte efecto? Hay una respuesta obvia: estamos en manos de incompetentes que además carecen de escrúpulos. Pero ¿tan incompetentes? Excede toda verosimilitud. Para la ausencia de escrúpulos no hay límite de verosimilitud.

Lo prueba que, en medio de esta depauperación general, el Gobierno cuente con unos 600 «asesores», es decir, individuos opacos designados libremente y a los que nadie ha votado, y que, al no ser funcionarios, tampoco ven rebajados ni congelados sus arbitrarios sueldos. El Ayuntamiento de Barcelona, a su vez, cuenta con 262, y el de Madrid no se sabe si con 231 o 254, mientras el de París, con más millones de habitantes, se asesora sólo con 36, según Acosta Vera, lector de este diario. Multipliquen por el número de ciudades de España. Añadan los «asesores» de los 17 gobiernos autonómicos, y les saldrán millares de personas nombradas a dedo, en su mayoría inútiles y parasitarias (ya se ve cómo funciona todo) y

que cobran cantidades misteriosas de los Presupuestos del Estado. Lo más sangrante, con todo, es esto: si alguien es Presidente, ministro, alcalde, consejero autonómico o concejal, se supone que posee conocimiento y criterio para desempeñar su cargo y que no necesita de ningún asesor, no digamos de 262. Es como si yo no escribiera mis libros —aunque los firmara— y tuviera a mi disposición un nutrido equipo de «consejeros» y «negros», por qué no. De la misma manera que si soy novelista se da por descontado que sé escribir mis novelas y decido en ellas sin ayuda de nadie, y me documento si me toca hacerlo, de un cargo público debe esperarse que él o ella sean sus propios «asesores», y que dimitan si no es así y dejen su puesto a quien sepa de verdad. O bien que el salario de los 262 «asesores» de Barcelona, los 231 de Madrid y los 600 del Gobierno central se reste de los que respectivamente perciben Xavier Trias, Ana Botella y Mariano Rajoy. Al fin y al cabo, el primero tiene el sueldo político más elevado de España. Lo cual, dicho sea de paso, también carece de explicación, e incluso de verosimilitud.

3-XI-13

Las no tan viejas lealtades

Dentro de un rato veré el primer Barça-Madrid de la temporada, y descubro que en gran medida lo voy a hacer por inercia, por costumbre, porque uno ya no tiene edad de cambiar de hábitos ni de despreciar esos partidos. En un pasado no lejano me desesperé en Nueva York el día de este mismo encuentro: recorrí todas las cadenas que me ofrecía el hotel con la esperanza de que alguna —tal vez hispana— se dignara retransmitirlo, pero no hubo suerte. En otra ocasión, en Buenos Aires, me puse ante la televisión a una hora absurda, desatendiendo quehaceres en la ciudad que visitaba. Y una noche maldije a mi antiguo compañero de colegio y médico de cabecera José Manuel Vidal —no me arrepentí, pues son diarias las bendiciones que le envío desde hace catorce años— por habernos convocado a los miembros de nuestra promoción, en su casa, justamente un sábado de Barça-Madrid. Luego recordé que además no tenía culpa, pues ya en los recreos nos había mirado por encima del hombro a los futboleros.

¿Qué me pasa este año, y me pasó también en los tres anteriores? Aunque escribí hace mucho un artículo titulado «La recuperación semanal de la infancia»,[3] en el que me asombraba del ánimo pueril con que en plena edad adulta uno se disponía a ver los partidos cruciales, quizá mis años de ahora ya no me permiten volver a los diez u once *nunca*, ni siquiera cuando saltan al campo los blancos y los *blaugrana*. Tal vez. Pero curiosamente mi indiferencia coincide con la llegada de Mourinho a mi equipo de toda la vida. Ya no está en él este individuo que era la negación absoluta de lo que para mí había representado el Madrid. Ya no está, pero uno no se recupera de semejante baldón de la noche a la mañana, menos aún cuando su espíritu megalómano y fullero parece haber impregnado a parte de la masa social del club y —todavía más grave

— a su presidente, que al fin y al cabo fue quien lo trajo y le otorgó plenos poderes, quien defenestró por complacerlo a alguien que sí entendía al Madrid como Valdano y orilló a Zidane por si acaso, y se puso de su parte en su persecución de Iker Casillas. Y me doy cuenta ahora de que no soy tan distinto del de los diez u once años. Por entonces el Madrid echó a Di Stéfano injustamente, y los niños de la época nos enfurecimos tanto que a punto estuvimos de hacernos del Español (!), al que se marchó nuestro gran ídolo. Los niños son fieles y apasionados y a veces mortalmente serios en sus lealtades. Tienen memoria y son agradecidos, a diferencia de muchos de los adultos que los suplantan. Poseen un fuerte sentido de la justicia y se indignan ante su opuesto. Y Casillas, pese a ser portero, y de la cantera, es hasta cierto punto el Di Stéfano de nuestros tiempos, con el añadido de que, al ser también guardameta de la selección, ya no pertenece sólo al Madrid, sino un poco a todos. Conozco a *culés* desaforados que le profesan simpatía y respeto, algo apenas visto hacia un jugador del rival máximo. Al parecer, su gran pecado —por el que todavía paga— fue resistirse a las imposiciones de un entrenador ponzoñoso y ególatra que, para colmo, ejerció pésimamente su oficio, como demuestran el feo juego y sus fracasos a lo largo de tres temporadas eternas.

El declive al que todo futbolista está condenado ni siquiera se había iniciado en Casillas cuando lo privó de la titularidad el enfermizo fatuo. Que el insustancial Ancelotti perpetúe su suplencia sin motivo claro hace sospechar que obedece órdenes de arriba, del valedor de Mourinho. Lamento que Diego López, un buen y paciente portero, aparezca como «usurpador». Carece de culpa, y además es hombre discreto. El problema estriba en que, sin negarle sus cualidades, resulta que Iker Casillas es de los que *obra milagros*. No es lo mismo ver la meta guardada por un jugador competente que por uno capaz de evitar goles en contra que uno da ya como seguros, y que le hace maravillarse de que no hayan entrado. Si algo no perdonan los niños —ni siquiera los niños adultos— es la ingratitud. El paso de Mourinho por este club fue infeccioso, y la infección aún perdura. Ese individuo logró convertir en verdades todas las falacias que los antimadridistas llevaban décadas

propalando: un equipo prepotente y desdeñoso, que intentaba intimidar a árbitros y rivales, que ganaba con jactancia y perdía con malos modos. Incluso le añadió un sambenito que nadie le había achacado: un equipo victimista y quejoso. En los últimos años el Madrid ha sido ingrato con Raúl y Guti, jugadores a los que los aficionados deben alegrías sin cuento y proezas inverosímiles, al primero, y toques de distinción, al segundo, como no se recordaban desde Velázquez o casi. Ahora lo está siendo con Casillas, que desde los tiempos en que se lo llamaba «el muchacho» no ha cesado de obrar milagros bajo los palos, y encima se ha comportado siempre con dignidad y compañerismo y una nada demagógica nobleza. No sorprende que lo odien los tertulianos maleantes de la extrema derecha, los mismos que idolatran a Mourinho: Dios los cría y ellos se juntan, en España más que en ningún otro sitio. Esa es una de las razones de mi indiferencia de hoy: no ver saltar al césped a Casillas es como no ver hacerlo a Di Stéfano cuando yo era niño. En eso, al menos —en la fidelidad y el agradecimiento—, compruebo que por fortuna no he cambiado tanto.

10-XI-13

Una comicidad irresistible

Si no fuera porque en nuestro mundo sin escapatoria todo trae consecuencias; si no fuera porque muchas de las sandeces se toman en serio y se traducen en prohibiciones y en pérdida de libertades; si no fuera porque cada vez están peor vistos la ironía y el sarcasmo, y acabarán perseguidas la broma y la guasa; si no fuera por todo esto, nuestra época sería de una permanente comicidad irresistible; y, pese a la crisis y la creciente penuria de demasiadas personas, las amenazas terroristas, los inmigrantes que mueren y todo lo que nos oprime y angustia, nos bastaría con hojear el periódico o echar un vistazo a las noticias para recuperar el humor y reírnos un minuto a carcajadas. No descarto ser yo el anómalo, desde luego, pero casi todo lo que sucede me parece ridículo de un tiempo a esta parte. No me refiero, claro está, a las actuaciones de nuestros políticos, que nada tienen de graciosas y en su mayoría son injustas y graves para la población, aunque casi siempre vengan acompañadas de explicaciones en sí mismas hilarantes, por chocarreras, zarrapastrosas, inconsecuentes o directamente imbéciles. Sino a las reacciones de la sociedad ante los hechos «menores». En la cara amable del mundo (llamémosla así), casi todo es solemne y desmedido.

Veamos algunos ejemplos más o menos recientes. El nefasto Presidente de la FIFA, el suizo Joseph Blatter, que aún no ha hundido del todo el fútbol pese a llevar muchos años esmerándose en ello, se reúne con estudiantes de Oxford y, con cara enrojecida y aspecto de estar muy bebido, hace una parodia sin gracia del jugador Cristiano Ronaldo (ya saben, el famoso humor suizo, que tantas aportaciones ha hecho a la historia de la risa). En vez de limitarse a contemplar su *performance* con indiferencia y lástima, el Real Madrid envía un comunicado de campanuda protesta, y el

propio Cristiano se siente agraviado porque Blatter lo haya «militarizado» comparándolo con un comandante y lo considera un insulto a él, a su club e incluso a su país entero (Portugal, célebre por su belicosidad y sus ejércitos). Y centenares de miles de internautas y tuiteros se abalanzan a manifestar su indignación y a exigir la dimisión del aparente beodo (no que no haya otros motivos, de más peso, como llevar un Mundial a Qatar, sin ir más lejos). Poco después, ese simpático modisto llamado Lagerfeld declara que «Nadie quiere ver gordas en las pasarelas», lo cual, aparte de intrascendente, puede ser bastante cierto, o si no los desfiles estarían llenos de obesas y obesos, ante la demanda de la concurrencia. La frase, sin embargo, le ha valido ser denunciado ante la justicia francesa por ser «difamatoria y discriminatoria contra la comunidad de mujeres gordas» *(sic)*; aunque éstas estén repartidas por todo el planeta y no se conozcan entre sí, forman una comunidad, por lo visto. Lo más sublime es el nombre de la asociación que llevará al modisto ante los tribunales, a poco que un juez tieso y severo admita a trámite la denuncia: Guapa, Gorda, Sexy y Lo Acepto. En realidad, sólo por lo logrado del nombre (y por sus mayúsculas), merecen esas mujeres que se les haga caso.

Hace un par de años defendí aquí a otro modisto, el pobre Galliano, que fue crucificado y perdió el empleo por encararse en un café, borracho —es decir, en ocasión privada—, con unos pesados y decirles algo así como que Hitler había hecho mal su trabajo por no haberlos exterminado. Como solía saber todo el mundo, la gente suelta barbaridades a menudo cuando está embriagada, y lo normal era no tenérselas demasiado en cuenta. La reacción universal me pareció tan desproporcionada que desde entonces Galliano se ha convertido en uno de mis idolillos: un tipo que acostumbra a aparecer festivamente disfrazado de torero, de gaucho, de marinerito o de zíngara no puede ser, a la fuerza, sino pueril y casi inofensivo. Sigue pidiendo perdón por doquier y haciendo méritos, porque quienes lo filmaron en su exabrupto le arruinaron la carrera. En otro extremo del globo, el Presidente de Venezuela, Maduro, asegura con grandilocuencia que la cara de Chávez se ha dibujado en una pared del metro, y sus feligreses le creen sin esbozar ni una

sonrisa; con anterioridad lo había «sentido» convertido en un pajarito (hasta imitó sus silbidos), lo cual es sin duda un fenómeno: dado el grosor que alcanzó el Comandante, resulta milagroso que lo encajara todo en un «pajarito chiquitico». Me habría parecido más verosímil que formara parte de las Guapa, Gorda, Sexy y Lo Acepto. Francamente.

La Academia de la Publicidad ha obsequiado a la RAE, por su tricentenario, con un anuncio en el que una madre riñe a un niño en un español desastroso, y luego, tras mirar el *Diccionario*, le vuelve a echar la regañina con corrección gramatical y léxica. También han llovido improperios: ¿por qué ha de ser una mujer la que hable mal? Supongo que tenía que ser una mujer o un varón, una de dos, y que daba lo mismo. Quizá los de la Publicidad deberían haber elegido a un progenitor hermafrodita, transmitiendo así una imagen muy realista. Claro que entonces se habrían soliviantado los escasos hermafroditas, con mayor razón, imagino. La verdad, no hay manera de decir ni hacer nada sin ofender hoy a alguien y ser objeto de denuncia. La vocación inquisitorial es la más extendida, y el mundo está dominado por la susceptibilidad exacerbada. Si no fuera porque ésta trae consecuencias —ya lo dije al principio—, aquél sería un lugar bienaventurado, de una comicidad irresistible.

17-XI-13

Un hombre de buen conformar

En mi juventud pasé dos años conviviendo con él a diario, desentrañándolo y reproduciendo en mi lengua las 700 u 800 páginas de su obra maestra, *Tristram Shandy*, y unos pocos sermones de los que soltaba a sus feligreses en el pueblo de Coxwold, cerca de York, donde vivía cuando no estaba en Londres o viajando por el Continente, esto último sólo tras el gran éxito de esa novela, que resulta innovadora incluso ahora. Aprendí tanto de él, y me divertí tanto traduciéndolo, que, pese a haber hablado de Laurence Sterne otras veces, y aun a riesgo de repetirme, me sentiría un ingrato si no celebrara el día de hoy y le rindiera homenaje, ya que ese escritor jovial y atrevido, ingenioso y compasivo (pero jamás sensiblero), nació el 24 de noviembre de 1713, hace exactamente trescientos años. Sus dos obras principales, la mencionada y *Viaje sentimental*, se siguen editando y traduciendo a diferentes lenguas. Se reconoce que Joyce sale de él en buena medida, y no son pocos los novelistas actuales que lo veneran y reivindican, entre ellos Kundera y Vila-Matas.

Pero el que nació hace hoy tres siglos no fue el escritor, sino el individuo, y, por cuanto de él conocemos, parece haber estado en consonancia con el literato libre y jocoso. No siempre sucede así: hay textos intensos debidos a hombres o mujeres gélidos; hay libros que inducen a pensar en la generosidad de quien los alumbró, que sin embargo era alguien especulador y mezquino; hay obras encantadoras escritas por seres viles: traidores, delatores, esbirros de dictaduras, megalómanos y hasta homicidas. A veces el autor se vale de la ficción (la poesía lo es, no se olvide) para fingirse lo que no es, para ocultar su cara torva y ofrecer una noble y conmovedora. A veces se trata de algo más complejo, del espejo de las contradicciones. En el caso de Sterne se puede ir sobre seguro.

Era un hombre divertido y festivo, capaz de hacer bromas sobre cualquier asunto, y su espíritu era cordial y amable. Claro que tuvo enemigos: irritaba a los solemnes, de los que no podía evitar burlarse cuando incurrían en idiotez supina, pero su sarcasmo solía ser indirecto y suave. Un añoso marqués francés pretendió la mano de su hija Lydia. Lo primero que le preguntó a Sterne fue cuánto podría darle a ella ahora y cuánto le dejaría a su muerte. Sterne le contestó: «Señor, le daré diez mil libras el día del casamiento. Mis cálculos son los siguientes: ella no ha cumplido los dieciocho, vos tenéis sesenta y dos, ahí van cinco mil; ... ella tiene muchos talentos, habla italiano, francés, toca la guitarra; y como me temo que vos no tocáis ya instrumento de ninguna clase, ... aquí termina la cuenta de las diez mil libras». Un conocido lo describió así: «Todo adquiere el color de la rosa para ese feliz mortal; y lo que a otros se aparece oscuro y melancólico, para él presenta tan sólo un aspecto jovial y alegre». Y él mismo anunció: «Cuando muera, se pondrá mi nombre en la lista de esos héroes que murieron bromeando», la cual, aseguraba, encabezaba Cervantes.

Así, no es difícil imaginar que no habría objetado a los desaires póstumos, empezando por el que sufrió su cadáver. Murió en Londres en 1768 sin molestar a nadie, y fue enterrado sin pompa en una iglesia de Hanover Square. A los pocos días fue robado su cuerpo y entregado al profesor de anatomía de la Universidad de Cambridge. Cuando éste acababa ya la disección, un testigo reconoció al difunto. El profesor, incómodo por haber troceado a una gloria literaria, procuró que al menos se conservara el esqueleto, pero durante muchos años se buscó su calavera sin éxito entre los huesos cantabrigenses. No sé si al final hubo suerte: junto a la iglesia de St Michael, en Coxwold, que visité hace algún tiempo, hay una tumba y una lápida con su nombre, pero vaya usted a saber lo que encierran. Ahora me envían de Shandy Hall (la que fue su casa en Coxwold y ahora es lugar de visita y museo) un opúsculo en el que una tal Erica Van Horn relata brevemente su paso por el lugar natal de Sterne: Clonmel, en Tipperary, en el sur de Irlanda, donde él vino al mundo por mero azar: el regimiento de su padre, un abanderado, se hallaba allí cuando lo dio a luz su madre. Pero en fin,

pocos son los pueblos que puedan presumir de haber sido el inicial albergue de un genio de la literatura. En Clonmel, sin embargo, sólo hay una borrosa placa conmemorativa, situada a demasiada altura para que los transeúntes la vean. En 2009 se inauguró un Bar Sterne. Los discursos del alcalde y de ex-alcaldes varios, de un profesor y de dignatarios, se alargaron tanto que a la gente se la desvió a otro bar, hasta que concluyeran. Para cuando por fin lo hicieron, a nadie le apetecía abandonar el segundo bar para pasar al recién inaugurado. Incluso las autoridades se trasladaron al que estaba animado, mientras en el Sterne una banda tocaba quedamente para nadie, o quizá sólo para la calavera y el esqueleto errantes. Tan sólo un año después de esas ceremonias, el Bar Sterne de Clonmel cerró sus puertas a sus doce mil almas.

Laurence Sterne se habría reído. Era hombre de buen conformar, eso que no existe ahora. Cuando la muerte se le venía ya encima, dijo que le «habrían gustado otros siete u ocho meses... pero sea como Dios lo quiera». Lo conté en otro sitio hace más de veinte años, pero no importa:[4] un testigo relató su ultimísimo aliento. «Ya ha llegado», se limitó a decir Sterne, y levantó la mano, como para parar un golpe.

24-XI-13

Tutelas permanentes

Las novelas, se dijo hace ya mucho, cuentan, entre otras cosas, la vida privada de las naciones, y lo más curioso es que a mi parecer la cuentan mejor y más nítidamente las que no nacen con ese ánimo, las que no pretenden ser realistas ni costumbristas ni trazar un «fresco» de su época. Yo veo mejor el Londres del siglo XIX en las obras de Dickens, llenas de personajes estrafalarios e inverosímiles, de casualidades que bordean lo inaceptable y de exageraciones sin cuento, que el Madrid de Galdós, que a menudo me resulta acartonado, sobre todo en tantos diálogos impasables y en tantas estampas apegadas en exceso a la literalidad de su tiempo, es decir, al reportaje. Uno de los reproches más tontos y rancios que se pueden hacer a una ficción (todavía increíblemente frecuente) es señalar que la gente no habla «así», esto es, como los personajes. Dan ganas de contestar: «Pues claro que no, por fortuna. Una pieza literaria es siempre un artificio, un destilado de la realidad, algo calculado y despojado del soporífero ritmo del habla verdadera. La cortesía del autor es no obligarnos a tragarnos lo que ya conocemos y padecemos en la vida diaria. La reproducción exacta de las peculiaridades verbales de los individuos (eso que tanto elogian los críticos rudimentarios, que cada personaje tenga "su voz reconocible") no deja de ser un abuso y una grosería».

Pero me he ido por las ramas. Quizá una de las razones por las que hoy vemos tantas series televisivas es que son éstas las que mejor nos muestran cómo son las sociedades actuales, sobre todo —de nuevo— las que no aspiran a ser «documentos». Al fin y al cabo la realidad se cuela por todas partes, querámoslo o no, por lo que empeñarse en meterla con sus pormenores es una redundancia que además condena a la obra en cuestión a envejecer a velocidad de vértigo. Está más viva y nos dice más de Francia la estilización de

Proust que el naturalismo de Zola, con todas sus «comprobaciones». Ahora veo *House of Cards*, esa serie política con Kevin Spacey, y me llama la atención un pequeño episodio que revela mucho: una joven va en su coche; al pasar junto a un depósito de agua con forma de melocotón inmenso, envía un SMS a su novio con la gracia que se le ha ocurrido («Cuando lo ves, ¿no te recuerda a un culo gigante?»), y se estrella. Un político rival primero, pero luego también los padres de la joven y la comunidad en pleno se lanzan a culpar del accidente a Spacey, por haberse opuesto en su día a que se derribara «el melocotonoide», como es llamado. La responsable de su muerte no es en modo alguno la joven, por haberse distraído y puesto a manipular el móvil mientras conducía. La culpa es del depósito, por estar ahí, tan llamativo, y de quien impidió que se demoliera, y a nadie parece caberle la menor duda de eso. Sólo a Spacey, que sin embargo no osa argumentar públicamente lo que es de sentido común. De hacerlo, habría sido linchado o poco menos.

Me temo que ese episodio refleja, sin subrayados, lo que está aconteciendo en nuestras sociedades, que reclaman una minoría de edad y una tutela permanentes para los ciudadanos. Hace más de veinte años (he utilizado ese ejemplo en otros artículos) leí en *Time* lo siguiente: un ladrón se cuela en un aparcamiento, roba un coche, sale a toda pastilla y se empotra en un árbol; queda malherido y ha de pasar en el hospital varios meses; entonces demanda al aparcamiento por no haber tenido la vigilancia suficiente para haberle impedido robar el automóvil; de haber sido más cuidadosos, él no lo podría haber afanado, no habría salido escopetado ni habría sufrido roturas múltiples. El juez de turno admite a trámite la demanda, lo cual ya es asombroso. Todo lo estadounidense nos acaba llegando, sobre todo lo pésimo. Leo una carta en el diario que, a propósito de la tragedia del Madrid Arena, dice esto: «Ayer escuché por radio los testimonios de algunos jóvenes que denunciaban indignados que nadie les pidió el DNI a la entrada ni les pusieron trabas para pasar con recipientes de bebidas de hasta cinco litros...». Hay motivos para estar «indignado» con la organización de aquella fiesta y con la alcaldesa Botella. Pero la palabra choca en ese contexto, porque me imagino que en su momento esos jóvenes se

frotaban las manos ante tantas facilidades y negligencias, y también choca que al redactor de la carta le parezca natural esa indignación *a posteriori*. ¡Tenían que habernos pedido el DNI y habernos prohibido el acceso! ¡Y habernos obligado a dejar fuera nuestros cinco litros! Recuerda demasiado a la actitud del ladrón americano: ¡cómo es que se me permitió robar un coche! A este paso, y salvando las insalvables distancias, los violadores excarcelados tras la invalidación de la doctrina Parot mal aplicada, podrán exclamar airados: ¿cómo es que no me pararon cuando forcé a dieciocho mujeres? La culpa no es mía. Si acaso de ellas, por existir y salir a la calle. Y lo mismo los terroristas de ETA: ¿cómo es que la policía no estuvo atenta y pude colocar una bomba? ¡Tenían que haberme interceptado! Si yo fuera Director de Tráfico, estaría temblando, porque cualquier individuo siniestrado podría espetarme: ¿cómo es que colocaron ustedes un cartel que ponía «Madrid 50 km»? Me distraje intentando dilucidar qué significaba esa misteriosa abreviatura, «km». A quién se le ocurre tamaña imprudencia, ponernos jeroglíficos mientras conducimos.

1-XII-13

Es cosa nuestra

Lo malo de la democracia es que uno no puede encogerse de hombros ante las acciones de sus gobernantes, no enteramente. Aunque no los haya votado y no se sienta responsable directo de sus tropelías, sabe que otros como él los eligieron y que por desgracia, hasta la próxima llamada a las urnas, nos representan a todos, en contra de lo que proclama ese *slogan* optimista y desiderativo que a menudo se corea. La vergüenza que el actual Gobierno nos causa es así mucho mayor que la que nos provocaba el franquismo a quienes lo vivimos. Éste se había impuesto por la fuerza y por ella seguía mandando. A sus oponentes los había fusilado, encarcelado, enviado al exilio o represaliado; en el mejor de los casos los mantenía en las catacumbas. Los que estábamos en desacuerdo podíamos desentendernos íntimamente de sus crímenes y abusos: éramos meras víctimas de ellos, sojuzgadas por una tiranía que nadie había votado (aunque demasiados españoles la abrazaran, sobre todo una vez victoriosa), que prohibía los partidos políticos y las elecciones, ejercía una censura total y minuciosa, castigaba con prisión cualquier opinión disidente o «tibia», o verdad que no le gustara. A ese régimen, durante muchos años, le trajo sin cuidado la imagen de España en el exterior. «Que hablen. Nos tienen envidia por ser la reserva espiritual de Occidente», era el lema, de clara inspiración eclesiástica. Y nosotros podíamos sacudirnos toda responsabilidad, en lo que respectaba a esa visión que ofrecíamos: «Nada tenemos que ver, somos los primeros damnificados, los que la padecemos sin tener arte ni parte». Y a los de mi generación nos cabía añadir: «Esta dictadura estaba ya cuando nacimos».

En ese aspecto, la cosa es ahora más peliaguda. Hemos tenido arte y parte. Hemos votado, aunque lo hiciéramos sometidos a engaño: el PP y Rajoy han incumplido con desfachatez casi todas sus

promesas electorales, sobre todo las que les permitieron ganar por mayoría absolutísima. Aun así, no podemos intentar derrocarlos, porque, bajo engaño y todo, les dieron su confianza nuestros conciudadanos. Entre tantas otras cosas que aproximan cada vez más a este Gobierno al franquismo, está la indiferencia con que arrastra en el extranjero la imagen de España. *Dicen* sus representantes que les importa mucho, pero no es cierto. Se les llena la boca con la ridícula expresión «marca España», pero hacen todo lo posible por que el nombre del país vaya unido al bochorno. En lugar de abstenerse de mancharlo, tratan de convencer a los medios internacionales de que no lo cuenten: Rajoy pidió a una cadena estadounidense que suprimiera de una entrevista lo relativo al *caso Bárcenas*; ahora nos enteramos de que, en plena fase de recortes salvajes, el Gobierno invitó con los gastos pagados a un grupo de responsables de prensa alemanes para explicarles *in situ* las maravillas económicas (!) de su gestión y atajar las críticas que casi a diario le dedica esa prensa. El propio Rajoy apareció en la reunión, a ver si les lavaba el cerebro. En honor a los alemanes, hay que decir que se sintieron ofendidos porque se pretendiera sufragarles el viaje y la estancia. Si la sesión de propaganda no nos costó dinero, no fue gracias a Guindos ni a Montoro, sino a la honradez extranjera.

Fuera de estas tentativas, que oscilan entre la censura, el adoctrinamiento y el soborno poco encubiertos, el Gobierno no cesa de ensuciar el país, a veces literalmente. La capital ha estado emporcada por una huelga de limpiadores justificada, mientras el Ayuntamiento, culpable último de la situación (es a él al que abonamos los impuestos, no a las tacañas concesionarias subcontratadas), se lavaba las manos frívolamente durante días: yo he visto cómo un indigente de la Plaza Mayor aplastaba de un pisotón a una *relaxing* rata gorda que, para estupor de turistas, se paseaba no de noche, sino a las 6.30 de la tarde. También se nos conoce últimamente porque el Ministro del Interior, hombre que presume de piadoso, vuelve a tapizar de cuchillas la verja de Melilla (una medida canallesca de Zapatero en 2005, rectificada en 2007), para rajar a lo vivo a los inmigrantes que osen saltarla. Ante la

declaración de Rajoy al respecto, se hace difícil saber si el Presidente es tonto o se lo finge: «No sé exactamente si eso puede producir daños a las personas. Tendremos que verlo, he pedido un informe». El misericordioso Fernández Díaz ha corrido a tranquilizarlo: «Sólo heridas leves, jefe». Me gustaría que los dos se fueran a la verja e hicieran ellos mismos la prueba: el uno sabría «exactamente» y «vería», y el otro comprobaría en su piel la «levedad» de las sangrías. Aparte de esta crueldad infame, España también es hoy famosa por la sentencia del *Prestige*: todo el mundo, incluido el Gobierno del PP de entonces, tuvo una actuación «correcta» y gracias a eso no se extendió el vertido del barco por el entero Océano Atlántico. ¿A santo de qué va a tener que pagar nadie? Añadan que en numerosas comunidades (Madrid, Cataluña, Valencia, y las que seguirán) han dejado de ser gratuitas las vacunas del neumococo y del retrovirus para bebés. Los padres que carezcan de 600 euros pueden prepararse a ver cómo sus críos más tiernos pillan una meningitis o una neumonía, o se deshidratan de gastroenteritis. Hay más, pero por hoy ya se nos cae la cara de vergüenza lo suficiente. Sin que ni siquiera podamos decirnos: «Pero esto no es cosa nuestra».

8-XII-13

Neofranquismo

Por si no bastara con cuanto comenté hace una semana, y que lleva a gran número de españoles a avergonzarse de su país y a no poder defenderlo, el Gobierno de Rajoy, a través de su Ministro del Interior Fernández, planea una nueva Ley de Seguridad Ciudadana de inspiración innegablemente franquista. Ya se ha hablado mucho de ella: de cómo va a penalizar y limitar las protestas, el derecho de manifestación y cuanto moleste a los gobernantes y a la policía mandada por ellos; de las multas demenciales con que va a castigarse casi cualquier insumisión o desacuerdo, o lo que las propias fuerzas del orden consideren «amenazas, insultos, coacciones, injurias o vejaciones» contra los agentes. Es decir, éstos podrán moler a palos a los manifestantes, arrastrarlos, soltarles barbaridades y detenerlos con o sin motivo, y los manifestantes no podrán responder de ningún modo, ni siquiera verbalmente, bajo riesgo de perder mil euros si, por ejemplo, llaman «bestia» al uniformado galáctico que les propina una paliza. Fernández había decidido inicialmente que eso pudiera costar hasta 600.000 euros *(sic)*, lo cual nos da idea de la «seguridad» que esta Ley brinda: con ella se echa a los ciudadanos a los pies de los caballos y se blinda a los policías y a los políticos que se sirven de ellos. Lo propio de un Estado policial, sin duda.

Con todo, lo más indisimuladamente franquista del proyecto es lo siguiente, según Jesús Duva en este diario: «Las denuncias de los policías tienen presunción de veracidad y, por tanto, es el denunciado quien debería demostrar que lo dicho por los agentes es inveraz». Era así exactamente como funcionaba la represión durante la dictadura, o en todas las dictaduras, mejor dicho. De todo el mundo es sabido que la mayor perversión de la justicia, lo que la hace impracticable, es dar crédito al denunciante y eximirlo de

aportar pruebas, y cargar al acusado con la tarea de demostrar su inocencia. Esto último es simplemente un imposible: si yo sostengo que Rajoy y Fernández han asesinado a una mujer el 30 de noviembre, y no me veo obligado a demostrarlo porque tengo «presunción de veracidad»; si Presidente y Ministro carecen de coartada en esa fecha y se los emplaza a probar que *no* mataron a esa mujer, ya me dirán cómo podrían lograrlo. Demostrar que uno *no* ha hecho algo, si se parte de la base de que sí (si la mera acusación equivale en principio a condena), es enteramente imposible. Es la justicia al revés y la negación de ésta, lo mismo que regía en tiempos de Franco, cuando un *gris* podía detener a cualquiera porque no le gustaba su aspecto, y acusarlo impunemente de la felonía que se le antojara. La práctica la consagraba la Ley de Vagos y Maleantes, nombre que no sé por qué no recupera también el proyecto de este Gobierno, en vista del parecido.

Pero ojo, a esto se añade que a partir de la Ley nueva estarán castigadas la grabación y difusión de fotos o imágenes de policías «que supongan mofa para ellos o algún riesgo para la seguridad». Como serán los propios polis quienes decidan cuándo hay mofa o riesgo, lo que de hecho quedará sancionado será la captación y utilización de cualquier imagen de guardias, de manera que los denunciados tampoco podrán probar su inocencia mediante documentos visuales. Veamos un caso reciente, el de los ocho *mossos d'esquadra* que apalearon en masa al empresario Benítez y le causaron la muerte —todo supuestamente—. Pese a que una *mossa* se presentó más tarde en casa de una vecina y la obligó a borrar lo que había filmado con su cámara, salieron a la luz otras grabaciones en las que se ve cómo ocho valientes le dan una tunda al empresario (según ellos, «lo reducen»). Este presunto homicidio ha sido calificado por el jefe de ese cuerpo, Prat, de «actuación más o menos correcta», y el *conseller* de Interior, Espadaler, lo ha respaldado. (El Gobierno de la Generalitat, de CiU con el apoyo de Esquerra escondiendo siempre la mano, es idéntico al de Rajoy, lo cual hace cada vez más ridículo que el primero se quiera independizar del segundo; se entendería algo si fueran opuestos,

pero es que resultan gemelos en su totalitarismo neofranquista.) Imaginen por tanto en qué habría quedado el episodio si no hubieran existido imágenes. Los bravísimos *mossos* habrían gozado de la «presunción de veracidad», podrían haber inventado una patraña a su gusto (que el empresario empuñó una metralleta, que era Hulk y se puso verde y atacó él solo a los ocho poniéndolos en grave peligro) y haberse ido de rositas a casa. Está por ver que no lo consigan, pese a todo. Ya se encargaron, en el momento, de borrar el rastro de sangre que habían dejado, «por higiene», y de destruir las grabaciones de su «actuación correcta» que localizaron.

La nueva Ley de Seguridad Ciudadana, así pues, invalidará toda imagen de agentes del orden delinquiendo o abusando o sobrepasándose. Fotografiarlos o filmarlos en la comisión de un exceso o un crimen será una infracción castigada por dicha Ley. Ésta los declara por definición honrados, veraces, impolutos e infalibles. Ante semejantes ángeles por decreto, está claro quiénes serán los culpables y los mentirosos en cualquier conflicto con ellos: los desprotegidos ciudadanos. Esta Ley supone la definitiva vuelta del franquismo descarado, por si no teníamos ya bastantes indicios.

15-XII-13

Las bandas de la banda ancha

Cada aparato *kindle*, o *e-book*, o de libro electrónico existente en Francia, compra una media de 4,6 libros al año. En Italia, país con fama de no muy honrado, son 4,4 los que adquiere legalmente cada usuario. En España, el porcentaje es de 0,6. Cada individuo con uno de esos dispositivos de lectura en pantalla paga más o menos medio libro en el plazo de doce meses. ¿Quiere esto decir que los españoles que se han hecho con un *e-book* (o como finalmente se llamen) lo tienen de adorno en sus casas y no lo utilizan para su función lectora? En absoluto. Lo que significa es que casi cuanto se lee en ellos es pirateado, robado con total impunidad y con el beneplácito vengativo de nuestro Gobierno. Fue a partir de la Navidad de 2011 cuando el juguete llegó aquí de veras y se puso de moda. El resultado es que las ventas de libros en papel han disminuido brutalmente. Tengo un informe en el que se comparan las de las novelas última y penúltima de varios autores de *best-sellers* como Dan Brown, Ken Follett, Paulo Coelho y unos cuantos españoles cuyos nombres omitiré para no darles «mala prensa». Sus últimas obras respectivas han vendido un 52 %, un 62 %, incluso un 70 % menos que las anteriores. Cierto que no hay dos libros iguales, aunque sean del mismo escritor: unos caen más en gracia que otros; el público se cansa fácilmente («Ya he leído dos de éste, me da pereza un tercero»), las modas son efímeras. Y, por supuesto, está la crisis, pero ésta ya llevaba varios años antes de la Navidad de 2011. Últimamente los editores, las agentes, los libreros —independientes o de grandes superficies—, hasta algunos autores, todos me aseguran que la salvaje caída de las ventas se debe mucho más a la piratería que a la situación económica que el Gobierno de Rajoy nos agrava día tras día.

Me disculpo por utilizarme como ejemplo y por resultar didáctico, pero en este país lo segundo es recomendable siempre. De aquí a un par de meses espero haber terminado una nueva novela que rondará —calculo— las 500 páginas. Habré empleado en ello dos años y pico, con unos veinte meses de muy intenso trabajo (al principio hay mucho tanteo). Lo que ganaré con esta novela dependerá de sus ventas, exclusivamente. Si su precio es de 20 euros, a mí me llegarán unos 2 por cada ejemplar despachado. Eso en papel. En libro electrónico costará unos 8 euros, luego percibiré alrededor de 0,80 por cada uno comprado legalmente. Así, si se venden 10.000 ejemplares en papel, mi tarea de dos años largos se remunerará con 20.000 euros. Si se venden 100.000, multipliquen por diez. Todos dependemos del interés de los lectores; nada se nos regala; si ellos deciden no asomarse a nuestro texto, no cobramos, o muy poco. Cada individuo que piratee esa novela futura mía me estará robando —o me privará de ganar— 0,80 o 2 euros, según el soporte. Si 5.000 personas hacen eso, me habrán restado 4.000 o 10.000 euros (a los editores y libreros más, naturalmente).

Imaginen ustedes, se dediquen a lo que se dediquen, que les quitaran esas cantidades de sus sueldos o ganancias, simplemente porque quienes se benefician de su trabajo *pueden hacerlo* sin que pase nada. Pueden disfrutar de él gratuitamente. Bueno, no del todo: pagan una buena cantidad a las empresas de telefonía por una banda muy ancha que les permite «descargarse» el producto del esfuerzo de ustedes. El escritor en España (como el músico o el cineasta) no hace negocio con eso, no percibe nada (recuerden: 0,6 libros vendidos al año por dispositivo electrónico). Pero las telefonías sí lo hacen, y perciben muchísimo «ofreciendo» tácitamente el goce del trabajo ajeno. Lo que no se le dice al usuario, pero se le insinúa, es: «Si se compra un *e-book* y contrata una banda anchísima, leerá gratis lo que se le antoje. Usted no le pagará al autor ni al editor, ni yo tampoco. Usted me pagará a mí por el mecanismo que lo facultará para robar tranquilamente. El autor, el editor y el librero, que se fastidien».

Yo no sé hasta qué punto la gente es consciente de lo que se trae entre manos, con la connivencia inconfesada de las telefonías, que

son las que cobran y sacan tajada de mis dos años largos ante la máquina (el talento posible es otro asunto y no voy a presumir de poseerlo, pero es algo que también merece recompensa en los casos indudables). Cada novela corre su suerte, ya lo he dicho. Pero, si cuando salga la que estoy cerca de acabar (no creo que antes de septiembre, y si le doy el visto bueno), sus ventas respecto a la anterior bajan tanto como un 70 %, deberé plantearme si valdrá la pena acometer otra más adelante, a sabiendas de que mis posibles ganancias me las estarán esquilmando a lo bestia. Figúrense a un profesor al que no se le abonan muchas de sus horas de clase; a un banquero que debe dar gratis parte de sus servicios; a un empleado al que sólo se le pagan cinco horas de las ocho que trabaja a diario; a un zapatero que debe entregar por nada un porcentaje del calzado que crea y produce; a un ministro que ha de regalar sus conocimientos y su gestión parcialmente. Y así con cualquier oficio. Repito: yo sólo cobro si a los lectores les da la gana de leer lo que escribo. Si se la da, pero muchos no pagan nada por ello, ya me dirán qué clase de tonto sería si continuara atado a la silla, devanándome mis pocos sesos para llenar, línea a línea, 500 páginas supuestamente interesantes o turbadoras o placenteras. Uno no debería estar dispuesto a que lo perjudiquen quienes lo aprecian. Como si no bastara con los otros.

22-XII-13

Castigar lo inexistente

Siempre me ha sorprendido que algunas personas inteligentes, además de infinidad de idiotas, puedan soltar frases del tipo «Amo a mi país» —recientemente el escritor Stephen King, en estas páginas —. Me temo que no hay país en el mundo que se libre de ser «amado», bien por sus ciudadanos, bien por extranjeros de visita que quieren hacer la pelota momentáneamente. Aquí, por supuesto, la frase se repite hasta la saciedad, sobre todo con Cataluña como objeto en los últimos tiempos. En toda ocasión son variantes de aquel famoso escrito de Tejero (recuerden, el guardia civil que asaltó el Congreso e intentó dar un golpe de Estado) en el que especificaba cómo amaba la paella y no sé qué otros folklorismos. En cuanto alguien trata de explicar la frase, cae en el más barato lirismo, la cursilería y el ridículo. Resulta inevitable, porque es un enunciado que no sólo es hueco, sino además un imposible. Un país —no digamos su nombre— es una abstracción, más allá de su geografía, sus fronteras estipuladas y su organización administrativa, una vez constituido como Estado, nacionalidad, región o lo que quiera que sea. En el mejor de los casos, es una convención, como lo son «la literatura» o «la ciencia» y casi todo lo susceptible de ser escrito con mayúscula a veces. Cuando alguien asegura «amar la literatura», está diciendo, a lo sumo, que le gustan ciertas obras literarias, lo cual implica que le desagradarán muchas otras, aunque todas ellas sean «literatura». Si alguien asevera «amar a España», su afirmación está vacía de contenido, porque en España, como en todas partes, hay gente, y ciudades, y barriadas, y no digamos urbanizaciones costeras, que por fuerza le parecerán abominables. La frase es, así, indefectiblemente grandilocuente, oportunista y falaz; y a menudo demagógica, pronunciada para halagar a los patrioteros. Más honrado y veraz era aquel sargento de Juan Benet

que arengaba a sus reclutas así: «Os voy a decir qué es el patriotismo. ¿A que cuando veis a un francés os da mucha rabia? Pues eso es el patriotismo».

De la misma manera, es imposible «ofender» a un país, ni siquiera a través de sus símbolos, justamente porque éstos sólo son eso, figuraciones, símbolos, desde el himno a la bandera, pasando por la paella para Tejero y me temo que también para el Ministro del Interior Fernández Díaz y su jefe Rajoy, que es quien le da las órdenes. Pues bien, ese imposible ha sido elevado por estos dos sujetos a la categoría de «infracción grave», sancionable con hasta 30.000 euros. Fue el estrambote a la Ley de Seguridad Ciudadana de la que hablé hace dos semanas. Serán multadas, proclamó el *opusdeísta* Fernández, «las ofensas o ultrajes a España», y también «a las comunidades autónomas y entidades locales o a sus instituciones, símbolos, himnos o emblemas, efectuadas por cualquier medio». Habrá que ver cómo definen «ofensas» y «ultrajes», pero, dada la incapacidad de ese individuo para comprender la libertad de expresión, e incluso la democracia, hay que ponerse en lo peor; y como además no va a dejar nada fuera (imagino que en «entidades locales» entran hasta los municipios más deshabitados), seguramente de aquí a poco será punible decir «Vaya mierda de pueblo», o «Qué ciudad más espantosa», o «Este país es un asco». Hasta 30.000 al canto, si lo oye a uno un guardia; o un portero de discoteca, que ahora van a poder detenernos.

Ese pupilo de Escrivá de Balaguer se preguntó a sí mismo en su comparecencia: «¿Y qué es una ofensa a España?». Y como no había respuesta, ya que *no puede* existir tal cosa, vino a contestarse tautológicamente (como si hubiera aclarado: «Pues una ofensa a España es una ofensa a España»): «Por ejemplo, una manifestación en la que haya consignas o pancartas claramente vejatorias con España o una de sus comunidades, o sus símbolos, sus instituciones, la bandera de España, será considerada una infracción grave». Es como si el diccionario, en vez de definir cada palabra, resolviera: «Agua: agua», u «Orgullo: orgullo». Muy útil. Pero algo quedó meridiano: si usted acude a una manifestación con una pancarta que rece «El Parlamento está lleno de sinvergüenzas», le pueden caer

hasta 30.000 del ala, por vejar a las instituciones. Lo mismo si corea «Madrid es un putiferio» o «La alcaldesa es una inepta». No hablemos si llama «franquistas» a los miembros de este Gobierno, aunque crea usted estar haciendo una mera descripción objetiva y basada en las semejanzas, no ultrajando. Pero, como de costumbre, lo más alarmante está en la letra en la que no se repara: las ofensas infractoras serán las «efectuadas por cualquier medio». Eso ha de incluir, por fuerza, radio, televisión y prensa escrita. Nuestro Gobierno avanza velozmente en su proceso «bolivariano», por no volver a hablar de neofranquismo. No les extrañe que dentro de poco el iluminado Fernández y su jefe Rajoy saquen una nueva Ley de Prensa que deje en liberal la hoy vigente en Venezuela. El titular de Hacienda, Montoro, ya ha apuntado veladamente —si eso es posible, con su vocezuela— a los periódicos críticos con la purga desatada por él en la Agencia Tributaria contra los inspectores y cargos que, aun nombrados por su partido, eran demasiado honrados. El día en que un artículo como éste se vea como «ofensa punible», tendremos que hablar otra vez de prácticas dictatoriales, tras treinta y tantos años de democracia. Ojo, que estamos ya a pocos pasos.

29-XII-13

Noches armadas de Reyes

Pérez-Reverte me está armando. Literalmente. Me está llenando la casa de armas, y la cosa, poco a poco, me va trayendo consecuencias. Para que nadie se escandalice con el puritanismo habitual de esta época, aclararé que se trata de *réplicas* inofensivas, pero tan bien hechas que parecen de verdad. Desde hace siete años, adoptó la amable costumbre de regalarme algo cada Navidad, quizá a raíz de la consulta que hube de hacerle sobre el funcionamiento de una vieja pistola Llama, para una de mis novelas. Él, ya saben, anduvo una larga temporada como corresponsal bélico, y entiende de estas herramientas. De hecho, por las descripciones que he leído en entrevistas, su casa debe de parecer, a estas alturas, un anexo del Museo de la Guerra. Así que, como casi todo coleccionista, me va inculcando su afición a golpe de cuchillos —moneda siempre por medio— y pistolas. La primera pieza, con todo, fue sólo un complemento: un bonito y favorecedor casco de los que llevaban los ingleses en la India, en Zululandia y en otros lugares, que se unió al salacot que ya tenía, heredado de mi padre. Como imaginarán, es imposible disponer de algo así sin caer en la tentación de ponérselo de vez en cuando. En una ocasión una periodista extranjera me pilló con el casco en la cabeza, le abrí la puerta sin acordarme de que me lo había encasquetado hacía un rato. «De expedición, veo», no pudo resistirse a decirme. Luego vino una bayoneta de Kalashnikov, y a continuación un puñal Fairbairn-Sykes, inspirado en los de los *gangsters* chinos de los años treinta y que fue el utilizado por los comandos británicos de la Segunda Guerra Mundial. Y después otro, el de los *marines* americanos (los dos últimos de hoja pavonada, para que no reluzca en la oscuridad y delate al que los empuña). Y ahora llevamos tres Navidades con armas de fuego: primero un Colt, yo diría que el modelo de 1873, pero que Jacinto Antón no me haga

caso. Le siguió una Webley & Scott de 1915, también británica, con su correa y todo, y que no desentona lo más mínimo con el casco colonial (llamémoslo así) que inició esta tradición.

No hace falta decir que le correspondo con alguna antigüedad, si la encuentro: un larguísimo catalejo que perteneció a un ballenero de Hull, un abrecartas forjado por un soldado de la Primera Guerra Mundial, pone «Yser», así que debió de hacerlo alguien que detuvo a los alemanes en ese río, en octubre de 1914. Como ven, mis regalos son más civiles. Pero claro, a medida que se ha producido la escalada armamentística en mi piso, noto que Aurora, mujer alegre y encantadora que viene a trabajar tres mañanas por semana, me mira de vez en cuando con una mezcla de preocupación y lástima. Como es también muy discreta, nunca me ha dicho nada ni me ha preguntado por la paulatina proliferación, pero, según crece el arsenal aparente, debe de pensar: «¿Pero qué le está pasando a este hombre? Si antes era de lo más apacible». En cuanto a Mercedes, asimismo encantadora y que trabaja conmigo otras tres mañanas, advierto que a veces lanza miradas aprensivas, primero a mí, luego a las armas expuestas sobre una mesa, luego a mí de nuevo, como si temiera que un día me voy a abalanzar sobre ellas y a organizar un estropicio. Y cuando viene la risueña Carme unos días, ella sí enterada de la procedencia, cada vez que descubre una nueva le entra un ataque de risa y no puede evitar burlarse: «Pero dónde vas con tanta pistola. Sólo te faltan unas cartucheras cruzadas y un sombrero en la nuca para parecer Pancho Villa». En suma, me he convertido en motivo de preocupación, temor y befa para quienes me rodean. No quiero ni imaginarme cuál será el veredicto de los periodistas que por aquí aparecen. Concluirán que soy un fanático.

Este año ha tocado una Luger, la icónica pistola alemana de 1908, y a Arturo no se le ocurrió otra cosa que llevármela hace cuatro jueves a la Real Academia Española. Aprovechando el «recreo» —el intervalo entre sesiones, en el que nuestros colegas departen civilizadamente en la Sala de Pastas—, nos fuimos a un pasillo alejado para que me enseñara el funcionamiento. Así que allí estábamos los dos, jugando con la réplica de la Luger y probándola

como críos («¿Te imaginas que hubiéramos tenido una tan perfecta de niños?», me decía Pérez-Reverte, y yo le contestaba: «Habríamos tenido que esconderla, nos la habrían confiscado»), cuando hubo un inesperado desplazamiento de venerables —bueno, la mayoría—, y nos pillaron con las manos en la masa, apuntando a los techos, amartillando y dándole una y otra vez al gatillo. Algunos nos miraron con reprobación (los más pacifistas), otros con severidad (filólogos y lingüistas sobre todo, varios no suelen estar para bromas), otros con sobresalto (los más aprensivos, debieron de creer que era de verdad la pistola y que podíamos soltar un tiro en la docta casa, profanándola), y unos pocos se acercaron a participar del juego. El Profesor Rico, para variar, nos soltó una impertinencia: «¿Leoncitos a mí?», nos dijo. «Vaya par de macarras estáis hechos, tratando de amedrentar a las lumbreras.» En fin, no sólo ha fomentado el Capitán Alatriste la desconfianza de mis allegados en casa, no sólo ha conseguido que los periodistas me tengan por un maniaco, sino que ha echado por tierra el poco respeto que pudieran dispensarme mis colegas académicos, que ya me verán para siempre como a un pueril irresponsable, un inconsciente. Eso sí, las armas son todas preciosas.

5-I-14

La baraja rota

Yo ya no sé si, entre el grueso de la población, muchos se acuerdan de cómo nos regimos, ni de por qué. Cuando se decide convivir en comunidad y en paz, se produce, tácitamente o no, lo que suele conocerse como «un contrato o pacto social». No es cuestión de remontarse aquí a Hobbes ni a Locke ni a Rousseau, menos aún a los sofistas griegos. Se trata de ver y recordar a qué hemos renunciado voluntariamente cada uno, y a cambio de qué. Los ciudadanos deponen parte de su libertad de acción individual; abjuran de la ley del más fuerte, que nos llevaría a miniguerras constantes y particulares, o incluso colectivas; se abstienen de la acumulación indiscriminada de bienes basada en el mero poder de adquirirlos y en el abuso de éste; evitan el monopolio y el oligopolio; se dotan de leyes que ponen límites a las ansias de riqueza de unos pocos que empobrecen al conjunto y ahondan las desigualdades. Se comprometen a una serie de deberes, a refrenarse, a no avasallar, a respetar a las minorías y a los más desafortunados. Se desprenden de buena parte de sus ganancias legítimas y la entregan, en forma de impuestos, al Estado, representado *transitoriamente* por cada Gobierno elegido (hablamos, claro está, de regímenes democráticos). Por supuesto, dejan de lado su afán de venganza y depositan en los jueces la tarea de impartir justicia, de castigar los crímenes y delitos del tipo que sean: los asesinatos y las violaciones, pero también las estafas, el latrocinio, la malversación del dinero público e incluso el despilfarro injustificado.

A cambio de todo esto, a cambio de organizarse delegando en el Estado —es decir, en el Gobierno de turno—, éste se compromete a otorgar a los ciudadanos una serie de libertades y derechos, protección y justicia. Más concretamente, en nuestros tiempos y sociedades, educación y sanidad *públicas*, Ejército y policía *públicos*,

jueces imparciales e *independientes* del poder político, libertad de opinión, de expresión y de prensa, libertad religiosa (también para ser ateo). Nuestro Estado acuerda no ser totalitario ni despótico, no intervenir en todos los órdenes y aspectos ni regularlos todos, no inmiscuirse en la vida privada de las personas ni en sus decisiones; pero también —es un equilibrio delicado— poner barreras a la capacidad de dominación de los más ricos y fuertes, impedir que el poder *efectivo* se concentre en unas pocas manos, o que quien posee un imperio mediático sea también Primer Ministro, como ha sucedido durante años con Berlusconi en Italia. Son sólo unos pocos ejemplos.

Lo cierto es que nuestro actual Gobierno del PP y de Rajoy, en sólo dos años, ha hecho trizas el contrato social. Si se privatizan la sanidad y la educación (con escaso disimulo), y resulta que el dinero destinado por la población a eso no va a parar a eso, sino que ésta debe pagar dos o tres veces sus tratamientos y medicinas, así como abonar unas tasas universitarias prohibitivas; si se tiende a privatizar el Ejército y la policía, y nos van a poder detener vigilantes de empresas privadas que no obedecerán al Gobierno, sino a sus jefes; si el Estado obliga a dar a luz a una criatura con malformaciones tan graves que la condenarán a una existencia de sufrimiento y de costosísima asistencia médica permanente, pero al mismo tiempo se desentiende de esa criatura en cuanto haya nacido (la «ayuda a los dependientes» se acabó con la llegada de Rajoy y Montoro); es decir, va a «proteger» al feto pero *no* al niño ni al adulto en que aquél se convertirá con el tiempo; si las carreteras están abandonadas; si se suben los impuestos sin cesar, directos e indirectos, y los salarios se congelan o bajan; si los bancos rescatados con el dinero de todos niegan los créditos a las pequeñas y medianas empresas; si además la Fiscalía Anticorrupción debería cambiar de una vez su nombre y llamarse Procorrupción, y los fiscales y jueces obedecen cada día más a los gobernantes, y no hay casi corrupto ni ladrón político castigado; si se nos coarta el derecho a la protesta y la crítica y se nos multa demencialmente por ejercerlo...

Llega un momento en el que no queda razón alguna para que los ciudadanos sigamos cumpliendo nuestra parte del pacto o contrato. Si el Estado es «adelgazado» —esto es, privatizado—, ¿por qué he de pagarle un sueldo al Presidente del Gobierno, y de ahí para abajo? ¿Por qué he de obedecer a unos vigilantes privados con los que yo no he firmado acuerdo? ¿Por qué unos soldados mercenarios habrían de acatar órdenes del Rey, máximo jefe del Ejército? ¿Por qué he de pagar impuestos a quien ha incumplido su parte del trato y no me proporciona, a cambio de ellos, ni sanidad ni educación ni investigación ni cultura ni seguridad directa ni carreteras en buen estado ni justicia justa, que son el motivo por el que se los he entregado? ¿Por qué este Gobierno delega o vende sus competencias al sector privado y a la vez me pone mil trabas para crear una empresa? ¿Por qué me prohíbe cada vez más cosas, si es «liberal», según proclama? ¿Por qué me aumenta los impuestos a voluntad, si desiste de sus obligaciones? ¿Por qué cercena mis derechos e incrementa mis deberes, si tiene como política hacer continua dejación de sus funciones? ¿Por qué pretende ser «Estado» si lo que quiere es cargárselo? Hemos llegado a un punto en el que la «desobediencia civil» (otro viejo concepto que demasiados ignoran, quizá habrá que hablar de él otro día) está justificada. Si este Gobierno ha roto el contrato social, y la baraja, los ciudadanos no tenemos por qué respetarlo, ni que intentar seguir jugando.

12-I-14

Pequeño comentario de texto

Hay énfasis que delatan, rotundidades que llevan a no creer a quien incurre en ellas. Cuando alguien subraya demasiado, tengo tendencia a pensar que está mintiendo. Cuando repite la misma frase tres veces, como suelen hacer tantos políticos, aumenta mi convencimiento de que la triple afirmación o negación es una falsedad palmaria. Claro que no es una regla, uno puede equivocarse. Es sólo una impresión, y rara vez se puede comprobar lo acertado o equivocado de ella. Ciertos énfasis, sin embargo, son tan retorcidos e inauditos que merecen un pequeño comentario de texto. Esperanza Aguirre respondió el mes pasado —bueno, es un decir—, por escrito y en calidad de testigo, a 300 preguntas relacionadas con la trama *Gürtel*, que durante su presidencia logró la concesión de casi todos los actos de la Comunidad de Madrid y ganó muchísimo dinero. Tanto que al parecer le pagaba un 10 % de mordida a Alberto López Viejo, viceconsejero de Presidencia y luego consejero de Deportes durante años. El hombre no perdonaba un «evento». Cito de este diario: «Cobraba por todo. Daba igual el importe o de qué fuera el acto. Así, llegó a cobrar por la organización en 2005 del primer aniversario de los atentados del 11-M (2.848,27 euros) o por la del décimo del asesinato de Gregorio Ordóñez (127,10)... Y no había cantidad pequeña ni grande (10,51 por aquí, 27.995,16 por allí)». Se calcula que se embolsó más de 282.000 por 257 (!) mordidas madrileñas. Claro que esto es nada al lado de los 5,6 millones de euros que acumuló en cinco años, así repartidos: 2,3 millones en 2002; 399.000 en 2003; 79.000 en 2006; 115.000 en 2007; 2,77 millones en 2008. Como diputado y cargo público, dependiendo de los ejercicios, declaraba unos ingresos de entre 61.000 y 103.000 euros anuales.

El individuo está imputado por su implicación en el presunto cobro de comisiones ilegales (la verdad, no extraña), y a Esperanza Aguirre se le preguntó por él (tampoco extraña). Y he aquí la respuesta de la ex-Presidenta, digna de análisis: «No era en absoluto hombre de mi total confianza». Les ruego que la relean y se fijen en el absurdo que entraña. Lo normal habría sido decir una de tres: a) «No era de mi confianza» (pero entonces no se entendería que lo recuperara para su Gobierno, tras haberse caído del de Gallardón en el Ayuntamiento); b) «No era en absoluto de mi confianza» (pero aún sería más incongruente su debilidad por él); c) «No era de mi total confianza» (lo cual indicaría que se la tenía tan sólo parcial o relativa). Lo que Aguirre dijo es un contrasentido, una idiotez. Para evitar las inferencias que acabo de mencionar, recurre a una doble exageración o doble énfasis: «No era *en absoluto* de mi *total* confianza». Contradicción en los términos: si López Viejo no era de su *total* confianza, se deduce que alguna le merecía, por fuerza; ese *en absoluto*, por tanto, niega lo que ella afirma. No es posible tener una confianza parcial en alguien y a la vez no tenerla en absoluto. «En absoluto era total», es lo que viene a decir la señora. ¿Y qué diablos era, entonces?

Pero veamos qué más declaró sobre su ex-viceconsejero y ex-consejero. Que ella no lo nombró, sino «el Consejo de Gobierno» (presidido por ella). Y añadió: «Yo no lo puse en la lista. Yo no lo incorporé». Tampoco despachó «nunca» con él la organización de ningún acto. Una vez estallado el escándalo, le pidió que le aclarase si el Grupo Correa se estaba llevando todos los contratos de «eventos» de la Comunidad. «Yo no prohibí nada», reconoció. «Llamé a López Viejo a mi despacho y le pregunté: "¿Es esto cierto?", y él: "No, Presidenta. Muy al principio de llegar aquí se les encargó algo, pero ya nada. Ahora se les encargan los actos a...", y me da una serie de nombres.» Y ella —subrayó— le creyó. (No olviden que «algo» fueron por lo menos 257 mordidas.) ¿Esperanza Aguirre una crédula, una prima, una pardilla? No sé yo. Y eso pese a que el sujeto no era en absoluto de su confianza. Ah, no, perdón: ... de su total confianza. Lo raro es que, según *El Mundo* en 2009 (un diario casi incondicional de ella; los subrayados son míos), López

Viejo «fue *rescatado* por Aguirre, que, *tras investigarlo*, *decidió* meterlo en *sus* listas a las elecciones. Desde entonces se convirtió en *uno de sus hombres fuertes*... Las acusaciones de irregularidades dejaron finalmente a López Viejo sin una consejería propia, como *tenía pensado para él* Aguirre, que lo *nombró* viceconsejero de Presidencia. *Llevaba la agenda de Aguirre y hacía las veces de su guardaespaldas* —algún que otro periodista se llevó algún empellón suyo—... En 2007 lo *nombró* consejero de Deportes, una *cartera de nuevo cuño sin competencias*, pero que le dio notoriedad al salir fotografiado con deportistas de élite». Ustedes dirán quién ha mentido, si los diarios o Aguirre ante el juez Ruz, y por escrito («Yo no lo nombré, no lo incorporé, no lo puse en la lista»).

Creo que hace muchos años crucé un par de cartas con López Viejo, cuando era Concejal de Limpieza Urbana y Desarrollo en la alcaldía de su mentor Álvarez del Manzano, a la que llegó en 1999. Tendría que buscar las suyas (¿quizá otro día?), pero recuerdo que las chorradas con que contestó a una protesta mía fueron tales que lo «fiché» ya como caradura y cantamañanas, indigno de la menor confianza. Curioso que, tras investigarlo y todo, Esperanza Aguirre llevara a sujeto tan transparente a su equipo y le creyera, pese a no ser en absoluto de su total confianza. Claro que sí lo era parcialmente, ... y vuelta a empezar con el sinsentido.

19-I-14

Entre el ridículo y la mansedumbre

Algunos lectores saben que cada dos por tres me pregunto qué diablos llevo haciendo tanto tiempo en esta última página de *El País Semanal*. Pero hay dos fechas al año en que de veras me planteo dejarla: una es cuando acaba el «curso» en julio y me tomo mi asueto de agosto; la otra es enero, por aquello de los buenos propósitos. Entre los míos siempre se cuenta, durante unos días y en forma de duda, el de callarme de una vez. Y a cada enero la tentación es más fuerte, aunque sólo sea por la acumulación del cansancio (a los once años aquí hay que sumar los ocho anteriores en que también escribí cada domingo en otro lugar; luego diecinueve en total). Además, ya lo decía hace poco la carta publicada de un lector tan amable que incluso me llamaba «Don Javier»: «... es como si predicase en el desierto; parece que nadie le hace el menor caso...». Bueno, sería pretencioso aspirar a lo contrario, supongo, pero la constatación lo lleva a uno a preguntarse —y a extender la pregunta a todos los demás escritores y columnistas—: «¿Qué pretendemos, entonces? ¿Distraer, acompañar en la indignación, consolar, halagar, desahogarnos, amargar el desayuno a algunos políticos, financieros, empresarios, jueces?».

Tampoco ayudan a proseguir las declaraciones que leo de un novelista que aprecio, el cual, interrogado por el papel de los intelectuales ante las actuales crisis, responde: «No tienen ningún papel. Es ridículo pensar que sí, que pueden influir en nada. Seamos sinceros: el poder es poder porque no cuenta con nadie. Por tanto, todo el que desde un lateral intente influir es ridículo. El escritor libre, el que no está relacionado con una opción política, no influye». Y remata así: «Lo que digo es que, si el alcalde dice que hay que hacer el puente, el puente se hace. Digan lo que digan los intelectuales». En esto último no me cabe duda de que lo asiste la

razón, y aún habría que añadir: «Digan lo que digan los ciudadanos». Esa es la manera en que se ejerce normalmente el poder en España en la actualidad —puro caciquismo—, y más si se posee mayoría absoluta. ¿O no salta a la vista que es la forma de gobernar del PP, de CiU, del PNV, del PSOE, con distintos grados? ¿No es evidente que Rajoy se dijo, al ganar las elecciones: «Dispongo de cuatro años para hacer lo que me dé la gana. No me importa incumplir mis promesas y engañar, me trae sin cuidado a quién dañe y a cuántos, el perjuicio irreversible que cause a mi país. Voy a poner España a mi gusto y al de los míos, en contra de la opinión de los médicos, los profesores, estudiantes y rectores, los jueces y fiscales, los pensionistas, los trabajadores, las clases medias, los pequeños empresarios, los artistas, los científicos, los investigadores, los parados, los dependientes, las mujeres y no digamos los intelectuales. Ya se me ocurrirá un nuevo fraude, cuando toque volver a votar»?

Respecto a las otras afirmaciones de ese novelista, uno no quiere pensarlo, pero no puede evitar pensarlo *un poco*, de refilón: ¿acaso no suenan a autojustificación? Puesto que es ridículo creer que desempeñamos algún papel, lo es también pronunciarse, acusar a los corruptos y a los sin escrúpulos y a los dañinos, denunciar los abusos y las injusticias y las canalladas, tratar de abrir los ojos a quienes los tienen cerrados, procurar que la gente repare en lo que se le ha pasado por alto, argumentar contra las arbitrariedades, señalar las prácticas dictatoriales ejercidas en democracia (las hay, y de ellas vengo hablando hace meses), protestar contra las nuevas leyes que privan de derechos y libertades, advertir del deslizamiento hacia formas despóticas de gobernar. Lo aconsejable —y también lo más cómodo— es no caer en ese ridículo, o bien dejar de ser «escritor libre» y ponerse al servicio de «una opción política» determinada. Es decir, convertirse en peón, alfil o torre de un partido, única vía para «influir». No por intelectual, se entiende, sino por infiltrado: por formar parte del aparato y del engranaje.

¿Servimos de algo o somos efectivamente ridículos? ¿Deberíamos continuar o guardar silencio? Son dudas reales, no retóricas, ojo: no descarto que ese reputado novelista esté en lo cierto. Claro que

luego hay otros a los que, para realzarse, les conviene faltar a la verdad y asegurar que ninguno de sus colegas ha estado a la altura. Si hablamos caemos en el ridículo, y si no, nos portamos como cobardes e incurrimos en mansedumbre. Yo carezco de respuesta a este dilema, y además sería parte interesada. Admito que tal vez no influimos y que nuestros pataleos son estériles. Pero de una cosa estoy seguro: ay si ni siquiera existiésemos, si nadie dijera nunca nada, si no incomodáramos e hiciéramos rabiar un poco a los políticos que nos acogotan y que además quieren aplausos. La única prueba que veo de nuestra no absoluta inutilidad es que esos políticos, que desde luego no nos hacen caso y se encogen de hombros ante nuestros griteríos, preferirían a buen seguro que desapareciésemos. Que no llamáramos la atención de quienes se molestan en leernos, ni los hiciéramos pensar, o mirar lo que pasa desde otro punto de vista del impuesto por los gobernantes, todos los días, con las televisiones a sus pies. Que no señaláramos sus abusos y sus imbecilidades, su cinismo y su desfachatez, sus razonamientos grotescos que ya no tratan ni de adecentar. Ay si además de ocurrir cuanto ocurre, uno abriera los periódicos y no se encontrara en ellos más que asentimiento e indiferencia y silencio, solamente por temor al ridículo.

26-I-14

Un matrimonio invisible y encantador

No los conozco ni los he visto ni en foto, a Hubert y a Merry, pero cada Navidad se me hacen presentes con el envío de un gran paquete lleno de variados y estrafalarios regalos, a los que correspondo como puedo, con algún libro mío traducido al inglés. Me adjuntan siempre una cariñosa tarjeta que encabezan de la misma manera: «Dear King Xavier», es decir, «Querido Rey Xavier», y son una herencia del anterior Rey de Redonda, Jon Wynne-Tyson o Juan II, que abdicó en mi favor allá por 1997, si no recuerdo mal. (No las pongo para no recargar este texto, pero todas esas palabras, «Rey», «abdicar» y demás, deben imaginarse entre comillas.) Algunos lectores conocerán la leyenda de ese Reino medio real y medio fantasmagórico, a la vez geográfico y literario (la isla existe), que no se hereda por la sangre sino por las Letras. Los que no, y tengan curiosidad, encontrarán abundante y contradictoria información al respecto en Internet, incluida no poca que me tildará de impostor. Hubert y Merry pertenecían a la corte de Wynne-Tyson, y, al saber de la sucesión (no olviden las comillas, por favor), empezaron a felicitarme las Pascuas con generosidad e impecable sentido de la lealtad dinástica.

No sé apenas nada de este matrimonio norteamericano. Sólo que antes vivían en California y ahora en Texas. Quizá por la edad del propio Wynne-Tyson, que este año cumplirá noventa, me los imagino mayores, apacibles y jubilados, con tiempo para escoger los regalitos que me envían puntualmente, envolverlos con esmero uno a uno, llenar la caja y llevar ésta a Correos en diciembre. Les agradezco sobremanera el detalle y la gentileza, pero cada vez me quedo más perplejo con los contenidos de su paquete. Me pregunto si me echarán una edad muy distinta de la que tengo o me creerán rodeado de niños, porque nunca faltan algunos juguetes originales.

La mayoría de los objetos, sin embargo, son cosas «útiles», sobre todo para un montañista, un espeleólogo o un explorador: imaginativas linternas y lamparillas, una diminuta dinamo para recargar el móvil manualmente, a falta de enchufes, alguna prenda (llamémoslas así) que me provoca estupor: una toalla, una manta, un mantel, una camisola que me quedaría inmensa. Estas Navidades apareció una sudadera de forro polar, con su capucha y de color rojo rabioso, tal vez indicada para viajar a Alaska o hacer alpinismo, no lo sé. Antes de buscarle un destinatario (mi sobrino Gabriel es escalador, y le han sido adjudicados varios obsequios de Hubert y Merry), no crean que no me la probé a ver si podía sacarle partido o lucirla por las calles de Madrid. Con la capucha calada como si fuera Bruce Willis —alguien lo ha convencido de lo mucho que lo favorece este aditamento, por la frecuencia con que en sus películas aparece con él—, me miré al espejo: vi un cruce entre Caperucita Roja y el Yeti que me desaconsejó honrar la prenda personalmente, no sin dolor de mi corazón. Recuerdo que en el primer envío, hace ya más de un decenio, venían varios objetos de una «Fundación Richard Nixon», que debía de tener su sede en la misma población en que Hubert y Merry vivían entonces. No fue Nixon un Presidente agradable: hubo de dimitir por mentiroso empedernido, extravagante como suena eso en nuestro país. Pero bueno. Había una gorra azul marino con larga visera que ponía *«Commander in Chief»*, y también resultaba visible el oprobioso nombre. A diferencia de la sudadera escarlata, la gorra sentaba muy bien, así que se la pasé a Carme, más atrevida que yo, quien se la encasquetó ufana en más de una ocasión, convencida además —con razón— de que le quedaba «de fábula». Luego, por desgracia, se la robaron o la perdió.

Este diciembre también han llegado una «lámpara de fibra óptica» que al parecer derrama colores; un par de paquetes de pilas para encenderla, imagino; un boli de un equipo de baloncesto texano; otra linterna de incomprensible diseño; un punto de libro en el que se ve caminar a una osa y a sus dos crías cuando se lo mueve; una bola de nieve cuyo cristal se había roto en el viaje, con una sillita de director de cine y un cartel que reza «Hollywood», donde no ha

debido de nevar jamás; un «mango con punta de dos lados» que no tengo idea de para qué sirve ni qué es. Siempre hay algo cuya utilidad ignoro, aunque todo tiene pinta de ser muy ingenioso. Esta vez, sin embargo, Correos me amargó el paquete. No se sabe por qué (cuando llegó yo estaba fuera y fue Juliana, la portera, quien lo recogió), el cartero exigió el pago de 25 euros por él. ¿Aduana? No sé: la lista de los contenidos, en una hoja rellenada por Hubert y Merry, señalaba que su valor total ascendía a la módica cantidad de 41 dólares. Y además eran regalos, no una compra que yo hubiera hecho. Bueno, ya se sabe que Rajoy y Montoro nos sacan el dinero a espuertas con enfermiza avidez (en la televisión ya les veo este signo en los ojos: $, no falla). Así que les he dicho a Hubert y a Merry que el año próximo me conformo con su afectuosa tarjeta navideña. No vale la pena que unos jubilados lejanos y amables me dediquen tiempo y dinero para que su gentileza me cueste a mí dinero también, y se lo embolse Rajoy. Ya lo ven, este Gobierno está decidido a que renunciemos a todo, incluso a los estrafalarios y bondadosos regalos de ese matrimonio encantador.

2-II-14

Juro no decir nunca la verdad

Recuerdo haberle oído decir a mi padre —y además lo contó en sus memorias, *Una vida presente*— que, siendo aún bastante niño, se hizo el firme propósito de no mentir jamás. Le parecía algo tan indigno y tan sucio que se lo prohibió, pese a que los niños suelen estar muy necesitados de mentir. Presumía de haber cumplido la palabra que a sí mismo se había dado, lo cual veo improbable a lo largo de los noventa y un años que vivió, pero no soy quién para llevarle la contraria, ni lo sería nadie, claro está. De lo que no dudo es de la seriedad de su objetivo infantil, y por tanto estoy seguro de que, si mintió en ocasiones, debió hacerlo *à contrecoeur*, violentándose y a sabiendas de que eso era impropio de él. Debió evitarlo lo más que pudo, en todo caso. Si uno se convence de antemano de que quiere o no quiere hacer algo, le costará más contravenirse, y hasta puede que el arraigo de su intención acabe impidiéndole apartarse de ella en cualesquiera tiempo y lugar.

¿Qué sucede en el supuesto contrario? Es decir, ¿en el de alguien que se traza como modelo de conducta mentir y engañar? En principio no parece fácil hacerse semejante propósito, y sin embargo da la impresión de que hay individuos tan acostumbrados al embuste que les resulta imposible incurrir en la verdad, ni siquiera como excepción. Todavía más llamativo es que existan colectivos entregados al engaño sistemático y perpetuo, como si no imaginaran otro modo de relación. Tales colectivos los encontramos sobre todo en el mundo de la política, en el que un empeño como el de mi padre sería impensable, inhabilitaría al que lo tuviera para entrar en él. De hecho se da por descontado que *todos* los políticos mienten y engañan, y que no les queda más remedio. En consecuencia, se les presupone y acepta un alto grado de falsedad: va en el oficio. Pero

en España tenemos desde hace años un caso malévolo, precisamente el del partido que nos gobierna en la actualidad.

Hay un colaborador de *El País* cuyas crónicas no suelo perderme, Carlos E. Cué. Es el encargado, infiero, de indagar e informar sobre las interioridades de dicha formación. A menudo se ve obligado a callar los nombres de quienes se confían a él: «Dice un dirigente...», «Opina un veterano diputado...», son las fórmulas habituales. Su crónica del pasado 6 de enero no tenía desperdicio. Si damos su contenido por cierto, el PP, con su proyecto de ley del aborto, que muchos consideran inoportuno, contraproducente y erróneo, está tratando de halagar al núcleo de sus votantes de extremísima derecha radical (dado que Rajoy y sus ministros ya son de extrema derecha cuasirradical), a fin de que se movilice y acuda a las urnas en las elecciones europeas de mayo, comicios en los que se produce siempre una elevadísima abstención. Pero lo más probable es que, una vez conseguidos esos votos de los ultracatólicos y nostálgicos de Franco, la mencionada ley sufra modificaciones, se suavice y renuncie a prohibir la interrupción del embarazo cuando hay grave malformación del feto. Es decir, se estaría engañando a esos votantes extremistas para que estén contentos *hasta* la fecha de las europeas, y después no importaría enojarlos. Daría lo mismo que se sintieran defraudados, porque su voto útil ya estaría depositado en las urnas y no tendría vuelta atrás. Según Cué, «un miembro de la cúpula» le ha reconocido: «Está claro que esta ley se ha hecho para gustar a una parte poco relevante de nuestro electorado. El resultado de las europeas nos mostrará si esa estrategia acertó».

El PP se inició en el engaño y la mentira —al menos de manera flagrante— en 2003, con sus probadas falacias sobre Sadam Hussein y la Guerra de Irak. A partir de ahí ya vivió en eso, con la apoteosis de las falsedades sobre los atentados del 11-M, que le costaron el gobierno en 2004. Lejos de aprender la lección y enmendarse, parece un partido que se hubiera hecho el propósito contrario al de mi padre: «Vamos a mentir siempre, incluso a los más nuestros». Algo enfermizo. Uno *entiende* que el último programa electoral de Rajoy consistiera en un cúmulo de embustes. «Crearemos empleo; no tocaremos las pensiones; no subiremos los impuestos; habrá

sanidad y educación públicas al alcance de todos; mi niña cursi gozará de libertades y derechos, vivirá en un país siempre mejor, etc.» Bien, con todo eso se pretendía convencer —y se convenció: mayoría absoluta— a los indecisos, a los crédulos, a los ingenuos y al electorado «de centro»; al que vota según las circunstancias, al que no es muy militante, a la gente normal. Uno no aprueba, pero *entiende* que a ésos se los procure engañar. Lo que ya no le entra en la cabeza es que se intente lo mismo con los adeptos, con los fieles y fervorosos, con los incondicionales. «Vamos a camelar a éstos con leyes franquistas y represivas para que cierren filas en mayo y nos voten en las europeas, y luego les vendremos con las rebajas y la decepción; si se enfadan, ya se nos ocurrirá más adelante otra trampa, andamos sobrados de ellas.» Sólo se concibe tal actitud en quienes están tan instalados en la mentira que en verdad *no saben* relacionarse de otra forma con nadie, ni siquiera con ellos mismos. Como si, al revés que mi padre de niño, hubieran desarrollado tal aversión a la verdad que se hubieran hecho el juramento demente de no decir ni una jamás, así los aspen.

9-II-14

Almanya

Una persona muy querida y de cuyo juicio me fío me regaló unos DVDs que supuso que no tendría. Esta vez no hube de pagar aduanas, aunque sin duda estamos cerca de que Rajoy y Montoro graven los presentes que nos hacemos unos a otros. De hecho —imagino que lo saben—, si ustedes les dan a sus sobrinos o hijos un dinerillo sin informar a la rabiosa Hacienda y sin que los chicos tributen por él, ya están incumpliendo las abusivas leyes que no se entiende cómo toleramos. De una de esas películas no había oído ni hablar y lo más probable es que jamás la hubiera visto. Hoy la crítica está más deslumbrada que nunca por los «ademanes de genialidad», por quienes entregan espantos pretenciosos y solemnes, «transgresores» en apariencia, imbecilidades grandilocuentes. Y así se premia y ensalza hasta el infinito a gente malasombra y vacua como Haneke, Von Trier, el último Malick o Sorrentino, responsables de esa cataplasma enfática, *La grande bellezza*, ante la que babean tantos. Así que no es de extrañar que *Almanya. Bienvenido a Alemania*, de la turco-alemana Yasemin Samdereli, haya pasado inadvertida, o lo suficiente para que no me hubiera enterado de su existencia.

Es una película demasiado «menor» en sus pretensiones. Carece de alardes de originalidad y de posturas sublimes. Gran parte de su metraje se ve con agrado y simpatía y una sonrisa leve (ni siquiera busca la carcajada). Todo en exceso modesto para verle sus virtudes. Cuenta la historia de una familia de inmigrantes turcos a Alemania, en los años sesenta, con la llegada de los padres y los hijos aún pequeños, y en la actualidad, con los progenitores ya ancianos y los vástagos adultos, más o menos integrados. Tampoco «denuncia» nada: ni el racismo de la sociedad de acogida ni terribles condiciones laborales. Más bien presenta una situación de relativa

armonía y agradecimiento mutuo entre las dos comunidades. Eso sí, sin adulación ni empalago: a los inmigrantes nadie les ha regalado nada. Tiene toda la pinta de ser un relato autobiográfico. El guión es de la directora y su hermana, cuentan la historia de sus padres o abuelos, originarios de Anatolia. Una historia como millares de otras, sencilla y sin truculencias ni aspavientos. Hay un niño de ojos muy expresivos, ya alemán de nacimiento y nieto de los inmigrantes, a través de cuya curiosidad se contemplan las dos épocas, la actual y los años sesenta. Es al niño al que se le va contando el pasado, poco a poco, para que entienda.

En la parte final (no creo reventársela a nadie, no hay misterios ni suspenses, ni «giros sorprendentes», otra de las tonterías a que los directores y guionistas de hoy están abonados), se produce una muerte natural y apacible. Eso es todo. Pero a partir de entonces *Almanya* adquiere un tono de emoción elegante y tenue, en absoluto subrayada ni «explotada» con trucos de mala ley, que pocas películas del siglo XXI me han transmitido. El muerto, como era de esperar, es el abuelo, el inmigrante originario, que vuelve de vacaciones al pueblo en que nació con toda la familia, poco después de haber adoptado la nacionalidad alemana. Y en su entierro hay una brevísima escena especialmente conmovedora. La cámara va pasando por todos los personajes, «desdoblados»: se ve a la viuda ya anciana sosteniendo la mano de la joven que fue, «secuestrada» para poderse casar con quien ya no existe; se ve a los hijos y a la hija adultos con las manos sobre los hombros de los niños que fueron, y que hemos conocido en los *flashbacks*, a su llegada al nuevo país, con su estupor ante las costumbres de sus empleadores o anfitriones. Todos lloran o rezan silenciosamente, con contención, sin excesos. Es una panorámica tan sólo, la escena no dura nada. La idea no será ni original, no me atrevo a decir que no se haya hecho eso antes. Da lo mismo: muestra con sobriedad lo que *nos* ocurre a todos cuando perdemos a alguien de nuestra vida: los recuerdos se agolpan, el tiempo se comprime, de pronto no hay distancia entre el presente y el pasado. Y el adulto de ahora compadece y «protege» al antiguo joven o niño, al que no habría soportado la idea de ver

morir a los padres; y, a su vez, el niño al que eso no le pasó compadece y «protege» al adulto que es ahora, al fin y al cabo el que está sufriendo la pérdida. Cuando ya puede encajarla, si es que eso puede encajarse. Bueno, sabemos que sí, en apariencia al menos. Pero en el fondo resulta incomprensible que sea posible seguir sin quienes constituían desde siempre el mundo, el de cada uno. Que no se paren todos los relojes, como dice el poema de Auden popularizado por otra película, *Cuatro bodas y un funeral*, hace años. La voz de otra nieta, joven, termina recitando la respuesta de «un sabio» a la pregunta «Quiénes o qué somos». (He buscado si la cita es auténtica: sólo he encontrado algo vagamente reminiscente en Teilhard de Chardin, el filósofo y teólogo.) He aquí la respuesta, según los subtítulos: «Somos la suma de todos los que nos precedieron, de todo lo que fue antes que nosotros, de todo lo que hemos visto. Somos toda persona o cosa cuya existencia nos ha influido y a la que hemos influido. Somos todo lo que ocurre cuando ya no existimos, y todo lo que no habría sido si no hubiéramos existido». Verdadera o inventada, no está mal para terminar una película tan serena, delicada, emotiva y modesta como para que casi nadie le haya hecho mucho caso.

16-II-14

Un mundo más triste y más lerdo

Algunas cosas son «así» desde hace tanto que casi nadie se para a pensar, ni se pregunta, quizá ni siquiera sabe por qué son de esa manera. Hace unas semanas hablé aquí de la piratería de libros, que en nuestro país *chorizo* va en lógico aumento, y por lo menos hubo reacciones. Unas sensatas, otras peregrinas e incomprensibles; no faltaron las airadas («La cultura ha de ser gratis; dedíquese a otros menesteres para ganar dinero»), e incluso una compungida que se justificaba por su bajo nivel de ingresos y prometía abandonar la práctica en cuanto mejorara. Lo que pocos se plantean, me temo, es el motivo por el que las obras literarias, musicales, etc., pasan a ser del dominio público a los sesenta o setenta años, según los países, de la muerte de sus creadores. ¿Por qué constituyen una excepción en un mundo y en un sistema en los que *todo* se lega y se va heredando indefinidamente, de generación en generación y sin límite temporal ninguno? Las fortunas, el dinero, las tierras, las casas; la panadería, la zapatería, la empresa, la fábrica; el banco, los cuadros, el palacio y la modesta choza; el apartamento en la playa, los muebles, el reloj del bisabuelo y las joyas de la tatarabuela; el periódico familiar, la pastelería, el supermercado, las acciones..., todo se va dejando a los herederos *ad aeternitatem*.

He hablado de ello en otras ocasiones, pero tanto da mientras ningún gobierno se detenga a pensar en la injusticia que esto supone. ¿Por qué las obras artísticas, y por ende sus autores, sufren esta discriminación palmaria? Esas obras ni siquiera son compradas o ganadas, como la mayor parte de lo que he enumerado. Son «propiedades» en cierto sentido, pero no algo preexistente que pueda «adquirirse», sino *creado* por quienes las conciben y realizan. Y, pese a eso, se ven castigadas, en comparación. Si la ley que las regula se aplicara a todo lo demás, no quedaría familia rica en el

mundo, y la Duquesa de Alba carecería de patrimonio. Si las obras de arte pasan al dominio público (es decir, pueden editarse y reproducirse libremente transcurridos esos sesenta o setenta años, y ya nadie paga por disfrutarlas ni —ojo— por explotarlas, utilizarlas y manipularlas, o hacer criminales «versiones» o «adaptaciones» de ellas), es justamente porque se las considera un bien para la humanidad de tal calibre que no se puede restringir *sine die* el acceso a ellas. Tan sólo se ven emparejadas —si acaso— con los grandes descubrimientos científicos que benefician a toda la especie: las vacunas, la penicilina, la anestesia, cosas así. Hasta cierto punto es comprensible. Sería lamentable que no pudiéramos leer a Cervantes o a Shakespeare, ni oír a Beethoven o a Mozart, por las exigencias y cortapisas que impusieran sus más remotos descendientes, tal vez gente insensible y avariciosa y parásita. Pero también es una lástima que a nadie se le permita pasear por tal finca desde hace siglos porque pertenece a una familia que se la ha ido traspasando sin caducidad ni tope.

Si lo que inventan los artistas es tan descomunal y valioso que a sus herederos se les enajena por fuerza, a fin de que alcance a todos sin excepción, resulta contradictorio que a esos artistas se los trate en vida tan mal como se los trata hoy, y más aún por parte de un Gobierno iletrado y bárbaro como el actual de España. Si lo que hacen es, o puede llegar a ser, tan extraordinario y enriquecedor que se impide que quede en manos privadas indefinidamente —repito, a diferencia de lo demás—, ¿cómo es que no son una especie protegida a la que se cuida? La mayoría sentimos una gratitud profunda hacia Cervantes y Shakespeare, Beethoven y Mozart, y pensamos que si estuvieran aquí los abrazaríamos, les rogaríamos que escribieran o compusieran más e intentaríamos facilitárselo al máximo. «Por favor, no paguen impuestos», les diríamos, por ejemplo, «que ya nos pagarán con creces con sus creaciones. Déjennos alguna más». Claro que es imposible saber, en el presente, cuáles de nuestros contemporáneos seguirán siendo leídos al cabo de cuatro o dos siglos, cuáles beneficiarán de veras a la humanidad futura. Sin embargo, y por si las moscas, resulta que *todas* las obras, hasta las pésimas, están sujetas a la misma «condena»: no poder

ser heredadas más que durante un tiempo determinado. En vista de lo cual, y lejos de otorgárseles a sus creadores algunas compensaciones y facilidades, la tendencia actual es a expoliarlos ya en vida, a privarlos de sus derechos o reducírselos, a tenerlos por unos caraduras y por individuos privilegiados (!). Shakespeare y Cervantes, Beethoven y Mozart, Velázquez y Caravaggio también tenían que pagar sus facturas, y la lista de genios que pasaron penurias es interminable. Hoy nos entristece que Van Gogh no vendiera un cuadro, que Cervantes y Dickens visitaran la cárcel y se llenaran de deudas, habiendo hecho tanto por nosotros. De haber vivido en una época como la actual, en la que además es fácil esquilmarles sus escasas ganancias con impunidad, es probable que hubieran abandonado pinceles y pluma, acuciados por la necesidad. Y que, como me decía ese lector airado, hubieran debido dedicarse a otros menesteres para procurarse el sustento. No me cabe duda de que, a cambio de haber satisfecho esa demanda de «cultura gratis», el mundo sería hoy mucho más ignorante, más pobre, más triste y más lerdo.

23-II-14

La piadosa malevolencia

A raíz de mi columna de hace tres semanas, en la que recordaba el propósito que se hizo mi padre en la infancia de no mentir, y luego hablaba de la irrefrenable tendencia del Partido Popular a faltar a la verdad, un cargo gubernamental me envía una amable carta junto con el librito de un sacerdote que recoge las opiniones del científico Lejeune y de Julián Marías acerca del aborto. En esa columna yo me hacía eco de declaraciones de dirigentes del PP (glosadas por Carlos E. Cué) según las cuales podría haber una estrategia electoral en el Proyecto de Ley que ha preparado Rajoy (dejémonos de historias: ningún ministro hace nada sin su mandato o apoyo) para endurecer la hasta hoy vigente relativa a esa cuestión.

No era el caso ni el tono de la misiva de ese cargo, vaya por delante; sin embargo, involuntariamente, participaba de una de las actitudes que más me irritan y más ruines me parecen y que a menudo he padecido como «argumento» contra mis escritos. En ella han incurrido tanto amistades de mi familia como lectores desconocidos (curas, frecuentemente) como algún que otro articulista. En esencia consiste en «echarme en cara» lo que opinaba mi padre sobre tal o cual asunto, intentando lo que hoy llaman muchos «chantaje emocional». A veces los que tiran de semejante recurso no se andan por las ramas: «¿Qué habría pensado tu padre de lo que has escrito? Vaya disgusto le habrías dado». Otros son poco más sutiles: «Al hablar así de la jerarquía eclesiástica, denigras la fe de tus padres». En fin, gajes de haber tenido un progenitor-figura pública. Pero dicho «argumento» no sólo lo encuentro de gran bajeza moral, muy grave en los sacerdotes, sino extremadamente pueril.

Como es sabido, me llevaba bien con mi padre en conjunto. Lo quería mucho y lo admiraba en bastantes aspectos. Pero también

estábamos en desacuerdo en numerosas cuestiones, y yo no se lo ocultaba. Discutimos respetuosa y civilizadamente infinidad de veces. Solía leer mis artículos y yo los suyos, sabíamos lo que cada uno opinaba. De ahí la puerilidad y la mala fe de ese «argumento». Quienes lo emplean implican que yo me habría callado muchas cosas hasta después de su muerte en 2005; que habría sido deshonesto con él para no disgustarlo o decepcionarlo, o aún peor, para «protegerme» de su desaprobación. Ahí están las hemerotecas para desmentir tal asunción. Quienes recurren a eso me merecen el mayor desprecio, por mezquinos, mendaces y sin escrúpulos. Insisto en que no era ese el tono de la carta del cargo gubernamental.

Estoy al cabo de la calle de lo que pensaba mi padre sobre el aborto. Él era católico practicante, y además había nacido en 1914 (este año habría cumplido un siglo de edad). En sus últimos tiempos su catolicismo fue a más, y también su «conservadurismo». Son esos tiempos los que interesan a los curas y a los políticos que se están «apropiando» de su figura; como si el resto de su larga trayectoria no contara o hubiera sido borrada. Durante décadas padeció la hostilidad de esa Iglesia a la que, pese a todo, pertenecía; no digamos la de los políticos franquistas (a los que tanto se parecen e imitan los que lo «reivindican» ahora), que le hicieron la vida imposible. Bien, para él el aborto era una monstruosidad y un horror. Para mí era y es, asimismo, un horror, y me alegro infinito de no haberme visto involucrado nunca en ello. La única vez que me vinieron con una falsa alarma, la mujer, una estadounidense, habló de tener el hipotético niño y darlo en adopción. Le anuncié en seguida que me lo quedaría yo, aunque me llegara con una gorra de *baseball* ya encasquetada desde su nacimiento, y un chicle en el paladar. Para las mujeres que optan por esa medida —salvo descerebradas—, me consta que es igualmente un horror, algo que jamás toman a la ligera, que les deja indeleble huella y a veces no escasos problemas de conciencia. Pero es *su* conciencia la que debe bregar con su decisión, no el Estado mediante leyes crueles, inspiradas en la doctrina de la Iglesia. Para ésta todo aborto es un asesinato, en cualquier fase y circunstancia y supuesto. También hubo curas, en el pasado, que se empeñaban en

inyectarles el bautismo a los fetos para cristianizarlos desde su concepción... Para el resto de la sociedad la cuestión no está nada clara, y sí lo está, en cambio, que constituye sadismo obligar a dar a luz a una criatura que no va a sobrevivir o que estará condenada a una existencia de padecimientos, operaciones sin fin, graves malformaciones que la harán maldecir cada hora de su precaria vida. Con la agravante de que el actual Gobierno dice «proteger» al no nacido, pero se desentenderá de ese ser en cuanto haya nacido: ya no hay ayudas a la «dependencia», ni sanidad cabalmente pública. «Proteger» a lo que es sólo un embrión, y desamparar al niño y al adulto resultantes, es algo sólo comprensible desde la malevolencia, el dogmatismo de una confesión, el ansia de castigar lo que esa confesión reprueba. Para mí, en todo caso, no es lo mismo interrumpir algo iniciado que evitar su inicio. Y sin embargo esa Iglesia condena igualmente las precauciones y los anticonceptivos, no lo olvidemos. Ningún Gobierno puede legislar al mero dictado de una religión hierática, desoyendo las dudas y la conciencia de los ciudadanos. A no ser que se trate de un Gobierno islamista, claro está, que no entiende ni acepta la separación entre Iglesia y Estado. Sin la que no hay democracia que valga, desde hace ya más de dos siglos. Eso es lo que retrocedemos, se dice pronto.

2-III-14

Voracidad y lloriqueo

Muchos jóvenes lo ignoran y muchos que no lo son lo recuerdan difusamente: durante el franquismo no había declaración de la renta, y así bastantes creían que no pagaban impuestos. Claro está que los había: los indirectos eran legión, numerosas empresas eran estatales (Telefónica, Tabacalera, Renfe, etc.), y lo normal era la apropiación directa e indebida. El sistema era corrupto desde su nacimiento, y por él se regían desde la Jefatura del Estado (ya saben cuántas cosas se «regalaban» a Franco y a su mujer, incluidos pazos gallegos y multitud de collares) hasta la última alcaldía (con excepciones). Por eso, una vez en democracia, costó gran esfuerzo que la población asumiera que debía pagar una cantidad proporcional de sus ganancias para el mantenimiento de la nación. Hubo que hacer campañas publicitarias («Hacienda somos todos», la más famosa) para inculcarle a la gente una idea que la mayoría de los países europeos tenía asimilada e interiorizada desde hacía décadas. No fue fácil, y el convencimiento de que era necesario y conveniente contribuir jamás fue completo. Ha habido capas de la sociedad a las que eso ha reventado siempre: individuos insolidarios y predispuestos a la trampa. Pero a medida que se vieron resultados (una sanidad pública ejemplar, una educación universal y digna), el grueso de los ciudadanos se avino, aunque nunca pueda haber entusiasmo a la hora de rascarse el bolsillo. Fue frecuente consolarse pensando: «Si me toca apoquinar tanto, también es porque me ha ido bien este año». Que los españoles se acostumbraran y lo aceptaran (en la medida en que se logró eso), resultó en todo caso tarea ímproba.

Desde que gobierna el actual Gobierno, si no antes, toda esa paciente labor se ha tirado por la borda. Por un lado, se ha dejado de percibir a la Agencia Tributaria como a un organismo justo,

equitativo y honrado. En ella se han producido destituciones turbias y escándalos. Ha aplicado una cómoda amnistía fiscal a los grandes defraudadores, y ha flotado la sensación de que se los premiaba por faltar a sus obligaciones. Ha llevado a cabo arbitrariedades inadmisibles: por poner un solo ejemplo, muchos artistas y toreros cobraban a través de sociedades, lo cual les traía beneficios fiscales; es posible que esto fuera injusto, pero era legal hasta hace cuatro días. De pronto, Hacienda decide que ya no y convierte su decisión en retroactiva, e impone monstruosas multas por algo que en su momento estaba enteramente permitido. Por recurrir a los símiles futbolísticos que tantos entienden, es como si mañana se decidiera que los tiros a los postes son gol, y en función de ese cambio se alteraran los resultados y títulos de las tres últimas temporadas: como el Madrid estrelló cuatro balones en el travesaño en tal y cual encuentro, sumó tres puntos aquí y allá en vez de ninguno, luego fue campeón de Liga en 2013 y no lo fue el Barcelona. Para cualquiera salta a la vista que eso *no puede hacerse*. Y sin embargo es lo que la Hacienda de Montoro viene haciendo con la chulería y el autoritarismo consustanciales a este sujeto.

Cuando las leyes son abusivas, los ciudadanos empiezan a no sentirse obligados por ellas. Cuando el 62 % de la factura de la luz son impuestos; cuando ésta y el agua y el gas están gravados con un IVA del 21 %, amén de otras tasas; cuando el Estado cobra si usted coge el metro o un autobús o un taxi; si regala unas flores; si va a hacer la compra; si se toma una cerveza o cena en un restaurante; en suma, cobra de cada transacción que efectuamos, por pequeña que sea. Si además le estamos adelantando dinero —prestándoselo— continuamente mediante el IRPF y los pagos fraccionados; si en junio podemos llegar a entregarle el 53 % de nuestros ingresos (si nos ha ido muy bien, claro); si cuando alguien muere, el dinero y las propiedades que deja —y por los que el difunto tributó ya en vida— se los embolsa en alta proporción el Estado (por qué eso es así es algo que jamás entenderé, por mucho que esté establecido); si Hacienda recauda sin respiro y por doquier y por todo concepto, hay un momento en que al ciudadano común no le salen las cuentas. ¿Cómo es que ese mismo Estado devorador

lloriquea y se queja de su indigencia? ¿Cómo es que se permite despedir o jubilar a médicos, empobrecer y encarecer la sanidad, subir las tasas universitarias y las judiciales, reducir las becas o su cuantía, abandonar las carreteras al deterioro, reducir las pensiones, fomentar el desempleo, inyectar miles de millones a los bancos que no conceden créditos y ahogan a los comercios, albergar a incontables corruptos y hacer la vista gorda con ellos cuando no protegerlos, gastar sumas demenciales en autopistas que nadie utiliza y aeropuertos sin aviones, en montar «embajadas» superfluas y dejar «palacios» inacabados, de la Justicia o de las Artes, sin que ningún político responda por semejantes despilfarros?

Siempre vi con malos ojos a los defraudadores, incluso a quienes hacían chapuzas sin IVA. Ya no: cada vez los entiendo más, y lo lamento. Cada vez entiendo más que, ante unas leyes abusivas e injustas, ante un organismo saqueador y arbitrario, los individuos se defiendan y, a poco que puedan, no cumplan. Entre las mil cosas graves que ha traído este Gobierno, no será la menor haber conseguido que la gente se sienta justificada al consumar un engaño. Con lo que costó convencerla de que había que contribuir, y en particular a las arcas de Hacienda.

9-III-14

El reino de la posibilidad

Ya saben, una de las definiciones de «clásico» viene a decir que son obras que, cada vez que uno vuelve a ellas, encuentra algo importante que en anteriores ocasiones le pasó inadvertido; o bien obras que, aunque ya las conozcamos, indefectiblemente captan nuestra atención y nos invitan a quedarnos en su compañía: si se trata de música, a escucharla entera por enésima vez; si es un cuadro, a escrutarlo con fascinación. Más mérito tienen, a mi modo de ver, las novelas y las películas, que hasta cierto punto confían en la historia que cuentan para interesar, y si esa historia ya nos la sabemos —si acaba bien o mal, quién muere y quién no—, por fuerza han perdido uno de sus principales atractivos en una segunda lectura o en una décima contemplación. Que los «argumentos» actúan como meros señuelos y en el fondo son secundarios lo demuestra que mucha gente relee el *Quijote*, *El corazón de las tinieblas* o *Madame Bovary* estando al cabo de la calle y recordando lo que les acaece a los personajes, lo que hicieron y cómo acabaron. Uno abre una de sus páginas al azar y suele verse arrastrado a leer unas más, y luego otras más, hasta continuar a veces hasta el final. Lo mismo sucede con ciertas películas: uno zapea y en algún canal están emitiendo *Con la muerte en los talones*, *Centauros del desierto* o *¡Qué bello es vivir!*, y pese a sabérselas de memoria, es muy raro que no se sienta tentado a permanecer *allí*, con los ojos y el entendimiento cautivos. Algo hay siempre que lo sorprende, o que había olvidado, o sencillamente desea asistir una vez más a la más perfecta representación.

Pero es que además, a medida que pasa el tiempo y esas obras se alejan de nuestra contemporaneidad, descubrimos en ellas cosas que en su día nos parecían «normales» y que hoy ya no lo son. Y por tanto las vemos como si fueran extrañas y hubiera que

«descifrarlas» desde la tan distinta mirada de nuestros días. Hace poco me sucedió con *El hombre tranquilo*, de John Ford y de 1952. Es una de mis películas favoritas (como de tantísimos aficionados al cine), e incluso recuerdo haberla elegido para hablar de ella en no sé qué festival de Burdeos, hará no menos de dos decenios. La he visto incontables veces desde la infancia, pero tanto da. La pasaban en una televisión y no pude evitar quedarme hasta el término del episodio o escena en que el azar me situó: John Wayne y Maureen O'Hara han obtenido por fin permiso para iniciar su cortejo con carabina —el inolvidable Barry Fitzgerald, casamentero oficial de Innisfree—. Montan en un calesín guiado por éste, obligados a darse la espalda; Fitzgerald los autoriza a bajarse y caminar el uno al lado del otro, sin tocarse; al ver un tándem estacionado, lo cogen y escapan en él, para estar a solas; llegan a un cementerio, y cuando van a besarse se desata una tormenta que asusta a la mujer; se resguardan como pueden, el hombre se quita la chaqueta para cubrirla, se le empapa la camisa blanca, y entonces se besan *de veras* por primera vez. Lo llamativo es la expresión, la mirada que a continuación se le queda a Wayne. Estoy convencido de que es el actor que mejor ha sabido mirar en el cine, sobre todo a las órdenes de Ford: en un solo plano, uno entiende lo que le pasa, y lo que le pasa no son cosas ni sentimientos simples, sino complejos y matizados. Su pena no suele ser pena sin mezcla; su odio no es odio sin mezcla; su indignación no es primaria, su espanto es profundo. Es alguien capaz de saber —y de transmitir— que hay un antes y un después, que a partir de un momento, o una experiencia, o unas palabras, nada será ya lo mismo, empezando por su personaje.

Lo normal, lo convencional en una escena amorosa, tras un primer beso, es que quienes la protagonizan estén exultantes de felicidad o bien sigan besándose con entusiasmo o lascivia crecientes, según. Eso no ocurre en *El hombre tranquilo*. Wayne abraza a O'Hara y vuelve el rostro, no hacia la cámara pero sí hacia el frente. Y su mirada parece en primera instancia de tristeza, de lástima incluso. Claro está que no lo es. En seguida uno comprende el matiz: es seriedad, gravedad, acaso responsabilidad, como si se estuviera diciendo: «Ay, ahora estoy vinculado. Es lo que deseo, pero ha

llegado y ya no hay vuelta atrás. Me quedaré junto a esta mujer, no le fallaré, la querré y la cuidaré. Le daré la mejor vida que pueda y a eso dedicaré mi existencia. No sólo a eso, pero eso estará por encima de todo lo demás. Y le seré incondicional». Ya en 1952 debía de ser infrecuente ver una reacción así en la pantalla o en la realidad. Los enamorados recientes tienden a ser ligeros y se ven llevados en volandas por el entusiasmo o la pasión, y «no hacen más que ocultarse mutuamente su destino», como escribió Rilke con penetración. En la realidad no es más raro que hace sesenta años, yo creo, pero sí en la novela o el cine, sí en el mundo representado, como si en él sólo se admitiera estar de vuelta de todo. Raro es contemplar hoy en él a quien se siente vinculado o atrapado —en el mejor sentido de esta palabra— por su propia convicción, por su disposición a no fallar, por la responsabilidad que no puede exigírsele pero que uno adquiere hacia otro por su cuenta y riesgo y su voluntad. Raro es quien se hace el propósito de ser incondicional y piensa, quizá como Wayne bajo esa tormenta: «Quiero tanto a esta persona que a partir de ahora prescindiré de lo que más apreciaba, el reino de la posibilidad».

16-III-14

Así protegen los vándalos

Un amigo excelente, de cuyo criterio me fío y al que además admiro, me sugiere que quizá deba hablar menos de política —y por tanto del actual Gobierno y sus medidas, reformas y leyes— en estas piezas dominicales. «No te toca meterte en el fango en el que viven ésos a gusto, o sólo de tarde en tarde.» Me temo que no es el único que opina así. Y como suelo tomar en consideración las recomendaciones de quienes respeto, recapacito, como se decía antes. A nadie le agrada dar una imagen de gruñón, cascarrabias o aguafiestas, ni siquiera de ciudadano airado, por más motivos de enfado que vayamos acumulando. También hago recapitulación, y resulta que, de las trece últimas columnas aquí publicadas (pocas más que las de 2014), he dedicado una a la mirada de John Wayne en *El hombre tranquilo*, otra a la película *Almanya*, otra al catolicismo de mi padre y a la apropiación de su figura por parte de ciertos políticos y curas, otra a un matrimonio de Texas que me envía insólitos regalos, otra a las armas con que me nutre Pérez-Reverte cada noche de Reyes, otra a la posible inutilidad de los intelectuales, otra a la piratería internética y una más a la discriminación que sufrimos escritores y músicos al no poder legar indefinidamente las obras que nos inventamos. Es decir, ocho artículos que no trataban de política o lo hacían sólo tangencialmente y de pasada; algunos, si no me equivoco, bastante bienhumorados. No sé si es que ésos, que a veces llamo «de tregua», causan menos efecto y se olvidan más rápido (se olvidan todos casi nada más ser leídos, en eso no nos engañemos); en todo caso, parece como si no contaran para dos tipos de personas: aquellas a las que revientan los más críticos (tertulianos de la Cope y del *TDT Party*, por ejemplo) y las que se preocupan por verme enfangado, como ese querido amigo.

A éste le contesté que tendría en cuenta su comentario (y eso hago), y también que desde mi punto de vista nos encontramos en una situación de emergencia que obliga a mancharse con la suciedad que esparcen nuestros gobernantes de todo signo. Cuando los abusos no son la excepción, sino la regla; cuando no se da abasto a contrarrestar —qué digo: a señalar— los desmanes y tropelías, entonces no hay más remedio que emporcarse. Ningún combate se libra desde el tendido. Y no es que el actual Gobierno sea el causante de todos los males que aquejan a este país de tradición malévola: más de una vez he recordado cómo Richard Ford, el viajero del XIX, observó en sus agudos escritos que España se caracterizaba, desde época prerromana, por dar gente buena y fiable tomada individualmente, bastante peor colectivamente, y siempre, sin falta, caudillos y dirigentes nefastos que arrastraban al conjunto y lo embrutecían. No puedo estar más de acuerdo, y, con excepciones, la cosa no ha cambiado un ápice. Qué más quisiera yo que mirar desde el tendido con aprobación y complacencia, y no soliviantarme con las noticias de cada mañana.

Pero no hay forma. Aparte de lo más grave y evidente, no hay día en que el actual Gobierno no nos cuele medidas vandálicas o autoritarias, y muchas pasan casi inadvertidas, al no darse abasto, como he dicho. La nueva Ley de Costas que prepara es un canto a la destrucción y el pillaje. Ya saben que el Ministro Arias Cañete (santo cielo, el menos mal valorado en las encuestas) permite que se edifique a sólo 20 metros del agua, en vez de a los 100 anteriores; también que ha amnistiado las construcciones ilegales —incluso las metidas en las playas— y les ha dado 75 años (!) de prórroga y autorización para ser vendidas y hacer negocio con ellas. Que no se va a derribar ni un adefesio ni un monstruo condenados por los tribunales. Pues bien, no se queda ahí el vandalismo: el Secretario de Estado de Medio Ambiente, Federico Ramos, lo ha dicho con toda desfachatez: «El impacto que ya está hecho, aprovechémoslo». No entiendo cómo este sujeto —o sí, por desgracia lo entiendo— no ha sido destituido en el acto. Salvando las insalvables distancias, es como aquellos nazis que reflexionaron: «Ya que nos estamos

cargando a tantos judíos, aprovechemos para hacer jabón con ellos». O, para no ser exagerados, algo más neutro y abstracto: «Ya que hay tantos destrozos, cometamos unos cuantos más y así les sacamos beneficio». Lo cierto es que esta nueva Ley va a multiplicar los chiringuitos playeros. Duplicará el tamaño que pueden ocupar, hasta los 300 metros; en vez de los 200 hasta hoy exigidos entre uno y otro negocio, ahora serán 150, o, si las actividades son «no similares», tan sólo 75; ya no se restringirán, sino que se fomentarán en las playas «eventos con repercusión turística» de todo tipo (repugnantes *tomatinas*, por ejemplo), citas deportivas y «culturales» y fiestas; se recortará la zona de dominio público, esto es, se nos expropiará lo que es de todos para entregarse a los explotadores (ayuntamientos, comunidades autónomas, dueños de garitos y organizadores de chorradas). Bien, cuando no haya donde bañarse, o se levanten olas de 15 metros y arrasen los chiringuitos, las aberraciones arquitectónicas y los *chalets* invasores, vayan a pedirles cuentas a Cañete y a Ramos. Mientras tanto, las costas serán una verbena permanente y abigarrada, se verán atronadas por música hortera y plagadas de mirones escupiendo desperdicios. Lo mejor es el nombre de esta Ley, que me confirma en el título («Juro no decir nunca la verdad») de un artículo reciente que sí me enfangó hasta las cejas: Ley de Protección y Uso Sostenible del Litoral. Sublime. Así protegen los vándalos.

23-III-14

Proliferación de cabestros y mastuerzas

No sé cómo se las gasta la gente en las demás ciudades. O bueno, sí en alguna que otra, pero como no vivo en ellas ni son la mía, será más prudente y diplomático dejarlas de lado. En Madrid prolifera cada vez más una fauna para mí insólita, y eso que, con excepciones, llevo viviendo aquí desde mi nacimiento en los años cincuenta, cuando había mucha más pobreza, analfabetismo y burricie, o eso parecía. Con la llegada de la democracia hubo un periodo en el que todo mejoró bastante. No sólo en lo político, claro, también en lo cívico. Se deseaba equipararse con los otros países europeos, los ciudadanos mantenían el suelo de sus calles un poco menos guarro, los bares empezaron a no estar tan sembrados de colillas, huesos de aceitunas y cáscaras varias, hombres y mujeres hicieron un pequeño esfuerzo por mejorar su aspecto y por tratarse con algo semejante a la cortesía; la policía, que durante décadas había desplegado autoritarismo y malas maneras, cuando no brutalidad a secas, procuró hacerse educada y amable y ponerse al servicio de quienes le pagaban el sueldo, no por encima de ellos; lo mismo los políticos, a diferencia de los actuales. Nunca se nos fue, con todo, cierto elemento de zafiedad y grosería que parece consustancial a una buena porción de españoles. Nunca la televisión ha dejado de emitir mil programas soeces, hasta hoy mismo. Nunca ha dejado de haber humoristas que, por muy «inteligentes» que a sí mismos se llamen, son herederos directos de Martínez Soria y de Mariano Ozores y tienen la misma gracia que ellos, más o menos. Nunca ha dejado de haber mastuerzos y cabestros por nuestras calles, pero durante un tiempo breve se ejerció cierta presión tácita contra ellos. A veces basta con que la mayoría mire mal actitudes, para que quienes las observan se cohíban un poco, se abstengan

otro poco y, en el peor de los casos, incurran en ellas medio a escondidas y con disimulo.

Hace mucho que esto ha acabado. He aquí un ejemplo ilustrativo: llevo años viendo cómo en el callejón de Felipe III, que desemboca en la Plaza Mayor —en pleno centro, en la zona más turística de la capital—, legiones de individuos, una noche sí y otra también, mean contra sus arcos con desparpajo absoluto. Disculpen la ingrata imagen, pero, al tener ese callejón leve cuesta, permanentes chorros bajan hasta la calle Mayor, y como los alcaldes nos han puesto granito —que no se limpia— hasta donde había hierba o tierra, los repugnantes churretones, una vez secos, jamás desaparecen sino que van en bochornoso aumento. No hace falta decir que los meadores, ahí y en otros sitios, solían ser varones. Hasta hace poco, y esto, para mí, pertenece a lo insólito. Las mujeres no hacían eso, no sólo porque la operación les resulta más dificultosa, sino porque tradicionalmente han sido más pudorosas y civilizadas. Hará un mes vi, sin embargo, por vez primera, a una joven hacer sus necesidades en ese desdichado meadero. Estaba claramente «cocida», lo tomé por excepcional. Pero un par de semanas más tarde pillé a otra en la misma postura animalesca. Dos veces puede ser coincidencia, me dije, tres ya serían tendencia. Pues bien, un reciente jueves a las nueve de la noche, ni siquiera muy tarde ni en fin de semana de borracheras, en la calle del Puñonrostro, casi en la Plaza del Conde de Miranda —es decir, no en hueco discreto sino en espacio abierto —, veo a una mujer, no una jovenzuela, que se ha bajado los pantalones tranquilamente y evacúa su líquido en cuclillas, casi delante de un convento de las Jerónimas en el que se venden dulces. Me dieron ganas de hacer honor al nombre de la calle, pero jamás sería violento con una mujer, etc. A continuación las ganas fueron de afearle la conducta (no era yo el único transeúnte y testigo obligado), pero me di cuenta de que eso tampoco es ya posible. Se ha llegado a tal grado de consentimiento de los comportamientos inciviles que hoy, si uno chista a quienes arman bulla de madrugada, corre el riesgo de que éstos se indignen y le den una paliza; si mira mal a quien tira algo al suelo con papelera a mano, recibirá una sarta de improperios; si en un cine ruega a

alguien que no sorba ni mastique hasta el punto de convertir en inaudible la película, le contestará que hace lo que le sale del puro y lo mandará a la mierda (eso con suerte); si se queja al que ha aparcado en doble fila, es probable que éste salga con una llave inglesa y le parta el cráneo; si llama la atención a quien se ha colado en una cola, éste lo pondrá de vuelta y media... Los groseros, los infractores no sólo infringen, sino que sienten que la razón está de su parte. Su reacción habitual es: «Sí, ¿qué pasa? Cállese usted la boca». Así que, a la altura de la meadora de Puñonrostro, apartándome lo más posible de ella y su flamante charco, sólo me atreví a decir «Jóder», como quien lo dice para sí mismo. La brutalidad sólo crece —ha alcanzado a las mujeres— en esta ciudad gobernada por el PP desde hace veintitantos años. Por supuesto jamás hay un guardia que le haga la menor observación a nadie. Ni educado y amable como los de hace dos o tres décadas ni tampoco autoritario. Bueno, estos últimos abundan cada vez más, pero suelen estar todos ocupados con los manifestantes pacíficos, en preaplicación de la Ley de Seguridad neofranquista que nos va a aprobar el actual Gobierno, el cual también alberga unos cuantos mastuerzos.

30-III-14

La muerte de la discreción

Siempre procuré sopesar lo que contaba y preguntaba. En lo segundo he llegado a ser tan cauto que luego, a veces, se me ha reprochado desinterés o indiferencia; con esas cosas se ha confundido mi enorme aversión al sonsacamiento. Detesto a quienes lo preguntan todo o mucho y quieren estar «enterados» hasta de lo que les trae sin cuidado. Normalmente es gente que trafica con lo que averigua, que sólo ansía saberlo para relatarlo a su vez, para presumir de estar en el ajo y ofrecer primicias. Su discreción está excluida, es un concepto reñido con su naturaleza. Esas personas no sienten curiosidad pura, no se dan por satisfechas con estar al tanto, no son meramente fisgonas, sino chismosas: recaban información para aprovecharse de ella y transmitirla lo antes posible. Algunas se ganan así el aprecio o la tolerancia de otros: hay individuos insoportables que se hacen un hueco en la sociedad, y tienen amistades, tan sólo porque proporcionan cotilleos y entretienen con ellos. De otro modo serían solitarios, si es que no cuasi apestados. No les queda más remedio que tirar a los demás de la lengua —eso para mí tan odioso—: es su manera de medrar y de ser aceptados.

Todo esto es viejo como el mundo. Lo que ya no lo es tanto es la proliferación mundial de estos sujetos, la conversión voluntaria de ingentes porciones de la población en eso, en irredentos cotillas. Para empezar, hay una exposición desaforada de lo propio, mezcla de impudor y narcisismo. En Facebook y Twitter la mayoría de sus usuarios relatan y muestran demasiado de sí mismos, a menudo para su arrepentimiento y con consecuencias desastrosas. Hay gente que ha perdido empleos por haber sido exhibicionista o bocazas en estas redes. Hay delincuentes cretinos que han acabado en la cárcel por haberse jactado de sus hazañas en el ciberespacio, la vanidad los ha condenado. Ya hay legiones de jóvenes reclamando el

derecho al borrado y al olvido de lo que «colgaron» un día, y lo tienen difícil, ahí todo deja imperecedero rastro. No hay mayor prudencia —al contrario— con lo que se cuenta de los otros. El planeta está lleno de imbéciles que fotografían con sus móviles cuanto se pone a su alcance, y nada les gusta más que captar una imagen inconveniente o prohibida de alguien más o menos famoso. De ellas sacan a veces beneficios crematísticos, y si no, «visitas». Lo peor es que la falta de escrúpulos se ha extendido a los medios en teoría serios y responsables. Puesto que han de competir con millones de intrusos, no pueden perder todas las batallas andándose con miramientos.

Uno de los frenos o límites tradicionales a la hora de hacer público algo era la consideración del daño que podía hacerse con ello. También se tenía conciencia de que era fácil dar al traste con una operación militar o policial o de espionaje si se informaba de ella antes de tiempo. Ahora es la propia policía —la española, al menos— la que en ocasiones divulga sus métodos y procedimientos para provecho de los criminales, que así sabrán qué errores deben evitar en el futuro. Y, por supuesto, a casi nadie le importa un pimiento poner en peligro la vida de quienes se han arriesgado llevando a cabo una misión —se supone— vital para su país y sus conciudadanos. Leo que, del equipo de veintitrés hombres que se encargó de Bin Laden, sólo dos siguen vivos. El resto ha muerto en combate, lo cual parece mucha casualidad, dado que aún no se han cumplido tres años de aquella operación. Uno de los dos supervivientes, el que se cree que disparó contra el Enemigo Público N.º 1 —de ahí que su sobrenombre sea «El Tirador»—, volvió a la vida civil con mal pie. Renunció a lo habitual entre los ex-Navy Seals —entrar como mercenarios en empresas de seguridad privada—, y al parecer «no tiene pensión ni seguro médico, sufre artritis, tendinitis, problemas oculares y dolores de espalda, todo producto de sus dieciséis años de servicio al límite. Su situación es tan mala que, pese a estar separado, vive con su ex-mujer en la misma casa por una cuestión meramente económica». ¿Se ignora su identidad al menos, dadas las masas que querrían vengarse de él? Me temo que la sabrá quien lo desee. En el mismo artículo se dice que, pese al

secretismo inicial de la misión, en seguida se reveló que se había encargado el Team Six, la *élite* de los elitistas Seals, y que los integrantes del comando sabían que eso ocurriría. «Les doy una semana para soltar que han participado los Seals», le dijo el otro superviviente —más avezado, autor de un libro— a un compañero mientras Obama daba la noticia. «Y una mierda», le contestó su interlocutor. «Yo no les doy ni un día.» Y así fue. «ABC News», explica el reportaje, «incluso ofreció las pautas para reconocer a uno de estos supersoldados». Se trata de contar y contar, lo que sea, caiga quien caiga, se le arruine la vida a alguien o se lo conduzca al matadero. «El Tirador», por lo visto, vive aterrado, además de con penurias. Ni siquiera existe un programa de protección para individuos como él, esos que permiten cambiar de identidad, trasladarse a un confín remoto del mundo y tener algún guardaespaldas a mano. El hombre ha enseñado a tirar a su ex-mujer, a sus hijos a esconderse en la bañera, y guarda un cuchillo en su tocador «como último recurso». Mal le pinta el futuro. Así que sigan sonsacando, fotografiando, contando y «colgando», pero no crean que no hacen daño a nadie. Empezando por ustedes mismos.

6-IV-14

En el inofensivo pasado

La reciente muerte de Adolfo Suárez produce sobre todo melancolía, al menos entre quienes éramos jóvenes cuando apareció, cuando gobernó y cuando fue defenestrado, por los suyos y por casi todo el mundo. Pero la melancolía no viene sólo por lo más evidente, esto es, por la desaparición definitiva de una figura que trajo esperanza, considerable optimismo y suscitó mucha simpatía. Si en algo se distinguió Suárez fue en que, por primera vez en muchísimos años, un gobernante español no inspiraba miedo. Siempre pareció razonable y alejado de todo autoritarismo; es más, como venía del franquismo —pero en nada se asemejaba a éste—, procuró ser todo lo contrario de lo que lo había precedido: respetuoso, conciliador, dialogante, sonriente y cordial, atento y persuasivo. Tal vez, como a la mayoría de los políticos, los consejos le entraban por un oído y le salían por otro, pero se aprestaba a escucharlos e incluso los solicitaba. He contado ya antes cómo, al filtrarse el borrador de la Constitución, mi padre, Julián Marías, escribió un artículo tildándolo de absurdo, erróneo y hasta mal escrito. Ese mismo día Suárez lo llamó, le pidió encontrarse con él para que le explicara más y lo orientara al respecto. Si Suárez no era humilde, lo parecía. Si no le importaba la opinión de los demás, lo disimulaba tan bien que la indiferencia debe ser descartada: todo fingimiento tiene un límite, rebasado el cual deja de serlo. Si desdeñaba a alguien, lo ocultaba. Es difícil recordarle un mal gesto, un desplante, una actitud humillante o despreciativa, ni hacia sus oponentes ni hacia sus correligionarios. Era chulo, sí, pero sólo en el mejor sentido de la palabra: alguien que no se arredraba, que no estaba dispuesto a que lo avasallaran ni pisotearan; sí, en cambio, a que lo convencieran.

No es de extrañar que en estos tiempos desabridos la gente lo eche de menos, con la excepción de los ensimismados cenizos de Esquerra Republicana, el BNG y Amaiur y Bildu, quienes jamás apreciarán a nadie que no les dé la razón en todo: sus integrantes son individuos que sólo admiran a sus obedientes ovejas, si no es esto una contradicción en los términos. Pero la melancolía es también otra: la noche de su velatorio, cenaba yo frente al Congreso con mis amigos Díaz Yanes y Gasset, y salíamos a fumar de vez en cuando. Veíamos cada vez (incluso pasada la una de la noche) la larguísima cola de quienes iban a visitar el cadáver. Más allá de que nos pareciera extravagante la costumbre (un poco sevillana), supongo que muchos de los que soportaban el frío y la espera querían expresar así su agradecimiento. El inoportuno anuncio de su «muerte inminente» multiplicó los elogios y los monográficos televisivos. Y eso es lo que produce tristeza, incluso leve amargura. Suárez llevaba muchos años ausente por enfermedad, y aún más fuera de la política. No sólo era ya alguien «inofensivo», sino que estaba desactivado y no contaba. Es lo propio de España: se vierte una catarata exagerada de alabanzas sólo cuando ha muerto una persona notable, o, si acaso, como aquí, cuando ya no hace sombra a nadie, ni adquiere protagonismo, ni puede soltar declaraciones que pongan en cuestión a ningún vivo. Parafraseando la máxima escuchada en tantos *westerns*, sobre los indios, el único español bueno es siempre el español muerto, o, en su defecto, el que está fuera de juego, el callado, el inhabilitado, el que ha dejado el campo libre a los insaciables ambiciosos que quisieran a su alrededor nada más que un inmenso vacío.

A Suárez, mientras estuvo activo, lo detestaron casi todos: parte del Ejército, la extrema derecha, los del Partido Popular que al principio se llamaba Alianza, los socialistas, la extrema izquierda, los nacionalistas, sus compañeros de UCD que le hicieron la vida imposible y lo obligaron a marcharse. Cuando fundó su nuevo partido, el CDS, los votantes que hoy sienten nostalgia le dieron la espalda, hasta que hubo de disolverlo y retirarse. Entonces, poco a poco, se empezaron a reconocer sus méritos y su carácter abierto, la dificilísima tarea que había llevado a cabo con mucho más éxito del

esperable. Cuando ya no podía quitarle el sitio a nadie. Cuando su figura ya no podía empequeñecer las de los demás. Cuando se lo vio como pasado. El título de esta columna tendría que ser otro, pero ya lo utilicé en una pieza de 1997 y en el volumen recopilatorio que la contuvo: *Seré amado cuando falte*. Una vez más, es una cita de Shakespeare, que lo expresó casi todo: *«I shall be lov'd when I am lack'd»*, en *Coriolano*. Lamentablemente, es el sino de todo español de valía, en cualquier campo: ser reconocido plenamente, ensalzado, añorado y querido sólo tras su desaparición o derrota. A menudo ni siquiera el sentimiento es puro, sino que se utiliza al muerto que en vida fue denostado para denostar a los que quedan, a los que incurren en el imperdonable delito de seguir vivos y no vencidos. «Este que ya no está sí que era bueno», se aprovecha para decir, «y no como estos mediocres de ahora». Somos un país condenado a chapotear en el descontento presente, y a sentirnos orgullosos y reconciliados solamente con los que —por fin— ya no respiran y pertenecen al inofensivo pasado.

13-IV-14

Los mejores y los peores

Leí hace poco dos viejos versos de Yeats que me parecieron verdaderos, en la medida relativa en que cualquier afirmación lo puede ser: «Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad». Si me parecieron tan «verdaderos» es porque, hasta cierto punto, y con excepciones, definen la historia de la humanidad, y desde luego la de nuestro país. De lo que no cabe duda, en todo caso, es de que los indiscutibles «peores» del pasado siglo triunfaron más que nada por su vehemencia, por su exageración y dogmatismo, por su griterío ensordecedor, por su extremismo simplificador y chillón. Los nazis, los stalinistas, los fascistas italianos, los maoístas chinos o exportados al Perú, todos estuvieron poseídos de indudable ardor. No hablemos de las fuerzas que acabaron imponiéndose en España durante la Guerra Civil y relegando a los «mejores» a la condición de meros espectadores horrorizados, o de exiliados prematuros, o de leales al bando de la República —por ser el único legal— parcialmente a su pesar, es decir, por decencia pero sin convicción. Ésta, en cambio, les sobró a los franquistas, que encima contaron con la bendición de la Iglesia Católica, o aún es más, con su exaltación justificadora de las matanzas. Y si interviene el elemento religioso, entonces el fanatismo, el entusiasmo aniquilador, se agudizan y pierden todo posible freno. Mucho me temo que esa ha sido una de las principales funciones de las religiones: encender mechas, ofrecer coartadas, prometer dichas ultraterrenas a los asesinos por vocación.

Nada tiene por qué cambiar, y en este siglo XXI los peores siguen rebosando intensidad y amparándose en la religión. Puede ser la religión distorsionada, como en el caso de talibanes y *yihadistas*, que, lejos de menguar, se extienden como la pólvora; o bien

sucedáneos de aquélla, en forma de nacionalismos las más de las veces. Proliferan en Europa, y van ganando adeptos, los movimientos y partidos xenófobos y racistas, los que demonizan a los inmigrantes —legales o no, tanto les da—, los que claman «Grecia para los griegos», «Francia para los franceses», «España para los españoles» o «Cataluña para los catalanes de verdad». En este último lugar hay una señora mandona y ensoberbecida, que preside la llamada Asamblea Nacional Catalana, que sin duda está poseída por la vehemencia más apasionada. En virtud de ella, y no de otra cosa, se permite dictar «hojas de ruta» a los representantes políticos surgidos de elecciones democráticas, mientras que a ella nadie la ha votado jamás. Los peores se hacen fuertes cuando los mejores carecen de convencimiento. Cuando éstos se amedrentan y desisten. Cuando temen verse «sobrepasados» o repudiados. Cuando deciden que razonar, argumentar y pactar ya no sirve de nada. Ese «ya» es lo más peligroso que existe. Señala el momento en que los inteligentes arrojan la toalla, en que se resignan a no ser escuchados, en que se persuaden de que sólo el vocerío vale para hacerse oír, y de que, por tanto, una de dos: o hacen literalmente mutis por el foro o se suben a la grupa del simplismo y el estruendo, del blanco o negro, del conmigo o contra mí, de los patriotas y los antipatriotas, o, como sufrimos aquí a lo largo de cuarenta años, de los españoles y los antiespañoles.

¿Por qué los mejores carecen a menudo de convicción, si los asiste la razón, tienen un desarrollado sentido de la justicia y son tolerantes con lo tolerable, procuran entender al contrario y atienden a los argumentos de sus adversarios? Precisamente por todo eso, he ahí la contradicción. Los mejores siempre dudan algo, siempre se paran a pensar, no se sienten en posesión de la verdad, no son simplistas ni radicales, no tienen una sola meta entre ceja y ceja, les repugna el oxímoron «guerra santa», por no mencionar «sagrada misión» y otras sandeces por el estilo. Desde mi punto de vista uno nunca debería prestar atención a los llenos de apasionada vehemencia. Es más, ésta es para mí motivo de desconfianza y sospecha, y, abundando en los versos de Yeats, suele enmascarar a los peores, a los más dañinos y autoritarios, a los que hacen

abstracción de las personas y se muestran siempre dispuestos a sacrificarlas en nombre de la Causa, o del Progreso, o del Proyecto, o de la Nación, tanto da. Son los que olvidan que todos tenemos solamente una vida, y que ninguna puede arruinarse por un abstracto Bien Futuro. A estas alturas deberíamos saber todos que el futuro es una entelequia, que no se puede configurar ni tan siquiera imaginar. Sólo importan los que están aquí, y también algo los que estuvieron, sólo sea porque sus huellas sí se pueden reconocer. A menudo las de los mejores están escondidas, como dice esta otra cita de la novelista del XIX George Eliot: «Que el bien aumente en el mundo depende en parte de actos no históricos; y que ni a vosotros ni a mí nos haya ido tan mal en el mundo como podría habernos ido, se debe, en buena medida, a todas las personas que vivieron con lealtad una vida anónima y descansan en tumbas que nadie visita». Es cierto, muchos de los mejores pasan calladamente o hablando en susurros, jamás gritan ni vociferan, porque no están llenos de apasionada intensidad. Pero ay de nosotros si no existieran, si no hubieran existido siempre; si sus tumbas que nadie visita no alfombraran la tierra discreta, la única que de verdad nos sostiene.

20-IV-14

Las lecciones de la imaginación

Ya pasó Sant Jordi, el Día del Libro, y de aquí a un mes empezará la Feria madrileña del mismo objeto, con las perspectivas más lúgubres en muchísimos años. No es sólo que las librerías estén ahogadas por la crisis y por la piratería en aumento. No es sólo que los editores busquen desesperadamente algún título que arrastre a las masas a comprarlo, y que a la mayoría ya les dé igual que se trate de una obra digna o de la enésima porquería más o menos sadomasoquista, cateta y machista con origen en Internet, donde habrá cosechado legiones de «seguidores» rudimentarios y descerebrados, de los que se limitan a pedir «más»: más «sexo fuerte», más violencia, más torturas gratuitas, poco a poco —oh, qué moderno— se vuelve a uno de los textos más soporíferos de la historia de la literatura: *Las 120 jornadas de Sodoma*, del Marqués de Sade, escrito en 1785, reiterativo catálogo de atrocidades que acaba por arrancar bostezos hasta a los más voluntariosos depravados. No es sólo que los autores anden preocupados y deprimidos, al ver cómo sus nuevas novelas se venden infinitamente menos que las anteriores (eso los que alguna vez han tenido un número apreciable de lectores) o nacen ya muertas, destinadas a ser devueltas a la distribuidora a las pocas semanas de aterrizar en los escaparates. La última vez que me pasé por una librería y eché un vistazo a las novedades, vi no pocas que superaban las seiscientas páginas y a las que, por su aspecto, o por la descripción leída en las reseñas que las ensalzaban, o por la mera conjunción de nombre, título, grosor y precio, uno no podía augurar más que una rápida caída en el vacío. «Ojalá me equivoque», pensé con escasa fe. «Ojalá cada una de ellas sea un gran éxito; y sean leídas y discutidas por muchos y recomendadas por los únicos que hoy gozan de verdadera influencia, los lectores desconocidos.»

El íntimo convencimiento de que no será así en casi todos los casos me produjo melancolía. Precisamente porque también me dedico a escribirlos, sé cuánta tarea y esfuerzo hay detrás de cada libro, los largos meses o años empleados en sacarlo adelante; aunque sea malo, o esté hecho de cualquier manera, sólo llenar esa cantidad de páginas requiere un monumental trabajo. No soy de los que creen que fue mejor toda época pasada. Al contrario: estoy seguro de que nunca se han leído (ni comprado) tantos libros como en nuestros tiempos; de que siempre ha habido obras que han caído en el vacío; de que los grandes éxitos jamás habían alcanzado ventas tan superlativas como ahora. Sin embargo sí creo que la magnitud de la indiferencia nunca había sido tan mayúscula como la que aguarda a los libros condenados a ella desde el principio. Y la mayoría de éstos son —ay— los que se ha dado en llamar absurdamente «libros literarios», es decir, los que tienen ambición y voluntad de estilo, los que no se ciñen a contar una historia más o menos interesante y santas pascuas. Los que tal vez —tal vez— hacen que la gente piense o se fije en el funcionamiento del mundo, los que en el espacio de unas cuantas horas —las que tardamos en leerlos— nos brindan entendimiento y conocimientos que quizá no adquiriríamos por nuestra cuenta ni en el transcurso de una vida completa.

Tengo la sensación de que nos vamos adentrando en una de esas épocas en las que se tiende a juzgar superfluo cuanto no trae provecho inmediato y tangible. Una época de elementalidad, en la que toda complejidad, toda indagación y toda agudeza del espíritu les parecen, a los políticos, de sobra o aun que estorban. Y como los políticos, incomprensiblemente, poseen mucho más peso del que debieran, detrás suele seguirlos la sociedad casi entera. Son tiempos en los que todo lo artístico y especulativo se considera prescindible, y no son raras las frases del tipo: «Miren, no estamos para refinamientos», o «Hay cosas más importantes que el teatro, el cine y la música, que acostumbran a necesitar subvenciones», o «Déjense de los recovecos del alma, que los cuerpos pasan hambre». Quienes dicen estas cosas olvidan que la literatura y las artes ofrecen *también*, entre otras riquezas, lecciones para

sobrellevar las adversidades, para no perder de vista a los semejantes, para saber cómo relacionarse con ellos en periodos de dificultades, a veces para vencer éstas. Que, cuanto más refinado y complejo el espíritu, cuanto más experimentado (y nada nos surte de experiencias, concentradas y bien explicadas, como las ficciones), de más recursos dispone para afrontar las desgracias y también las penurias. Que no es desdeñable verse reflejado y acompañado —verse «interpretado»— por quienes nos precedieron, aunque sean seres imaginarios, nacidos de las mentes más preclaras y expresivas que por el mundo han pasado. Casi todos los avatares posibles de una existencia están contenidos en las novelas; casi todos los sentimientos en las poesías; casi todos los pensamientos en la filosofía. Nuestros primitivistas políticos tachan de inútiles estos saberes, y hasta los destierran de la enseñanza. Y sin embargo constituyen el mejor aprendizaje de la vida, lo que nos permite «reconocer» a cada instante lo que nos está sucediendo y aquello por lo que atravesamos. Aunque sea no tener qué llevar a casa para alimentar a los hijos. También esa desesperación se entiende mejor si unos versos o un relato nos la han dado ya a conocer, y nos han preparado para ella. Sí, no se desprecie: sólo imaginativamente. O nada menos.

27-IV-14

Gobernación

El *caso Gürtel*, por el que al cabo de cinco años todavía no se ha condenado a nadie. El *caso Bárcenas*, individuo que trabajó para el PP durante un par de decenios y al que nadie de ese partido parece haber conocido nunca; sigue sin saberse de dónde sacó los cuarenta y tantos millones que guardaba en Suiza, de los cuales nada ha devuelto. Donaciones en negro, contabilidad B. Los dirigentes madrileños Ignacio y Botella, jamás votados por nadie. Sus predecesores, Aguirre y Gallardón, se comprometieron para cuatro años, pero de lo dicho no me acuerdo. Millones gastados en las tres candidaturas olímpicas de Madrid; tres veces, tres ridículos, tres fracasos. Concesiones y coba sin fin al turbio magnate Adelson para que instalara sus casinos en la región; aún quiso más facilidades y más adulación y se marchó: otro fracaso (para los políticos, no para la población). Las autopistas de peaje de la zona no las utiliza nadie, sus pérdidas las sufragaremos ahora los contribuyentes, un fracaso más. La faraónica Ciudad de la Justicia, abandonada a medio hacer, más millones para nada. El aeropuerto de Castellón, y el de Ciudad Real, sin un solo avión; el primero ofrece, en cambio, una monumental cabeza de su creador, Carlos Fabra. Este ex-Presidente de Diputación (largo tiempo) tiene juicios pendientes y en alguno ya ha sido condenado; levemente, faltaría más. Más millones a la basura de la TV Valenciana, suprimida ahora; más de TeleMadrid, tan mala y sumisa que ya no le quedan espectadores. TVE cada día más parcial e incompetente, sus telediarios un permanente y tendencioso desastre. Palacios de las Artes que se caen a pedazos o que carecen de función: apenas si se utilizan y costaron un dineral. Millares de urbanizaciones vacías, interrumpidas a medio construir; sólo entran los cacos para llevarse grifos, picaportes, lo que quede por allí. Campos de golf inútiles por los que se talaron bosques o se

recalificaron terrenos, hasta en parajes de permanente frío invernal. El Algarrobico sigue en pie. Prórroga de setenta y cinco años a las edificaciones playeras declaradas ilegales por los tribunales, ninguna se demolerá. Todo el suelo es edificable, sin excepción, desde 1996. Podrán erigirse casas y hoteles a sólo veinte metros de la orilla del mar. Al responsable de esta medida se lo premia poniéndolo de cabeza de lista para las próximas elecciones europeas. Se planea una Ley de Seguridad Ciudadana que hasta los jueces ven inconstitucional. Se suben las tasas judiciales, de tal manera que sólo los adinerados podrán presentar recursos. Se suben las tasas universitarias, los más pobres tendrán difícil acceder a una educación superior. Se recortan las becas. Más del 50 % de los jóvenes no ha tenido empleo ni lo va a tener (ya no serán jóvenes para cuando la situación mejore). Decenas de miles de ellos se ven obligados a emigrar. También se van los científicos e investigadores, tras habérseles recortado brutalmente los presupuestos. El CSIC está al borde de la ruina, a punto de echar el cierre. El teatro y el cine se mueren, en vista de lo cual se les aumenta el IVA hasta el 21 %. Se suben los impuestos, después de prometer que se los iba a bajar. En cambio se amnistía a los grandes defraudadores. A los bancos se los salva con una riada de millones procedentes de los bolsillos de los españoles, a los que esos bancos, sin embargo, no conceden un crédito así los aspen; se les entrega el dinero de todos sin ponerles ni una condición. La gente estafada por las preferentes de esos mismos bancos jamás va a recuperar sus ahorros. Esos bancos se dedican a desahuciar, por incumplimiento, a centenares de miles de familias. Más o menos las mismas que tienen en el paro a todos sus miembros. España es el segundo país europeo con mayor porcentaje de desempleados, un 26 %. También es el segundo en pobreza infantil. Las cinco regiones europeas con mayor tasa de paro son españolas; todas (luego vienen dos macedonias). Se han averiado cinco veces los aviones que transportan a la familia real. Siguen cerrando comercios. Siguen arruinándose librerías, apenas si se combate la piratería. La sanidad pública se deteriora; listas de espera más largas, menos camas, menos médicos, los medicamentos se han de «copagar», es decir, pagar dos veces o

tres. Ana Botella se baja el sueldo, mil y pico euros al año, se le queda en unos 100.000 pelados, deberíamos aprender. Aguirre estaciona en el carril bus, se asusta porque van a multarla los guardias, escapa en su coche derribando la moto de uno de ellos; tampoco a ella le alcanzaba su sueldo. Aumentan los accidentes de tráfico, ya no se reparan las carreteras ni nadie gasta en el taller. Se proyecta una Ley del Aborto que lo impedirá hasta en los casos de malformaciones graves del feto. Sin embargo, se recortan las ayudas a los «dependientes» y se renuncia a la justicia universal, así que se deja sueltos a narcotraficantes apresados en el mar: total, no se dirigían a España. Las pensiones de los jubilados pierden poder adquisitivo. Se pretende reinstaurar la cadena perpetua, y eso que, con menos delitos que en la mayoría de países europeos, nuestras cárceles están mucho más llenas. La Iglesia continúa sin pagar el IBI, y todavía se le permite registrar a su nombre la propiedad de lo que nunca fue de nadie; consecuentemente, no cesa de apropiarse de inmuebles, algo vedado a cualquier otra institución o particular. Descubrimos que en España hay diez mil políticos aforados —diez mil—, mientras que en Alemania no hay ni uno. Aunque los jueces hayan dictado condena, aquí el Gobierno otorga centenares de indultos al año, sin argumentar por qué. El Presidente del Gobierno y su prensa pregonan nuestra plena recuperación, económica y moral.

4-V-14

Empobrecimiento, embrutecimiento

Me escribe un sacerdote que se dice «de izquierdas, si es que esta palabra aún tiene sentido», y asume que para la mayoría es «un perro verde». Pero se lamenta —habla incluso de «desesperación»— porque ve que desde hace diez años, «después de los nefastos días del 11-M al 14-M», no le queda más remedio que leer este periódico a escondidas en los ámbitos que por su profesión más frecuenta, a callar sus opiniones sobre muchos asuntos, y por supuesto a ocultar que no vota al PP, lo cual todo el mundo que conoce su condición de cura da por descontado. Pero no es sólo ante la gente de ideología «conservadora» ante la que debe disimular. Si trata con individuos de la «contraria», se encuentra con rechazo y suspicacia en cuanto confiesa ser creyente. Sin saber que además era sacerdote, un chaval de los acampados en la Puerta del Sol hace tres años le torció el gesto cuando mi corresponsal, tras haberle firmado media docena de papeles en contra de los desahucios y otras cosas condenables, rehusó firmarle un séptimo «contra la visita del Papa». No hubo manera de razonar con él, me cuenta, el joven se cerró en banda y lo despachó con desprecio a partir de aquel instante. El hombre se escandaliza al oír decir a personas cultas e instruidas que *El País* es «el periódico enemigo de la Iglesia», o que «Zapatero quiso destruir la familia», pero también de que se llame «fascistas» a todos los antiabortistas y «asesinas» a todas las mujeres que deseen interrumpir sus embarazos. Juzga que la cuestión es lo bastante delicada, y que hay suficientes ciudadanos a favor y en contra, como para que cualquier debate quede secuestrado por los gritones simplistas que cada vez más abundan. Ya lo dije hace pocas semanas recordando los versos de Yeats: «... mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad».

No le auguro a este sacerdote un futuro inmediato más tranquilo, aunque él no pierda la esperanza por una sencilla razón: conoció otros tiempos —antes de 2004— en que sí podía leer abiertamente este diario, o confesarse sacerdote, o reconocer que había votado a un partido no de derechas, sin padecer por ello miradas de censura u odio, retiradas de la palabra y hostilidad instantánea. A lo sumo unos y otros le gastaban bromas, eso era todo. Así que, si hubo esos tiempos no tan lejanos, no ve por qué no podrían regresar para que se normalizara todo un poco. Yo, personalmente, no acabo de entender lo que le ocurre a nuestra sociedad, y que este cura sufre en carne propia. Como ustedes saben, tengo una pésima idea de la actual jerarquía de la Iglesia española; pero eso no me lleva a condenar a todos los religiosos, menos aún a profesar antipatía a todos los católicos, ni a desconfiar de ellos. Lo es uno de mis mejores amigos (también lo eran mis padres), un amigo tan leal, bueno y recto que, si un día me diera la espalda, sólo me cabría pensar que era yo el que había fallado, el que no había estado a la altura. (Bien es verdad que es un católico inglés, en cuyo país su religión no es dominante ni por lo tanto abusiva.) También tengo amigos que son o se han hecho muy de derechas; saben que yo jamás votaría al PP (no tras la Guerra de Irak, no tras las mentiras del 11-M, no tras la presente legislatura neofranquista sin disimulos), ni justificaría a Le Pen o Putin o Berlusconi; pero no por eso me han tachado de su lista de apreciados ni desde luego yo a ellos. La dimensión religiosa de las personas, como la política, es sólo una entre muchas. Nadie se agota en ellas, por suerte, ni faltan temas de conversación en los que no se produzca el desacuerdo inmediato. La mayoría de los individuos —los que no son estereotipos, ni fanáticos, ni meros mastuerzos— son lo bastante complejos, variados y aun contradictorios para que merezca la pena ahondar en ellos y escucharlos.

No otra cosa hacemos, desde luego, con los personajes de ficción que se nos presentan en películas y novelas: casi ninguno nos gusta del todo, de la mayoría no seríamos amigos (peligroso serlo, por ejemplo, de Ricardo III o de Tony Soprano). Y sin embargo nos interesan, seguimos con enorme atención sus razones y vicisitudes,

incluso con apasionamiento. A menudo nos atraen los que son muy distintos de nosotros, los paradójicos, los volubles, los difíciles de comprender, los ambiguos (no digamos los sutiles malvados). En cambio no soportamos a los esquemáticos, a los monolíticos, a los que son de una pieza, a los acartonados. Mientras que en la vida real, curiosamente, sólo estamos dispuestos a aceptar a éstos, como el chaval del 15-M que, en lugar de sentir curiosidad por la negativa de su interlocutor a firmar contra la visita del Papa, decidió ponerle la proa o poco menos. Los jóvenes ignoran que uno de los motivos por los que en la Guerra Civil se fusilaba a la gente (de ambos bandos) era porque se la conocía como lectora de tal o cual periódico, grave crimen. Que estemos en un punto en el que alguien —no importa quién— deba esconderse para leer o comprar determinado diario —no importa cuál—, es cualquier cosa menos tranquilizador. Pero es que además el rechazo de plano de quien no coincida con nosotros *en todo* supone el mayor empobrecimiento imaginable —también el embrutecimiento— en el trato con nuestros iguales.

11-V-14

Como antes de la Revolución Francesa

Según la OCDE, quienes constituyen el 1 % más rico en España acumulan el 8 % de la totalidad de las rentas. Si aquí hay unos 45 millones de habitantes, eso significa que unos 450.000 individuos se reparten el 8 % de los beneficios globales. Pero no se apuren: la cosa es mucho más llamativa en otros lugares, sobre todo en los Estados Unidos, donde ese 1 % acapara hasta el 20 % del total. En 1981 «sólo» poseía en torno al 8 % de la riqueza, así que ya ven lo bien que le han ido los negocios en los últimos treinta años (o las especulaciones, o quién sabe si la progresiva explotación de sus empleados). Por su parte, en el Reino Unido el famoso 1 % ha pasado de atesorar el 6,7 % a casi el 13 % en el mismo periodo, y algo parecido sucede en el Canadá y en Alemania. Respecto al crecimiento, la OCDE alerta: desde 1975, el 47 % del total fue para ese 1 % en los Estados Unidos; el 37 % en el Canadá; en Australia y el Reino Unido el 20 %. En España, «sólo» el 10 % del crecimiento fue para el dichoso 1 %, mientras que, si ampliamos al 10 % más acaudalado, éste se llevó el 20 %. Con la crisis, avisa la OCDE, el nuestro es uno de los países en que la desigualdad más ha aumentado.

Ante semejante situación, uno diría que lo que les tocaría a los más ricos del mundo sería: a) no llamar mucho la atención, y menos aún alardear de su exuberancia; b) hacerse «perdonar» sus fortunas, sobre todo los que no las hayan obtenido limpiamente y sin perjudicar a nadie (también los hay así, desde luego: basten como ejemplo los deportistas, que no son culpables de que millones de personas estén dispuestas a verlos evolucionar en una cancha o en un estadio; es más, su virtuosismo trae beneficios a muchos otros individuos); c) no quejarse de los impuestos que han de pagar (muy pocos, proporcionalmente, en la mayoría de los países); d) no

mostrarse nunca despreciativos hacia los menos favorecidos, sino, por el contrario, respetuosos al máximo; e) no pedir «más» de nada, en concreto aplausos.

Quienes lean las columnas del Premio Nobel de Economía Paul Krugman estarán al tanto de que los millonarios estadounidenses (con excepciones) suelen hacer exactamente lo opuesto. No sólo quieren ganar más, y pagar menos impuestos; no sólo se quejan de los enormes gastos que conlleva el tren de vida al que se han obligado a sí mismos, sino que además exigen admiración, gratitud y afecto del resto de la población, y no toleran una crítica. Se consideran «benefactores», «creadores de empleo», «impulsores de la economía», y por tanto dignos de toda alabanza. (Puede ser, pero callan que se benefician e impulsan principalmente a sí mismos.) Y da la impresión de que no les basta con incrementar las ganancias, sino que necesitan que otros *no* las obtengan, para así poder lucir más ellos. Esto último es novedoso, al menos desde que yo tengo memoria. Debió de ser así antes de la Revolución Francesa, tras la cual empezó a procurarse no subrayar las diferencias y que el grueso de los habitantes fueran mejorando sus condiciones. Los ricos siempre quisieron serlo más, pero no precisaron que el resto fuera muy pobre, ni desde luego aspiraron a ser venerados por éste.

Hace pocos años, unas declaraciones como las recientes de la Presidenta del Círculo de Empresarios, Mónica de Oriol, habrían sido inimaginables. Ojo, lo inimaginable no es que sujetos como ella pensaran así, o incluso lo dijeran en sus cenas, en privado y entre pares; lo inconcebible habría sido que alguien privilegiado hablara en público de cualesquiera otros en tono tan despectivo e insultante, y protestara por tener que abonar el salario mínimo (bajísimo en España) a quienes «no valen *pa* nada». Oriol, recuerdan, puso a caldo a los jóvenes que abandonaron sus estudios para trabajar en la construcción durante la burbuja inmobiliaria, porque al ganar «1.000, 1.500 euros al mes» (para tales matados, según ella, una fortuna), los viernes y sábados se creían «los reyes del mambo» y ligaban mucho. Oriol omitió que sus colegas y representados, los empresarios, eran quienes tentaban y convencían a esos jóvenes, quienes los inducían a dejar los estudios. Y olvidó, asimismo, que

algunos de éstos se verían forzados a traer un sueldo a su hogar si todos los miembros de su familia estaban en paro, por ejemplo. Pero aunque todos esos «inútiles» hubieran interrumpido su educación para bailotear en las pistas con sus dinerales (¡1.000, 1.500 euros!)... Cierto que nadie les puso una pistola en la sien para que aceptaran, como tampoco al resto de la población para que solicitara créditos a los bancos para cualquier chorrada (una comunión o un viaje al Caribe). Pero todos sabemos que tanto los empresarios de la construcción como los banqueros instigaron y persuadieron (a menudo mintiendo) a los chicos a convertirse en paletas y a la gente a entramparse. Ahora la culpa es sólo de los ignorantes incautos; de los tentados y nunca de los tentadores; de los corrompidos y no de los corruptores; de los pardillos y no de los pícaros. Ya digo: hace pocos años unas declaraciones así no habrían sido posibles, por la sencilla razón de que Mónica de Oriol y sus equivalentes habrían temido por sus puestos y por su imagen. Y, que yo sepa, esa señora no ha sido destituida ni ninguno de sus iguales le ha retirado el saludo. Eso es lo más preocupante: que la chulería y el desdén de los ricos no les pase factura. (Ojo, es lo más preocupante para ellos mismos, y no se dan cuenta.) Más o menos como antes de la Revolución Francesa.

18-V-14

El gesto más suicida

Usted, y usted, y usted, están hastiados, cabreados y escépticos. Ya no saben qué hacer para manifestar su descontento, transmitir su decepción y expresar su absoluto rechazo a nuestros políticos y partidos. A todos ellos, aunque probablemente a unos más que a otros, tan sólo un poquito más. Desean castigarlos y aspiran a que se retiren, a que den el relevo a otros más jóvenes o nuevos, que quizá no estén tan corrompidos y maleados, o tan faltos de ideas, o no sean tan acomodaticios al sistema que tenemos y que, para empezar, protege y premia desmedidamente a cuantos consiguen un escaño. Un diputado o un senador inútiles que cumplan un par de legislaturas o quizá tan sólo una, se aseguran una pensión vitalicia muy superior a la máxima a la que pueda aspirar cualquier individuo que haya trabajado cuarenta o cincuenta años. Como es comprensible (pero no menos inmoral por ello), los beneficiados, sean de la ideología que sean, no van a privarse de eso por iniciativa propia, y son los únicos que podrían cambiarlo. Tampoco van a renunciar a nombrar jueces para los más altos tribunales, a los que así conminan y manipulan y tienen en deuda, ni al director de TVE, que así será un pelele sumiso, ni dejarán de colocar a amigos en las cajas de ahorros y en algunos bancos, que así les concederán créditos y financiación en cuanto los necesiten, ni se abstendrán de poner a compañeros de pupitre al frente de las empresas públicas, una vez privatizadas, asegurándose así de que éstos harán hueco en sus consejos a los ministros cesantes de sus partidos.

En fin, están ustedes tan furiosos que hoy, día de elecciones europeas, han decidido abstenerse o tal vez votar en blanco. Yo lo entiendo bien, y no sólo: comparto su indignación y su impulso de no pisar el colegio electoral que me corresponde. «Así se enterarán», piensan ustedes. «Así verán que no confiamos en

ninguno, que no los queremos, que no nos sirven. Si la abstención es elevadísima, las elecciones deberían darse por no celebradas, deberían invalidarse. Significará que los repudiamos a todos, que no nos gusta *su* democracia, la farsa en que la han convertido.» Ay sí, cómo lo entiendo. Tampoco yo tengo la menor gana de escoger la papeleta de un partido que me repugna, o que me cae como un tiro, o que me parece imbécil, o directamente criminal, y otorgarle un voto que no se merece. Y sin embargo, cuando llegue la hora, lo último que haré será abstenerme, porque, tal como están y son las cosas, sería la mayor estupidez en la que podría incurrir, además del gesto más suicida. Lamentándolo mucho, toca recordar que la abstención no computa, no cuenta, ni jamás será interpretada en el sentido que muchos de ustedes quieren darle. En estas elecciones concretas, será muy fácil achacarla al desinterés de la gente por quiénes vayan a gobernar en Bruselas, que equivocadamente creemos que nos afecta en poco. A la pereza, al buen tiempo, a que muchos estaban de resaca tras las celebraciones *merengues* o *colchoneras* de anoche; a la ignorancia (hace unos días leí que sólo el 17 % de los españoles estaba enterado de la fecha de esta votación), a la mera indiferencia, al encogimiento de hombros, al apoliticismo, a la creencia de que «da lo mismo, porque son todos iguales». Será imposible que incluso una abstención del 70 % o más sea vista como un castigo a la clase política y a los partidos que se presentan. No, desengáñense: las abstenciones y los votos en blanco y nulos son aire (como el árbitro en quien rebota el balón en los partidos de fútbol), no son nada, no existen. Sólo cuenta lo expresado, y aunque la formación ganadora obtenga un 10 % de todos los votos posibles, se proclamará vencedora, se llevará al Parlamento Europeo los escaños que le toquen y seguirá imponiendo en Bruselas las medidas que se le antojen, junto con sus correligionarios de los demás países.

Ya sé que además hay una creciente desafección hacia la Unión Europea. Y no es que no esté justificada. Hace lustros que está dominada por mediocres, por individuos sin imaginación ni carisma, por burócratas cuando no por cretinos y desalmados. Y a pesar de eso... Demasiadas personas ignoran hoy la historia de nuestro

continente. Que durante *todos* los siglos vivimos enzarzados en permanentes guerras de unos contra otros, ingleses, franceses, alemanes, austriacos, españoles, rusos, serbios, croatas, polacos, italianos, una escabechina detrás de otra, la última (si no contamos la de los Balcanes) terminada hace setenta años tras la muerte de millones y millones. En la historia del mundo setenta años es un soplo. Son los que llevamos sin matarnos entre nosotros, muchos en cambio en la vida de una sola persona. Nos hemos malacostumbrado rápido. Esta situación insólita, milagrosa teniendo en cuenta los antecedentes abrumadores, ha sido posible gracias a la hoy denostada Unión Europea. Así que no sólo es fundamental conservarla, impulsarla, consolidarla y tratarla con mimo, sino también quiénes tomen las decisiones en ella, quiénes nos gobiernen en buena medida. Todavía ignoro, cuando escribo esto, qué papeleta depositaré hoy en la urna. Pero, al igual que la mayoría de ustedes (sean sinceros), sí sé cuáles *no* escogería *en ningún caso*. Ninguna me hará ilusión. Es más, es probable que la elegida me dé casi asco. Pero sé que alguna tomaré con mis enguantados dedos, porque aún mucho más asco me daría dejarles el campo libre a los fanáticos y convencidos, y permitir que sean ellos los que por mí decidan.

25-V-14

¿Tarugos todos?

Nunca he sido muy lector de biografías, y las películas llamadas *biopics*, que ilustran la vida de los grandes artistas, descubridores, cantantes e incluso políticos y militares, me parecieron desde la infancia aburridas. Tengo la impresión de que antaño todas estas obras eran proclives a la mitificación, cuando no directamente hagiográficas. Sigo sin prestar mucha atención a esos géneros, pero, por lo que leo en prensa o cae ante mis ojos a veces, no me cabe duda de que desde hace decenios la intención se ha invertido. Probablemente no se venda un ejemplar biográfico si no se pone a caldo al protagonista, o, en su defecto, se le descubren variados vicios y taras o se «demuestra» que sí, que tendría enorme talento en lo suyo, pero como ser humano era despreciable, odioso y despótico, cuando no un maltratador, un abusador de niños, un superdrogadicto, un pronazi, un esclavista o un borracho violento. Sin escándalo y vituperio no hay negocio, esa es la consigna. Y si el biografiado llevó una existencia normal y decente, entonces una de dos: o se queda sin libro y sin película o se tergiversan, manipulan y tuercen los hechos hasta convertirlo en un malvado, para lo cual basta con dar crédito a los testimonios de personas que le tenían inquina o a las que desdeñó, o que quieren sacarse dinero o fama fáciles presumiendo de lo mucho que conocían al ilustre («Yo lo vi, lo viví; pocos lo saben, pero a mí se me confiaba»), haciendo revelaciones insólitas... por lo general incomprobables. Pero no vayan a pedirle a un biógrafo de hoy que compruebe en exceso, o que ponga en entredicho los datos más «jugosos».

Si las vidas de las personas, contadas de arriba abajo, tienden a resultar tediosas (a menos que sea la de un aventurero, pero apenas si quedan de éstos), de la actual proliferación de biografías, «autorizadas» o no, se puede extraer alguna conclusión o por lo

menos síntomas. Uno intuye que hoy existe una especie de resentimiento global, alentado por la supuesta repercusión de las redes sociales, que no sólo alcanza a todo bicho viviente sino muriente, es decir, también a los bien muertos y enterrados. A los que se recuerda, claro, que son por fuerza los que destacaron. Es como si esos numerosos resentidos universales encontraran consuelo si se les cuenta: «Sí, Fulano fue un genio, pero infeliz, un despojo; Mengana maravillosa, pero estaba como una cabra y se acostaba hasta con animales; Zutano una celebridad, pero violaba a su mujer y tal vez a sus hijos». Últimamente hay otra modalidad: «Perengano hizo obras maestras, pero se las debía a su mujer (o Perengana a su marido), a la que frustró y relegó a la sombra». De hecho hay una escuela cerril-feminista que ha decidido que Bach compuso lo que le oía tararear al ama de llaves; que a Velázquez le pintaba los cuadros su señora; que Tolstoy sólo contaba lo que le había oído a su madre.

Parodio y exagero, pero con base. He visto la película *Hitchcock* y parte de *The Girl*, ésta sobre el acoso del director a Tippi Hedren. En ambas se presenta a Hitchcock como a un acomplejado, un enfermo, un salido, un impotente, un envidioso, un megalómano, un cerdo vengativo, un semimaniaco, un asesino en potencia que contuvo sus instintos sublimándolos en sus obras. Puede ser, todo ello. Estoy seguro de que *algunos* seres admirables y *algunos* genios dejaron mucho que desear como individuos, y fueron los miserables que hoy se dice que fueron. Pero *¿todos?* ¿Y ninguno realizó lo que se le atribuye, sino que se lo copiaron o encargaron todos a su mujer o marido o a un discípulo o al vecino? En el caso de *Hitchcock*, de un tal Gervasi y con pésimo guión de un tal McLaughlin, el mensaje es claro y burdo: a la que se le ocurría lo brillante y audaz, la que de verdad valía y poco menos que «creaba», era Alma Reville, la señora Hitchcock. Él casi carecía de ideas o no sabía plasmarlas sin la guía de ella. Sin duda esa mujer colaboró con él, fue a veces guionista, le sirvió de grandísima ayuda, él le consultaría, como hace todo el mundo con su pareja de una vida. Pero de ahí a otorgarle a ella el mérito de un montón de obras maestras va algo de trecho. Lo peor y más inverosímil de estas dos películas es que Hitchcock aparezca

como un memo, un tarugo y un pelele. Puede que fuera cuanto antes he enumerado, pero desde luego no un idiota ni un frívolo. Pocos autores han explicado lo que habían hecho con tanta profundidad y conciencia (basta leer las conversaciones con Truffaut en *El cine según Hitchcock*). No era precisamente un intuitivo, ni un «buen salvaje» con un don, como ciertos pintores, músicos, poetas y hasta novelistas. Sabía perfectamente lo que hacía y por qué, hasta la saciedad incluso. En estas películas recientes es difícil decidir cuál de los actores que lo interpretan lo hace peor y está más chafarrinoso, si Anthony Hopkins o Toby Jones. El primero se limita a mirar al elevado vacío y deformar la boca cada vez que habla o no habla; el segundo es un fantoche grotesco (bueno, también Hopkins). En fin, pase que todos los mayores talentos que ha dado la tierra fueran unos depravados, desgraciados, psicópatas, tiranos, fatuos o aprovechados. Si eso reconforta a nuestro rencoroso mundo, y le permite dormir más tranquilo, bien está. Pero, por favor, que no pretendan convencernos de que además eran imbéciles, de Homero a Newton, de Shakespeare a Einstein, de Cervantes a John Ford, del primero al último.

1-VI-14

Lo crucial y urgente

Procuro no hablar mucho aquí de aquellos asuntos en los que «todos» estamos de acuerdo. Agregar mi apoyo o mi condena a una situación o a una causa evidentes suele parecerme superfluo, y podría dar la impresión de que sólo aspiro a colgarme la decorativa medalla, o de que me guardo las espaldas para que nadie me acuse de no haberme pronunciado sobre cuestiones que claman al cielo. Sin embargo hay alguna excepción de tarde en tarde, y se hace difícil callarse cuando por fin, y «gracias» al secuestro de casi trescientas niñas y adolescentes nigerianas por parte del grupo sanguinario-deficiente llamado Boko Haram, hay cierta reacción planetaria ante el sojuzgamiento de que son objeto las mujeres en grandes porciones del globo. Hay demasiados sitios en los que se las trata no ya como a ciudadanas de segunda, sino como a menores de edad permanentes, a prisioneras, a propiedades, a siervas, a animales de crianza o de carga, a prostitutas particulares, a esclavas. A individuos sin voz ni derechos ni autonomía, a criaturas forzosamente parasitarias a las que no se permite trabajar, ni ir a un hospital por su cuenta si están enfermas o heridas, ni conducir, ni mostrar el rostro ni el cabello, ni salir a la calle más que acompañadas de varones, es decir, de «tutores» o más bien dueños. También los hay, como se sabe, en los que se tirotea o envenena a las niñas por ir a la escuela, por intentar aprender algo, por negarse a languidecer en la oscuridad y la ignorancia como todas las generaciones que las precedieron. Hay niñas y profesores (y sobre todo profesoras) que se juegan la vida a diario por acudir a un aula, lo que en la esfera occidental constituye la cotidianidad más rutinaria de millones de críos. En algunos lugares esas aulas han de estar custodiadas por gente armada, para evitar atentados o raptos como el mencionado (antes hubo muchos otros).

Más acá, en Europa o América, son millares las mujeres que inmigran con la promesa de un empleo o de una boda «conveniente» y que, una vez llegadas a su destino, descubren que todo fue un engaño para dedicarlas a labores sexuales en régimen de esclavismo, con las consiguientes palizas, drogadicciones forzosas, amenazas continuas a sus familias (no digamos a sus hijos si los tienen); amenazas con frecuencia cumplidas. Todo esto se sabe, por lo que no entiendo a mis congéneres europeos. No soy puritano de derechas ni de izquierdas (tan coincidentes), y creo que quien *elija* dedicarse a alquilar su cuerpo —o sus órganos sexuales— es libre de hacerlo, lo mismo que otros alquilan sus manos, su espalda o su cerebro (casi todos algo alquilamos, y no por gusto). Jamás he estado con una puta, pero si un día —espero que no— me viera tentado o «necesitado», lo último que se me ocurriría sería recurrir a una extranjera en mi país, africana, del Este, latinoamericana: nadie podría garantizarme que no era alguna de esas muchachas obligadas, embaucadas, cautivas. La mera sospecha me lo impediría.

Tampoco entiendo a muchas mujeres de nuestro ámbito, que pierden sus energías en denuncias absurdas, en vez de ir a lo crucial y urgente. Hace poco, la cineasta Jane Campion logró titulares al señalar que, de las sesenta y tantas ediciones del Festival de Cannes, sólo una directora —ella, creo— se había alzado con el mayor premio. Sí, suena fatal en principio. Pero ¿cómo no iba a ser así si durante décadas apenas había mujeres que dirigieran? Hasta hace una veintena de años —digamos—, se contaban con los dedos de las manos: Mabel Normand, Dorothy Arzner e Ida Lupino en Hollywood, Agnès Varda en Francia, Leni Riefenstahl, Margarethe Von Trotta y Danièle Huillet en Alemania, Ana Mariscal en España... En mucho menor grado, algo semejante ha sucedido con compositores, pintores y hasta escritores. Claro que si esto ha sido así, se ha debido a la tradicional relegación de la mujer a las tareas domésticas y a los impedimentos con que se ha encontrado para dedicarse a lo que le interesara. Pero así ha ido el mundo durante demasiados siglos. Quejarse de lo que se quejaba Campion viene a

ser tan inútil, salvando algunas distancias, como protestar por que apenas haya habido generalas y almirantas.

Hay cosas, en cambio, que sí claman de verdad al cielo en nuestra parte de la tierra, y la más palmaria e incomprensible es que en nuestros países las mujeres perciban remuneraciones inferiores a los varones, exactamente por el mismo trabajo, por ocupar idénticos puestos y tener las mismas responsabilidades. Que semejantes afrenta y discriminación se perpetúen día tras día, y los Gobiernos no obliguen a los empresarios a igualar los salarios, es para mí uno de los mayores enigmas, además de la mayor injusticia. Pero los Gobiernos no prestan atención a cuestiones que afectan a la mitad de la humanidad, y por eso no tratan como a parias a países como Irán o Arabia Saudí, y tantos otros, en los que las mujeres malviven, sometidas y sin libertades. Hay quienes hablan de «diferentes» costumbres y «culturas» que se han de respetar y en las que no cabe inmiscuirse. Es como si se dijera que no había que inmiscuirse en la costumbre sudista de tener esclavos en las plantaciones, o en la «cultura» de los nazis de gasear judíos, homosexuales y gitanos. Salvando algunas distancias de nuevo, que en este caso —y bien mirado— no resultan tan insalvables.

8-VI-14

Anteayer mismo

Uno estaba acostumbrado a que los centenarios de las personas estuvieran bastante alejados de las fechas de sus muertes. Me refiero, claro, a los de los individuos públicos o notables. Lo normal era que hubieran transcurrido veinte, treinta, cuarenta años desde que los homenajeados desaparecieron del mundo, o mucho más en los casos de muertos jóvenes. Teniendo lugar el mismo 1998, no podían verse de igual forma el de Lorca, asesinado en 1936, y el de su amigo y colega Aleixandre, que se apagó apaciblemente en 1984. Ahora hay gente tan longeva que su centenario la pilla con vida, como sucedió hace no mucho con Ernst Jünger y Francisco Ayala. Imagino que debieron de sentirse perplejos, por decirlo suavemente. Pasado mañana, día 17, se cumple el del nacimiento de mi padre, Julián Marías, y me parece una incongruencia. Por eso, en parte, no he querido participar en ningún homenaje, simposio, número monográfico de revista, descubrimiento de una placa en la casa en la que vivió, y en la que también viví yo largo tiempo. Murió el 15 de diciembre de 2005, hace ocho años y medio, pero para mí es como si lo hubiera visto anteayer mismo. Tampoco habría tenido sentido que me pusiera a hacer el elogio de su personalidad o de su obra. No me corresponde, al no poder ser objetivo. Él detestaba el empalago, y siempre resulta empalagoso que los hijos hablen bien de los padres o los padres de los hijos, los maridos de las mujeres y éstas de los maridos, y a fe mía que en España, país descarado e impúdico, casi nadie se priva de ensalzar a sus parientes y hacerles la propaganda, tanto da que hayan fallecido o que estén danzando y en pleno medro.

Pero en fin, también sería raro y feo que en estos días no dijera ni una palabra, así que ustedes me perdonarán la leve evocación: es más por que no se diga que por otro motivo. Una vez concluidas las

vidas, las mira uno en perspectiva, dentro de lo que cabe (siempre le faltarán muchos datos). Y en el conjunto de la de mi padre veo a un hombre enormemente trabajador, optimista e ingenuo. Escribió montones de libros y artículos, tradujo, viajó por medio mundo dando cursos y conferencias, y en todo solía poner confianza y entusiasmo, y esto último bien se lo envidio, lo mismo que sus saberes monumentales, que nos llevaron a mis hermanos y a mí, cuando éramos niños o muy jóvenes, a preguntarle sobre cualquier asunto. Él se impacientaba a veces y respondía: «Pero ¿qué os creéis, que soy un diccionario andante?». La verdad es que lo era bastante, y una enciclopedia, y una gramática, y una historia universal, y un diccionario de cinco lenguas, además del castellano. Su capacidad personal aparte, es obvio que la enseñanza de 1914 y décadas posteriores era muy superior a la de estas últimas. Su optimismo le permitió sin duda sobreponerse a varias calamidades y desgracias, a la Guerra en la que fue soldado de la República, a las represalias franquistas que le impidieron enseñar en la Universidad, a la temprana muerte de un hijo, a la de su mujer, a la frialdad y el desdén —también hostilidad— con que fue tratado en su país a menudo, primero por la derecha y después por la izquierda. En ocasiones lo vi dolido por eso, pero nunca desalentado ni resentido: lo salvaba el incorregible optimismo, creía que todo era susceptible de mejora y que él podía contribuir a ella. En cuanto a su ingenuidad, lo hacía algo vulnerable y relativamente fácil de engañar, por quienes lo adulaban con insinceridad y fines espúreos (también él escribía «espúreo») o trataban de utilizarlo. Esto último perdura, y veo con desagrado cómo se lo «apropian» personajes casi calcados de los que lo persiguieron desde 1939 en adelante. Qué se le va a hacer, tampoco él es mío ni de mis hermanos.

Hace poco estuve en su casa, que permanece casi intacta. No había nadie más ese día, y me senté unos minutos en el sillón en que solía leer, e intenté mirar con sus ojos la gran y bonita biblioteca construida a lo largo de su vida. «Aquí pasó muchísimas horas», pensé, «y esto es lo que veía cuando levantaba la vista de sus relecturas predilectas, Simenon y Conan Doyle y Dumas y Cervantes». Al primero volvía cada pocos años, y en los últimos de

su vida anoté los títulos que tenía y cada vez que iba a Francia le buscaba los que le faltaban. Al traérselos se le iluminaba la cara como a un niño. Como era muy aficionado a las policiacas, le regalaba a autores «nuevos», para que probara. Le entusiasmaba Colin Dexter (inadvertido en España), cuyo Inspector Morse otros han copiado sin sonrojo y con peores resultados. Le divertían Patricia Cornwell y Donna Leon y Jean-François Parot, cuyo Comisario Le Floch indaga en el París del XVIII, que mi padre tan bien conocía. Y nunca perdió el gusto por el cine. Físicamente me parecí siempre a mi madre, pero desde que él murió me sucede algo extraño: me sorprendo haciendo gestos que son suyos, como pasarse el nudillo del pulgar por la barbilla, mientras pienso, o apretarme levemente la frente con algún pequeño objeto (un encendedor en mi caso), como si con esa presión tratara de estrujarse mejor el cerebro. Al fin y al cabo se pasó la vida pensando, y pensando más, no quedándose en el primer pensamiento, eso me consta. Creo que esos gestos no eran míos cuando él vivía, quién sabe. Quizá no haga falta decir que otra de las razones por las que no participaré en las conmemoraciones es que toda esta incongruencia me pone muy triste.

15-VI-14

Ecuanimidad o histerismo

Dado que nos gobierna desde hace tiempo con mayoría absoluta y arbitrariedad permanente, de la derecha española, más bien desalmada, he hablado aquí muchas veces. Lo preocupante es que, si uno echa un vistazo a la llamada izquierda, se encuentra con una muy rara y que hace escaso honor a su nombre. Me quedé de piedra cuando, en un debate previo a las elecciones europeas, oí al candidato de Izquierda Unida hacer una apasionada loa de Putin, es decir, de un individuo que también es el ídolo de la extrema derecha europea (empezando por Marine Le Pen); que ha llenado su país de oligarcas; que ha cercenado la libertad de prensa y no está claro que no haya tenido algo que ver en el asesinato de periodistas críticos; que va de la mano con la Iglesia ortodoxa más retrógrada; que encarcela a disidentes; que persigue a los *gays* y considera «propaganda homosexual» cualquier intento de respirar de este colectivo; que exhibe sus ansias expansionistas e «imperialistas»; que, aunque haya sido elegido, en modo alguno gobierna democráticamente (siempre hay que recordar que también los nazis fueron votados, y que con eso no basta para legitimar indefinidamente a un Gobierno: la legitimidad se tiene que refrendar día a día). Se entiende que la extrema derecha adore a Putin. No que lo admire una formación que se dice democrática y de izquierdas.

Aparece otra, Podemos. Al ver que militaba en ella el antiguo Fiscal Anticorrupción, Jiménez Villarejo, figura sensata y respetable, uno concibe cierta esperanza. Pero resulta que también es muy rara: varios de sus dirigentes son admiradores confesos de Hugo Chávez, un militar golpista; luego elegido, sí (aunque nunca arrepentido de su golpe fallido; al contrario), pero hay que aplicarle lo dicho antes entre paréntesis. Y Chávez, como su grotesco sucesor Maduro,

convirtió rápidamente una democracia formal en una cuasi dictadura. Para mí, admirarlo es algo menos grave que admirar a Pinochet o a Franco, y algo más que admirar a Berlusconi, tan afín a él. Que cualquier «izquierda» lo considere un referente hace dudar de que la denominación sea verdadera.

Estas «izquierdas» han salido en tromba, tras la abdicación del Rey, a reclamar un referéndum sobre monarquía o república. (También podrían pedirlo sobre las listas cerradas, las autonomías, la ley D'Hondt y cien cuestiones.) Bien está, y en la teoría también yo prefiero las repúblicas. Sin embargo la teoría es teoría, y uno procura contar con la realidad. No creo que esos partidos sean tan ingenuos como para pensar que podría salir como Presidente de la República elegido alguien que a ellos les gustara. ¿Julio Anguita? (Santo cielo, la de sermones y regañinas que nos caerían.) Es imposible. Lo más «de izquierdas» que podría darse es, me temo, José Bono, que siempre me pareció un submarino del PP inserto en el PSOE. Lo más probable es que nos cayera como Presidente un Aznar, una Esperanza Aguirre, acaso un Rouco Varela. ¿Felipe González? Dudo que se prestara, y en todo caso no sería del agrado de quienes más claman por la República. Debe uno colegir, por tanto, que éstos preferirían un estandarte como los mencionados antes que el Príncipe, o Felipe VI cuando se publique esto. Y uno se pregunta, de nuevo, qué clase de izquierda es esa que *en la realidad* quiere a Aznar, a Bono o a Aguirre como Jefe del Estado. Si pudiera ser Vicente Del Bosque... Pero juiciosamente no está en política.

Con Don Juan Carlos ha habido en los últimos años un histerismo contradictorio. Mientras numerosos políticos corruptos (del PP, y del PSOE, y de IU, y de CiU, etc.) recibían la más absoluta tolerancia de los ciudadanos, que volvían a votarlos pese a los abrumadores indicios, al Rey se lo ha salpicado —empapado— porque un yerno, y quizá una hija, hayan podido incurrir en prácticas turbias. Nadie es responsable de las acciones de sus padres, y nadie de las de sus vástagos. La gente se rasgó también las vestiduras porque el Rey cazó un elefante. No me parece simpático —no me gusta la caza—, pero vaya novedad. Se sabía de siempre que Don Juan Carlos se cobraba piezas, y no veo peor cargarse a un paquidermo moribundo

que abatir a una saltarina liebre. En poco tiempo parece haberse olvidado no ya su actuación durante el 23-F, sino que fue el Rey quien traicionó al franquismo (por suerte) y se empeñó en instaurar la democracia. Quien consiguió que el Ejército dejara de ser una amenaza para los españoles y se abstuviera de intervenir en política. Quien se ha mostrado imparcial y respetuoso. Quien ha trabajado a destajo en sus misiones representativas y en la consecución de importantes contratos para las empresas nacionales. Quien ha mediado discretamente en unas cuantas crisis, por ejemplo con el Canadá o Marruecos. Quien ha sido eficaz, ecuánime y utilísimo. Su hijo Felipe da buena impresión: no parece menos imparcial, ecuánime, democrático y respetuoso. En un país tan propenso a eso, el histerismo, y tan sectario, no tengo inconveniente alguno en dejar de lado la teoría. Me parece mucho más deseable que la Jefatura del Estado recaiga en alguien en verdad apolítico (que no pertenezca a «la casta», como dicen ahora copiando el viejísimo apodo italiano), que en cualquier individuo severo, poseído de su verdad y proclive al sermoneo y la riña, se llame Anguita o Rouco Varela.

22-VI-14

Esa tendencia abominable

No es la primera vez que escribo de esto y me temo que no será la última, dado que la abominable tendencia, lejos de remitir, no hace sino ir en aumento e invadir todos los campos. Empezó siendo algo propio del deporte. En cuanto un compatriota gana algo, lo primero que hacen prensa y buen número de aficionados no es felicitarlo y congratularse, sino preguntarle por la próxima hazaña, como si la que acaba de lograr, por ya lograda, no valiera de nada. Una vez más lo vimos hace poco, cuando Nadal obtuvo su noveno título de Roland Garros, algo que ningún tenista había conseguido nunca. Sí, claro, hubo unos parabienes someros y una hinchazón de elogios huecos, pero en seguida se pasó a pedirle un décimo campeonato dentro de un año; a hacer cálculos sobre si podría, con la edad que tiene, alcanzar las suficientes victorias en torneos de Grand Slam como para batir el récord de Federer, que ha acumulado diecisiete (mientras que Nadal «sólo» lleva catorce). Otro tanto sucedió con el Real Madrid cuando se alzó con su décima Copa de Europa, doce años después de la novena. Los periodistas e hinchas imbéciles, los que jamás hacen nada de mérito, tardaron unos diez minutos en agobiar a los jugadores inquiriéndoles por la undécima. Así ocurre casi siempre. Estoy harto de ver a ciclistas que llegan muertos a la meta tras vencer en un Tour o en un Giro, a los que, sin dejarles ni recobrar el aliento, una pandilla de cretinos con micrófono azuzan: «Qué, y ahora a por el siguiente, ¿no?». Me maravillan la educación y la paciencia de la mayoría de deportistas, que en lugar de mandarlos a la mierda (lo que se merecen), dan un sorbo a una botella y contestan a duras penas lo obvio: «Bueno, vamos a disfrutar un poco de este triunfo». Si yo fuera uno de ellos estaría seguramente en la cárcel, tras haber estrangulado a algún reportero con el manillar de la bici.

Cuando ustedes lean esto habrá terminado la fase de grupos del Mundial de Brasil, y se sabrá qué ha sido de la selección. Yo lo escribo poco después de su derrota por 1-5 ante Holanda, la cual ha llevado a medio país a escarnecer a Del Bosque y a sus futbolistas, a jubilarlos a todos, a hablar de humillación, ridículo mundial y demás exageraciones. Lo que no veo es que nadie se haya parado a pensar lo que yo pensé en cuanto acabó ese partido y empezaron a correr los comentarios del tipo: «Holanda y Robben se vengan con saña». Porque veamos, ¿ustedes creen que Robben y cualquier holandés no habrían firmado gustosos ganarle a España la Final de 2010 en Sudáfrica, por 1-0 y en la prórroga, y a cambio perder por 1-5 el primer encuentro del Mundial siguiente, el actual de Brasil? A mí no me cabe duda de que sí. Aquel partido de cuatro años atrás suponía un título, el mayor entre selecciones de países, mientras que el de ahora son sólo tres puntos, con posibilidad de enmienda. Vencer en aquella Final significaba que España pasase a engrosar la exigua lista de naciones que alguna vez han sido Campeonas del Mundo, algo que aún le falta a Holanda, con sus tres finales perdidas a lo largo de la historia. ¿Creen que Holanda y Robben estaban en condiciones de «vengarse»? Por seguir con el término, la única «venganza» posible por la pérdida de un título es un enfrentamiento en el que ese mismo título esté otra vez en juego. Y no ha sido el caso.

A Del Bosque y a esos jugadores ahora execrados se les debería tener un agradecimiento inamovible. Aunque hayan sido eliminados a las primeras de cambio —espero que no, lo ignoro— y con tres goleadas. Da lo mismo. Hay cosas tan difíciles y admirables que bastan para justificar una existencia, y nada puede anularlas. La última novela que publicó García Márquez en vida, *Memoria de mis putas tristes*, era bastante irrisoria y cursi, aunque los críticos no se atrevieron a decirlo y la pusieron por las nubes. Pero ese borrón ni salpicó al autor: diez novelas igual de malas no habrían menoscabado *El amor en los tiempos del cólera* ni *Crónica de una muerte anunciada*. Quien las escribió merece gratitud y admiración infinitas. Flaubert publicó muy pocas novelas, pero bastan dos de ellas para que conserve hasta el final de los libros un lugar de honor

en la historia de la literatura. Ahora hay la abominable tendencia a considerar que sólo cuenta el presente. O ni siquiera: lo venidero. Así, de un escritor que ha hecho obras maestras se exclama con alborozo «Está acabado» si las más recientes no llegan a tanto. Como si Shakespeare o Conrad, Cervantes o Faulkner hubieran estado siempre a la misma altura (todos tienen algún patinazo, pero eso, al lado de sus cimas, no importa nada; son éstas las que continúan iluminando a una generación tras otra, y van unas cuantas).

Los futbolistas de la selección han ganado dos Eurocopas y un Mundial seguidos. ¿No basta? No, en este país estúpido, deshonesto, perezoso y desagradecido no basta. Aquí nunca nada es suficiente, ni siquiera lo que acaba de acontecer, que se ve ya como «pasado». La maldita pregunta «¿Para cuándo la próxima?» delata a una sociedad insaciable, es decir, descontenta consigo misma y mezquina con casi todos. Si cada uno hiciera lo suyo con honradez y competencia —lo suyo modesto y anónimo—, probablemente no habría tanto desprecio ni tanta ansia de revancha contra los que destacan. Parece que aquí nada brindara más placer que ver a los mejores «darse el batacazo», desprestigiados y caídos.

29-VI-14

El mundo hiere

En 1984 daba yo unos cursos de Traducción en el Wellesley College de Massachusetts. Les pasaba a las alumnas (era una Universidad femenina) breves textos en español e inglés para que los vertieran a la otra lengua, como ejercicio. Uno fue un pasaje de Juan Rulfo en el que, si mal no recuerdo, lo más osado que había era un comentario sobre lo caliente que estaba la tierra sobre la que dormían tres personajes de viaje, una mujer y dos hombres, y cómo ese calor emanado por el suelo se trasladaba a los cuerpos, que despedían a su vez su calor de unos a otros (pero a distancia, no se crean). Una alumna se me acercó y me dijo que su moral le impedía traducir aquel fragmento, y me pidió uno alternativo. No entendí nada, en verdad no sabía a qué se refería ni qué «moral» podía entrar en conflicto con algo tan inocente y neutro. No sé, si les hubiera dado el arranque de *Santuario* de Faulkner, en el que una mujer es violada con una mazorca de maíz (de nuevo si no me equivoco)... La joven insistió en que aquello era demasiado sexual. Yo no veía sexualidad por ningún lado y no me hacía mucha gracia crear un precedente de traducciones «a la carta», digamos. Cualquier mojigata podía ver obscenidad en *Platero y yo*, por ejemplo, y así hasta el infinito. Pero consulté con las colegas del departamento y las órdenes fueron tajantes: «Dale otra pieza. Las alumnas son susceptibles y podrían meternos en líos. Total, no vale la pena arriesgarse». Obedecí (al fin y al cabo yo estaba allí de paso) y la estudiante tranquilizó su conciencia y su ánimo turbado por el pobre Rulfo.

Me he acordado de esta anécdota remota (que me disculpen los memoriosos si ya la he contado; son muchos años) al leer que cada vez hay más alumnos estadounidenses que ponen reparos a las lecturas que sus profesores les recomiendan o programan. Y exigen

que, como mínimo, se les advierta de lo que van a encontrar en ellas. De que *El gran Gatsby* «contiene pasajes violentos y misóginos», o de que en *Huckleberry Finn* «hay vocablos y actitudes racistas». Consideran que lo que hagan o digan los personajes ficticios de una novela o de un drama «puede herir su sensibilidad», o algunas escenas causar «síntomas de estrés postraumático» a quienes hayan sido víctimas de violaciones o ex-combatientes de guerra, o tengan pánico incontrolable a esas amenazas. En la Universidad de California (Estado pionero de casi todas las pusilanimidades), el consejo de estudiantes ha solicitado formalmente que se incluyan estos avisos. Y claro, las obras que menos se libran son las que ocupan lugar fijo en los planes de estudios: *El mercader de Venecia*, «por contener ideas antisemitas», o *La señora Dalloway*, de Virginia Woolf, «porque supuestamente incita al suicidio». La cosa se parece a los carteles que en el ámbito anglosajón aparecen al principio de las películas y series televisivas (destinados a padres y niños), en los que se advierte que lo que va a proyectarse incluye «violencia, tacos, escenas de sexo, desnudez» y últimamente, en el colmo de la histeria pacata, «escenas en que se fuma». Esto habrán de agregarlo a *todas* las cintas de la historia anteriores al 2000 por lo menos, de *La diligencia* a *Casablanca*, de *Cantando bajo la lluvia* a *Sonrisas y lágrimas*, a menos que prosperen las demenciales propuestas de borrar digitalmente todos los cigarrillos, habanos y pipas del celuloide (Groucho Marx quedaría idiota en todos sus planos, con una mano vacía en la boca; pero de todo es capaz la grotesca censura contemporánea).

A lo que más recuerdan estas prácticas, sin embargo, a los que las conocimos, es a las fichas que colgaban a las puertas de las iglesias durante el eterno franquismo, en las que se advertía a los feligreses de los peligros acechantes en tal o cual película, por mucho que el «permisivo» Gobierno hubiera autorizado su exhibición en las salas. Tras un resumen del argumento, al final se señalaba: «Defectos de forma» (eso significaba que se veía un escote o una mujer en combinación, por ejemplo). «Defectos de fondo» (eso, que había adulterio o conductas «inmorales» entre los personajes). «Ambiente malsano, falta de arrepentimiento, comportamientos licenciosos» y

gravedades por el estilo. No hace falta decir que cuantas más líneas para rehuir el pecado, más gente corría a ver la película. Algunos profesores americanos se llevan las manos a la cabeza ante estas iniciativas tan semejantes a las de la Iglesia cómplice y beneficiaria de una interminable dictadura: «Cualquier alumno que se sintiese aludido por alguna materia que se impartiese en clase podría presentar una queja y desencadenar un proceso legal muy tortuoso para la comunidad educativa», alega uno. Pero llevan las de perder, me temo, puesto que hay otros que se alinean con los estudiantes más puritanos y remilgados: «Tenemos alumnos con problemas graves y hay que tratarlos con respeto y consideración», opina una vicedecana. Lo cual supone alertarlos o evitarles desde la *Ilíada* y la Biblia (en las que hay adulterios y matanzas sin cuento) hasta *Hamlet* (en la que hay fratricidio, más adulterio, crueldades psicológicas y atisbos de incesto). Aquí ya tenemos una legión de cursis que suprimen de los cuentos infantiles cuanto les parece violento, triste, sexista o desagradable. En realidad estos jóvenes y quienes los «protegen» quisieran evitarse y evitarles la vida. Yo no sé por qué sus padres los pusieron en el mundo y sus profesores algodonosos consienten que en él sigan; porque es un lugar que antes o después hiere la sensibilidad de cualquiera.

6-VII-14

En favor de la ocultación natural

Hace dieciocho años me adaptaron al cine una novela, *Todas las almas*, y la cosa acabó en un pleito que gané. Quedé escaldado durante bastante tiempo, y rechacé otras propuestas (ya nunca españolas: inglesas, italianas, de un director que más tarde ha ganado un Óscar, francesas), sobre todo para *Mañana en la batalla piensa en mí*. Pasados los años, mi desconfianza menguó, o bien empezó a no importarme lo que se pudiera hacer en película a partir de algo escrito por mí: al fin y al cabo, yo sólo soy responsable de lo que he puesto sobre el papel, no de su azarosa plasmación en un arte distinto. Pero todo lo cinematográfico es muy lento y etéreo, por lo que veo. En estos momentos un productor europeo va renovando la opción de mi novela *Corazón tan blanco* desde hace más de un lustro y todavía no existe un guión; una gente muy conocida de Hollywood lleva tres años ampliando la de la larguísima *Tu rostro mañana* y también sigue sin haber guión. El único que me ha llegado es el de la adaptación de un cuento, «Mientras ellas duermen», que quiere trasladar a la pantalla un realizador chino-estadounidense. El relato en cuestión tiene ya veinticuatro años, ocupa una treintena de páginas y la verdad es que me da igual lo que hagan con él. Aun así, cuando me enviaron el guión inicial, me tomé la molestia de leérmelo, pese a lo aburrido que resulta ese género. Como es natural, habían alargado la historia; habían llevado la acción de la Menorca del cuento a San Sebastián, bien estaba; los personajes españoles eran ahora americanos e ingleses, tanto daba. La última noticia es que, por cuestión de financiación (más fácil encontrar dinero en Asia, al parecer), la acción tendrá lugar en el Extremo Oriente y una de las dos parejas protagonistas será china probablemente. Hagan lo que se les antoje, he respondido sin pestañear.

Sólo le pedí una cosa al director, cuando leí aquel primer guión: en él había un diálogo entre el matrimonio principal (americanos cultivados) en el que ella le decía a él algo así como: «Mira, te he visto cagar las suficientes veces para que nada me sorprenda de ti». Pensé: «Qué grosería», pero di por descontado que se trataba de una expresión figurada. Sin embargo, bastantes páginas después, había una escena en la que no recuerdo si él o ella hacían efectivamente sus menesteres con la puerta del cuarto de baño abierta, mientras hablaban. Me quedé estupefacto. Pero en seguida recordé haber visto escenas similares en *varias* películas recientes estadounidenses, y no sólo en comedias «gamberras» o descerebradas, que tanto abundan y que son todo menos comedias, sino incluso en las llamadas «románticas», con Jennifer Aniston y así, y hasta en la Casa Blanca. De modo que cuando escribí al director le acepté sus cambios e invenciones, los de nacionalidad, escenario y argumento, pero: «Mire», le dije, «no sé cuáles son las actuales costumbres de las parejas norteamericanas, y si me guío por otras películas que he visto a fragmentos, empiezo a temerme que semejante falta de pudor y atentado contra la libido se esté dando en la realidad. Pero en Europa, francamente, sería inimaginable que unos cónyuges educados se prestaran a defecar el uno en presencia del otro, y luego hicieran mención de ello. En todo caso le ruego que suprima esa escena y ese diálogo de algo basado en un texto mío. Imagínese que los espectadores, que no tendrían por qué conocer mi relato, creyeran que esas zafiedades provenían de él. Me moriría de vergüenza, no lo soportaría. Se lo ruego, hágase cargo».

El director, al que aprecio, es muy parco en sus mensajes, y a eso no contestó nada. Ignoro cómo se las gastan los matrimonios asiáticos (ahora que por lo visto mis personajes van a ser de ese vasto y variadísimo continente), o si en la nueva versión se mantendrán las defecaciones «públicas», espero que no. Pero la reincidencia de escenas así me lleva a pensar, como le expuse, si esa inaudita costumbre reflejará algo ya no infrecuente en la vida real. Y, si es así, a qué se puede deber. A lo largo de mi vida mis diferentes parejas y yo —y doy por sentado que casi todo el mundo que

conozco— hemos sido extremadamente cuidadosos en ocultarnos todo lo desagradable o poco airoso, por decoro y porque nada puede aniquilar tanto el deseo sexual como la visión de la persona apetecida en tareas embarazosas, incluido orinar (bueno, salvo que se sea coprófilo, supongo, o aficionado a las *golden showers*). No es raro abrir un grifo o encender la maquinilla de afeitar para amortiguar cualquier ruido delator, o así solía ser. Me temo que si ha cambiado esta actitud pudorosa, de ocultación natural de lo que nadie ha de ver, es por una sandez más de nuestros tiempos imbéciles. Hay parejas que presumen no sólo de no tenerse secretos, sino de aceptar *todo* lo del otro como prueba de sus absolutos amor o incondicionalidad. «Quiero todo lo tuyo, abrazo cuanto de ti procede», viene a ser la formulación implícita o explícita. «Nada tuyo me repugna, ni me avergüenza, ni disminuye mi amor.» Y eso incluye, posiblemente, asistir a las deposiciones del ser amado con expresión de arrobo y no de asco o desazón. Confío en que tales escenas sean caprichos de guionistas soeces, pero sospecho lo peor. Sea como sea, si alguna vez aparece una en película que se diga basada en texto mío, sépase, por favor, que eso no figuraba *nunca* en la obra original. No quiero ver por los suelos mi muy modesta reputación.

13-VII-14

Cazuelas en los quirófanos

La única razón que veo para echar de vez en cuando una ojeada a los programas de las televisiones españolas (o a las de cualquier país) es hacerse una leve idea de lo que interesa y atrae a la población. Y desde hace unos años da la impresión de que España es un lugar en el que la gente come a dos carrillos, a todas horas y sin cesar, más o menos como si fuéramos perros: ya se sabe que éstos engullen cuanto se les pone delante, porque nunca están seguros de cuándo van a conseguir más alimento. Según me cuenta mi sobrina Teresa, veterinaria, morirían si no se los frenara, comerían hasta reventar. Pues parece que los españoles lo mismo: da igual que uno encienda la televisión a media mañana o media tarde, cuando en principio no toca ninguna ingesta; allí están individuos guisando, preparando repugnantes platos, amonestados e insultados por *chefs* bordes, perdonavidas y con pinta «artística». Si digo «repugnantes» es por dos motivos: nada revuelve tanto como ver comida a deshoras, cuando uno está saciado o carece de todo apetito; el otro es subjetivo: a mí me resulta asqueroso contemplar el proceso, además de tedioso. Sólo me interesa el plato cuando está acabado y listo para su consumición, y no las numerosas manipulaciones a que ha sido sometida la materia prima. Me aburriría infinitamente que me mostraran paso a paso cómo se ha compuesto un libro, una película o una canción. ¿Se imaginan programas enteros dedicados a que escritores aficionados expliquen por qué quitaron tal adjetivo y pusieron tal otro en su lugar, o cómo lograron que las frases tuvieran ritmo y respiraran bien? Qué sopor. Pues sería el equivalente a esos concursos y lecciones en los que se desmenuzan los ingredientes de una salsa o se explica cómo hay que despedazar un colibrí. Un país de comilones (no me extraña la creciente cantidad de obesos), una nación animalesca, canina.

De lo siguiente no sé si hay programas monográficos, pero lo cierto es que invade un buen tramo de todos los noticiarios, en especial los de TVE, que a diario ofrecen «sección médica», venga o no a cuento. Uno entiende que se hable de un hallazgo importante cuando lo hay, pero no que cada sobremesa se introduzcan tres o cuatro «noticias» (es un decir) relativas a enfermedades terribles o a operaciones, éstas con profusión de imágenes de interioridades diversas, reminiscentes de las de la cocina que acabo de comentar. Así como no me es grato contemplar cómo se despelleja un conejo o se desvientra un pescado, tampoco me parece oportuno que nos enseñen cómo se saja un pecho femenino o se le mete el bisturí a un estómago o se le recortan los párpados a una señora ansiosa de lucir ojos más grandes. Estampas *gore*, todas ellas, para mí.

Pero quizá lo peor no sea esto. Sé de bastantes personas lo suficientemente aprensivas como para haber abandonado la nunca tranquila contemplación de los telediarios, sobre todo —ya digo— los de TVE, cuyas audiencias no me extraña que hayan caído en picado. Y para negarse a abrir revistas y suplementos, porque también ellos están plagados de «noticias» médicas. Se nos aterra tanto con la salud, desde hace décadas, que la proliferación de hipocondriacos nada tiene de raro. No haga usted esto ni lo otro, ni coma lo de más allá, ingiera estas insipideces, apártese del sol, esto es malo y esto es nefasto, se pone usted en peligro a cada paso que da; por doquier hay emanaciones, mosquitos furiosos que nos traen terribles dolencias, las gripes mutan y lo resisten todo, ojo con tal o cual fármaco, más peligroso que lo que combate, todo tiene efectos secundarios gravísimos, la gente vive en permanente pavor. Como saben, lo propio de los aprensivos es que, en cuanto oyen hablar de los síntomas de algo, empiezan a reconocerlos en ellos mismos. «Ay, pues yo he sentido eso y no he hecho caso: a ver si va a ser el aviso de que padezco esclerosis múltiple, o cólera, o ébola, o cualquier calamidad.» Para esas personas (multitud, dada la alarma constante que se nos impone), los telediarios se han convertido en una fuente de amargores y sobresaltos. A diario los terminan de ver convencidos de estar en las últimas. Luego colapsan las urgencias y las consultas, en vista de lo cual el Gobierno de Rajoy no hace más

que reducir las plantillas de la sanidad pública y empeorar su calidad. Aún hay algo más en esta histeria colectiva relativa a la salud. En la pasada Feria del Libro dos señoras, en distintos días, me afearon que sostuviera un cigarrillo al aire libre. La una me acusó de «falta de respeto a los lectores», la otra de «dar mal ejemplo». Uno se pregunta por qué diablos un escritor —o para el caso un deportista— ha de dar ejemplo de nada. Unos y otros procuramos hacer nuestro trabajo bien, y fuera de eso nada se nos puede exigir ni reclamar, menos aún respecto a nuestras costumbres e inclinaciones. Yo no soy el Ministro de Sanidad, ni un padre de la patria, ni tengo cargo alguno, ni me represento más que a mí mismo. Esas señoras no eran sino muestras del espíritu dictatorial que progresa sin pausa: si fumar es malo, nadie debe hacerlo en presencia de otros. Lo mismo podría aplicarse a beber, a comer hamburguesas, a ir en coche (los automóviles causan estragos, para quienes van en ellos y para los demás) y a tantas cosas más. En realidad es gente que aspira a que se le prohíba a todo el mundo todo cuanto le molesta a ella, de una maldita vez.

20-VII-14

Si sólo vivieran los vivos

La cosa empezó hace veinte o más años, y no ha hecho sino ir en aumento. Mi hermano Fernando, catedrático de Historia del Arte, me contaba ya entonces que no era raro que estudiantes suyos —universitarios especializados, ojo— describieran una *Pietà* como «mujer llorando la muerte de un hombre», o una pintura del juicio de Salomón como «dos mujeres disputándose un crío en presencia de un rey» (lo de «rey» lo deducían por el trono) o, según el momento de la escena representado, como «tirano amenazando a un niño con una espada ante la desesperación de su madre y otra». El colmo se produjo cuando un *Cristo crucificado* le fue descrito como «hombre casi desnudo sobre una cruz». Sí, hace ya tiempo que demasiada gente ha dejado de conocer las referencias bíblicas, y está incapacitada por tanto para interpretar los temas de buena parte de la historia de la pintura y la escultura. Pero claro, no es sólo cuestión religiosa: también han desaparecido del saber común o elemental (de lo que se llamaba «cultura general» hace no mucho) la mitología griega, y la historia de Roma, y la medieval, y hasta la napoleónica. Probablemente habrá ya numerosos individuos que, ante un retrato ecuestre de Bonaparte, digan que se trata de «imagen de jinete antiguo con sombrero raro».

Que se tenga cierta noción sobre algunos hechos del pasado, o episodios del Antiguo Testamento, depende cada vez más de que surjan una película, una novela o un cómic populares que se ocupen de ellos o los «rescaten». Puede que este año, tras la película *Noé*, con Russell Crowe, haya jóvenes que, ante un lienzo sobre el asunto, ya no digan «parejas de animales entrando en un barco, en época remota», sino «el Arca de Noé». Si bien, merced a los incontables traductores que ignoran que los nombres clásicos poseen su forma y su tradición en cada lengua, haya quien crea que «Noah» es alguien

distinto de Noé, «Tiberius» otro que Tiberio, o «John Calvin» un americano que en nada se corresponde con el reformista francés del XVI Calvino, que dio nombre al calvinismo. Claro que tampoco son tantos los que han oído hablar de esto último.

Pero no nos limitemos a la religión y la historia. Hace asimismo décadas, Chávarri y Díaz Yanes, que han dado cursos de cine, me contaban que para sus alumnos ese arte se iniciaba con *El Padrino* (1972). Dichosos aquellos tiempos. Lo último que me dijeron es que los de hoy ya desconocen *Pulp Fiction* (1994), o en el mejor de los casos les parece una antigualla. De una película en blanco y negro, por supuesto, consideran que nada pueden aprender, es la prehistoria, así se trate de *Ciudadano Kane*, *Extraños en un tren*, *La fiera de mi niña* o *Anatomía de un asesinato*. Pero ni siquiera el cine o el cómic recientes ayudan mucho al resto de saberes: he leído que numerosos turistas que se caen por las Termópilas en algún viaje por Grecia, se asombran al «descubrir» que era más o menos verdad lo que se relataba en *300*, la exitosa película adaptada de la novela gráfica de Frank Miller. «Anda, si resulta que existió el tal Leónidas de Esparta», exclaman, y se dan codazos; «y Jerjes, el vicioso persa», al que los traductores cenutrios han convertido en «Xerxes», siguiendo el inglés e ignorando los siglos. A la inversa, no son escasos los lectores de *El código Da Vinci* y demás charlatanadas que creen a pie juntillas los disparates ficticios que hay en ellas y los toman por incontrovertibles lecciones de historia.

Lo último de que me entero es de que hasta la cultura popular (la que más se ha transmitido siempre) empieza a desconocerse. Hay parques de atracciones cuyos túneles del terror han caído en picado porque pocos saben quiénes son demasiadas de sus figuras, y por tanto no dan ningún miedo. Aparece Drácula y la gente no tiene ni idea de quién se trata, o algunos lo confunden con Batman, por la capa, y se preguntan qué hace el héroe de Gotham en el túnel de los sustos. La niña de *El exorcista* deja fríos a los visitantes porque jamás han oído hablar de ella; y hasta Freddy Krueger con sus dedos que rajan, nacido en 1984 y de largas secuelas. Los responsables de las atracciones van a jubilar a unos cuantos y a

actualizar el elenco. Y eso que de Drácula hubo una versión de Coppola en 1992, que volvió a ponerlo de moda. El problema no es que el mundo cambie a cada vez mayor velocidad, sino que todo lo habido sea inmediatamente relegado al absoluto olvido. Hay una fecha de caducidad cada vez más corta para cuanto sabemos y hacemos. Lo que hoy es «tendencia» será probablemente ignorado dentro de cinco, diez años con suerte. La acumulación se ha barrido, y la conservación no digamos. Eso me lleva a recordar una frase de Gabriel Marcel que le oí o leí a mi padre: «*S'il n'y avait que les vivants, la terre serait inhabitable»,* o «Si no hubiera más que los vivos, la tierra sería inhabitable». No sé el contexto, pero no me hace falta para entenderla. Y sin embargo es a eso a lo que vamos y se procura ir: a que no quede rastro de lo que una vez sucedió o se supo, ni de los muertos, del confortable pasado que nos alivia a veces y nos ayuda a sostenernos, y nos enseña que hubo tiempos, si no mejores por fuerza, sí distintos de los nuestros, y que podrían volver por tanto. Acaso tiempos más inteligentes o más libres, más cuerdos o menos mediocres. Hoy parece que la intención sea borrar cuanto nos precede, a velocidad de vértigo. Que en la tierra no vivan más que los vivos, y sólo si son muy recientes.

27-VII-14

La conjunción de mil azares

La mayoría de ustedes podría descubrir cosas parecidas, supongo, a cada uno suelen llegarle las noticias que lo atañen. En un breve espacio de tiempo he recibido dos que me demuestran cuán fácil habría sido que yo no hubiera existido. La primera es relativa a un bisabuelo (el padre de mi abuelo materno) de cuyo paso por la tierra lo había ignorado todo hasta ahora, incluso su nombre. (Nunca me ha interesado saber de dónde ni de quiénes procedo, más allá de las personas cercanas, aquellas a las que he conocido; y si estoy enterado de las andanzas, la personalidad o las maldiciones padecidas por algún antepasado, ha sido sólo porque esas maldiciones y andanzas constituían un buen relato en sí mismo, que alguien se dignó contarme y luego yo he utilizado.) Ahora mi tía Tina, o Gloria, me narra lo siguiente, a sus ochenta y ocho años: la familia del padre de su padre (es decir, de mi abuelo Emilio, médico militar) venía de algún sitio de Aragón. En no sé qué año del siglo XIX, hubo una grave epidemia de cólera en la zona en la que vivían, y la enfermedad se cebó de tal modo que cayeron familias enteras, entre ellas la de mi bisabuelo, incluido él mismo aparentemente, que a la sazón era un casi recién nacido. Cuando llevaban sus cadáveres a ser quemados (lo habitual en las enfermedades contagiosas), amontonados tal vez en una carreta, un vecino se percató, en el último instante, de que el bebé gemía muy débilmente. «Este niño no está muerto», dijo, y así lo salvaron de la pira. Alguien se ocupó de él, o lo prohijó, o lo adoptó; y por fuerza le dio estudios, puesto que, con el tiempo, aquel niñito se convirtió en el Doctor Ricardo Franco Roy (profesión que seguiría su hijo, mi abuelo), al parecer un hombre bondadosísimo. Gracias a un vecino aragonés de fino oído, yo estoy aquí, como mi tía Gloria o Tina y como también estuvo mi madre.

La otra noticia no lo es propiamente. En realidad no hay nada en ella que ignorara, y es más, me he servido de esa historia —con permiso de mi padre— en mi novela *Tu rostro mañana*. Y también él contó los pormenores en sus memorias, *Una vida presente*. La historia es la de la delación, encarcelamiento y juicio que sufrió recién terminada la Guerra Civil. Lo delataron dos personas: un antiguo compañero y «amigo del alma» y un catedrático al que ni siquiera conocía. Ahora mis sobrinos Laura y Daniel me remiten una copia de la denuncia que el segundo delator firmó el 12 de abril de 1939, tan sólo once días después de la entrada de Franco en Madrid. Se dio prisa el catedrático, que encabeza así su escrito: «Julio Martínez Santa-Olalla, camisa vieja de Falange Española, militante de FET y de las JONS, catedrático de Universidad y Comisario General de Excavaciones Arqueológicas, con domicilio en Serrano 8, tercero derecha, DENUNCIA:». A continuación hay diez apartados, cada uno dedicado a una o más personas. Alguno llama la atención por lo vagarosas y «de oídas» que son las acusaciones: la «... que fue cocinera en mi casa... parece blasonaba ante las criadas del segundo izquierda... de que "del señorito pequeño no tendrían noticias porque era muy fascista y le hemos denunciado mi marido y yo". En esta forma según referencia de dichas criadas aludía a mi hermano Antonio asesinado el 8 de noviembre de 1936».

En el apartado 7.º se lee: «Julián Marías Aguilera, domiciliado en Espartinas 7, es uno de los organizadores de la propaganda rojo-separatista en las primeras semanas, y continuador de ella en la forma más canallesca. Él fue el gran acompañante voluntario del gran bandido Deán de Canterbury que tan maravillosamente utilizaron Inglaterra y Francia para sus designios. El tal Marías presumía de colaborar en *Pravda* y desde luego lo hacía en *Abc* y *Mundo Obrero*. Este sujeto debe poseer documentación abundante y nombres de todos los que intervenían en aquella criminal propaganda. Sobre este sujeto y sus actividades se le podría pedir información a Héctor Maravall con domicilio en Larra n.º 12». Lo único no falaz de todo esto es que mi padre había escrito en *Abc*: unos artículos muy moderados, que hoy pueden leerse como representación de la llamada «tercera España». Aunque sabía la

historia (y en mi novela me preocupé de averiguar y contar quién era ese «gran bandido Deán de Canterbury» al que mi progenitor jamás había visto), me dejó mal cuerpo la lectura de la delación e imaginar lo que supuso para un joven de veinticuatro años; ver el siniestro documento del catedrático, que —él sí— acompañó a su amigo Himmler durante la visita del preboste nazi a Montserrat y otros sitios. No sé si hoy se percibe que unos cargos como ésos, en abril del 39, significaban para el reo su casi seguro fusilamiento, además de una incitación a torturarlo antes. Mi padre tuvo suerte. Lo contó en sus memorias, y alegra saber que se encontró con un juez y con testigos decentes en unas fechas en que era dificilísimo serlo. Cuán fácil habría sido que no saliera con vida de su detención, un mes más tarde, el 15 de mayo. Todos estamos aquí, todos existimos tal como somos por la conjunción de mil azares, por el fino oído de un vecino o por la decencia de un testigo que se prestó a decir la verdad. Nuestras existencias son tan frágiles y tan improbables —una verdadera lotería— que sólo eso debería bastarnos para jamás sacar pecho por nuestro nacimiento y quitarnos toda importancia.

7-IX-14

¿Completos bobos?

La operación empezó ya con brío antes de agosto, y prepárense para lo que ha de venir, es interesante: el Gobierno de Rajoy intentando convencer a la población de que las cosas son exactamente lo contrario de lo que ésta vive, percibe y padece a diario. Si el Gobierno lo consigue, habrá que aceptar que la realidad ya no cuenta y que somos peleles idiotizados, incapaces de pensar ni ver por nosotros mismos, meros rehenes de la propaganda institucional (y de los medios de comunicación afines, o más bien serviles, o temerosos en algunos casos); que las palabras falsas poseen más fuerza que las evidencias y que nos hemos convertido en seres domesticados y en completos bobos. Todo puede ser.

Algunos recordarán cómo, en la última época de Zapatero, el PP deseaba con fervor que la economía y el país fueran mal y hacía todo lo posible para que así sucediera. No tenía que esforzarse mucho (el país y su economía iban fatal), pero aun así puso todo el ahínco imaginable en que marcharan aún peor, para así ganar las elecciones de 2011 como las ganó, por mayoría arrasadora. Ahora, cuando faltan pocos meses para las municipales y autonómicas, y catorce para las generales del 2015, le toca afirmar que España está en plena recuperación (!), que es casi la nueva Alemania, e incluso que es «la tierra de las oportunidades» (!), mientras no cesa el éxodo de jóvenes titulados, y no tan jóvenes, hacia otros países porque aquí sólo les espera la cola del paro o un trabajo precario o una explotación descarada por parte de los empresarios, con las manos libres gracias a la reforma laboral de Báñez y Rajoy. El Gobierno recurre a datos vacuos y manipulados. Los desahucios están disminuyendo, dice, pero calla que eso es lo natural, por la sencilla razón de que ha habido ya tantos durante sus tres años de gobernación que, lógicamente, apenas queda ya gente por

desahuciar. Es como si se asegura que un país en guerra está finalmente pacificado cuando uno de los dos bandos ha sido exterminado: ya no hay nadie vivo beligerante. Otro tanto ocurre con las cifras del paro. El Gobierno presume de que el número de desempleados «ya» no aumenta e incluso ha descendido un poco en primavera y verano, cuando mucha gente es breve y parcialmente contratada en los sectores de hostelería y turismo. Lo que calla es que los parados computables son menos porque: a) muchos han abandonado la búsqueda de trabajo, han desistido tras años de frustración; b) otros muchos han ido cumpliendo una edad en la que ya es seguro que nadie los contratará jamás; c) centenares de millares han emigrado al extranjero y por tanto ya no llaman a la puerta del INEM ni de nada español; d) no pocos parados de larga duración han muerto (bastantes suicidados), por lo que, obviamente, tampoco cuentan; e) otra gran porción de la población ha optado por las chapuzas en negro, ha convertido en su *modus vivendi* la actividad clandestina o sumergida, y por tanto no tiene el menor interés en figurar en ningún sitio oficial; f) cerca de un millón de inmigrantes de los años noventa y dosmil han regresado a sus lugares de origen o se han dispersado por Europa, también han dejado de contar. Si el Gobierno va eliminando a gente desesperada, a la larga, por fuerza, le queda menos gente desesperada. Lo increíblemente cínico es exhibir esto como un triunfo y decir que es producto de las sabias medidas dictadas por Rosell y los suyos y ejecutadas obedientemente por Báñez y Rajoy.

Cuando la recuperación llegue de verdad —si es que llega—, habrá que mirar las bajas, aunque casi nadie lo hará: una o dos generaciones echadas a perder, a las que sus años más productivos se les habrán escapado; un montón de jóvenes cualificados que no aportarán nada al país que los formó, sino al Reino Unido, Francia, Alemania, Suiza u Holanda; millares de pequeñas y medianas empresas que habrán echado el cierre por falta de créditos bancarios y por el empobrecimiento general de su clientela; incontables científicos, investigadores, arquitectos, artistas, que habrán debido suspender sus tareas y actividades: España será de nuevo un desierto intelectual, artístico y científico, como durante el

franquismo. Pero lo mejor es esto: Rajoy y Montoro (que ahora anuncian ridículas «bajadas» de impuestos tras haberlos subido a lo bestia, y que —no lo duden— los volverán a subir en cuanto hayan pasado las elecciones, si las ganan) reconocen que esa «recuperación plena» aún no la notan las familias, esto es, las personas. ¿Y quién se supone que la ha de notar si no son las personas, los ciudadanos? España consiste sólo en eso, en sus ciudadanos, como cualquier otro lugar. Ningún país es un ente abstracto, o lo es tan sólo para los grandes financieros y los bancos. Nosotros, las personas de aquí, hemos perdido 12.000 millones de euros con el rescate público de *un solo banco*, Catalunya Banc. Esa monstruosidad de dinero equivale a lo que Rajoy ha recortado en sanidad y educación, dos esferas que el Gobierno habrá dejado devastadas cuando llegue la «recuperación». Con este panorama, que durará largo tiempo si no siempre, ¿cómo puede nadie atreverse a pronunciar esa palabra, y añadirle el adjetivo «plena»? Pues ahí la tienen, llenando la boca del Presidente y sus acólitos, y más que se la llenará de aquí al 2015. Ya lo he dicho: si acaban convenciendo a alguien, será que nos hemos convertido en completos e irremediables bobos.

14-IX-14

Guarrería

Hace ya nueve años publiqué aquí un artículo titulado «La vergüenza de regresar»,[5] y aunque la memoria de los lectores es corta, no quisiera repetirme en exceso. Pero lo he dicho otras veces: la realidad es tan repetitiva que a todos nos obliga a serlo, sobre todo cuando se trata de una reiteración siempre a peor. Cada vez que uno se ausenta de Madrid, e independientemente de los lugares que visite, al volver no da crédito. Ya lo era en 2005, y eso que entonces aún no había crisis ni gobernaba Rajoy con el deterioro intencionado como meta —de todo lo que aprecian los ciudadanos —; en 2014 no hay la menor exageración si se afirma que la capital del Reino es la ciudad más guarra de Europa, una pocilga repugnante (y eso que entre los sitios por los que he pasado este verano está Palermo, con fama de descuidada y ruinosa). No hay nada comparable a la guarrería de aquí, sobre todo en los barrios del Centro, incluido Malasaña. Los anteriores alcaldes, Manzano y Gallardón, se dedicaron a poner granito en todas partes, y cualquiera sabe que la mancha sobre granito no sale jamás, de manera que los suelos tienen acumulada la suciedad imborrable de más de un decenio: verdaderos churretones de meadas, vómitos y quién sabe qué son ya una huella indeleble que además va siempre en aumento. Y la porquería atrae la porquería. Si algo está muy pulcro y limpio, da reparo estropearlo. Si está hecho una inmundicia, en cambio, los ciudadanos y turistas piensan: «Total, qué más da, para como está». Así que lo tiran todo a la acera, vuelcan las papeleras que nadie vacía, orinan contra arcos y fachadas. La Plaza Mayor y sus aledaños despiden un hedor que la alcaldesa Botella, como nos recordó en Buenos Aires en supuesto e hilarante inglés, encuentra ideal para tomarse un café con leche con gran relajación y entre ratas que corretean por las mesas, como ya conté.

Pero no es sólo esto. Los alcaldes suelen ser canallas en casi todas partes, y tienden a utilizar las ciudades para hacer negocios y arrinconar a la población. Los barceloneses están ahogados por el turismo salvaje, y la sublevación de los vecinos de La Barceloneta espero que sea el anuncio de un amotinamiento general. Soria, que bien conozco, ha sido destrozada e indeciblemente afeada por las obras que me impelieron a largarme hace casi tres años... y que aún no han concluido. Todo para hacer un *parking* subterráneo que nadie necesitaba. Y sin duda no ignoran ustedes por qué en tantos paseos y plazas españolas ya no hay ni un solo árbol ni un banco, o éstos han sido «sustituidos» por cubos de piedra sin respaldo, ardientes en verano y en invierno helados: para que quien quiera darse un respiro deba entrar en un bar o sentarse en una terraza y pagar una consumición. Muchas ciudades están secuestradas por sus ayuntamientos; literalmente se ha producido una expropiación. La invasión y aprovechamiento del espacio público no conoce límites: puestos de ferias, chiringuitos, escenarios, terrazas, ocupan hasta los paisajes más nobles (la Plaza de Oriente madrileña está a menudo plagada de adefesios varios). Pero vamos con la Rana. En pleno Paseo de Recoletos, enfrente de la Biblioteca Nacional, el Gran Casino de Madrid ha instalado una gigantesca y espantosa estatua de rana. Mide casi cinco metros, su bronce verdín pesa unas toneladas, y creo no haber visto algo tan feo desde las vidrieras de Kiko el de los «kikos» en la Catedral de La Almudena (pero éstas, al menos, no invaden la calle). Cinco metros de espanto, se dice pronto. Creo que el Casino la ha ofrecido en «agradecimiento» a la capital, pero su colocación parece más bien producto del odio. Es obra de un escultor que se hace llamar dEmo, al que Madrid ya ha premiado con otras afrentas para la vista, y que en mi opinión merecería sólo destierro. La rana permanecerá ahí un año o dos, y luego —creo— se quedará para siempre si a «la gente» le gusta. Como «la gente» tiene con frecuencia el gusto estragado por la televisión y ya se hace *selfies* batrácicos junto a las ancas, podemos hospedar ese agravio indefinidamente. ¿Cómo ha permitido la alcaldesa la mera instalación del armatoste en un paseo

emblemático? Sólo por cuanto llevo enumerado, Botella debería haber sido destituida hace tiempo.

En este contexto resulta desvergonzada (y cómica) la intención del PP de alterar las reglas para la elección de alcaldes: que lo sea el más votado, ea. Veamos: aunque a un alcalde lo elija el 40 % de los votantes, eso significa que el 60 % no lo quiere, por mucho que ese 60 % reparta sus papeletas entre varios candidatos. Pero lo más esperpéntico es que el PP (que tan sólo ansía conservar así ayuntamientos que en mayo próximo podría perder) insiste en que este nuevo método sería «más democrático». Ojo, lo dice un partido que, en la ciudad más habitada, lleva tres años con una alcaldesa y un Presidente de Comunidad a los que *no votó nadie*. Los votados, recuerden, fueron Gallardón y Aguirre, que nada más ser elegidos se largaron de sus puestos como almas que llevara el diablo. Si esa modificación se confirma, contra el criterio de *toda* la oposición menos la honrada CiU, ya saben lo que toca hacer para que el PP no culmine la destrucción de Madrid (lleva veintitantos años ininterrumpidos en ello): votar masivamente a otro candidato, sólo a uno. No creo que obligarnos a concentrar el voto sea precisamente lo más democrático. Pero no habrá más remedio si queremos acabar por fin con las guarrerías, monstruosa rana incluida.

21-IX-14

Si yo fuera catalán

Poco después de la Diada, se me preguntó en una entrevista por Cataluña, y contesté que hasta ahora no le había dedicado aquí una columna entera principalmente por dos razones: una, para no bailar al son de Mas, Junqueras y Forcadell, como lleva haciendo todo el mundo desde 2012; dos, porque me cuesta sentir el menor interés por esa cuestión. Si a mí me daría lo mismo que dejara de existir una nación llamada España en pro de un conjunto más amplio, Europa, no me pidan que comprenda el empecinamiento de una porción de catalanes en tener pasaporte propio, embajadas, selecciones deportivas y un ridículo ejército, como ha previsto la susodicha Carme Forcadell, esa especie de monja a la vez mandona y presumida, elevada a la categoría de «madre de la patria» pese a su inmensa capacidad para soltar sandeces como la siguiente, el 11 de septiembre: «Hoy, 300 años después de la derrota, hemos recuperado Barcelona». Supongo que quería decir que la Cataluña más cerril se la había arrebatado a los barceloneses peligrosamente cosmopolitas, porque ya me explicarán a quién, si no.

Es cierto que Cataluña posee unas características muy marcadas, una lengua y una tradición cultural muy fuertes, y que su *status* no debería ser el mismo que el del resto de comunidades. Es respetable que muchos de sus habitantes deseen ser independientes, sin más razón que su voluntad o antojo. Pero uno se pregunta qué ha pasado, de 2012 a hoy, para que todo eso se haya exacerbado. Tras siglos de convivencia —casi nunca forzada—, ¿ha ocurrido algo muy grave? ¿Ha habido, por ejemplo, un amotinamiento de la población brutalmente reprimido por la Guardia Civil? ¿Se ha suspendido el Estatuto de Autonomía? ¿Se ha destituido o encarcelado al Presidente de la Generalitat? ¿Ha sucedido algo tan imperdonable como para prender la mecha, para que se tome una determinación

tan tajante como escindirse de España? Uno no lo ve, aunque se esfuerce. Pequeñas afrentas, sí: una no pequeña la inició la tontuna de Zapatero, la prosiguió el PP al impugnar el nuevo Estatut aprobado en referéndum y la remató el Tribunal Constitucional al darle la razón a ese partido incompetente. Gran tacto el de todos ellos. Pero ¿en verdad es eso tan insoportable e irreversible como para crear la contagiosa fiebre, para romper todo vínculo? No olvidemos que ese nuevo Estatut se molestó en votarlo un número más bien exiguo de catalanes. El día de la consulta no pareció importarle tanto al conjunto. Y menosprecio catalán a los demás lo hay a diario.

Huele a artificial esa fiebre. Se propaga cuando en España hay un Gobierno del PP del que uno entiende que cualquiera quiera separarse. Cuando hay una aguda crisis económica. Cuando la Generalitat se anticipa a Rajoy en sus recortes, de modo que los catalanes los padecen por partida doble. Todo esto pasa inadvertido porque desde hace dos años no hay más urgencia ni asunto que la independencia. Es como si a los catalanes se los hubiera narcotizado o hipnotizado con eso, y hubieran dejado de existir los demás problemas y abusos, que sufren tanto como el resto. Una gigantesca cortina de humo para tapar que CiU y ERC llevan a cabo políticas tan feroces y derechistas como la del PP. Apenas se diferencian.

Personalmente, me traería sin cuidado que Cataluña se independizara, y me consta que lo mismo les ocurre a no pocos madrileños, que piensan: «Pues bueno, y allá se las compongan». Ahora bien, si yo fuera catalán estaría aterrado ante la posibilidad. Intento imaginarme un Madrid independiente (ya sé que no es comparable, pero al fin y al cabo somos sólo un millón menos que en Cataluña). Un Madrid aislado, al que no salvarían de vez en cuando Andalucía, Asturias, Aragón o la propia Cataluña. Al que tampoco salvaría nunca la Unión Europea, de la que estaríamos excluidos. Un Madrid que quedaría a merced del PP durante décadas, si no para siempre. En el que el partido gobernante haría lo que le diera la gana sin cortapisas y sin rendir cuentas a nadie. Lo decisivo de una independencia no es el hecho en sí, sino en manos de quién queda uno, sin que nadie pueda venir en nuestra ayuda. El

panorama catalán no es mucho mejor, en ese aspecto: una casi segura alternancia de CiU y ERC. El primero con todas las trazas de ser tan corrupto como el que más en España, tan dedicado a los negocios (y no al bienestar de los ciudadanos) como el PP. El segundo, además de calamitoso, frívolo y aventado, parece tener una dificultad congénita para entender la pluralidad y la democracia, así como nula idea de cómo gobernar, y quizá por eso se resiste a entrar en la Generalitat. La única vez que lo hizo, en tiempos recientes, fue en el llamado «tripartito», con las responsabilidades difuminadas, y aun así su relativo mando resultó desastroso.

Esa es la cuestión. La independencia, muy bien. El aislamiento, lo sobrellevaremos y nos bastamos. Pero ¿en qué manos quedamos? ¿Quién podrá venir en nuestro auxilio si las cosas salen mal o nos arrepentimos? Yo doy gracias a que España no esté sola y dependa no sólo de Europa, sino del conjunto de sus comunidades, lo cual impide dictaduras o que ningún Gobierno se eternice. Eso no sucedería en un Madrid independiente, me temo, ni en una Cataluña independiente, estoy casi seguro. Así que lo dicho: con las perspectivas actuales, si yo fuera catalán tendría pánico.

28-IX-14

Aventuras criminales

Seré yo el anómalo, como de costumbre. Sin duda por eso la mayoría de las «iniciativas» actuales me parecen imbecilidades, en el mejor de los casos puerilidades. Muchas son inocuas y por tanto carecen de trascendencia, pero, no sé, me cuesta entender que los «cebos» para recaudar fondos y luchar contra enfermedades consistan en que unos corredores barceloneses hagan una carrera por las vías del metro (donde no hay paisaje ni aire), o en que un montón de celebridades mundiales se echen encima cubos de agua helada. Al parecer, la gente paga por verlo (por qué eso atrae, para mí es un misterio) y así hay más dinero para buscar la cura de no sé qué dolencia. Nada mueve tanto a la solidaridad como las maratones, que se celebran todos los domingos del año, arrebatando así las ciudades a los sufridos transeúntes, que ya no pueden pasear jamás por sus centros en día festivo. A esto se añaden las «diversiones», fomentadas invariablemente por los ayuntamientos cretinos. ¿Qué me dicen de los llamados «perrotones» —el mero nombre merece castigo—, en que los desconsiderados dueños de perros interrumpen el tráfico para trotar, todos juntos, en compañía de sus pobres y desdichados perros (desdichados por padecer a tales amos)?

Pero hay cosas que sí tienen repercusiones, y que cuestan la vida a otros o se la ponen en peligro. Comprendo que al que no le quede más remedio —admirables corresponsales, médicos, ingenieros, alguien a quien obliga su empresa— viaje a países intransitables y feroces, que por desgracia hoy son muchísimos. Ya me resulta más difícil que haya tantos «cooperantes» y «voluntarios» y miembros de ONGs que, ni cortos ni perezosos, se trasladen a regiones árabes o africanas en las que, por su mera condición de occidentales, pasarán a ser codiciadas presas para secuestros, chantajes y —a la postre—

financiación de terroristas. Se sabe que gran parte del dinero del que dispuso al principio el autodenominado Estado Islámico procedía de los rescates abonados por España, Francia, Italia y otros países para salvar a compatriotas rehenes. Es fuerte la tentación de pagar lo que sea (todos los Gobiernos niegan hacerlo, pero los únicos que no mienten son los Estados Unidos y el Reino Unido). Y, sin embargo, con cada cesión se está fortaleciendo económicamente a los terroristas y se los anima a seguir recaudando por el mismo procedimiento. Cada vez que un rehén es soltado, respiramos con alivio y nos alegramos, y no solemos pensar que esa liberación va a suponer más secuestros y más armamento con el que se asesinará a mansalva. Sabiéndose todo esto desde hace tiempo, lo que uno no concibe es que los «cooperantes» no refrenen sus ansias de ayudar en zonas impracticables. Cómo no se dan cuenta de que lo más probable es que les salga el tiro por la culata y, en vez de ser útiles a nadie, se conviertan en un gigantesco problema, para sí mismos y para todo el mundo.

Una característica de estos tiempos es que pocos se piensan las cosas dos veces, antes de hacerlas. «Me apetece esto y, si surge un contratiempo, que me saquen las castañas del fuego», parece ser la divisa imperante. No quisiera estar en la piel de ese montañero que este verano se rompió un tobillo en los Picos de Europa (creo). Un helicóptero de la Guardia Civil fue a socorrerlo, y sus tres ocupantes se mataron en el intento. Hay autonomías que se plantean, o han aprobado, cobrar a los excursionistas negligentes el costo de sus rescates. Es lo de menos, no todo se puede tasar en dinero. Lo grave es que alguien —y hoy son legión— decida correr una aventura que, en el caso de torcerse, puede poner otras vidas en riesgo, y eso sucede en demasiadas ocasiones. Quizá ese montañero no fue imprudente, o acaso lo fueron los tripulantes del helicóptero (lo ignoro, tal vez todo fue pura mala suerte), pero, si yo fuera él, no podría evitar tener sobre mi conciencia, al menos en parte, la muerte de esos tres guardias civiles. «Si no me hubiera subido al monte», pensaría, «seguirían vivos esos hombres». En un reportaje de J. A. Aunión en este diario leo unas declaraciones sobre el «auge» del montañismo: «Además, se observó que, cuando los

rescatados eran entrevistados por los medios, no eran conscientes de lo que habían hecho y de lo que había supuesto su rescate, dando una sensación de haber tenido una aventura divertida». Sin duda habrá numerosas excepciones: gente responsable y preparada, que intentará valerse por sí sola y no subestimará la montaña. «El monte ya no impone respeto», era sin embargo el titular de esa crónica. Y en ella señalaba alguien: «Antes a la montaña sólo iban la gente de los pueblos y los montañeros federados; ahora va todo el mundo». Sólo en Cataluña hubo 697 rescates en 2013, una media de casi dos diarios, lo cual parece una locura tratándose de actividades para las que no muchos estarán entrenados. Ese es el problema: hay demasiadas personas que lo quieren hacer *todo*, estén o no facultadas para ello. Personas maleducadas, imbéciles, criminalmente frívolas a menudo. Nada que objetar a que se pongan en peligro si se les antoja. Eso sí, siempre y cuando asuman que es bajo su responsabilidad exclusiva. Que el Estado no tiene por qué pagar una suma millonaria para liberarlas de terroristas, ni otros individuos jugarse el cuello por sacarlas de la cueva en la que se han metido o del risco al que han trepado.

5-X-14

Hasta cuándo esperan los libros

Algunos agostos aprovecho para echar un vistazo a los numerosos *Babelias* —suplemento cultural de este periódico— que durante el resto del año no he tenido tiempo de leer, ni de hojear siquiera. Como no descarto hallar algo interesante en ellos, los aparto para mejor ocasión, ahora llegada. Todos sabemos que la lectura de diarios atrasados provoca melancolía. Cuán grave parecía tal noticia en el momento de producirse, pensamos, y al poco se quedó en nada, una gran falsa alarma. O bien: nada ha cambiado, los políticos —sobre todo ellos— siguen hoy exactamente igual que hace un año, con sus sandeces, sus falacias, sus frases inconexas y vacuas, sus minúsculas querellas que a casi nadie importan pero a las que la prensa presta atención desmesurada. O bien: qué ingenuos y optimistas fuimos, al creer que tal o cual cuestión estaba ya arreglada o amansada, y ahora está más virulenta que nunca. O bien (lo más evidente): qué nuevo era esto o aquello, y qué viejo se ha hecho en muy poco tiempo. Qué novedosos resultaron Obama o Francisco I, y cuán velozmente nos saturamos de ellos; la anhelada independencia de Cataluña se ha convertido en asunto vetusto, como las ya descoloridas y casi raídas *esteladas* que proliferaron en los balcones en 2012: si algún día se alcanza esa independencia, parecerá un hecho anacrónico, anticuado, y es probable que la población lo acoja con indiferencia, si es que no con cansancio. Hasta Felipe VI empieza a semejar rutinario, y en breve lo será Pedro Sánchez, flamante secretario general del PSOE.

Un suplemento literario, sin embargo, debería estar más a salvo de la fugacidad y del rápido envejecimiento de cuanto acontece. Los libros siempre esperan, suelo decir a los lectores que se «disculpan» por no haber leído «todavía» tal o cual novela mía; los libros son pacientes y están acostumbrados a aguardar su turno, que a veces

llega al cabo de décadas y a veces no llega nunca. Así solía ser tradicionalmente, pero quizá ya no. Uno va mirando las críticas que aparecieron hace seis o doce o más meses. Lamento decir que la mayoría no son en sí mismas atractivas: en poquísimas hay una idea, o una consideración llamativa sobre algún aspecto literario o sobre la literatura en su conjunto. Tampoco logran invitar a asomarse a las obras objeto de su comentario. En este agosto de *Babelias* esperaba elaborar una nutrida lista de títulos que me hubieran pasado inadvertidos o de cuya existencia no me hubiera enterado. Lo cierto es que no he anotado ni uno. Apenas ha habido reseña (con excepción de las que escribía Guelbenzu acaso, pero él hablaba casi siempre de obras traducidas y más bien clásicas que ya conocía; con la de algunas de Manguel y quizá de alguien más) que me haya incitado a salir corriendo a la librería, sólo fuera por la curiosidad despertada. Los apabullantes elogios que han recibido demasiadas novelas, poemarios y ensayos me han producido un efecto anestesiante, por sonarme a maquinales, o a «obligados», o a insinceros, o a gratuitos, o a convenientes. Alabanzas sin alma, por decirlo de manera cursi; palabras apasionadas escritas sin pasión reconocible, como si nos hubiéramos acostumbrado en exceso a manejar sólo envoltorios.

En esos *Babelias* ya viejos veo una desproporcionada atención a lo que viene de las dos principales Américas, la de nuestra lengua y la anglosajona. En lo que respecta a la primera, da la impresión de que haya un voluntarismo rayano en la adulación, como si fuera forzoso insistir en que hay cien «genios» en México, en la Argentina, en Colombia, en el Perú, en Chile, en cada país de habla española. Y no hay ni nunca ha habido cien genios a la vez, ni siquiera en el mundo entero. En cuanto a lo procedente de los Estados Unidos, se trata casi todo ello con una especie de beatería, o de provincial papanatismo, cuando la literatura de ese país (con sus salvedades) lleva decenios alumbrando a menudo obras parecidas entre sí, repetitivas, casi clónicas. Anticuadas para mi gusto, y sin embargo saludadas una y otra vez como lo más innovador del planeta. Los genios estadounidenses no son cien, sino mil por lo menos. Lo más desasosegante de este repaso es comprobar qué se ha hecho de

todas esas obras maestras al cabo de unos meses. La inmensa mayoría ha pasado sin pena ni gloria; sólo los exaltadores críticos han visto su importancia, y sus consejos han caído en el vacío para la población lectora. Ni siquiera da la impresión de que esos libros esperen, como lo hacían antaño todos. Más bien parece que la oportunidad se les haya pasado, para siempre. O hasta que una película de éxito basada en ellos vuelva a señalarlos, pero contar con eso es como jugar a la lotería. Al leer todo seguido sobre esos libros jaleados y encumbrados, que no obstante es como si no existieran, uno se pregunta por qué escribimos tantos y no puede por menos de acordarse de los casos contrarios: de *Moby-Dick*, por ejemplo, se imprimieron menos de tres mil ejemplares en 1851, y a la muerte de Melville, en 1891, era un título inencontrable, al que gran parte de la crítica había puesto verde. Esa ha sido otra de mis lecturas veraniegas, esa excepcional novela. Casos como el suyo son la única esperanza inútil a la que nos podemos aferrar los que hoy escribimos: a que un día un libro logre elevarse por encima de la confusión de denuestos y elogios y del magma siempre creciente. Lo malo es que, si se produce, no lo veremos ni sabremos, como no lo vio ni supo Melville con su enorme ballena blanca.

12-X-14

Por qué no están en el manicomio

Hace ya años que vengo observando una extraña costumbre de la prensa española que no me explico y que da que pensar. Que los periodistas mienten y manipulan es sabido desde hace siglos; que a veces inventan noticias inexistentes, y que ocultan o callan otras, según su conveniencia o sus órdenes y consignas. A estas alturas, nadie debería ser tan ingenuo para creer sin más lo que se nos cuenta en un diario, la radio o la televisión, no digamos en Internet. Obviamente, hay medios más tendentes a tergiversar que otros, o a falsear, y algunos resultan transparentes hasta la puerilidad. Uno diría que los lectores, oyentes o espectadores de éstos se han tenido que dar cuenta y los habrán abandonado, o por lo menos habrán aprendido a poner entre paréntesis o en cuarentena cuanto procede de ellos. Sin embargo no es frecuente que sea así. También sabemos que muchos individuos desean enterarse sólo de lo que previamente les gusta o aprueban, pretenden ser reafirmados en sus ideas o en su visión de la realidad nada más, y se irritan si su periódico o su canal favoritos se las ponen en cuestión. Sólo aspiran a ser halagados, a cerciorarse de lo que creen saber, a que nadie les siembre dudas ni los obligue a pensar lo que ya tienen pensado (es un decir). Nuestra capacidad para tragarnos mentiras o verdades sesgadas es casi infinita, si nos complacen o dan la razón. El autoengaño carece de límites.

Pero cuanto más maduro se hace el mundo cronológicamente, más parecen crecer el infantilismo y la credulidad. Alguien suelta un bulo en Internet y de inmediato se le da carta de naturaleza y corre como la pólvora, pocos se cuestionan su veracidad. No son raras las ocasiones en que dichos bulos alcanzan hasta a la prensa «seria y responsable», la cual se molesta a veces en rectificar y a veces no. En todo caso el rumor ya queda ahí, «flotando», y es difícil que no

prospere, demasiadas personas se quedan sólo con la primera versión, que pasa a formar parte de lo «acontecido». Los únicos que acaban por ser desmentidos son los relativos a la muerte de alguien que continúa vivo. Al ver imágenes posteriores del personaje, en movimiento y hablando, la gente acepta que su fallecimiento no tuvo lugar. Es una de las ventajas de las imágenes, que desmienten una falacia o demuestran una verdad.

De ahí que lo que vengo observando en nuestra prensa me resulte tan inexplicable como alarmante, una tentativa de ahogar la fuerza de esas pruebas, de negarlas, de presentarlas con unas palabras previas que «anulen» lo que el espectador va a ver a continuación, o con un titular que no se corresponde con la información. Pondré ejemplos inocuos, no de política (ámbito en el que la cosa clama al cielo), sino de fútbol. Uno está viendo un partido más bien malo y aun soporífero, pero los comentaristas —seguramente porque es *su* cadena la que lo está ofreciendo— no paran de insistir en el «impresionante duelo» al que estamos asistiendo; repiten que la actuación de tal o cual jugador es «de escándalo» mientras uno no le ve más que vulgaridades, o que ha metido «un golazo para quitarse el sombrero» cuando se ha limitado a empujar el balón tras un rebote. Uno se pregunta si no entienden nada de ese juego en el que presumen de «expertos» o si se han vuelto locos. Pero, si incurren en semejantes despropósitos, debe de ser porque han comprobado que su palabra demente logra convencer a no pocos de que ven efectivamente lo que ellos les aseguran que ven. Aún más llamativo este ejemplo reciente: el locutor del telediario de TVE (cadena hoy falaz donde las haya) anuncia que Mourinho ha «arremetido contra Cristiano» y además ha manifestado su deseo de regresar al Real Madrid. Acto seguido aparece el vídeo de Mourinho, y uno descubre que nada de lo anunciado es cierto. Lo que ese técnico dice es que ahora no tiene relación con Cristiano, puesto que éste es jugador del Madrid y él entrenador del Chelsea. Lo cual es normal (cada uno vive en un país), y la «arremetida» no se ve ni oye por ningún lado. Tampoco expresa ganas de volver al Madrid, sino que dice que no se arrepiente de su experiencia en este club y que, de retroceder en el tiempo, volvería a aceptar el puesto, como hizo

en su día. Su deseo de «regresar» no se manifiesta en absoluto. Al día siguiente, no obstante, numerosos medios repiten *no* lo que han tenido oportunidad de ver y oír, sino lo que el torticero locutor de TVE (ya sé que esto es redundancia) anunció que había pasado. ¿Cómo es que se miente con tamaño descaro, y además justo antes o después de mostrar lo que desenmascara el embuste? No me cabe duda de que la operación está estudiada. Al mundo se lo toma por tan tonto (quizá haya llegado a serlo) que los responsables de los medios saben que una imagen, lejos de valer más que mil palabras, es fácilmente descalificada y anulada por unas cuantas frases, deslizadas antes o después de la contemplación de aquélla. Y si esto se da en el deporte y el entretenimiento, ¿qué no sucederá en la política y en la economía, esferas más opacas y las que de verdad importan? Es grave que hayamos alcanzado un grado de idiotez en el que pueda prevalecer lo que nos aseguran que ocurre sobre lo que *vemos* que ocurre. Es indudable que hay multitud de personas expuestas a esto, o si no los desfachatados tergiversadores no se arriesgarían tanto a hacer el ridículo, quedar en evidencia, perder todo crédito y ser conducidos al manicomio.

19-X-14

Las vanidades heridas

No suelo hablar aquí apenas de libros, así que hoy va a ser casi una excepción. No se trata de ninguna novedad: *The Honoured Society* se publicó hace cincuenta años, en 1964, y la edición española (*La Honorable Sociedad*, Alba) salió en 2009, si no hubo una anterior que desconozco. Es por tanto una obra anticuada en su información, inútil para quien quiera estar al día y enterarse del estado *actual* de la Mafia siciliana (*The Sicilian Mafia Observed* es su subtítulo). Su autor, Norman Lewis, es y no es uno más de los incontables escritores británicos de viajes. Si no lo es, es debido a la agudeza de su pupila, y su *Naples '44* está sin duda a la altura de las mayores joyas del género. Pero, anticuado y todo, *The Honoured Society* está lleno de relatos y anécdotas, de explicaciones y consideraciones que le permiten a uno formarse una idea de cómo fue, en gran parte del siglo XX, un país ensimismado e impermeable a todo lo exterior, sin ningún interés por el Estado y deseoso de permanecer aislado con sus propios códigos y su falta de leyes, o más bien con el incumplimiento sistemático de éstas; quiero decir de las que regían para el resto de Italia.

La época en que más padeció la Mafia, en que estuvo más perseguida y acorralada, fue la de Mussolini, que la combatió ferozmente a través de su prefecto Cesare Mori, y si esa organización volvió a levantar cabeza y hacerse fuerte fue gracias a la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. Que quien más hiciese sufrir a una sociedad tan coriácea fuese un dictador no tiene, bien mirado, nada de particular: todas las dictaduras se construyen como mafias o acaban siéndolo, luego en el fondo se trataba de la lucha de una contra otra. Y una dictadura, además, no respeta derechos y se salta hasta su propia «legalidad», y actúa sin trabas si decide eliminar a una parte de su población. Mussolini y

Mori hicieron detener por las bravas a millares de sospechosos, los mantuvieron encarcelados sin juicio, practicaron la tortura heredada de la Inquisición: se latigaban los torsos previamente rociados con salmuera, se arrancaban uñas y tiras de piel, se inundaban los estómagos con litros de agua salada, se retorcían y aplastaban genitales.

Lo más curioso y significativo es saber qué desató esa furia fascista, y, según Lewis, todo fue cuestión de orgullo herido y de vanidad. Mussolini visitó Palermo en 1924, y en medio de su recorrido triunfal por Via Maqueda, se le antojó acercarse a una localidad vecina, Piana dei Greci, famosa por la música exótica y los bailes absurdos que ofrecían allí sus pobladores, la mayoría descendientes de albaneses huidos de los turcos. Unos años antes habían llevado a contemplar el folklore al Rey Vittorio Emanuele. A éste lo habían aburrido las danzas y lo había irritado la estridencia de la salvaje música, así que fue trasladado confusamente hasta la iglesia ortodoxa del pueblo. Con habilidad se lo separó de su séquito y se lo acercó, casi a empujones, a la pila bautismal, y, sin poder reaccionar, de pronto se encontró en los brazos con una criatura de la que, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en inesperado padrino. La criatura era un hijo del alcalde mafioso, Don Ciccio Cuccia, al parecer un megalómano de cuidado y aspecto entre malévolo y batrácico. En la excursión del *Duce* al mismo lugar, éste accedió a montarse en el coche de Don Ciccio y a recorrer el trayecto en su compañía, pero rodeado de su escolta motorizada. El alcalde le espetó: «Perdone, Jefe, pero ¿a santo de qué tanto poli? No hay de qué preocuparse mientras esté usted conmigo. ¡Por aquí soy yo el que da las órdenes!». Mussolini, prudente, se negó a prescindir de su escolta y Don Ciccio se lo tomó como una falta de respeto. No se sabe ni cómo, dio instrucciones de que, cuando el *Duce* llegara a la plaza y se dispusiera a soltar su habitual soflama en cuantos sitios pisara (siempre con multitudes organizadamente entusiastas), ningún lugareño de Piana dei Greci acudiera a oírlo, con la excepción de una veintena de escogidos: los idiotas del pueblo, los mendigos tullidos o cojos, unos limpiabotas y unos vendedores de lotería. Y, en efecto, ese fue el público con que contó

Mussolini para su arenga, mientras Don Ciccio Cuccia, a su lado en el balcón, le tocaba la manga de la chaqueta y le sonreía con sus fauces ennegrecidas. El individuo estaba tan satisfecho de su venganza que posiblemente ni prestó oídos al discurso de Mussolini ni se fijó en cómo a éste se le afilaba su mandíbula célebre, signo inequívoco de su furor. Las palabras que casi nadie escuchó en aquella localidad pintoresca se parecieron mucho a las que el *Duce* pronunció semanas después en el Parlamento Fascista: una declaración de guerra contra la Mafia. Para entonces Don Ciccio ya estaba entre rejas, y no a su lado en ningún balcón. No en balde al prefecto Mori, durante la accidentada visita a su feudo, lo había apartado de un empellón y lo había llamado «esbirro».

El comportamiento insolente de un alcalde de tercera hizo comprender a Mussolini hasta qué punto los mafiosos se sentían los amos de su tierra. Pero, sobre todo, se sintió herido en su orgullo, lo mismo que Don Ciccio Cuccia por su negativa a prescindir de su escolta. En la guerra que se desencadenó, los dos bandos subestimaron al oponente, lo peor que se puede hacer. Pero esa ya es otra historia, y está también en el admirable libro de Norman Lewis.

26-X-14

¿Sólo antaño?

De entre la multitud de corrupciones, saqueos y aprovechamientos que ya han salido a la luz en los últimos tiempos en España, quizá ninguno resulte tan repugnante como el más reciente, el de las tarjetas VISA que Caja Madrid y Bankia pusieron a disposición de sus consejeros y directivos a lo largo de dos decenios. A casi ninguno nos cabe duda, por lo demás, de que lo salido a la luz debe de ser una pequeña parte del total, por lo que no es descartable que el futuro nos revele hechos aún más repugnantes. La circunstancia de que entre esos consejeros y directivos hubiera políticos de tres partidos principales (sobre todo del PP —veintiocho—, pero también del PSOE —quince— y de IU —cuatro—, amén de diez sindicalistas y varios empresarios) agudiza la tentación de pensar y decir que todos son iguales, cuando en su conjunto no lo son. Es fácil extender la mancha a todos, lo cual no sólo es injusto, sino sumamente demagógico y peligroso. Son numerosos los políticos a los que no se ha pillado «trincando» del erario público ni de nadie, pero de ésos no llevamos la cuenta ni salen en las noticias, porque al fin y al cabo su proceder nada tiene de excepcional: lo que se espera de ellos es eso, que no «trinquen», y así pasan inadvertidos. Pero la tentación de generalizar es comprensible, dada la ya enorme cantidad de individuos con responsabilidades sobre los que existen pruebas de delito o malversación o abuso, o cuando menos indicios y sospechas fuertes. La acumulación es tan desmoralizadora que habría que empezar a hacer la lista de los «limpios», para contrarrestar el desaliento y creer que hay esperanza de encontrar «hombres y mujeres justos» entre los políticos, los banqueros y los grandes empresarios de nuestro país, de Madrid a Galicia, de Andalucía a Cataluña, de Valencia a Baleares.

Lo que hace especialmente repugnante el caso de esas tarjetas «opacas» de Caja Madrid y Bankia es la gratuidad y la superfluidad del asunto. Hablaba yo el otro día del caso con una persona tan inteligente como querida, y me decía que lo de menos era en qué habían gastado esos consejeros las fabulosas sumas (436.700 € Miguel Blesa, 448.300 Ricardo Morado, 255.400 Estanislao Rodríguez-Ponga, ¡ex-Secretario de Estado de Hacienda!, 99.000 Rodrigo Rato, 575.000 Sánchez Barcoj, por mencionar a unos pocos), sino el hecho en sí. Y no le faltaba razón. Pero, no sé cómo decir, para mí hay una diferencia, aunque sea sólo estética, entre emplear un dinero ajeno en los plazos de la hipoteca o el colegio de los niños o gastarlo en lujos y chorradas para deslumbrar al «pueblo llano» —expresión de Barcoj—, tales como safaris, tiendas de vinos, ropas de marcas caras, joyas, maletas, restaurantes y hoteles prohibitivos, ¡armas!, masajes, lencería fina, viajes horteras y efectivo a discreción. El último sueldo conocido del señorito Blesa era de 3.500.000 euros anuales; el del señorito Morado, de 1.550.000; el del señorito Rato, de 2.760.000; el del señorito Moral Santín, de 526.000; y el del señorito De la Torre, de 830.000, de nuevo por mencionar sólo a unos cuantos. Se puede decir que el dinero les salía por las orejas, sobre todo si comparamos esos salarios con los que en plena crisis percibe la mayoría de la gente... que percibe alguno. Y, no obstante, a todos esos señoritos no les alcanzaban para sus caprichos y sisaban de la VISA que, para «gastos de representación», les había regalado una entidad financiera que los tenía contratados poco menos que como adorno y cuyo rescate costó a las arcas públicas 22.400 millones de euros, es decir, inconcebibles millones de ustedes todos. Había una antigua máxima que decía: «Los vicios se los tiene que costear uno mismo», y aquí «vicio» equivale a «lujos» y «antojos». Esa máxima, como tantas otras, está, más que olvidada, deliberadamente arrumbada al desván de los trastos inútiles.

Algunos de esos consejeros y directivos (entre ellos Díaz Ferrán, ex-Presidente de la CEOE, Arturo Fernández, jefe de la patronal madrileña, y Romero de Tejada, alto cargo del PP en su día) han aducido ahora que creían «enteramente legal» el uso indiscriminado

de dichas tarjetas. Está por ver si lo era, pero ampararse en la «legalidad» de las prácticas no solía significar mucho en el pasado. Legal o no, las personas solían saber lo que estaba bien o mal hecho, lo que era «recto» o «torcido» (por utilizar términos adecuadamente anticuados), y a nadie se le escapaba que permitir que alguien difuso o abstracto pague nuestros gastos particulares y nuestros excesos, jamás es algo bien hecho. De algún sitio sale el dinero, lo cual significa por fuerza «de otras personas». En el caso de una entidad financiera está claro que lo que los bolsillos de estos sujetos se ahorran viene de los clientes, de los depositantes, a quienes se esquilma. Si además esa entidad había estafado con preferentes a modestos ahorradores, y había debido salvarse con los impuestos de los ciudadanos, sin arte ni parte en el desaguisado, el uso frívolo e innecesario de esas tarjetas se convierte en algo obsceno, indecente. Tan obsceno como la fortuna amasada por la familia Pujol-Ferrusola mientras carezca de explicación y no case con los sueldos de sus miembros. A todos esos señoritos la sociedad debería negarles el saludo como mínimo, por codiciosos y avaros, lo peor que se podía ser si se poseían caudales. Claro que eso también era antaño.

2-XI-14

Una asfixia más

Quizá haga mal en hablar de esto, y lo hago a título particular, por mi cuenta, aunque desde hace unos años sea miembro de la Real Academia Española. Es ésta una institución muy discreta y digna, como corresponde a su antigüedad de tres siglos recién cumplidos; y así, es reacia a la queja y posee virtudes que hoy no están vigentes, como el pudor y la elegancia. Me da la impresión, por tanto, de que, a diferencia de lo habitual en nuestro tiempo, en que todo el mundo se lamenta públicamente y pide ayudas de todo tipo, siente aversión a airear sus miserias y aún más a aparecer como «limosnera». En su momento los responsables del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) dieron la voz de alarma en la prensa y anunciaron que, con los recortes del actual Gobierno, esa institución fundamental no podría seguir funcionando y se vería obligada poco menos que a cerrar sus puertas. Se montó un pequeño escándalo y el Gobierno rectificó, no sé cuánto, pero «algo». La RAE se ha abstenido de manifestar que su situación económica es ya muy parecida, por vergüenza torera, supongo. Pero yo no veo desdoro en exponer —a título individual, insisto, sin «encargo» ni «mandato» alguno, y acaso contraviniendo el deseo de muchos de mis colegas— que esa situación es ya crítica y amenaza los puestos de las 78 personas (no académicos) que hacen posibles las tareas de la casa. Sobre ellas se ciernen los despidos o reducciones de salarios, y, sobre la Academia misma, su conversión en algo simbólico y vegetativo. Los Presupuestos del Estado para 2015 mantienen la paupérrima cantidad asignada el año anterior, tras varios de mermas, mientras que otras entidades importantes como el Prado o el Cervantes, las han visto por fin incrementadas.

La Real Academia Española tiene defectos y limitaciones, pero fue digna e independiente incluso cuando más costaba serlo. Por

remontarnos sólo a lo reciente, fue casi la única institución que mantuvo a raya al franquismo (y sus ansias de invadirlo y dominarlo todo) durante su larga dictadura. Se negó a desposeer de sus sillones a los académicos exiliados y considerados «enemigos del régimen»; continuó eligiendo a quienes le parecía, sin permitir que los ministros de Franco le vetaran o impusieran a nadie. Ha aguantado trescientos años, y hoy es difícil negar que presta un gran servicio a la sociedad, a la española y a la de los demás países que hablan la lengua. Prueba de ello son los 50 millones de entradas mensuales que recibe su página *web*, la mayoría consultas del *Diccionario*, pero también de la *Gramática*, la desdichada *Ortografía* y demás. Esas consultas son gratuitas y, como ha dicho hace poco Pedro Álvarez de Miranda, encargado del nuevo *Diccionario* que acaba de aparecer: «Es difícil cobrar por algo que ha sido gratuito... Se están barajando posibilidades como incluir publicidad en la página *web*. No sé si eso nos sacaría de pobres. El mejor diccionario del mundo, el *Oxford*, cobra por consulta y todo el mundo lo ve como muy natural. Eso estamos estudiando, porque la situación económica es muy preocupante». Quizá bastaría, sugiero yo, con que los usuarios frecuentes pagaran una mínima cuota anual...

Pero en España, ya lo sabemos, la gente exige que *todo lo cultural* sea gratis. No se tiene en cuenta, en este caso, que la existencia y el funcionamiento de esa página *web* (pero también la del propio *Diccionario*) dependen no ya de la cuarentena de académicos, que poco cobramos, cuando asistimos a las sesiones y comisiones, sino de esos 78 trabajadores cuya suerte hoy peligra. La RAE atiende, además, multitud de consultas específicas (dudas jurídicas y notariales, redacción de leyes, certificaciones y peritajes, corrección de documentos, asesoramiento lingüístico, servicios de formación, infinitas preguntas de enseñantes y traductores y editoriales y medios de comunicación, etc.), y recibe efusivas muestras de agradecimiento por ellas. Pero sólo de gratitud no subsiste nadie, y la RAE no es una excepción. Muchos de ustedes deben de dar por descontado que, aparte de los patrocinios de entidades y particulares, alguna subvención o ayuda percibirá del Estado. Y sí, alguna le llega, ya lo he dicho, pero su mengua con el actual

Gobierno ha sido tal que la casa está amenazada. Habrá quienes opinen que eso no es grave, al lado de tantas personas en paro, o desahuciadas, o que han debido cerrar sus comercios o empresas. No se lo discutiría. Cabe que una institución como la RAE se juzgue superflua o secundaria; cabe incluso sacrificarla o mantenerla sólo como ornamento inoperante. Lo grave es que este Gobierno no protege a los parados ni a los desahuciados (todo lo contrario), ni *tampoco* a las instituciones culturales que rinden servicios a nuestra sociedad. No es que esté sacrificando unas cosas en favor de otras, es que las sacrifica todas. Cuando por fin salgamos de nuestras cotidianas cuitas y levantemos la cabeza, nos encontraremos con un país despojado, desolado, con un erial en todos los ámbitos, incluido el de nuestra lengua con la que tanto se llenan la boca esos mismos políticos en las ocasiones de relumbrón. No se trata de pedir limosna, pero les aseguro que cualquier presión a ese Gobierno, como cualquier aportación financiera, serán pequeños balones de oxígeno para esa institución tricentenaria que ya lleva tiempo asfixiándose.

9-XI-14

El artículo inútil

Hay columnas que no sabe uno para qué las escribe. No es que tenga confianza en que ninguna influya lo más mínimo, ni haga recapacitar a nadie, ni ayude a ver a los lectores algo desde un punto de vista que no habían adoptado. Pero a veces hay un hilo de esperanza: «Quizá haya alguien que esté de acuerdo, o que descubra que lo está». Hay unas cuantas, en cambio, cuya absoluta inutilidad le consta a uno desde la primera línea, y esta es de esas. Si me molesto en hablar del asunto una vez más, es sobre todo porque no consigo entender la extraña convicción que se ha apoderado de nuestras sociedades, con la española en segundo lugar mundial (tras China, creo) en la práctica de la piratería cultural.

No sé. Desde niño, desde que empecé a ir al cine y a leer libros, el placer que me provocaban esas dos actividades (lo mismo que oír música) fue tan incomparable que mi primera e instintiva reacción fue la de agradecimiento a quienes me las proporcionaban. A quienes ideaban y hacían las películas y escribían las novelas y componían o interpretaban o cantaban, de Bach a Elvis Presley sin distinción. Ese sentimiento no me ha abandonado nunca, se me ha mantenido intacto hacia cada nuevo autor, actor, director o músico que me entusiasmara, y hoy lo he hecho extensivo a los responsables de las series de televisión que, mientras han durado o aún duran, me permiten pasar momentos extraordinarios de contento, emoción, diversión y saber: *Los Soprano*, *El ala oeste de la Casa Blanca*, *Deadwood*, *Inspector Morse*, *Frasier* o *Juego de tronos*, por no alargar la lista. Se puede decir que por toda esa gente haría cualquier cosa, me pondría a su disposición para lo que necesitara, procuraría facilitarle su tarea y animarla a proseguirla. Lo último que se me ocurriría sería perjudicarla, no digamos privarla de sus ganancias. Precisamente porque quiero *más* de lo que esas personas

hacen o han hecho, deseo que tengan éxito y reconocimiento para que así puedan continuar deleitándome sin trabas ni cortapisas. Si me fuera posible retroceder en el tiempo, haría cuanto estuviese en mi mano para ayudar a Shakespeare y Cervantes y Montaigne, a Conrad y Henry James y Flaubert y Stevenson, a Dickens y Baudelaire y Lampedusa y Eliot y Rilke, a Nabokov y Faulkner y Bernhard, también a Dumas y Dinesen y Rebecca West y Diderot y Sterne. De decenas de ellos compraría y regalaría sus obras una y otra vez, dentro de mis posibilidades; contribuiría a que pudieran vivir de su arte, para que siguieran cultivándolo y yo disfrutara de él. Iría a ver un montón de veces (bueno, eso hice mientras coincidí en el mundo con ellos) las películas de Ford y Hitchcock y Wilder, las de Ophüls y Rossellini y Peckinpah y Anthony Mann. Compré y sigo comprando cada disco de Dylan y Cohen y de muchos más. Mi gratitud hacia todos es infinita, como lo es hacia Rampal y Glenn Gould y Sviatoslav Richter y Leonhardt y Rostropovich y Casals y Janet Baker y Michelangeli y tantos otros genios musicales. Les deseé o les deseo todo el bien del mundo, también por mi propio interés.

De ese sentimiento parece quedar poco rastro en el mundo actual. A menudo nos encontramos justamente con lo contrario, el rencor. Rencor hacia quien «hace lo que le gusta y encima pretende cobrar por ello». Rencor hacia «quienes se forran» con su talento, como si poseer talento debiera condenar a un individuo a malvivir. Como si algún artista obligara a nadie a consumir sus «productos». La gente siempre ve, escucha, lee lo que le da la gana, con entera libertad. Y si hay muchas personas deseosas de ver, escuchar o leer a tal intérprete o autor, ¿qué sentido tiene que no se beneficien de ello quienes nos brindan el conocimiento y el placer? Y sin embargo está instalada —arraigada ya— la creencia de que todo eso ha de ser gratis. De que la cultura es como el aire, por el que a nadie se cobra (ya llegará); de que es una especie de «don natural» o «divino» que flota y al que todo el mundo tiene derecho... sin pagar. Leo en el suplemento *New York Times* de este diario que una tal Hana Beshara fundó un sitio *web* popularísimo para descargar películas y series de forma ilegal. En su mejor momento llegó a recibir 2,6

millones de visitas ¡diarias! Al cabo del tiempo fue detenida, y tras dieciséis meses en prisión, declara: «Nunca me arrepentiré». La mayoría de los jóvenes y no tan jóvenes estadounidenses juzga la descarga ilegal una «minucia», y su conciencia está tranquilísima. No les importa que Kim Dotcom, el jefe de Megaupload, se hiciera multimillonario con el trabajo de otros; al contrario, adoran al presunto delincuente y explotador, el agradecimiento lo reservan para él. Eso en los Estados Unidos, que, a diferencia de España, no es (todavía) un país de ladrones redomados y vocacionales que consideran que todo les es debido, más o menos como Blesa, Rato, Barcoj y demás usuarios de las tarjetas sin fondo de Caja Madrid y Bankia. Esos mismos jóvenes se indignan cuando sus compañeros utilizan sus trabajos sin permiso, pero no son capaces de advertir la contradicción. Es como si tuvieran interiorizada la siguiente, egoísta y pueril idea: «No hay nada malo en coger lo ajeno, salvo si me lo cogen a mí. A mí no, ¿eh?». Qué se puede hacer ante semejante mentalidad, extendida y ufana, cuando no cargada de razón con «argumentos» tan demagógicos como peregrinos y reaccionarios. Nada. Ya lo dije al comenzar: no sé a santo de qué escribo este artículo.

16-XI-14

Tampoco hay que ser Sherlock Holmes

Por culpa, o más bien gracias a Manuel Rodríguez Rivero, que me involucró en un ciclo de novela, he vuelto a zambullirme en el inagotable mundo de Sherlock Holmes. Hace ya mucho que, cada vez que en una entrevista ligera se me preguntaba qué personaje de ficción habría deseado ser respondía invariablemente con el nombre del *consulting detective* de Baker Street, y no creo que mi respuesta fuera hoy distinta. No tiene nada de original; es más, yo creo que casi cualquiera que haya frecuentado sus aventuras, narradas por Watson y escritas por Conan Doyle, preferiría ser él antes que otro héroe o villano: pese a sus muchas manías, a su excentricidad, a su acechante melancolía, a su llevadera afición a la cocaína, a su impertinencia, a su relativa soledad, a su falta de historias amorosas (sin lamento ni añoranza, seguramente), a su frialdad. Pero Holmes, con todo, no es inhumano, ni una mera máquina de cálculo, como alguna vez afirmó de él su creador. Lo vemos vulnerable y eso nos lleva a quererlo; lo vemos risueño a menudo, con sentido del humor y capacidad para burlarse de sí mismo; y al menos en una oportunidad lo vemos «afectado» por una mujer, *la* mujer, como siempre fue para él Irene Adler, personaje maravillosamente fabulado no en ningún texto sino en el cine, en *La vida privada de Sherlock Holmes* de Billy Wilder, bajo los rasgos de la olvidada actriz Geneviève Page.

Lo que uno envidia de Holmes es sobre todo su inteligencia y su perspicacia para ver bien y saber, que es a lo que aspiramos muchos en la vida, sobre todo en lo que se refiere a nuestras relaciones con los demás. Como es sabido, el «modelo» de Holmes en la realidad fue —si alguien— el cirujano edimburgués Joseph Bell, profesor de Conan Doyle cuando éste estudió Medicina. A la muerte de Bell, en 1911, el *New York Times* le dedicó una necrológica titulada

«Sherlock Holmes, el original, muerto». No sé si triste o dichoso destino, ser recordado así. En esa semblanza se recuperaba una anécdota contada por el propio Bell, en la que uno reconoce efectivamente a Holmes: «Mientras ilustraba a mis alumnos, vino una vez un hombre cuyo caso parecía muy sencillo. "Sin duda, caballeros", dije, "ha sido soldado de un Regimiento de las Tierras Altas y probablemente miembro de la banda de música". Señalé su contoneo al andar, característico de los gaiteros; y su corta estatura sugería que, si había estado en el ejército, habría sido en calidad de músico, a los que no se exigía tanta talla como a los combatientes. Pero resultó que era un simple zapatero y que jamás había vestido uniforme. Fue un chasco, pero yo estaba absolutamente seguro de tener razón, así que ordené a dos de mis ayudantes más fuertes que lo llevaran a una habitación contigua y lo hicieran desnudarse. En seguida detecté, bajo su tetilla izquierda, una pequeña *D* azul marcada a fuego, con la que se estigmatizaba a los desertores en la Guerra de Crimea y después, aunque ahora ya no esté permitido. Por eso el hombre ocultaba su paso por el ejército».

Sí, quién pudiera averiguar tanto, y al primer golpe de vista. No es fácil saber qué nos deparará nadie, ni el mejor de los amigos. Pero, caramba, en ocasiones no es tan difícil, y uno va aprendiendo con el tiempo. Por poner ejemplos actuales, yo diría que no hace falta ser Sherlock Holmes para llevarse inmediatamente la mano a la cartera al ser presentado a los imputados de la trama *Gürtel* Correa y El Bigotes. Por si acaso, nada más. Tampoco hay que ser un lince, creo yo, para suponer, nada más verles la expresión y la actitud, que entre las virtudes de Blesa y Bárcenas no se hallaban la modestia ni la solidaridad ni la piedad: salta a la vista que son individuos jactanciosos, despectivos, engreídos, por no decir más. Entre todos nuestros políticos ciegos o torpes, o pardillos a más no poder, la verdad es que Esperanza Aguirre destaca como la anti-Sherlock Holmes, pese a haber estudiado de niña en el Instituto Británico. Nombró para cargos importantes a una legión de aparentes malhechores variados, se rodeó de ellos, les otorgó su confianza. Tantos han sido (presuntamente) que más bien parecería que hubiera tenido un ojo infalible para reconocerlos y darles poder,

como si cada vez se hubiera dicho: «Ah, qué magnífico espécimen de truhán, voy a ficharlo sin dilación». Pero no; tuvo a Granados a su vera durante años, éste fue su mano derecha o izquierda, hasta le permitía abrocharle la pulsera; y ahora, de pronto, para ella se ha convertido en «este señor», como si fuera un conocido remoto. Lo mismo con los presuntos López Viejo, Martín Vasco, Sepúlveda, Romero de Tejada o los susodichos Correa y Bigotes, que le organizaban sus *kermesses*, y tantos más. A su sucesor Ignacio yo no lo veo mucho más prometedor. En fin, uno intenta intuir, fijarse, adivinar. Ella no. Uno se equivoca, no es Holmes ni Bell. Pero qué quieren, por algo ha de guiarse. No logro evitar tener la impresión de que Floriano no es clarividente, de que Montoro sufrió a manos de sus compañeros durante la niñez, de que Rajoy es tan esfinge como aparenta, de que Pablo Iglesias es autoritario y taimado y nada de fiar, de que Carme Forcadell bordea la posesión (no sé si por el espectro de Wifredo el Velloso o por quién), de que Cospedal se asemeja cada día más al retrato de Dorian Gray. Insisto, son sólo impresiones, y ojalá me equivoque con todos. Ya he admitido que, por desgracia, nunca he logrado ser Sherlock Holmes.

23-XI-14

Mira lo que hago

No por sabida la situación, impresionaba menos la fotografía que ilustraba el reportaje de Guillermo Altares del 10 de octubre en este diario: una patulea de sujetos ante *La Gioconda*, en el Museo del Louvre. El batiburrillo es tal que cuesta individualizarlos y contarlos, pero creo que son unos treinta (más no captaba el objetivo, pero seguro que más había), de los cuales sólo tres se puede asegurar que estén mirando —intentando mirar, mejor dicho— el pequeño cuadro. Mirándolo de veras. El resto está dedicado a hacerle estúpidas fotos con sus estúpidos móviles. Aún habría sido posible una imagen más escalofriante o deprimente, por lo que relataba el reportaje: la de una patulea equivalente dándole la espalda al famoso retrato (no muy atractivo, según mi criterio) para hacerse un *selfie* en el que se viera a cada visitante con la pintura al fondo, como adorno. Las últimas veces que estuve en esa sala, hace ya años, el panorama era desolador, pero no tanto. La gente se agolpaba ante *La Gioconda* —no recuerdo si se permitía fotografiarla entonces—, mientras desdeñaba uno o dos cuadros más de Leonardo da Vinci que se hallaban allí mismo, no digamos las maravillas de otros maestros repartidas por el museo. Pero al menos la marabunta no daba la espalda al objeto de veneración superficial, es decir, la «obra maestra» no había pasado a ser un mero escenario, un mero decorado de lo verdaderamente importante: uno mismo.

Es innegable que una de las causas de la imbecilización del mundo es la publicidad; que la humanidad lleve décadas sometida a ella —a un perpetuo bombardeo de ella— ha traído sus consecuencias. Mucha gente quiere ser cada vez más como la gente de ficción (y cretina) de la mayoría de los anuncios televisivos, y éstos han popularizado dos *slogans* particularmente nefastos: «Yo estuve allí»

y «Este es un acontecimiento histórico e irrepetible». Se considera «acontecimiento histórico» cualquier chorrada: desde la entrada de una tonadillera en la cárcel hasta la primera vez que Messi sale al campo disfrazado de *senyera*. Y sí, claro, todo es «histórico e irrepetible», también este trivial momento en que yo escribo este artículo, pero a quién diablos le importa tamaña insignificancia. A cada individuo que presuma de «haber estado allí», sea «allí» el Camp Nou con Messi vestido de bandera o la caída del Muro de Berlín en su día, habría que contestarle con crueldad merecida: «¿Y? ¿Tuvo usted alguna influencia? ¿Habría dejado de suceder la cosa si se hubiera ausentado? ¿Es usted mejor por haber formado parte de una masa? ¿No sabe que por televisión millones han visto lo mismo y podrían afirmar haber estado también allí, aunque no fuera cierto, y contarlo probablemente con más detalle?». Supongo que para combatir esta última pregunta están los *selfies*: «He aquí la prueba, véanme con *La Gioconda* como ornamento, o con el *Adán* de Miguel Ángel y su dedo». Pero claro, resulta que la Capilla Sixtina recibe actualmente 22.000 turistas *diarios*, y *nunca* hay menos de 2.000 personas allí congregadas, una permanente muchedumbre. ¿Qué más da que esté usted ahí, sin mirar los frescos, si su supuesta «unicidad» la comparten millares a diario?

Todo es raro y contradictorio hoy en día. Demasiada gente ingenua se ha convencido de que cosa que cuelga en las redes (Facebook, Twitter o lo que sea), la va a contemplar el universo mundo, cuando lo más seguro es que pase tan inadvertida como las sesiones de diapositivas a que antaño se sometía a cuatro amistades cuando nuestros padres volvían de un viaje, o como los comentarios que se hacían en el café ante los compinches habituales. La gente está demasiado ocupada colgando sus fotos y lanzando sus tuits para molestarse en ver o leer los de los demás. El lema de nuestro tiempo debería ser: «Cada loco con su tema», y el único tema —y de todos— es uno mismo. «Mira lo que me voy a comer», y envían foto de un plato. «Mira dónde estoy», y envían la de un vertedero o una puerta o la espantosa estatua gigante de una rana en el Paseo de Recoletos (ya hablé de esa afrenta). «Mira con quién estoy», y arrojan la de un locutor o caricato con los que se han topado en la

calle. «Mira lo que estoy viendo», y ahí van sus *selfies* ante *La Gioconda*, proclamando que pueden estar viéndola, pero desde luego no mirándola. Todo esto recuerda a los niños pequeños que precisan la constante atención de la madre o el padre: «Mamá, mira lo que hago»; «Mira, papá, ahora sin manos». El niño necesita testigos para asegurarse de que efectivamente está en el mundo y existe (todavía se está acostumbrando a la novedad, y requiere confirmación incesante: ¿verdad que no soy una figuración, pues hago cosas y las veis?). Esa inseguridad inicial solía pasarse, y bastante pronto. Ahora da la impresión de que no se pasa nunca, de que las personas exigen contar con espectadores y espejos de todas sus actividades, hasta de las más vulgares. Un síntoma más de la creciente e inacabable puerilización del mundo. Uno se pregunta a veces si quedan muchos individuos capaces de disfrutar de algo sin ser contemplados en su disfrute. De un paseo, de un paisaje, de una obra maestra pictórica que no sea banalmente célebre, de un edificio o rincón en el que uno fije la vista por su cuenta, sin que se los hayan señalado una página *web* o una guía. Si queda algo autónomo y que se aprecie en sí mismo, y no como decorado de nuestro insaciable narcisismo.

30-XI-14

El Terror de los Austrias

Hará once meses, en una columna titulada «Noches armadas de Reyes», conté que Arturo Pérez-Reverte había adoptado la costumbre de regalarme cada Navidad un arma. Ya expliqué entonces, para que los numerosos pazguatos no se escandalizaran, que se trata de perfectas réplicas y que las pistolas no disparan. (Los cuchillos ya son otra historia y he preferido no someterlos a prueba, no vaya a sajarme un dedo jugando.) Y enumeré la colección atesorada: el bonito casco de los que llevaban los ingleses en la India, en Isandlwana, en el paso de Jaybar y en otros lugares exóticos, y con el cual en la cabeza me había pillado una periodista extranjera que no pudo evitar preguntarme con sorna: «¿Qué tal se le ha dado hoy la caza del tigre?». Tener en casa tan favorecedores tocados lo invita a uno a encasquetárselos de vez en cuando; luego se pone a sus asuntos —por ejemplo, escribir un artículo— y se olvida de lo que lleva encima, un desastre. La bayoneta de Kalashnikov, el puñal Fairbairn-Sykes, el de *marine* americano. Y las armas de fuego: un Colt de 1873, una Webley & Scott de 1915 y, en la Navidad pasada, una Luger de 1908 que Arturo me entregó en la Real Academia Española y con la que aterrorizamos a los miembros más rígidos (recuerdo que uno, espantado —ve conspiraciones por doquier, por las muchas malévolas en que participa—, corrió a esconderse bajo su propio sillón de la Sala de Plenos; no sé si pensó que íbamos derechos por él o si nos confundió con anarquistas de principios de siglo, como salidos de una novela de Conrad).

Sin duda para evitarles más alarmas a nuestros colegas, la mayoría gente recia y duradera pero en edad a la que sientan regular los sustos, me llamó el Capitán una tarde, mientras yo estudiaba a Sherlock Holmes, como relaté hace un par de domingos. «¿Vas a estar en casa?», me preguntó. «Es que tengo algo

voluminoso que darte, y no es cuestión de cargar hasta la Academia con ello. Si estás ahí te lo acerco. Ando por tu zona, por los Austrias.» No pensaba moverme, ya que estaba resolviendo un caso, concretamente el del asesinato del propio Holmes a manos de su creador, Conan Doyle. Así que al cabo de diez minutos le abrí la puerta. Le brillaban los ojos como si trajera un tesoro o acabara de hacer un descubrimiento científico, y al hombro cargaba, en efecto, algo alargado y no ligero. Como yo estaba imbuido de Holmes, especulé antes de que abriera la zarrapastrosa bolsa de plástico que envolvía el objeto (probablemente de contrabando). Para entonces ya había comprendido que, pese a mi columna de hacía un año, y a que le había rogado que pusiera término a su escalada armamentística (la colección me estaba haciendo quedar como un belicista sanguinario ante quienes visitan mi piso), no se resistía a seguir armándome, justamente en las fechas en que todo el mundo (aunque de boquilla) se desea paz y buena voluntad y estrellas y bienaventuranzas. Temí que se tratara de un bazuca o un mortero. Pero no, con un ademán experto lo que extrajo de la bolsa fue una metralleta Sten que montó en un periquete y me alargó muy ufano: «Qué, qué te parece. Una Sten, ya sabes, la que utilizaban los comandos aliados en la Segunda Guerra Mundial, la que lanzaban desde el aire a los resistentes y partisanos para combatir a los nazis, la que se encasquilló en el atentado a Heydrich». «Estás loco», le dije, pero la verdad es que en seguida le pedí que me enseñara su funcionamiento. Y al poco me regañaba: «La coges mal. Como eres zurdo...». A mí me pareció, por el contrario, que era un arma ideada para zurdos, pues el abultado cargador queda a la izquierda y para un diestro ha de resultar un estorbo. Luego se largó, tan satisfecho como había venido: «Cuéntaselo a Tano, se morirá de envidia y sabrá manejarla. Préstasela».

En los siguientes días, al bailotear con la Sten en los brazos, vi sobresalto en los ojos de Aurora, que viene a trabajar a casa tres mañanas por semana. No le debe de hacer gracia la escalada. No sé si por temor o por guasa, se despidió llamándome «mi comandante». Cuando subió Mercedes, que trabaja conmigo otras tres mañanas y que, por una serie de azares, sabe muchísimo ahora

de armas, me espetó al ver la pieza: «¿Qué haces con un subfusil desmontable? O no, es más bien pistola ametralladora», precisó con pedantería. Y a continuación me miró con preocupación profunda: «¿Qué va a ser lo próximo? ¿Un cañón? Te veo por muy mal camino». Poco después vino a visitarme Carme, que ya me había tildado de Pancho Villa un año antes. «¿Qué, qué vas a tomar al asalto?», me dijo aguantándose la risa. «¿Los cielos, como esos, o simplemente La Moncloa? ¿O vas a entrenarte primero con El Riojano?» (Pastelería en la que, por cierto, son muy amables conmigo.) Al día siguiente vino un periodista alemán muy competente y simpático, Paul Ingendaay, y nada más ver la Sten alzó los brazos y exclamó: «Me rindo, y me acojo inmediatamente a la Convención de Ginebra».

Así que ya ven: Arturo sigue empeñado en propiciar mi descrédito ante los que me rodean. No sé si me estoy convirtiendo en su terror o en su hazmerreír. Lo único que me consuela es imaginar cómo deben de ver al Capitán Alatriste sus allegados; porque si yo, sin querer, poseo ya el arsenal mencionado, no quiero ni imaginar cómo tendrá él su casa. Seguro que de los techos cuelgan aviones Messerschmitt y Lancaster, como en el Imperial War Museum de Londres, y que la piscina se la ocupan *U-Boote*, es decir, submarinos.

7-XII-14

Siempre tarde y con olvido

Es sabido que este es un país deliberadamente desmemoriado, por la cuenta que le trae. También que es un país de extremos, y que muchos de sus habitantes pasan de uno a otro sin efectuar el recorrido, sin que los veamos desplazarse. Están en un lugar y de pronto en el contrario, sin explicaciones, sin evolución, sin proceso. Fueron numerosos los falangistas que de golpe pasaron a ser comunistas, y algunos de éstos se tornaron, luego, repentinamente anticomunistas y a veces de extrema derecha. No han sido escasos los castristas acérrimos convertidos por arte de magia en furibundos anticastristas. También ha habido quien ha sido Vicepresidente de un gobernante y después se ha autoerigido en la voz más crítica de ese mismo gobernante (la desmemoria y el cambalache de extremos se los contagiamos a Latinoamérica). Ha habido casos en los que sí se ha asistido al trayecto, y eso ha dado verosimilitud al cambio: etarras de verdad arrepentidos (pocos, pero algunos), que al menos no se han puesto a la cabeza de manifestaciones anti-ETA ni han negado su pasado: lo han asumido, han reconocido su equivocación, han lamentado el daño causado. Pero estos casos son los menos: no les quepa duda de que de aquí a unos años veremos a exacerbados independentistas catalanes de hoy negar que jamás hayan querido un Estado soberano e incluso abominar de las *esteladas*. Y verán como casi nadie se atreverá a recordarles sus exabruptos de ahora. Al fin y al cabo hay costumbre de contar lo que se antoje y de que nada sea desmentido: los independentistas actuales han tenido el cuajo de exhibir los retratos de Casals, Vázquez Montalbán, Candel, Comín o Antoni Gutiérrez junto al lema «Voto por ti» (se sobreentendía: «que estás muerto y puedes ser manipulado»). Ni Casals (que siempre se firmó Pablo y no Pau), ni Montalbán, ni Candel ni los otros se puede asegurar que hubieran estado a favor

de la secesión de Cataluña, más bien se intuye que se habrían opuesto. Imposible saberlo. Pero la absoluta falta de escrúpulos de los actuales dirigentes pasa por encima de eso: como no pueden protestar por la utilización tendenciosa de sus rostros y nombres, se los convierte en acólitos póstumos de Mas y Junqueras, con el permiso de sus respectivas, frívolas familias.

Pero no son sólo los individuos quienes dan saltos acrobáticos, también las colectividades. Ahora hay un clamor contra la corrupción, y bien está que así sea. Hace sólo tres años, sin embargo, a la mayoría de los españoles eso les traía sin cuidado (basta comparar las encuestas sobre las «mayores preocupaciones» de entonces y ahora). Y además no era raro que se admirase y envidiase al corrupto, al «listo», al «pícaro», y parte de la población aspiraba a verse en una situación o en un puesto que le permitiera corromperse y sacar ella también tajada. El PP mantuvo con gran aplomo que el hecho de que sospechosos y aun acusados formaran parte de sus listas y salieran elegidos, venía a exonerarlos. Si la gente los votaba pese a los terribles indicios, eso significaba que los absolvía de antemano; los jueces debían retirar sus imputaciones a los aclamados en las urnas. Ahora oigo hablar del perjuicio infligido a los marbellíes por ese trío folklórico que está en la cárcel, pero esos mismos marbellíes adoraron masivamente, durante años, al más folklórico predecesor Gil y Gil, que nunca pareció cabal, honrado ni limpio: ya había cumplido tiempo en prisión como responsable de una catástrofe con numerosos muertos. Entonces eso carecía de importancia. Es muy posible que los ciudadanos que hoy gritan «Chorizos» a los condenados los vitorearan hace unos años.

Las contradicciones no se perciben, es otra de nuestras características. Uno puede no robar ni sisar nada, pero recibir dinero de Gobiernos de los que recibir cualquier cosa es ya una forma de mancharse las manos. A mí, al menos, no me parecería aceptable que me pagaran —como les ocurre a algunos que se proclaman «puros» y sermonean— una televisión financiada por el régimen iraní, o el Gobierno chavista, o el actual Israel, o la Cuba de los Castro (o la Autoridad Palestina, dicho sea de paso). Irán ya se sabe qué trato da a las mujeres y en general a sus sometidos súbditos; la

Venezuela de Chávez y hoy de Maduro es una dictadura *de facto*: aún hay caraduras que sostienen que no es así, que allí se ganan elecciones, como si éstas no estuvieran controladas y como si no fueran posibles las dictaduras de caciques votados (Hitler es el ejemplo clásico, aunque no el único); Israel lleva lustros devastando y asesinando con desproporción absoluta, lo mismo que los palestinos (dentro de sus más modestos medios). Ese tipo de corrupción —quién lo contrata a uno, quién le paga, de quién acepta un premio, para quién trabaja uno (y por tanto a quién beneficia)—, de momento no existe para los españoles. Acaban de descubrir la otra, la más flagrante e hiriente, y me temo que solamente porque padecen una crisis económica que vuelve a la gente susceptible. De no haberla, lo más probable es que la corrupción siguiera ocupando un irrelevante puesto entre las preocupaciones nacionales, y que muchos de los indignados de hoy estuvieran haciendo cola a ver si les caía algún maletín o sobre. Y puede que dentro de bastantes años se escandalicen de los que ponen su talento, propaganda o saber al servicio de regímenes podridos, opresores, teocráticos o totalitarios. España siempre llega a todo tarde y con olvido.

14-XII-14

Diccionario Penal

A raíz de la nueva edición del *Diccionario* de la RAE (la 23.ª), han arreciado las protestas por parte de colectivos e individuos. Unas, porque no se ha suprimido o modificado tal o cual acepción de una palabra; otras, porque se ha añadido alguna, atendiendo a su vigencia entre los hablantes; las de más allá, porque se han incorporado vocablos aquí inauditos, olvidando que son frecuentes en países que comparten con nosotros la lengua: por ejemplo, «amigovio», el cual, por desafortunado que en mi opinión resulte, se emplea en la Argentina, México, el Uruguay y el Paraguay. Muchas quejas son ya antiguas y simplemente se redoblan, cada vez con mayor intolerancia, como corresponde a nuestros tiempos. Los judíos se enfurecen por el mantenimiento de «judiada», que está en los clásicos; los gitanos se manifiestan ante la sede de la Academia exigiendo que desaparezca la acepción «trapacero», sin tener en cuenta que también se recoge la elogiosa «que tiene arte y gracia para ganarse las voluntades de otros»; los enfermos de cáncer juzgan denigrante el siguiente sentido: «proliferación en el seno de un grupo social de situaciones o hechos destructivos», como en la frase «la corrupción es el cáncer de la democracia»; las asociaciones de autismo se indignan ante esto: «dicho de una persona: encerrada en su mundo, conscientemente alejada de la realidad», como en «Rajoy gobierna en plan autista». Como los aquejados de cretinismo son ya menos que antaño, no me consta que se hayan encolerizado por el significado «estupidez, idiotez, falta de talento», ya longevo. Pero, puestos a ser susceptibles, el número de ofendidos podría ser incontable.

Los frailes podrían soliviantarse porque «frailuno» sea «propio de fraile», aunque se señale que es término despectivo; los jesuitas porque «jesuítico» quiera decir: «dicho del comportamiento:

hipócrita, disimulado»; los lagartos —si pudieran— de que la forma masculina pueda ser «ladrón del campo» y la femenina «prostituta»; las ratas de que figure su nombre para «persona despreciable», al igual que los perros, a los que se añade el agravio de que «perra» sea también «puta», lo mismo que las vacas inglesas por uno de los sentidos de *«cow»*. Aunque los animales no puedan, todo se andará: oiremos clamar al cielo a sus exaltados «defensores», que pedirán la eliminación de estas ofensas. No entro en las reivindicaciones supuestamente feministas (en realidad pacatas, la mayoría), por demasiado abundantes y ya vetustas.

Uno se pregunta qué es lo que estos colectivos e individuos furiosos no entienden de lo que es tan fácil de entender. El DRAE no «sanciona», no «legaliza», no «da carta de naturaleza», no «autoriza» a utilizar un vocablo, no señala lo que es admisible o inadmisible, entre otras razones porque no tiene poder para ello. La gente habla y escribe como le da la gana, y al hacerlo le trae sin cuidado lo que incluya o diga el *Diccionario*. Éste no «faculta» ni «impide», tampoco castiga ni multa, ni siquiera reprende a nadie, todo eso está fuera de sus atribuciones. El DRAE es neutro, es un mero recipiente, un registro de lo que los hablantes deciden emplear libre y espontáneamente (eso sí, de forma mayoritaria y duradera). Cuando un uso arraiga, o figura en textos importantes, al *Diccionario* no le queda sino recogerlo. Da lo mismo que un término sea obsceno, desagradable, peyorativo, despreciativo, ofensivo, incluso racista. De sus existencia y vigencia no hay que culpar a las Academias, sino a los hablantes, y lo que todos esos colectivos olvidan es que los hablantes son libres para bien y para mal, y que lo último que le corresponde a un diccionario es ejercer la censura. ¿Por qué habría que hacer más caso a los autistas o a los judíos que a los jesuitas o a los puritanos? Estos últimos se sienten ofendidos por la presencia de «follar», «polla» o «coño», que antiguamente estaban ausentes. ¿Sería hoy esto aceptable? No, a todas luces: el *Diccionario* sería tildado, con motivo, de censor y mojigato. Y es justamente ese espíritu, el censor, el que anima a quienes protestan: cada cual quiere que se supriman —es decir, se *prohíban*— los vocablos que *siente* agraviosos. Si subrayo este último verbo es

porque cada quejoso o indignado habla desde su subjetividad, y como éstas son infinitas, también lo serían las podas. Los que denuestan el *Diccionario* son enemigos de la libertad y autoritarios, aspiran a la prohibición y sujeción del habla, y además creen, erróneamente, que la censura del DRAE acabaría con el uso de las acepciones que los enojan, como si esa obra fuera una especie de Policía o de Código Penal capacitada para llevar a la cárcel a los infractores, a quienes se valieran de términos no consignados en ella. ¿Tan difícil es de entender lo ya expresado? El DRAE no impone nada, no puede; tampoco veta nada, no puede; a lo sumo orienta, guía, recomienda o desaconseja. Está a merced de lo que los hablantes deciden, y éstos son libres, mal que les pese a muchos con vocación dictatorial. Un solo ejemplo inocuo: etimológicamente, deberíamos haber dicho «crocodilo», y a ello obedecieron el inglés y el francés *«crocodile»* y el alemán *«Krokodil»*. A españoles e italianos se nos antojó que el nombre fuera «cocodrilo» y *«coccodrillo»*, y así fue y seguramente será hasta que nuestras lenguas desaparezcan. Para lo cual no falta mucho, dicho sea de paso, pero esa es otra historia.

21-XII-14

En la estela del FBI

En una reseña americana sobre el libro de Betty Medsger *The Burglary: The Discovery of J. Edgar Hoover's Secret FBI*, se cuenta cómo en marzo de 1971 un grupo de jóvenes activistas contrarios a la Guerra de Vietnam se coló en una pequeña oficina del FBI sita en Media (Pennsylvania), y robó los archivos allí existentes. Al parecer no eran exhaustivos (Media es una población de menos de diez mil habitantes, eso sí, cercana a Filadelfia), pero bastaron para que se descubrieran prácticas del FBI que los ciudadanos de entonces no sospechaban, no digamos los de las décadas anteriores, cuando esa policía fue objeto de veneración general y de eficaz propaganda en numerosas películas de Hollywood. Hoy ya no sorprende apenas, pero esa organización poseía una red de vigilancia que en algunos casos no tenía demasiado que envidiar a la Stasi comunista alemana (por ejemplo, en una Universidad, se contaban entre los «informantes» un oficial de seguridad del *campus*, el jefe local de la policía, el administrador de Correos, el secretario general del *college* y una encargada de la centralita telefónica); desde 1956 nada menos, existía un programa llamado COINTELPRO destinado a denunciar, desbaratar y neutralizar a un gran número de organizaciones, desde la antigua y la nueva izquierda hasta los activistas negros, los antibelicistas, los indios americanos y muchas otras, a base de calumniar a sus miembros y crearles conflictos, levantar sospechas sobre sus heterodoxias sexuales y sus irregularidades financieras. El FBI enviaba venenosas cartas anónimas con el fin de destrozar matrimonios; incitaba enfrentamientos entre bandas, otorgó el estatuto de «confidentes de la policía» a quienes eran tan sólo grupos violentos. En vísperas de su viaje a Oslo para recibir el Nobel de la Paz, el Federal Bureau of Investigation intentó convencer a Martin Luther King de que se

suicidara (?). Los robos de material en casas de individuos espiados y en sedes de organizaciones pro derechos civiles eran parte de la cotidianidad del FBI. Procuró y logró que periodistas críticos fueran despedidos de sus periódicos, o profesores de sus Universidades. Hoover, el famoso y eterno director, utilizaba sus gigantescos recursos para difamar y chantajear a quienes criticaban sus actividades. No vacilaba en hacerlos acusar de alcoholismo, homosexualidad (algo a lo que al parecer él andaba entregado), drogadicción, adulterio o proxenetismo, sin fundamento alguno en la mayoría de los casos.

Pero ya se conoce la eficacia de la calumnia, tanto mayor si está orquestada y proviene de los poderes públicos, los cuales, en todas partes, cuentan con periodistas y voceros a su servicio, gente capaz de llevar a cabo insistentes campañas contra las que casi nada puede hacerse. Hoover consiguió, por ejemplo, que algún congresista estimado, que había sido reelegido cuatro veces, perdiera su escaño tras ser acusado de fomentar una red de prostitución. Ya digo que hoy estas revelaciones no nos pillan de sorpresa. Ha habido libros y películas que han señalado la falta de escrúpulos de Hoover (hasta se ha insinuado que habría tenido parte en el asesinato de Kennedy, pero en fin, esto lo comparte con el resto del universo) y sus métodos cuasi mafiosos.

El problema es que, cuando se averiguan y airean estas prácticas, todos tendemos a pensar que son cosa del pasado y nos quedamos medio tranquilos, sin caer en la cuenta de que, una vez acometidas por los servicios de seguridad, es casi imposible que sean abandonadas. Ni de que hoy en día las posibilidades de vigilancia, espionaje y difamación contra cualquier ciudadano son infinitamente mayores que en los años setenta, no digamos en los sesenta y cincuenta. Nuestros ordenadores y móviles pueden ser inspeccionados por cualquiera con los medios adecuados. Por tanto, nuestros movimientos y desplazamientos. Sin percatarnos de ello en exceso, somos filmados por cámaras varias veces al día. Se conocen al detalle nuestros gastos e ingresos, nuestros hábitos, aficiones, gustos y vicios, quiénes son nuestras amistades y lo que hablamos con ellas, o les escribimos. No quiero decir que continuamente se

nos espíe, claro está (para qué); sino que, si en un momento determinado el FBI o sus equivalentes necesita o decide rastrearnos, lo harán sin trabas y de manera exhaustiva. Lo cual les permitiría tergiversar, manipular, calumniar, levantar sospechas *verosímiles*. Con la agravante, además, de que hoy, con las redes sociales echando humo a tiempo completo, no hay quien detenga ningún bulo, ninguna acusación, ningún invento. Todo se expande hasta el infinito, y a velocidad de vértigo. Cualquier sandez, o cualquier infamia que se nos atribuya, permanecerá para siempre en el imaginario colectivo. Poco importará que algo se desmienta fehacientemente o que uno salga absuelto de un juicio: se hará caso omiso del desmentido o del fallo y perdurará el baldón para medio mundo. Si en épocas pasadas ya era difícil luchar contra eso, sobre todo si quien propalaba el infundio era el Gobierno, hoy es imposible, porque nada se borra ni anula del todo. Por eso deberíamos tender a *no* dar crédito, en principio, a nada malo que se diga de nadie, hasta que haya pruebas manifiestas e indudables. Lo cual es tarea vana, ya me doy cuenta, puesto que a la humanidad nada le entusiasma más que pensar que todo el mundo esconde delitos o suciedades, y disfrutar escandalizándose de ellos.

28-XII-14

Las mujeres son más jóvenes

Es tanta la gente que hoy va por la calle con los oídos tapados por auriculares o por la voz que les chilla desde su móvil, que se pierden una de las cosas que a mí siempre me han gustado: frases sueltas o retazos mínimos de conversaciones que uno escucha involuntariamente a su paso. Si uno no pega el oído a propósito ni acompasa su andar al de los transeúntes locuaces —y eso no me parece bien hacerlo: es cotilleo—, le llega en verdad muy poco: en un diálogo escrito daría tan sólo para dos o tres líneas. Para alguien dado a imaginar tonterías, resulta sin embargo suficiente para hacerse una composición de lugar de la relación entre los hablantes, o figurarse un esbozo de cuento o historia. Hace unos días, al subir por Postigo de San Martín, oí una de esas ráfagas voladoras que me hizo sonreír y se me quedó en la cabeza. Pasé junto a tres mujeres que quizá estaban ya despidiéndose, paradas junto a una chocolatería, si mal no recuerdo. Eran de mediana edad, sin duda habían dejado atrás los cincuenta, aunque no me dio tiempo a reparar en su aspecto. Reían con ganas, se las notaba de excelente humor y contentas. Una de ellas dijo: «Qué bien estamos las mujeres». Otra contestó rápida: «Ay, y que lo digas». Y la tercera apostilló: «Y nos lo pasamos genial». Yo continué mi marcha, eso fue todo. Pero capté bien el tono, y no era voluntarioso, sino ufano; no era que trataran de convencerse de lo que decían, sino que estaban plenamente convencidas y lo celebraban, como si pusieran una rúbrica verbal a lo bien que se lo habían pasado el rato que habían permanecido juntas. No sé muy bien por qué, me animaron y me hicieron gracia.

Sería difícil escuchar estos tres mismos comentarios en boca de hombres, y aún más en varones de edad parecida. Sería raro que se ensalzaran en tanto que sexo («Qué bien estamos los hombres»),

incluso que se rieran tan abiertamente y tan de buena gana como aquellas tres señoras simpáticas y tan conscientes de su enorme suerte. La suerte de disfrutar con las amigas, de compartir diversión y charla, con una especie de juvenilismo natural, no forzado ni impostado, irreductible. Llevo toda la vida observando que no hay demasiadas mujeres amargadas ni excesivamente melancólicas. Claro que las hay odiosas, y en la política abundan. Las hay que se esfuerzan por perder todo vestigio de humor y mostrarse duras; las hay de colmillo retorcido, venenosas y malvadas (legión las televisivas); tiránicas o brutas, zafias o de una antipatía que hiela la sangre; también las hay insoportablemente lánguidas, que han optado por andar por la vida como sufrientes heroínas románticas. Lejos de mi intención hacer una loa indiscriminada y aduladora, las hay de una crueldad extrema y las hay tan idiotas como el varón más imbécil. Pero, con todo, y pese a que hoy tiende a proliferar el tipo serio y severo, la mayoría posee un buen carácter, cuando no uno risueño. Cada vez que veo a matrimonios de cierta edad, pienso que más valdrá que muera antes el marido, porque conozco a bastantes viudos desolados y que no levantan cabeza nunca, que se apean del mundo y se descuidan y abotargan, que pierden la curiosidad y las ganas de seguir aprendiendo, que se convierten sólo en eso, en «pobres viudos» desganados y desconcertados. Y en cambio casi nunca he visto a sus equivalentes en mujeres. Apenas si hay «pobres viudas», es decir, señoras o incluso ancianas que decidan recluirse, que no superen la pena, que pasen a un estado cuasi vegetativo, de pasividad e indiferencia. Por mucho que les duela la pérdida, suelen disponer de mayores recursos vitales, mayor resistencia, mayor capacidad para sobreponerse y encontrarle alicientes nuevos a la existencia.

De todos es sabido que las mujeres leen más, desde hace muchos años; pero también van más al cine, al teatro, a los conciertos y exposiciones, y las conferencias están llenas de ellas. Salen a pasear, a curiosear, quedan con sus amigas y viajan con ellas. He conocido a varias mujeres que ya habían cumplido los noventa (recuerdo sobre todo a María Rosa Alonso, estudiosa canaria amiga de mis padres, que aún me escribía con letra firme y mente clara e inquieta a los

cien años) y se quejaban de que les faltaba tiempo para todo lo que querían hacer, o estudiar, o averiguar. Hablaban con la misma impaciencia por aumentar sus conocimientos que se percibe en los jóvenes despiertos, mantenían intactos su entusiasmo, su sentido del humor, su capacidad de indignación ante lo que encontraban injusto, su calidez, su risa pronta, su afectuosidad sin cursilería. Las mujeres han sido siempre en gran medida el elemento civilizatorio, las que han hecho la vida más alegre y más amable, y también más cariñosa, y también más compasiva. No hace falta recordar que son las que educan a todo el mundo en primera instancia y las que atienden y ayudan más a las personas cuando su final está cerca. En esas mujeres generosas (las hay que no lo son en absoluto), la generosidad no tiene límites. Pero, por encima de todo, mantienen en gran medida la juventud a la que muchos varones renunciamos en cuanto la edad nos lo reclama. Somos pocos los que no tenemos plena conciencia de los años que vamos cumpliendo, para atenernos a ellos. A numerosas mujeres les trae eso sin cuidado, para su suerte: están tan poseídas por sus energías de antaño que no hay manera de que las abandonen. «Y nos lo pasamos genial.» Cuán duradera es ya la sonrisa que me provocó esa frase celebratoria que cacé al vuelo.

4-I-15

Fiera herida

Bueno, pues ya estamos en año de elecciones. Los tres transcurridos desde las últimas generales pesan como siete u ocho, tan penosos han sido para gran parte de la población y tanto se ha hecho notar el Gobierno (para fatal), con su mayoría absolutísima, su falta de escrúpulos y de visión de la realidad. Zapatero da la impresión de pertenecer a un difuso pasado remoto, y no hace tanto que regía —es un decir— los destinos de la nación. También resultan lejanos los mil años en que ETA mataba, y paró cuando aún se alojaba ese Presidente en La Moncloa. Eran legión los que necesitaban escolta, y ahora hay dificultades para asignarles misiones o cometidos a esos guardaespaldas que impidieron muchas muertes. La época en que los políticos más catalanistas no habían sido presa de un virus contagioso y desaforado, se ve perdida en la noche de los tiempos: tres años de fervor patriótico, sordo a todo razonamiento y proclive a fantasías oníricas inspiradas en los valles de *Siete novias para siete hermanos*, *Brigadoon* y *Horizontes perdidos* (es decir, Shangri-La), se hacen eternos hasta para la más entusiasta portadora del virus, la señora Forcadell, que debe de estar necesitando a gritos una cura de reposo. Lo anterior a estos tres años está desdibujado, entre brumas, parece antediluviano e irreal.

De pronto, sin embargo, ante la perspectiva de volver a elegir representantes, empieza a despertarse de la extraña ensoñación. «Podemos cambiar», nos decimos con cierta sorpresa. «¿Os acordáis de que no siempre vivimos bajo la vara de Rajoy, de que no siempre estuvimos así?» Si eso nos pasa a los ciudadanos, uno aseguraría que con mayores motivo y previsión debería sucederles a los partidos, que, si no un modelo de sociedad, se jugarán el sueldo de sus diputados, senadores, ministros, presidentes autonómicos,

consejeros, alcaldes y concejales. Podrían encontrarse con muchos de ellos en el paro, con la obligación de buscarles «salidas», sea en Europa o en la empresa privada ex-pública, mediante las llamadas «puertas giratorias», perfectamente engrasadas en este país. El trastorno psicológico tiene aún peor arreglo. Es sabido que quienes pierden un cargo se sienten estupefactos y deprimidos durante largo tiempo. No acaban de entender que ya no les suenen los teléfonos pidiéndoles favores, que no haya un coche esperándolos, que no los inviten a casi nada, que nadie les vaya a comprar lo que necesiten, que sus órdenes las oigan sólo su marido o su mujer. En el mejor de los casos se quedan en un estado beatífico y ensimismado; en el peor, respiran resentimiento y maldicen la incomprensión y la ingratitud de la gente. Siguen sin percatarse de que en sus días gloriosos nadie los requería por su irresistible personalidad, sino por el puesto que ocupaban (salvo allegados y familia, claro está, cuando no se hubieran hartado de ellos).

Así que uno mira en primer lugar hacia quienes todavía tienen más poder, el Gobierno y su partido. Nada bueno puedo decir, lo saben ustedes de sobra, pero como ciudadano me asalta enorme preocupación al observar cómo encaran este 2015 de forzosos cambios. Si no otra cosa, lo que es seguro es que el PP no obtendrá mayoría absoluta, y lo lógico sería que intentara perder lo menos posible, amortiguar el batacazo comparativo que sin duda se pegará. Y lo que uno advierte son, por el contrario, pulsiones suicidas entre sus dirigentes. El PP parece ahora mismo un animal acorralado, una fiera herida, y ya se sabe cuán peligrosas se tornan éstas. Lejos de tender algún puente, rectificar dañinas medidas económicas y políticas, procurar no inspirar miedo (más miedo) al electorado moderado para frenar las deserciones, se encastilla en sus posiciones más autoritarias y más de extrema derecha. No se asume la corrupción infecciosa; se ponen trabas sin cuento para acceder a los datos sobre los políticos; se nombra un nuevo portavoz todavía más cínico que el anterior, un individuo asentidor (siempre se lo ve asentir servilmente a cada estornudo de Rajoy en el hemiciclo) y faltón (no pierde oportunidad de soltar algo ofensivo para todo el que no asienta con tantos cabezazos como él). Como los anteriores

jefes de TVE no le parecían lo bastante abyectos al Gobierno, coloca a otros procedentes de TeleMadrid en recompensa por haber hundido y abochornado a esta cadena. El resultado son unos informativos grotescos que produce sonrojo mirar, sectarios, censores, reminiscentes del No-Do, llenos de sucesos y de reportajes «pintorescos» que nada tienen de noticias. Luego fuerza a marcharse al Fiscal General Torres-Dulce, hombre —eso al menos— con la dignidad aprendida de los *westerns* de Ford, Hawks, Mann y Walsh, y acaba con todo vestigio de la división de poderes. Aprueba en el Parlamento la llamada «Ley Mordaza», de la que me ocupé por extenso cuando se conoció su anteproyecto, en una columna titulada «Neofranquismo», creo, reproducida en diarios extranjeros para oprobio del Ministro del Interior y de Rajoy. Pero les da igual enajenarse aún más a la gente, exacerbar su enfado y su desesperación; les trae sin cuidado perder más votos de los que ya han perdido *in pectore*, y muchos son. Parece que no disciernan el futuro cercano y corran hacia el acantilado. Tal vez esté en su sangre, no lo puedan evitar. O tal vez sea que pretenden morir matando. De ser esto último, protéjanse y pónganse bien a cubierto, porque un año todavía da mucho de sí, para cobrarse víctimas.

11-I-15

Se buscan razones para asesinar

Me lo dijo Guillermo Cabrera Infante en su casa de Londres, hace ya muchos años. Él había conocido a los sicarios del dictador cubano Batista y luego a los del dictador cubano Fidel Castro. A éste lo había apoyado cuando derrocó al primero y aún se esperaba de él algo muy distinto de lo que resultó ser. También había conocido a sus compatriotas que se repartieron por Latinoamérica como «guerrilleros», muchos de ellos santificados por la intelectualidad de sus países y por la europea. En realidad estábamos hablando de ETA, si mal no recuerdo, en los impávidos años ochenta en que esa banda terrorista mataba un día sí y dos o tres no, más o menos, y además a todo tipo de gente, desde policías y militares y políticos y jueces hasta periodistas y «camellos» y transeúntes. Fue entonces cuando Cabrera me dijo algo parecido a esto: «No te equivoques, Javier: todo el que asesina una y otra vez; todo el que lo hace de manera sistemática, o el que nunca descarta recurrir a ello si lo juzga "necesario", es un asesino en primer lugar. Quiero decir que lo es antes que nada, que le gusta matar —lo sepa o no con claridad— y entonces se procura una causa, una justificación en la que eso no sólo quepa sin provocar rechazo universal, sino que de hecho sea admirado por una parte de la sociedad. Todos esos son asesinos en primera instancia, no obligados ni circunstanciales, y además son muy cobardes: no se atreven a matar por su cuenta y riesgo, a dar rienda suelta a su instinto exponiéndose a la persecución y la condena general. No, buscan una coartada, un movimiento, una lucha abstracta, un ideal que enaltezca sus crímenes. Y no sólo eso, también buscan el amparo de una organización, da lo mismo que sea estatal (como las de Hitler o Stalin o Franco o Mao o Pinochet) o clandestina (como ETA o el IRA o las Brigadas Rojas). Son cobardes porque necesitan sentirse arropados, jaleados por otros iguales que

ellos. Se enclavan allí donde matar no sólo está permitido, sino que se les induce a creer que cumplen una misión, que hacen algo "bueno", que luchan por la patria o el pueblo o la raza o los oprimidos, tanto da. Por sus asesinatos, en suma, esperan recibir una condecoración. Es muy cómodo. Borran toda amenaza de mala conciencia individual; jamás se han de plantear lo justo de sus crímenes, lo dan por previamente sentado; las víctimas laterales de sus acciones son accidentes inevitables, qué se le va a hacer, mala suerte para ellas. Tratan de convencerse de que son soldados y de que libran una guerra, aunque no haya tal guerra más que en su imaginación. A veces la "guerra" es contra indefensos judíos, o contra disidentes y tibios, a veces es contra quienes profesan una religión distinta de la suya, otras es contra el capitalismo y el imperialismo, que llegan a ver encarnados hasta en una señora que va de compras a unos grandes almacenes, tan vastos son ambos conceptos. Para ellos la gente es culpable de haber nacido en tal o cual lugar, de hablar tal lengua, de adorar a un dios muy parecido al propio pero no exactamente igual, de pertenecer a tal clase social o a tal raza o etnia, de poseer dinero o de carecer de él, de ser un empresario o un descamisado, de hacer uso de su libertad de expresión y criticar a un régimen, de ser un intelectual o un campesino, da lo mismo. A poco que lo pienses, quien está dispuesto a matar por cualquiera de estos motivos, tan nimios en sí y tan variados entre sí, es antes que nada un asesino. Puro y simple. Lo que quiere es eso, asesinar. Y el resto ya vendrá después».

A menudo me vienen estas palabras ahora —o las que dijera, sin duda fue mucho más breve, porque ahondar en estas cuestiones lo nublaba y le hacía perder al instante su magnífico sentido del humor —, cuando el mundo rebosa de «individuos con causa» dedicados a cometer toda clase de actos sanguinarios y gratuitos. Son millares los que se incorporan al autodenominado Estado Islámico o Daesh, y a uno le cuesta más creer en semejante número de fanáticos convencidos que en semejante número de asesinos vocacionales, que nunca han escaseado. Lo mismo puede decirse de los miembros de Boko Haram o de los talibanes que hace poco acribillaron a ciento y pico niños en una escuela de Peshawar. Todos estos sujetos no

sólo tienen licencia para asesinar una vez que forman parte de estas organizaciones, sino que también están autorizados a secuestrar, torturar, violar y esclavizar a mujeres y niñas, prohibir cuanto les desagrade o moleste. Se incrustan, por así decir, en lugares en los que hay barra libre y además se les promete, si mueren, la gloria eterna en el más allá. Pero un anticipo de esa gloria se les ofrece ya en el más acá. ¿Qué otra cosa es hacer lo que a uno le plazca sin consecuencias, con el beneplácito de sus jefes y de su comunidad? ¿Qué hay mejor que sentirse «salvadores» y «héroes», «mártires» en el peor de los casos, y recibir agradecimiento y veneración por parte de su cofradía? Los analistas más sesudos tratan de explicarse el fenómeno, y por qué tantos europeos engrosan las filas de estas bandas terroristas. Sentido de pertenencia a algo, frustración, inadaptación, búsqueda de sentido a la propia existencia, sentimientos de humillación y venganza, creencia en una misión sagrada... Las palabras de Cabrera Infante, en aquella tarde lejana, a muchos sonarán simplistas al evocarlas yo hoy, seguro. Pero no son descartables sin más: «La mayoría son meros asesinos, sólo eso, que luego buscan sus razones para asesinar».

18-I-15

Mundo antipatiquísimo

Hace unas semanas Ángeles Carmona, Presidenta del Observatorio de Violencia Doméstica y de Género (pomposo título, vive Dios), declaró con seriedad talibánica que habría que «erradicar el piropo» porque «nadie tiene derecho a hacer en público un comentario sobre el aspecto físico de la mujer, aunque sea bonito y agradable». Supongo que para cuando se publique este artículo ya habrán leído decenas de ellos sobre la cuestión, pues es vistosa y socorrida para los columnistas. Pero quizá se haya pasado por alto lo que a mí más me choca del razonamiento de Carmona: esa afirmación tajante de que «nadie tiene derecho a...». La jefa de ese Observatorio parece desconocer la existencia de algo llamado libertad de expresión. Es posible que nadie tenga derecho a insultar porque sí, ni a soltarle obscenidades a nadie, sea mujer o varón, por mucho que el tono sea admirativo. Pero ella lo ha dejado claro: «... aunque sea bonito y agradable». Es decir, para ella nadie tiene derecho a hacerle a nadie un comentario sobre su apariencia, del tipo que sea, eso siempre equivale a «machismo», «hostigamiento o acoso verbal». Yo me pregunto si, según su criterio, alguien tendría «derecho» a censurar el trabajo de nadie, o sus modales, o su actitud. Tal vez cualquier observación sobre el comportamiento o la falta de aseo de una persona (no sólo sobre su físico) resulte para ella una falta de respeto, una impertinencia, una intromisión, un menoscabo de esa persona, un atentado a su integridad. Puede que los escritores, cineastas, artistas en general, nos sintamos «intimidados», «vejados» o «violentados» cuando recibimos una opinión negativa sobre lo que hemos hecho, que para algunos es tan «íntimo» como lo que más. Pero sucede que estamos en el mundo y que hemos hecho pública nuestra obra; que no la hemos guardado en un cajón; que cualquiera se permite juzgarla y nos tenemos que

aguantar. Algo parecido nos ocurre con nuestra pinta cuando decidimos salir a la calle. Las calles están llenas de gentes a las que nos mostramos. Es frecuente que para transitar por ellas nos arreglemos, nos afeitemos o maquillemos, que no aparezcamos de la misma guisa que cuando estamos solos en casa. Si no lo hiciéramos así, y saliéramos en pijama y zapatillas, o sin peinarnos, o con ropa sucia de una semana, es probable que algunos transeúntes nos soltaran al pasar: «Se te ha olvidado traerte la cama», o «Te voy a regalar una navaja de barbero». Según Carmona, tampoco esos individuos tendrían «derecho» a hacernos llegar semejantes ofensas, porque cada uno es como es y va como le da la gana sin que nadie haya de opinar «en público» ni llamarnos la atención.

Y otro tanto se daría en el trabajo: ¿a santo de qué el jefe se va a permitir felicitarnos por la tarea bien hecha o criticar la mal hecha? También nos hiere que se valoren nuestras aptitudes, no digamos que nos indiquen con qué clase de atuendo nos debemos presentar en una oficina, o —más allá— en una recepción, una boda o un funeral. ¿Quién es nadie para comentarnos nada? A este paso desembocaremos en eso, tan delicada y fina se ha hecho la piel de la actual humanidad.

La imitación y copia de las represiones estadounidenses está acabando con toda espontaneidad y está llevando a que *todo* esté regulado, cuando no directamente prohibido, como en el Estado Islámico. A lo largo de los siglos la gente se ha manejado en la vida sin necesidad de recurrir para *todo* a la autoridad y a la justicia. Ante un requiebro simpático o inofensivo las mujeres han sabido fingir que no lo oían, o dar las gracias, o sonreír sin más, o incluso dar un corte, a su elección. Conozco todavía a muchas a las que un piropo amable les alegra la jornada y les sube la autoestima, y lo mismo en lo que se refiere a varones, que también apreciamos un elogio o nos sentimos halagados por él. Hace ya treinta años, estando en Estados Unidos, observé que los piropos, no siempre bien vistos, resultaban admisibles si lo alabado era la ropa que alguien llevaba. Se juzgaba mal encomiar las piernas, pero no la falda. «Bonita blusa» venía a ser una forma de decirle a una mujer que le favorecía el busto o que estaba guapa con ella. Una vez, en un ascensor, una colega de la

Universidad me preguntó qué colonia llevaba, porque olía muy bien. Me imagino que para Carmona eso fue vejatorio, y yo debería haberme sentido intimidado y violentado. Y no, me quedé más contento que unas pascuas, pensando que había acertado con la fragancia desconocida (Jordache, me acuerdo) que había escogido al azar. La gente anda escandalizada por un vídeo en el que, se dice, a una joven le sueltan barbaridades mientras camina por Nueva York. Lo he visto, y la interpretación es falsa: con la excepción de un par de sujetos que acompasan su paso al suyo y se ponen algo pesados («¿No quieres hablar conmigo? ¿Demasiado feo para ti?», es lo más «agresivo» que sale de sus bocas), casi todos los comentarios que la chica recibe son inocuos o incluso amables: «Que tengas un buen día, guapa», o «Caray». Es un ejemplo más (hablé de ello hace unos meses) de cómo se convence a la gente de que ve algo distinto de lo que ve.

En fin, no sé. Todavía recuerdo cómo se rió mi madre cuando un tipo, yendo ella con sus cuatro niños, le dijo al pasar: «Es usted lo más bonito que he visto, en pequeño». Lo que tiene gracia y es amable, lo grato, lo que arranca una sonrisa o risa abierta, lo que a veces alegra el día, también eso hay que «erradicarlo». Qué mundo antipático y hosco se nos quiere colocar.

25-I-15

Cautivos

Yo creo que nunca se ha hablado tanto como ahora y que nunca se ha tenido tan poca conciencia de hablar tanto. Es como una enfermedad. A veces, en un tren o en la sala de espera de un aeropuerto, oigo a alguien charlar por teléfono y me pregunto si su interlocutor se habrá dormido, o habrá dejado su móvil y se habrá puesto a sus cosas. Lo que es seguro es que no habrá sido capaz de meter baza, de soltar una parrafada, a lo sumo estará intercalando de tarde en tarde un «Ya» o un «Ajá», no habrá encontrado resquicio para más. Ya que estoy obligado a escuchar la riada, intento enterarme al menos de lo que cuenta el verborreico, de comprender el problema que plantea o seguir su narración. Casi nunca hay manera. La catarata es desordenada, digresiva hasta el infinito, ni siquiera se produce eso que a todos nos ocurre a veces, pararnos un instante y preguntarnos: «¿Por qué estoy hablando de esto? ¿Qué me ha llevado hasta aquí? ¿Cuándo y por qué me desvié de lo que quería decir? De hecho, ¿qué quería decir, por qué llamé?». No, a menudo lo que oímos es un torrente sin ton ni son y sin fin, concluye sólo cuando el hablador llega a destino o ve que su vuelo va a despegar, y en alguna ocasión cuando la otra persona, cautiva, anuncia que tiene que colgar, que no puede retrasar más sus quehaceres. No es raro, sin embargo, que entonces el charlatán intente retenerla un poco más. «Bueno, pues adiós. Ah, una última cosita», que se convierte en un montón de minutos más.

No es muy distinta la situación sin teléfono por medio, por ejemplo en las tiendas, en las que los dependientes —gremio digno de compasión— suelen ser capturados por los clientes sin prisa, esos que preguntan ochocientas cosas o explican por qué quieren comprar lo que quizá acaben comprando, es un regalo para su sobrino, a quien el año anterior obsequió algo que no le gustó, y es

que los jóvenes son difíciles de satisfacer, y de ahí resulta fácil hilvanar todo un discurso sobre la incomunicación entre las generaciones, o bien precisar que la hermana, la sobrina, sí es en cambio contentadiza, resulta asombrosa la tendencia de mucha gente a radiar sus divagaciones mentales y a relatar su cotidianidad a quien se le ponga delante, venga o no a cuento y sin que medie una sola pregunta que desencadene el borbotón. Si la voz de la máquina parlante es además desagradable o estridente (muchas hay así; nos fijamos poco en las voces, pero pueden ser instrumentos de tortura), no entiendo cómo no se dan más suicidios entre los dependientes, o cómo no cometen asesinatos impremeditados. No me explico cómo las tiendas no están sembradas de cadáveres.

Yo me he sentido cautivo cuando me ha tocado dar una charla. Y no cautivo de mí mismo, aunque uno sea proclive a enrollarse por temor al vacío y a decepcionar a los oyentes; sino de quien me presentaba en el lugar de turno. Me he acostumbrado a temer como a la peste dos frases iniciales frecuentes en los anfitriones: una es «Voy a ser muy breve», porque, extrañamente, quien anuncia eso siempre miente; la otra es «El autor que hoy nos visita no necesita presentación», porque acto seguido empieza una retahíla de cuanto he hecho en la vida, e incluso el presentador llega a «pisarme» anécdotas o reflexiones que ha leído en otra parte pero que el público de ese día no tenía por qué conocer. He estado tentado de comenzar mi intervención —cuando por fin se me ha cedido la palabra— diciendo: «La verdad es que después de tan cabal exposición no me queda nada que añadir». Recuerdo una oportunidad, en una ciudad, en la que contaba con el tiempo justo para la charla y luego debía correr a coger un tren. El presentador hablaba y hablaba y yo miraba el reloj y veía cómo se consumía el plazo sin poder decir ni mu. Se suponía que la gente había acudido para oír mis sandeces, no las del presentador. Pero a éste le daba igual, o no se daba cuenta, no tenía conciencia de que pasaba el tiempo, de que yo me habría de ir sin remedio sin apenas pronunciar palabra ni por supuesto firmar un solo ejemplar. Lo mismo me sucedió otra vez en un instituto. Mi charla ocupaba una hora de clase, luego disponía de sólo esa hora y a los chicos los aguardaba

otra clase inmediatamente después. No obstante, el profesor que decidió presentarme (al cual sus alumnos ya oían a diario) habló durante unos cuarenta minutos, y como no tenía visos de ir a parar, hubo un momento en que me atreví a sugerir: «Esto casi que lo voy a contar yo mismo, que me lo sé mejor», y así dispuse de un cuarto de hora, más que nada para que los estudiantes no se sintieran totalmente estafados y estupefactos. Me pregunté para qué diablos se me había invitado a escuchar una conferencia sobre un sujeto para mí tan sobado.

La cosa es general, no crean, y sucede en los ámbitos más elevados. En los plenos de la Real Academia Española, a los que asisten unos treinta individuos no precisamente ignorantes, todo el mundo se lleva las manos a la cabeza (más bien mentalmente, pero a veces resulta imposible que no se nos escape el gesto) cuando dos miembros toman la palabra, porque es seguro que nos impartirán una entera lección a los demás, de no menos de veinte minutos y remontándose a la prehistoria. No hace falta que les diga que también los académicos estamos tan cautivos entonces como el más paciente tendero, ese gremio tan sufrido y tan digno en verdad de compasión. Ténganle piedad.

1-II-15

Notas

[1] Recogidos en *Mano de sombra* (Alfaguara, 1997). *(N. del E.)*
[2] Se trata del artículo «De no haber nacido» (*El Semanal*, 8 de febrero de 1998), recogido en *Seré amado cuando falte* (Alfaguara, 1999). *(N. del E.)*
[3] Publicado en el suplemento *Gente*, en *Diario 16*, 12 de julio de 1992; recogido en *Salvajes y sentimentales* (Alfaguara, 2010). *(N. del E.)*
[4] Se trata del texto «Laurence Sterne en la despedida», recogido en *Vidas escritas* (Alfaguara, 2000). *(N. del E.)*
[5] Recogido en *Demasiada nieve alrededor* (Alfaguara, 2007). *(N. del E.)*

Sobre el autor

Javier Marías (Madrid, 1951) es autor de *Los dominios del lobo, Travesía del horizonte, El monarca del tiempo, El siglo, El hombre sentimental* (Premio Ennio Flaiano), *Todas las almas* (Premio Ciudad de Barcelona), *Corazón tan blanco* (Premio de la Crítica, Prix l'Oeil et la Lettre, IMPAC Dublin Literary Award), *Mañana en la batalla piensa en mí* (Premio Fastenrath, Premio Rómulo Gallegos, Prix Femina Étranger, Premio Mondello di Palermo), *Negra espalda del tiempo*, de los tres volúmenes de *Tu rostro mañana: 1 Fiebre y lanza* (Premio Salambó), *2 Baile y sueño, 3 Veneno y sombra y adiós,* y de *Los enamoramientos;* de los relatos *Mientras ellas duermen* y *Cuando fui mortal;* de las semblanzas *Vidas escritas* y *Miramientos;* de la antología *Cuentos únicos;* de sendos homenajes a Faulkner y Nabokov y de catorce colecciones de artículos y ensayos. En 1997 recibió el Premio Nelly Sachs, en Dortmund; en 1998, el Premio Comunidad de Madrid; en 2000, los Premios Grinzane Cavour, en Turín, y Alberto Moravia, en Roma; en 2008, los Premios Alessio, en Turín, y José Donoso, en Chile; y en 2011, el Premio Nonino, en Udine, todos ellos por el conjunto de su obra. Entre sus traducciones destaca *Tristram Shandy* (Premio Nacional de Traducción 1979). Fue profesor en la Universidad de Oxford y en la Complutense de Madrid. Sus obras se han publicado en cuarenta lenguas y en cincuenta países, con seis millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.

Es miembro de la Real Academia Española.

www.javiermarias.es

© 2015, Javier Marías
© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-1977-0
© TfL from The London Transport Museum Collection, por la imagen de cubierta
Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué
Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.*
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial